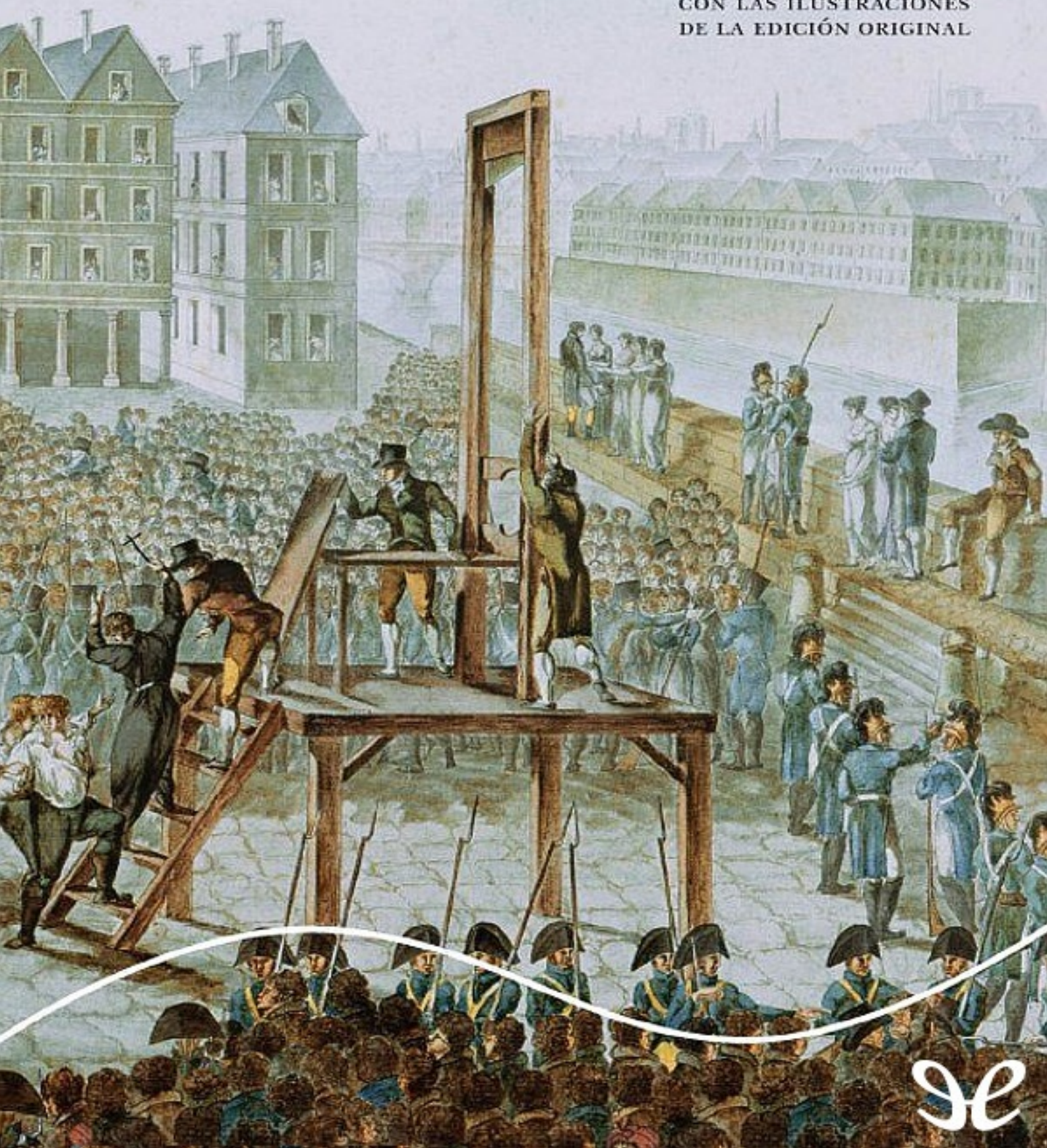


Historia de dos ciudades

Charles Dickens

CON LAS ILUSTRACIONES
DE LA EDICIÓN ORIGINAL



El Londres pacífico pero grotesco del rey Jorge III y el París clamoroso y ensangrentado de la Revolución Francesa son las dos ciudades sobre cuyo fondo se escribe esta inolvidable historia de intriga apasionante. Violentas escenas de masas, estallidos de hambre y venganza, espías y conspiradores, héroes fracasados y héroes a su pesar se mezclan en una trama artística y perfecta, llena de sorpresas y magistralmente elaborada por un Dickens en uno de sus mejores momentos creativos.

«Cuando representaba, con mis hijos, la obra de Wilkie Collins *Profundidades heladas*, di forma por primera vez a la idea central de esta historia. Sentí un gran deseo entonces de personificarla en mí mismo; y tracé en mi imaginación, con particular interés y cuidado, el estado de ánimo que requería su exposición ante un espectador atento». Charles Dickens en el prólogo de *Historia de dos ciudades*.

Esta edición de *Historia de dos ciudades* incluye las ilustraciones originales de H. K. Browne («Phiz»), realizadas para su publicación en entregas en 1859.



Charles Dickens

Historia de dos ciudades

ePub r2.3

Titivillus 30.06.2021

Título original: *A Tale of Two Cities*
Charles Dickens, 1859
Traducción: A. de la Pedraza
Ilustraciones: H. K. Browne

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1





Historia de dos ciudades

Nota al texto

Historia de dos ciudades se publicó por entregas semanales en la revista de Dickens *All the Year Round* del 30 de abril al 26 de noviembre de 1859. Ese mismo año fue publicada también en forma de libro (Chapman & Hall, Londres).

ESTA HISTORIA ESTÁ DEDICADA

A

LORD JOHN RUSSELL,

EN RECUERDO DE

MUCHOS SERVICIOS PÚBLICOS

Y AMABILIDADES PRIVADAS



Prólogo

Cuando representaba, con mis hijos y amigos, la obra de Wilkie Collins *Profundidades heladas*, di forma por primera vez a la idea central de esta historia. Sentí un gran deseo entonces de personificarla en mí mismo; y tracé en mi imaginación, con particular interés y cuidado, el estado de ánimo que requeriría su exposición ante un espectador atento.

A medida que fui familiarizándome con la idea, ésta adquirió su forma actual. A lo largo de toda su ejecución, se apoderó completamente de mí; he verificado hasta hoy lo que se hace y se sufre en estas páginas, y por cierto que también yo lo he hecho y sufrido.

Cualquier referencia, por pequeña que sea, a las condiciones del pueblo francés antes o durante la Revolución es verdadera, y se basa en testimonios fidedignos. He tenido la esperanza de aportar algo a la visión popular y pintoresca de aquella terrible época, a pesar de que nadie puede esperar aportar nada a la filosofía del magnífico libro del señor Carlyle^[1].

Libro Primero

Resurrección

I

La época

Eran los mejores tiempos, eran los peores tiempos, era el siglo de la locura, era el siglo de la razón, era la edad de la fe, era la edad de la incredulidad, era la época de la luz, era la época de las tinieblas, era la primavera de la esperanza, era el invierno de la desesperación, lo teníamos todo, no teníamos nada, íbamos directos al Cielo, íbamos de cabeza al Infierno: era, en una palabra, un siglo tan diferente del nuestro que, en opinión de autoridades muy respetables, solo se puede hablar de él en superlativo, tanto para bien como para mal.

Reinaban en aquel tiempo en Inglaterra un rey provisto de robustas mandíbulas y una reina de cara muy fea, mientras se sentaban en el trono de Francia un rey provisto de unas mandíbulas no menos robustas y una reina de cara muy linda. Estaba más claro que el agua para todos los grandes del Estado que en uno y otro país se renovaba diariamente el milagro de la multiplicación de los panes, y que no cambiaría jamás el orden de cosas establecido.

Era el año de Nuestro Señor de 1775. Entonces como hoy se le habían concedido a Gran Bretaña revelaciones espirituales. Un profeta, que no era más que un guardia de corps, había anunciado que el día en que la señora Southcott^[2] cumpliera los veinticinco años, un abismo, preparado ya para abrirse, se tragaría Londres y Westminster. Apenas habían transcurrido doce años desde que el espíritu de Cock Lane^[3] hablara por conducto de las sillas y las mesas del mismo modo que nuestros modernos espíritus, lo cual es un argumento poco favorable para la originalidad de nuestro siglo. Se habían recibido en Inglaterra noticias de un orden menos espiritual relativas a cierto congreso formado en América por súbditos de la Gran Bretaña^[4], y estas noticias adquirieron más importancia para los humanos que todas las comunicaciones transmitidas por las gallinas de Cock Lane.

Francia, menos favorecida en materia de espíritus que su hermana del escudo y el tridente^[5], se deslizaba blandamente por una senda sembrada de flores, cantos y carcajadas, abrojos, llantos y gemidos; fabricaba papel moneda que se daba prisa en gastar. Bajo la guía de sus pastores cristianos, se divertía con actos de humanidad, como, por ejemplo, quemar vivo a un joven, después de cortarle ambas manos y arrancarle la lengua, por no haberse arrodillado, mientras llovía, al pasar una sucia procesión de monjes, a una distancia de cincuenta o sesenta metros^[6]. Crecían entretanto en los grandes bosques de Francia y de Noruega árboles que el Leñador, el Destino, había marcado para ser talados con la idea de construir con sus tablas un cadalso de nueva invención, provisto de una cuchilla y un saco, y del cual debía conservar la historia un espantoso recuerdo^[7]. También en aquellos días se

albergaban bajo los cobertizos de algunos de los labradores que cultivaban las tierras de las cercanías de París toscos carros cubiertos de lodo, olfateados por los cerdos y que servían de cama a las gallinas, y que el Granjero, la Muerte, había elegido para convertirlos en proveedores del hacha revolucionaria. Pero el Leñador y el Granjero trabajaban en silencio y nadie oía el sordo rumor de sus pasos, aunque es verdad que bastaba sospechar sus preparativos para hacerse culpable de traición y de ateísmo.

En Inglaterra apenas había orden o seguridad suficientes para justificar la jactancia nacional. No pasaba una noche sin robos a mano armada y audaces asaltos en medio de la calle hasta en la misma capital; se habían puesto avisos en los parajes públicos para advertir que nadie saliese de la ciudad sin depositar sus muebles en el almacén de un tapicero para tener más seguridad de encontrarlos a su regreso; el ladrón nocturno se transformaba a la claridad del sol en mercader de la City^[8] y, cuando era reconocido y acusado por su cómplice, lo prendía en virtud de su título de capitán, le cortaba sin cumplimientos la cabeza y huía a uña de caballo. El correo caía en emboscadas en las que lo esperaban siete bandidos; tres de éstos morían a manos del guarda que acompañaba la correspondencia y que, agotando sus municiones, era asesinado por los demás asaltantes, los cuales saqueaban el coche sin mayor obstáculo. El lord corregidor de Londres, a pesar de ser un poderoso potentado, se veía obligado a obedecer a un osado aventurero que le exigía la bolsa o la vida, y que despojaba al ilustre personaje en medio de sus numerosos lacayos. Los pilluelos robaban los broches de diamantes del pecho de los nobles lores hasta en los salones de la corte; los mosqueteros iban al barrio de Saint Giles a apoderarse de las mercancías de contrabando; la turba hacía fuego contra los mosqueteros y éstos contra la turba, y nadie se extrañaba de estos hechos que eran propios de la vida común. En tanto el verdugo estaba muy atareado y trabajaba que era un portento. Ya colgaba en largas hileras criminales de toda especie, ya estrangulaba el sábado al ratero preso el martes anterior; por la mañana marcaba a fuego en la prisión de Newgate la mano de docenas de personas, y por la noche ardían los libelos en la puerta de Westminster; hoy quitaba la vida a un horrible asesino, y mañana, a un miserable que había robado dos peniques al hijo de un colono.

Todas estas cosas, y mil más por el estilo, sucedían en Francia y en Inglaterra en el año de gracia de 1775; y mientras el Leñador y el Granjero trabajaban sin que nadie los viera, los dos monarcas de robustas mandíbulas y las dos reinas, la una fea y la otra bonita, marchaban con estruendo llevando con mano levantada y firme su derecho divino. De este modo conducía el año 1775 a sus majestades, y a millares de ínfimas criaturas —las criaturas de esta crónica, principalmente—, por las sendas que se abrían ante ellas.

II

El correo

Un viernes por la noche, a finales de noviembre, la carretera de Dover se extendía delante del primer personaje con quien hemos de trabar conocimiento en esta historia. Entre nuestro personaje y el horizonte se hallaba el coche del correo, que subía penosamente la escarpada falda del monte Shooter. Había tanto lodo en el camino, los caballos estaban tan cansados, la subida era tan rápida, la correspondencia abultaba tanto y eran tan hondos los carriles, que los pobres animales se habían parado ya tres veces con la idea subversiva de volverse a las caballerizas. Sin embargo, la acción combinada de las riendas, el látigo, el guardia y el cochero se opusieron en virtud de las leyes de la guerra a tan rebelde designio, y los caballos, lo cual prueba que los irracionales no están desprovistos de razón, se vieron obligados a capitular y a cumplir de nuevo con su deber.

Los cuatro escuálidos jamelgos se hundían en el lodo con la cabeza baja, y, dando sonoros resoplidos, resbalaban, caían y sudaban como quien lleva una carga superior a sus fuerzas. Cada vez que, después de una parada prudente, el conductor los obligaba a continuar la marcha, el caballo delantero, más amenazado por el látigo, sacudía violentamente la cabeza y parecía negar la posibilidad de que el coche llegase a la cima de la cuesta. Cada negativa de éstas hacía estremecer a nuestro viajero y le llenaba de dolorosa inquietud.

Una densa niebla cubría el valle, se arrastraba por la colina como un alma en pena que busca el descanso, se alzaba con lentitud y empujaba denodadamente en el aire sus frías y espesas ondas. La luz proyectada por los faroles del coche, aprisionada en un círculo de niebla, alumbraba apenas algunos palmos del camino, y el vapor que exhalaban los sudorosos caballos se confundía con la neblina que los rodeaba.

Había, además de este viajero, otros dos que subían andando lentamente la cuesta al lado del coche. Embozados hasta las cejas y calzados con botas hasta los muslos, ninguno de estos tres hombres, a juzgar por lo que llevaban descubierto, habría podido decir qué cara tenía su vecino, y lo que pensaba cada cual estaba tan oculto al pensamiento de los otros dos como sus rasgos físicos a los ojos de sus compañeros. En aquel tiempo era forzoso desconfiar de las personas que se encontraban en el camino, pues podían ser con mucha probabilidad bandidos o cuando menos adeptos a alguna cuadrilla de ladrones, y era muy común encontrar en cada casa situada al borde de las carreteras, mesón o taberna, desde el maestro de postas hasta el mozo de caballos, a algún pícaro asalariado por un capitán de bandoleros. En esto pensaba el guarda que acompañaba el correo de Dover aquella noche del mes de noviembre de 1775 mientras, de pie en la trasera del coche, y abrigado hasta los tobillos con la paja

que le servía de alfombra, sujetaba, sin perderla de vista, una caja en la que un trabuco cargado descansaba sobre seis u ocho pistolas cargadas, y todo ello sobre un lecho de armas blancas.

El correo de Dover discurría según su pauta genuina, es decir, el guarda sospechaba de los viajeros, los viajeros sospechaban unos de otros, así como del guarda, todos sospechaban de todos, y el cochero solo se fiaba de sus caballos, aunque habría jurado en conciencia sobre los dos Testamentos que los pobres animales no podían arrastrar tanto peso.

—¡Caballos! —gritó el cochero—, un esfuerzo más y se acabarán vuestras penas. Arre, ¡perezosos! —Y añadió volviendo el rostro—: ¿Qué hora es, Joe?

—Las once y diez minutos —respondió el guarda.

—¡Misericordia! —exclamó el cochero con impaciencia—. Las once y diez, y aún no hemos subido la cuesta. ¡Arre, cobardes!

El caballo delantero, sorprendido por un violento latigazo en medio de sus más enérgicas negativas, hizo un nuevo esfuerzo, arrastró a sus tres compañeros, y el coche correo de Dover continuó a marchas forzadas mientras los tres viajeros se hundían en el barro, se detenían cuando se detenía el carruaje y se separaban unos de otros lo menos posible. Si alguno de ellos hubiera tenido la audacia de proponer a su vecino adelantarse algunos pasos en medio de la niebla y de la oscuridad, habría pasado por un ladrón y se habría expuesto a recibir un balazo.

Llegaron por fin a lo alto del cerro, los caballos tomaron aliento, y el guarda dejó su asiento para trabar el coche para la bajada y abrir la portezuela a los pasajeros para que subieran al carruaje.

—Joe, ¿qué ruido es ése? —dijo el cochero desde el pescante.

—¿Qué dices, Tom?

Los dos aguzaron el oído.

—Es un caballo que sube la cuesta al trote, Joe.

—A galope, Tom —dijo el guarda, dejando de sujetar la portezuela y volviendo a su sitio—. Caballeros, en nombre del rey, reclamo vuestro auxilio.

Con esta improvisada súplica, amartilló el trabuco y se puso a la defensiva.

El viajero que forma parte de esta historia iba a entrar en el coche, adonde se disponían a seguirle sus dos compañeros, y se quedó con el pie en el estribo mientras los otros dos se paraban detrás de él en el camino. Los viajeros miraron al guarda y al cochero. Éste volvió la cabeza, y el caballo de las negativas enderezó las orejas mirando de reojo con cierta inquietud.

La inmovilidad que siguió de pronto a la penosa marcha del coche aumentó el silencio y la calma fúnebre de la noche, y el aliento entrecortado de los caballos contagiaba al carruaje una especie de estremecimiento, y tal vez el corazón de los tres compañeros de viaje latía con suficiente fuerza para poder contar sus latidos. En todo caso era el silencio de unos individuos fatigados que no se atreven a respirar y cuyos latidos precipitaban el temor y la incertidumbre.

Un caballo subía la cuesta a escape y se acercaba por momentos al carruaje.

—¡Alto! —gritó el guarda con toda la fuerza de sus pulmones—. ¡Alto, o hago fuego!

Fue inmediatamente obedecido y del fondo de la niebla se oyó una voz ronca que gritaba:

—¿Es el coche correo de Dover?

—¿Y a vos qué se os da? —replicó el guarda.

—¿Es el coche correo de Dover?

—¿Por qué lo preguntáis?

—Necesito hablar con un viajero.

—¿Cómo se llama ese viajero?

—Señor Jarvis Lorry.

El individuo que estaba con el pie en el estribo del coche hizo un movimiento, y pareció decir que era él aquel viajero, pero el conductor, el guarda y los otros dos lo miraron con desconfianza.

—No deis un paso o sois hombre muerto —respondió el guarda a la voz que salía de la niebla—. Viajero llamado Lorry, ¿queréis hablar?

—¿Quién me llama? —preguntó éste con voz suave y vibrante—. ¿Quién necesita hablarme? ¿Sois vos, Jerry?

—Sí, señor Lorry, os traigo una carta de Tellstone.

(«No me gusta la voz de ese Jerry, si es que se llama Jerry —murmuró el guarda entre dientes—: su ronquera me da que sospechar»).

—Conozco a este hombre —dijo el viajero, dirigiéndose al guarda y saltando a tierra, ayudado, con mayor precipitación que cortesía, por los otros dos pasajeros, los cuales se apresuraron inmediatamente a subir al coche, cerrar la portezuela y levantar los cristales—. Podéis permitirle que se acerque —continuó el señor Lorry—; nada debéis temer.

«Es posible, pero eso no convencería a una nación entera», se dijo el guarda, en irritado soliloquio.

—¡Hola!

—¡Hola! —respondió Jerry, con la voz aún más ronca.

—¡Acercaos lentamente! ¿Me oís? Y, si lleváis pistolas en la silla, no apoyéis la mano en el arzón, porque os advierto que soy muy vivo de genio, y que, antes de que podáis hacer uso de vuestras armas, tendréis una bala dentro del cuerpo. Ahora que estáis avisado, veámonos las caras.

La silueta de un caballo y de su jinete se dibujó vagamente a través de la niebla y se acercó al coche. Cuando el mensajero llegó al lado del señor Lorry, paró el caballo y entregó un papel al viajero.

El animal respiraba con dificultad, y los dos estaban cubiertos de lodo desde los cascos del caballo hasta el sombrero del jinete.



—Guarda —añadió el viajero con calma—, os repito que nada debéis temer. Pertenezco a la Banca Tellstone, una de las más conocidas de Londres, y voy a París por negocios. ¿Tengo tiempo para leer esta carta? Habrá una corona de propina.

—Eso depende de lo que la carta diga... Si no es muy larga...

El señor Lorry se acercó al farol del coche, abrió la carta que tenía en la mano y leyó en voz alta la siguiente frase:

—«Esperad a la señorita en Dover». Ya veis que no es muy larga —dijo el señor Lorry al guarda. Y añadió dirigiéndose al emisario—: Diréis en casa que he respondido con la palabra «resucitado».

—¡Qué respuesta tan particular! —exclamó Jerry con su voz más ronca.

—Llevádsela, sin embargo, a esos señores y se convencerán así de que he recibido su carta. Buenas noches, Jerry; volved a casa lo antes posible.

Y, después de pronunciar estas palabras, el caballero abrió la portezuela y entró en el coche. Sus compañeros de viaje habían ocultado de prisa sus bolsas y relojes en sus anchas botas y fingían estar sumidos en el más profundo sueño. Cerrada la portezuela, continuó su marcha el carruaje, y al bajar por la pendiente se envolvió en una niebla cada vez más densa.

El guarda dijo en voz baja al cochero:

—Tom, ¿has oído esa respuesta?

—Sí.

—¿Qué te parece?

—No sé qué decirte; no la entiendo.

—Ni yo tampoco —respondió el guarda, sorprendido de la coincidencia de opinión con el cochero.

Cuando Jerry se quedó solo en medio de las tinieblas, desmontó para aliviar de su peso al caballo, y para limpiarse el lodo de la cara y sacudir el sombrero, en cuyas alas podían haberse depositado cerca de dos litros de agua. Tras esta doble operación, se volvió rumbo a Londres y empezó a bajar la pendiente llevando de las riendas el caballo.

—Después de lo que hemos corrido —le dijo al animal—, no me fiaré de tus cuatro patas hasta que estemos en Temple Bar^[9]. —Y, tras una pausa, añadió—: ¡«Resucitado»! ¡Qué respuesta tan extraña! ¿¡Qué sería de ti, pobre Jerry, si resucitasen los muertos!? ¡Qué cuenta tan embrollada tendrías que arreglar con algunos de ellos!

III

Las sombras de la noche

Es muy asombroso, para quien se toma el trabajo de reflexionar sobre este punto, que los hombres estén constituidos de tal modo que son unos para otros un misterio impenetrable. Cuando entro en una ciudad populosa por la noche, pienso que cada una de las casas agrupadas en la sombra tiene secretos que le pertenecen, que cada uno de los aposentos que encierran tiene su propio secreto, y que cada uno de los corazones que laten en el pecho de sus miles de habitantes es un secreto para el corazón que está a su lado y que le es más querido. Hay en este misterio algo más terrible y desgarrador que la Muerte. No podré volver más las hojas de ese libro amado que esperaba en vano leer hasta el fin; ni sondearé más con la mirada esa agua profunda donde a la luz de los relámpagos vislumbré un tesoro. Estaba escrito que el libro se cerraría para siempre tan pronto como hubiera descifrado la primera hoja; estaba escrito que el agua en la que hundía mis ávidos ojos se cubriría con un hielo eterno en el momento en que la luz se reflejara en su superficie, y que me quedaría en la orilla, ignorando las riquezas que ocultaba. Mi vecino, mi amigo, ha muerto; la que amaba, la que era la alegría y la dicha de mi corazón, ha dejado de vivir, y su muerte es la inexorable continuidad del secreto que hubo siempre en el fondo de su alma, como hay uno en mí que me llevaré a la tumba. ¿Hay en alguno de los cementerios de esta ciudad por la que paso un durmiente más inescrutable de lo que sus habitantes, en su más íntima personalidad, son para mí, o yo para ellos?

En este asunto, su herencia natural e inalienable, el mensajero tenía exactamente las mismas prerrogativas que el rey, que el primer ministro o que el más rico comerciante de la capital. También cada uno de los tres viajeros encerrados en el coche correo de Dover era para los otros dos un misterio tan completo como si entre ellos se extendiera el territorio de todo un condado.

El bueno de Jerry trotaba entretanto camino de Londres, parándose en casi todas las tabernas, pero sentándose en un rincón sin pronunciar palabra y calándose el sombrero hasta los ojos, los cuales, por otra parte, estaban en completa armonía con estas medidas de prudencia. En efecto, sus ojos, negros en la superficie pero sin profundidad alguna, se acercaban uno a otro como si temieran que separándose cada cual por su lado fueran a verse sorprendidos en alguna actividad culpable; y las ojeadas que lanzaban por debajo de las alas de un sombrero de tres picos que era como un candil de garabato, y por encima de la inmensa manta que cubría el cuerpo del emisario desde las narices hasta las rodillas, tenían una expresión siniestra. Cuando quería beber, Jerry se descubría la boca con la mano izquierda, arrojaba en ella el licor con la mano derecha, y volvía a taparse apenas terminada la operación.

«No, Jerry, no —decía para sí mientras trotaba por la carretera rumiando la respuesta que llevaba a aquellos señores—, nada tiene que ver contigo tan diabólico negocio. ¡“Resucitado”! Por vida mía, casi diría, ¡Dios me perdone!, que el buen señor estaba bebido».

Esta respuesta le sumía en tanta incertidumbre que repetidas veces se quitó el sombrero para rascarse la cabeza. A excepción de en la parte superior del cráneo, calva y rasa como la palma de la mano, el mensajero tenía cabellos negros y recios como los de un cepillo, repartidos con desigualdad y dispersos en todas direcciones desde la base del occipucio hasta cerca de la raíz de sus narices anchas y chatas. Su erizada cabellera, que era como la obra de un herrero, remedaba con tal exactitud las púas que defienden el extremo de algunos muros, que los más hábiles saltarines no habrían aceptado a Jerry para jugar al pídola, pues lo habrían considerado el más peligroso de los hombres...

Mientras regresaba con la respuesta que debía dar al portero de noche en su garita a la puerta de la Banca Tellstone, las sombras de la noche formaron a sus ojos, al llegar a Temple Bar, extraños contornos, suscitados por el mensaje que había recibido; y a los de su caballo ciertas formas que nacían de sus temores y alarmas, muy abundantes a juzgar por los desvíos que hacía para alejarse de los fantasmas que veía en el camino.

Al mismo tiempo, el coche correo de Dover rodaba lentamente, rechinaba, chillaba, saltaba y agitaba con su traqueteo a los tres individuos misteriosos que llevaba en su interior. Es probable que las sombras de la noche se revelaran a estos señores, como al emisario y a su caballo, bajo la forma que les sugerían sus recelos y sus párpados hinchados por el sueño.

Entre las sombras que se cernían sobre el coche estaba la Banca Tellstone. El señor Lorry, con un brazo sujeto a la correa que le impedía caerse sobre su vecino, y le retenía en su puesto cuando el carruaje daba un salto demasiado brusco, se inclinaba hacia delante y balanceaba la cabeza con los ojos medio cerrados. Los faroles que centelleaban pálidamente a través de los cristales empañados y el cuerpo del viajero que estaba sentado enfrente de él se transformaron poco a poco en una casa de banca e hicieron un número prodigioso de transacciones. Las campanillas de los caballos se convirtieron en el ruido metálico de las monedas, y en menos de cinco minutos se pagaron más letras de cambio de las que la Banca Tellstone, a pesar de sus inmensas relaciones, pagaba en todo un día. Se abrieron después ante los ojos del señor Lorry los subterráneos del banco, llenos de valores y secretos importantes, que él conocía muy bien, y los recorrió con una vela en una mano y en la otra un manojo de llaves enormes, encontrándolos precisamente en el mismo estado que en su última inspección.

Pero, aunque continuaba en el edificio de los Tellstone y no había salido aún del coche, cuya presencia sentía vagamente como el dolor bajo el efecto del opio, no dejó

de tener en toda la noche la impresión de que iba a París para desenterrar a un muerto y sacarlo del sepulcro.

Entre aquella multitud de caras lívidas que se alzaban en torno a él, ¿cuál era la del fantasma que iba a desenterrar? Las sombras de la noche no se lo indicaban. Todas aquellas caras eran las de un hombre de cuarenta y cinco años, y no se diferenciaban unas de otras más que por las pasiones que expresaban y el aire siniestro de sus facciones envejecidas y abrumadas. El orgullo, el desdén, la ira, el recelo, la tenacidad, la estupidez, la debilidad y la desesperación pasaban ante sus ojos uno tras otro, así como una variedad de mejillas huesudas, de tintes cadavéricos, de manos flacas y de esqueletos secos; pero en el fondo se veía siempre la misma figura, la misma cabeza prematuramente encanecida.

Por centésima vez dirigió nuestro viajero la siguiente pregunta al espectro:

—¿Cuántos años hace que estáis enterrado?

—Dieciocho —respondió el espectro que cien veces le había dado la misma respuesta.

—¿Habíais renunciado a la esperanza de volver al mundo?

—Hace mucho tiempo.

—¿Sabéis que vais a volver a la vida?

—Eso me han dicho.

—¿Estáis contento de volver a vivir?

—No lo sé.

—¿Tengo que traéroslo o vendréis a buscarla?

Las respuestas que daba el espectro a esta pregunta eran contradictorias. Unas veces murmuraba con voz entrecortada:

—Hay que esperar; su presencia me mataría si la trajeseis muy pronto.

Otras veces decía con amor y prorrumplía en llanto:

—Llevadme a su lado.

O bien exclamaba con acento delirante:

—¿Qué queréis decir? No conozco a nadie; no os entiendo.

Después de este diálogo imaginario, el señor Lorry cavaba, cavaba, cavaba la tierra, ora con una azada, ora con una enorme llave, ora con las uñas, para liberar al desgraciado que debía volver a la vida. El espectro salía por fin con los cabellos y el rostro cubiertos de tierra, y volvía a caer de pronto reducido a cenizas.

El viajero se despertaba estremecido y bajaba el cristal para volver a la realidad al contacto con la lluvia y la niebla que le humedecían la frente y las mejillas. Pero, hasta con los ojos abiertos hacia el cielo encapotado y el resplandor trémulo de los faroles y el vallado del camino, veía en el campo las mismas formas que le perseguían dentro del coche. La Banca Tellstone real, los negocios reales del día anterior, los subterráneos reales del edificio, la carta real que había recibido y la respuesta real que había dado a Jerry... estaba todo ahí fuera. Y entre la niebla se alzaba un lívido espectro a quien volvía a preguntar:

—¿Cuántos años hace que estáis enterrado?

—Dieciocho.

—¿Estáis contento de volver a vivir?

—No lo sé.

Y cavaba, cavaba, cavaba la tierra hasta que uno de los viajeros, con un movimiento de impaciencia, le dijo con enojo:

—Cerrad esa ventanilla.

Y, volviendo a sujetar el brazo a la correa, se preguntaba quiénes podrían ser sus compañeros de viaje, y de conjetura en conjetura volvía a encontrar en las dos masas dormidas la Banca Tellson y el espectro de ojos hundidos, y preguntaba:

—¿Cuántos años hace que estáis enterrado?

—Dieciocho.

—¿Habéis renunciado a la esperanza de volver al mundo?

—Hace mucho tiempo.

Estas últimas palabras vibraban aún en su oído, tan claramente como las palabras mejor pronunciadas que le hubieran dicho jamás, cuando se despertó de pronto y vio huir las sombras de la noche, espantadas por la primera luz del día.

Se asomó a la ventanilla y miró el resplandor que aparecía en oriente. Llamó su atención un surco donde el labrador había dejado el arado, y algunos pasos más allá un arbolillo cuyas ramas conservaban muchas hojas de un rojo encendido y de un amarillo de oro. La tierra estaba húmeda y fría, pero el cielo estaba sereno y el sol esparcía su luz fecunda y brillante.

—¡Dieciocho años! —murmuró el señor Lorry de cara al sol—. ¡Divino creador de la luz! ¡Enterrado vivo dieciocho años!

IV

Preliminares

Cuando el coche correo llegó por la tarde sin tropiezo al término de su trayecto, el primer mozo de la Fonda del Rey Jorge abrió la portezuela con cierto respeto, porque en aquellos tiempos se tenía por una heroicidad venir de Londres en invierno con el correo y se felicitaba al viajero que tenía suficiente arrojo para atreverse a acometer tal empresa.

De nuestros tres personajes uno solo debía recibir el parabién por su audacia, pues los otros dos se habían apeado ya en la carretera para dirigirse a sus respectivos destinos. El interior del coche, con su paja húmeda, su mal olor y su oscuridad, parecía la caseta de un perro, y su ocupante, envuelto en una capa peluda, cubierto con una gorra de enormes orejas y lleno de lodo hasta el cogote, se parecía bastante a un perro grande.

—Mozo —preguntó el señor Lorry—, ¿sale mañana algún buque para Calais?

—Sí, señor; si el tiempo continúa así y el viento no es contrario, la marea será favorable y la aprovecharán a las dos de la tarde. ¿He de preparar una cama?

—No me acostaré aún, pero dadme un cuarto y envid a buscar un barbero.

—Muy bien. Venid por aquí, caballero. Acompaña al señor a la Concordia, y sube la maleta y agua caliente. Encontraréis encendida la chimenea en la Concordia, caballero. Acompaña al señor y quítale las botas. Corre a buscar al barbero y hazle subir a la Concordia.

El cuarto llamado la Concordia, que se daba siempre a los viajeros que llegaban en el coche del correo, tapados hasta las orejas como iban, ofrecía la particularidad de que se veía entrar en él solo a un tipo de individuo, pero de él salían después los tipos más distintos. Así pues, otro mozo, dos mandaderas, varias criadas y el ama de la fonda iban y venían de la cocina y del cuarto de la ropa blanca al aposento de la Concordia cuando salió de él, dirigiéndose al comedor, un hombre de unos sesenta años vestido con un traje completo de paño de color marrón, un poco usado pero muy limpio, de excelente hechura y a la moda.

El comedor estaba desierto. Cerca de la chimenea había una mesita preparada, sin duda para el viajero del traje de color marrón, el cual se acercó a ella y se sentó junto al fuego en una inmovilidad tan completa como si fuera a ser retratado.

Era un hombre metódico y arreglado, o al menos lo parecía; con una mano en cada rodilla, como si prestase atento oído al tictac sonoro del grueso reloj que debajo de su chaleco medía la fuga del tiempo, parecía oponer su edad y su gravedad a los caprichos y al carácter efímero de las llamas. Tenía las piernas bien formadas y los pies, pequeños y elegantes, de lo cual, según creo, estaba orgulloso, porque sus

medias de seda eran finas, nuevas y estaban tirantes sobre la piel, y sus zapatos indicaban igual esmero, pues, si bien las hebillas no eran de mucho valor, tenían en cambio una forma elegante; la camisa, aunque no de una finura equiparable a la riqueza de las medias, podía competir en blancura con la espuma de las olas. Cubría su cabeza una peluca rubia, rizada, lustrosa y bien ajustada que tenía la pretensión de representar cabellos que se hubieran tomado por seda o cristal hilado. Debajo de la graciosa peluca asomaba un rostro hábilmente impasible, pero animado por dos ojos brillantes y vivos, que probablemente en otro tiempo requirieron de su dueño gran energía y fuerza de voluntad para darles la calma y la reserva exigidas por la Banca Tellstone. Las mejillas tenían el tinte rosado de la salud, y el resto de la cara, aunque con algunas arrugas, no delataba indicio alguno de violentas pasiones. Tal vez los viejos solterones, empleados de confianza de la Banca Tellstone, no tenían los disgustos de los demás, y es posible que las preocupaciones de segunda mano, como la ropa de segunda mano, no sean muy duraderas.

Para completar su semejanza con un hombre que posa para un retrato, el señor Lorry cerró los párpados y se quedó dormido. Se despertó cuando le trajeron la comida, y le dijo al mozo volviéndose hacia la mesa:

—Diréis que se hagan todos los preparativos para recibir a una joven que vendrá esta noche. Preguntará por el señor Jarvis Lorry o tal vez por el agente de la Banca Tellstone, y me pasaréis el recado al momento.

—Está bien. ¿De la Banca Tellstone de Londres?

—Sí.

—No lo olvidaré. Tenemos con frecuencia el honor de tratar con esos señores cuando van o vienen de Londres a París, porque se viaja mucho en la Banca Tellstone.

—Tenemos en Francia un establecimiento tan importante como el de Inglaterra.

—Vos viajáis poco, pues me parece que no he tenido el honor de veros con tanta frecuencia como a los demás señores.

—En efecto, han pasado quince años desde mi último viaje a Francia.

—¡Quince años! En aquella época no estaba aún aquí; desde entonces la fonda ha cambiado de manos.

—Lo creo.

—Pero apostaría cualquier cosa, caballero, a que la Banca Tellstone estaba ya en auge, no digo hace quince años, sino hace cincuenta.

—Podríais triplicar el número, poner más de un siglo y medio, y no acercaros a la verdad.

El mozo abrió desmesuradamente la boca y los ojos, dio un paso atrás, se puso en el brazo izquierdo la servilleta que tenía en la mano derecha y miró al viajero mientras comía y bebía como si se hallara en lo alto de una torre o de un observatorio.

Cuando el señor Lorry acabó de comer, fue a dar un paseo por la playa. La pequeña ciudad de Dover, tortuosa y replegada sobre sí misma, parecía huir del mar y

ocultarse en la colina como un avestruz espantado. La bahía daba la impresión de ser un desierto de agua que las olas, abandonadas a su capricho, solo trataban de destruir, pues se arrojaban contra la ciudad bramando, acometían con furia la costa y dispersaban al azar los restos que arrancaban de los peñascos. El aire que circulaba en torno a las casas situadas cerca de la playa olía tanto a marea que uno habría podido imaginar que los peces enfermos iban allí a bañarse como las personas delicadas van en verano a zambullirse en el mar. El puerto, donde se hacía entonces la pesca en pequeña escala, era por la tarde un lugar de paseo muy frecuentado, especialmente a la hora de la marea alta. Se veían allí oscuros negociantes, que en ninguna parte habían llegado a prosperar, y que hacían a veces fortunas inmensas e inexplicables, y era notable que nadie del vecindario mirase con buenos ojos a los faroleros.

Cuando la atmósfera, que por un momento había permitido distinguir las costas de Francia, se cargó al anochecer de una densa neblina, los pensamientos del señor Lorry tomaron también un tinte sombrío y, cuando se ocultó el sol, nuestro viajero, ya en la sala principal de la fonda, esperaba la cena en la misma actitud con que había esperado la comida, contemplando las ascuas de la chimenea donde se le aparecían mil fantasmas brillantes.

Después de cenar y apurar una botella de excelente vino de Burdeos, que produjo su efecto habitual confinando al olvido las inquietudes del alma, el señor Lorry suspendió su trabajo imaginario y descansó con completa calma. Hacía ya largo rato que saboreaba esta ociosidad llena de encanto, y acababa de llenar el último vaso con el satisfecho aspecto que puede ofrecer un caballero de cierta edad y tez lustrosa al llegar al fondo de la botella, cuando se oyó en la calle el ruido de un carruaje que se paraba delante de la puerta de la fonda.

—Es ella —dijo el señor Jarvis Lorry, dejando el vaso en la mesa sin haberlo probado.

Cinco minutos después entraba el mozo a anunciar que la señorita Manette acababa de llegar de Londres y preguntaba por el caballero de la Banca Tellstone.

—¿Tan pronto?

La señorita Manette había comido algo en el camino, no quería tomar nada, y manifestaba el más vivo deseo de ver inmediatamente al representante de la Banca Tellstone si era posible.

El representante de la Banca Tellstone tuvo que resignarse y obedecer y, vaciando el vaso, se arregló la peluca y siguió al mozo al aposento de la señorita Manette. Entró en una sala amueblada con un gusto muy lúgubre y llena de mesas de madera negra. La que ocupaba el centro, en la cual había dos bujías, había sido frotada tantas veces por la mano cuidadosa del ama que las dos luces, cuyo resplandor reflejaba con tinte oscuro, parecían arder en el fondo de un ataúd de caoba: debían exhumarse de la tumba si se quería que prestasen el más insignificante servicio.

Era tan difícil distinguir los objetos en medio de tal oscuridad que el señor Lorry, buscando a tientas el camino sobre la alfombra, supuso que la señorita Manette estaba

aún en el aposento de al lado. Sin embargo, cuando se alejó de las dos bujías sepulcrales, vislumbró junto a la chimenea a una joven de no más de diecisiete años cubierta con una capa de viaje y que sostenía en la mano el sombrero que acababa de quitarse. Mientras contemplaba aquel lindo talle, delgado y estrecho, aquella profusión de cabellos de un rubio de oro, aquellos ojos azules que le interrogaban con afán, y aquel rostro puro, dotado de la facultad singular de contraerse vivamente, y cuya expresión actual participaba a la vez de la sorpresa, el embarazo, el temor y la curiosidad, el señor Lorry vio pasar de pronto ante sus ojos la imagen de una niña que había tenido en otro tiempo en sus brazos en el trayecto de Calais a Dover un día de invierno en que caía el granizo con violencia y el mar estaba borrascoso. La imagen se borró como un soplo en la superficie del espejo que había detrás de la joven, y cuyo marco formaba una guirnalda de pequeños cupidos negros, la mayor parte sin cabeza y todos lisiados, que ofrecían negras canastillas de fruta del Mar Muerto a negras divinidades del sexo femenino. El señor Lorry hizo a la señorita Manette un saludo muy galante.

—Dignaos tomar asiento, caballero —dijo una voz fresca y dulce con un ligero acento extranjero.

—Os beso las manos —respondió el señor Lorry, que hizo un segundo saludo con ademán respetuoso, y tomó asiento.

—Caballero —continuó la joven—, ayer me enviaron de la Banca Tellson una carta con ciertas noticias... un descubrimiento...

—En efecto, señorita; se trata de noticias interesantes.

—Serán relativas a la modesta fortuna que me dejó mi padre. ¡Pobre padre a quien nunca he conocido! ¡Hace tantos años que murió...!

El señor Lorry se agitó en su silla y lanzó una ojeada de turbación a los cupidillos negros que rodeaban el espejo como si en sus canastillas hubiera alguna cosa que pudiera acudir en su auxilio.

—Según me dicen en la carta debo salir para París, donde encontraré a un representante de la Banca Tellson que esos señores han tenido la bondad de enviar para acompañarme.

—Ése soy yo.

—Lo sospechaba, caballero.

La joven le saludó haciendo la profunda reverencia habitual en aquellos tiempos, con el deseo de manifestarle todo el respeto que le inspiraban su edad y su talento. El viajero se inclinó por tercera vez.

—He contestado a esos señores que siempre me han prodigado sus bondades —prosiguió la señorita Manette— que, ya que era necesario que viajara a Francia, tendría la más grata satisfacción, siendo huérfana y no teniendo quien pueda acompañarme, si se me permitía ponerme bajo la protección de tan digno caballero. Éste había partido ya de Londres, pero le enviaron un emisario para suplicarle que me esperase aquí.

—Me creía ya muy honrado con el encargo que se me había confiado —dijo el señor Lorry—, pero ahora tendré la más grata satisfacción en cumplirlo.

—Mil gracias, caballero; os estoy muy reconocida... Me dicen además en la carta que la persona en cuestión me comunicará los pormenores de este asunto y que probablemente me sorprenderán sus revelaciones. Estoy dispuesta a oírlas y tengo vivos deseos de saberlo todo.

—Es cierto —dijo el señor Lorry—, sabéis que debo en primer lugar... —Volvió a arreglarse la peluca, y después de unos momentos de silencio agregó—: Se da el caso de que este negocio es muy difícil, y no sé cómo empezar.

En su turbación, y no sabiendo cómo entrar en materia, el señor Lorry miró a la señorita Manette. El rostro de la joven tenía esa expresión característica de la que hemos hablado antes y que no era menos graciosa por ser tan singular.

—No me sois completamente desconocido, caballero —dijo ella, tendiendo la mano como para retener a una sombra huidiza.

—¿Me conocéis? —respondió el señor Lorry, sonriendo y tendiéndole los brazos.

La línea expresiva que se dibujaba entre las cejas de la joven, encima de una pequeña nariz femenina de extremada finura, se hizo aún más profunda, y la señorita Manette, que hasta entonces había estado de pie cerca de su sillón, se sentó con ademán pensativo. El anciano la contempló en silencio y le dijo, después de alzar la cabeza:

—Creo que mientras estemos en nuestra patria adoptiva debo hablaros como si fuerais inglesa.

—Hablad como gustéis.

—Soy un hombre de negocios, señorita, y el encargo que tengo que cumplir no es más que un negocio. Os suplico, pues, que me consideréis una simple máquina que habla, porque en verdad no soy otra cosa. Voy, por lo tanto, a contaros, si me lo permitís, la historia de uno de los clientes de nuestra casa.

—La historia de... —dijo la señorita Manette.

El señor Lorry manifestó que no comprendía el sentido de esta interrupción.

—Sí —respondió, con precipitación—, de uno de nuestros clientes; así es como llamamos en la banca a las personas con quienes estamos en relación. Era un francés, un hombre científico, un doctor en medicina muy distinguido...

—¿Nacido en Beauvais?

—Sí, como vuestro señor padre, y que gozaba, como el doctor Manette, de una gran reputación en París, donde había ido a establecerse. Allí tuve el honor de conocerlo. Nuestras relaciones eran simplemente de negocios, pero confidenciales. Me hallaba entonces agregado a nuestra casa de París...

—¿Puedo preguntaros en qué época, caballero?

—Hace veinte años, señorita. El doctor estaba casado con una inglesa, y estaba yo encargado de sus negocios. Toda su fortuna estaba, como la de muchos franceses, en manos de la Banca Tellson, por lo que yo era su apoderado como el de muchos otros

clientes. Me unían a él simples relaciones de negocios, señorita, en las que por nada interviene el sentimiento, y le trataba como a todas las personas que vienen a cobrar una letra de cambio o a depositar fondos, porque no tengo sentimiento alguno, no soy más que una verdadera máquina. Ese doctor...

—¡Estáis contando la historia de mi padre! —exclamó la señorita Manette levantándose—; recuerdo que, cuando murió mi madre, me llevasteis vos a Londres.

El señor Lorry cogió la trémula mano que se acercaba a la suya y, después de besarla con gracia respetuosa, hizo sentar otra vez a la joven, apoyó la mano izquierda en el brazo del sillón, y se sirvió de la derecha para frotarse la barba, arreglarse la peluca o subrayar sus palabras con el movimiento del índice.

—Tenéis razón, soy yo —dijo mirando a la joven, que no dejaba de mirarlo a él—. Ya veis que decía la verdad cuando afirmaba no hace mucho que no tengo el menor sentimiento y que las únicas relaciones que establezco con mis semejantes no son más que negocios, pues de lo contrario os habría vuelto a ver desde aquella época. Desde entonces habéis sido pupila de la Banca Tellson, pero yo estaba encargado de otra clase de relaciones. ¡Sentimientos! No he tenido ni tiempo ni la suerte de experimentarlos, y he pasado toda mi vida cortando malezas pecuniarias. —Después de caracterizar así el uso de su vida, el señor Lorry se llevó las dos manos a la cabeza para arreglarse la peluca, operación completamente inútil, y recobró su actitud anterior—. Como decís muy bien, señorita —continuó—, esa historia es la de vuestro señor padre. Suponed ahora que el doctor no hubiera muerto entonces... Os suplico que os tranquilicéis... ¡Cómo os tiembla la mano!

La señorita Manette había cogido al señor Lorry de la muñeca y se la apretaba con fuerza convulsiva.

—Señorita, daos cuenta de que estamos hablando de negocios, tened más calma —dijo el caballero con voz cariñosa y retirando la mano izquierda del sillón para colocarla sobre los dedos suplicantes que le apretaban con fuerza—. Decía pues... —Y se interrumpió, desconcertado por la mirada de la joven—. Supongamos, como decía, no hace mucho —continuó, haciendo un esfuerzo para dominar su turbación—, supongamos que el señor Manette en vez de morir únicamente hubiera desaparecido, y que haya sido imposible encontrarle aunque se sospechara cuál era el lugar espantoso donde pudiera estar cautivo; supongamos que hubiera tenido por enemigo a uno de esos hombres del que hasta los más temerarios apenas hablan en voz baja y que en la otra parte del Canal gozan de un privilegio como es el de llenar una orden firmada en blanco, en virtud de la cual un desgraciado es arrojado a un calabozo donde muere en la desesperación y el olvido; supongamos que la esposa de ese desgraciado hubiera suplicado en vano al rey y a la reina, a los ministros, a la magistratura y al clero que le permitieran tener noticias de su marido, y la historia de vuestro señor padre será exactamente la del doctor de Beauvais.

—Continuad... continuad, por favor, caballero.

—Sí, voy a decirlo todo. ¿Tendréis valor para oírlo?

—Lo soportaré todo menos la incertidumbre.

—¡Muy bien! Tenéis más sangre fría, os domináis mejor. —El tono del señor Lorry desmentía sus palabras—. Consideradlo un negocio, un simple negocio que hay que cerrar. Continúo, pues. Si la esposa del doctor hubiera sufrido tanto pesar antes del nacimiento...

—¿De su hija?

—Precisamente. No os desconsoléis; se trata de un simple negocio. Si la esposa del doctor, queriendo evitar a su hija las angustias que padecía por los tormentos del cautivo, hubiera dicho a la niña, cuando ésta llegó a la edad de la razón, que su padre había muerto... por el amor de Dios, ¿por qué os arrodilláis?

—Para suplicaros que me digáis la verdad... ¡Sois tan bueno, caballero!

—Es un simple negocio, señorita. Me confundís. ¿Cómo queréis que me explique si me turbáis así? Es necesario que conservemos la sangre fría. Si tuvierais la bondad de preguntarme cuál es el total de nueve peniques multiplicados por nueve, o cuántos chelines contienen treinta guineas, estaría más tranquilo y podría contestaros mejor.

La señorita Manette recobró bastante el dominio de sí misma para tranquilizar al señor Lorry.

—¡Muy bien, señorita, muy bien! —repuso el anciano—. ¡Ánimo! Es un negocio muy serio. Vuestra señora madre tomó, pues, la resolución de ocultaros el encarcelamiento del doctor y, cuando murió de pesar, sin haber conseguido recibir noticia alguna de su marido, os legó un porvenir tranquilo y pacífico que os permitió crecer bella y grácil, sin que nublase vuestros juveniles años la inquietud devoradora que había desgarrado su corazón. —Al pronunciar estas palabras dirigió una mirada conmovida a los ondulantes cabellos de la señorita Manette, que se imaginaba prematuramente encanecidos por un dolor sin esperanza—. El doctor y su esposa —continuó— tenían una fortuna modesta, y hoy poseéis todo lo que les pertenecía. Nada hemos descubierto sobre este punto; no vais a buscar una cantidad ni unas tierras... —Se interrumpió de pronto al notar que los dedos de la joven le apretaban con más fuerza la muñeca, y al ver que las líneas expresivas de su frente manifestaban un sufrimiento y un horror profundos—. Se le ha encontrado —balbuceó el buen anciano—, vive aún. Está muy cambiado, muy viejo, no es más que una sombra, pero ¿cómo ha de ser? El caso es que vive. Un antiguo criado que vive en París le ha dado asilo, y con este objeto nos dirigimos a Francia, yo para cerciorarme de su identidad, si es posible reconocerle, y vos, señorita, para rodearle de cuidados y de amor.

Un estremecimiento recorrió todo el cuerpo de la joven, que dijo casi sin aliento:

—No voy a encontrar a mi padre, sino a un espectro.

—Todo lo sabéis ya, señorita, lo mejor y lo peor —dijo el señor Lorry dando cariñosas palmaditas a la mano de la joven—. Nada temáis. Partimos para Francia, donde os espera vuestro padre. El tiempo es magnífico; la marea, favorable; y nuestro viaje será corto y próspero.

—Yo era libre, era feliz —murmuró la señorita Manette como si hablase en sueños—, y su sombra no se me apareció nunca para acusarme de mi alegría.

—Debo añadir —dijo el señor Lorry, que acentuó sus palabras con la esperanza de atraer la atención de la joven—, debo añadir que el doctor ha cambiado de nombre. Es inútil preguntar por qué lo ha hecho, y es inútil averiguar si lo ha olvidado en su calabozo o si la detención que debía sufrir tenía un plazo determinado. La menor pesquisa sobre vuestro padre sería no solamente inútil, sino tal vez peligrosa, y es mucho más prudente no decir nada a nadie y volver inmediatamente a Londres con el antiguo preso. Yo mismo, escudado en mi doble cualidad de inglés y de agente de una casa muy importante para el crédito de Francia, me guardaré muy bien de hacer la menor alusión a este negocio. No llevo un solo escrito en que se mencione el hecho, y las cartas que deben abrirme ciertas puertas, las expresiones con que he de contestar, todo está comprendido en esta palabra: «Resucitado». Pero ¡no me oís! ¿Qué tenéis, señorita?

La joven se había desmayado, estaba completamente inmóvil contra el respaldo del sillón, con los ojos abiertos y el terror retratado en su rostro, y continuaba apretando con tanta fuerza el brazo del anciano que no atreviéndose éste a separarle los dedos por temor a hacerle daño, pidió auxilio sin moverse de su sitio.

Apareció en el aposento, adelantándose a los sirvientes de la fonda, una mujer pavorosa, de quien, aun en su agitación, observó el señor Lorry que era toda roja, y pelirroja, y que llevaba un vestido estrecho, y la cabeza cubierta con un extraordinario sombrero como una medida para granaderos^[10] o —buena medida también— para un queso grande de Stilton. La mujer arrancó con violencia al representante de la Banca Tellstone de los dedos crispados de la joven, y le arrojó empujándole con la mano hasta la pared.

«¡Qué fuerza tan hercúlea! Esta mujer debió haber nacido hombre», pensó el señor Lorry al caer sobre la pared.

—¿Qué hacéis ahí? —gritó la robusta mujer dirigiéndose a los criados de la fonda—. ¿Por qué no vais a buscar vinagre en vez de mirarme como bobos? No soy tan hermosa para que os quedéis ahí pasmados. ¡Pronto! ¡Vinagre! ¡Un frasco de esencia! ¡Agua fría! —Mientras los criados corrían en busca de lo que se les pedía, la mujer del enorme sombrero colocaba a la señorita Manette en el sofá y la cuidaba con tanto cariño como destreza—. ¡Hermosa! ¡Querida hija mía! —murmuraba con voz conmovida y desplegando con orgullo la cabellera de la joven—. Y vos, caballero —exclamó volviéndose hacia el señor Lorry—, ¿no podíais darle vuestras noticias sin ponerla en este estado? ¿No veis su palidez, sus manos heladas, sus ojos muertos? ¿Así se porta un banquero con una niña delicada?

El señor Lorry, no sabiendo qué contestar en su turbación, apartó la mirada humilde y contrito, mientras la mujer hercúlea, que había vuelto a despedir a los criados, hacía volver en sí a la joven, y conseguía con sus caricias que apoyase la cabeza sobre sus fuertes hombros.

—Espero que se haya recobrado enteramente —murmuró el señor Lorry.

—No se debe a vos que el accidente no haya sido más grave. ¡Pobrecilla!

—¿La acompañáis a París? —preguntó el señor Lorry tras un nuevo silencio.

—¡Me gusta la pregunta! —replicó la mujer robusta—. Si estaba destinada a cruzar el mar, ¿creéis que la Providencia me hubiera hecho nacer en una isla?

No sabiendo tampoco qué decir, el señor Lorry se retiró a considerarlo.

V

La taberna

Al descargar de un carro varios toneles de vino, uno de los más grandes rodó en medio de la calle; y, habiéndose roto los aros, el líquido manó a borbotones delante de una taberna.

Todos los vecinos habían suspendido su trabajo o su ocio para acudir al teatro de la desgracia y beber el vino derramado. Las piedras desiguales que cubrían la calle, que asomaban sus agudas puntas como si las hubieran arrojado al azar con el único fin de conspirar contra las costillas de los transeúntes, habían estancado el licor en pequeños charcos, todos ellos rodeados por un grupo de individuos más o menos numeroso que se empujaban con gran algazara. Algunos hombres arrodillados, formando un vaso improvisado con el hueco de sus manos, recogían el precioso líquido y se apresuraban a beberlo, o lo defendían de las mujeres que, inclinadas sobre sus hombros, se esforzaban en sorberlo antes de que se les cayese entre los dedos. Otros individuos, hombres y mujeres, hundían en los charcos vinosos pequeñas cazuelas de barro desportilladas, o los pañuelos a modo de esponjas, y las madres los exprimían después en la boca de los niños. Éstos construían a toda prisa diques de lodo para detener el vino que huía entre las piedras o, dirigidos por espectadores asomados a las ventanas, corrían para contener los canales que se formaban en nuevas direcciones. Algunos se habían apoderado de las duelas rotas del tonel, cubiertas de cieno, y las chupaban y mascaban con delicia. No quedó vino por recoger, y no solo vino, sino barro siquiera, pues éste desapareció con tanto cuidado que se diría que había pasado un barrendero por la calle, si tal milagrosa presencia hubiera sido conocida en el vecindario.

En la calle donde se había celebrado esta libación gratuita resonaban con gran estruendo las carcajadas, los gritos de alegría y las voces de hombres, mujeres y niños. Caracterizaban la diversión de la muchedumbre cierta grosería y mucha jovialidad, y se advertía en todos los grupos un espíritu de sociabilidad particular, así como un afán visible de aproximarse unos a otros, que, entre los menos desgraciados o en los más alegres, se expresaba con abrazos, brindis, apretones de manos y animadas cabriolas. Cuando el vino desapareció completamente, dejando entre las piedras los mil canales que habían trazado los bebedores, estas demostraciones cesaron tan repentinamente como habían empezado. El aserrador, cuya sierra había quedado en un tronco, fue a continuar su trabajo. La mujer que había dejado en el umbral de su puerta el brasero lleno aún de cenizas calientes, en las que trataba de calentarse los pies, las manos y a su niño de pecho escuálido, volvió a casa. Los trabajadores, que con los brazos desnudos, los cabellos sucios y llenos de polvo y la

faz cadavérica, habían aparecido a la claridad de aquel día de invierno, volvieron a bajar a sus talleres y una tristeza sombría se apoderó otra vez de la calle, donde tal sentimiento parecía más natural que el sol y la alegría.

El vino era tinto, y se había derramado en una angosta calle del arrabal de Saint Antoine de París, manchando el suelo, y también muchas manos, caras, pies descalzos y zapatos de madera. El aserrador iba manchando de rojo los troncos que manejaba; la mujer que daba el pecho a su hijo llevaba en el rostro manchas rojas dejadas por el harapo que se había quitado de la cabeza para emplearlo como esponja; los que habían mascado las duelas enrojecidas del tonel tenían en torno a la boca las huellas que se ven en los labios de los tigres; y uno de aquellos hombres que estaban de buen humor, con un gorro de algodón que le caía sobre la espalda, mojó el dedo en el lodo vinoso y escribió en la pared la palabra «Sangre».

Habría de llegar un día en que la sangre correría sobre el empedrado de las calles y dejaría manchas rojas en la cara y en las manos de la mayor parte de los que allí se encontraban.

Después de que la nube, alejada un momento por un rayo fugitivo, oscureciera nuevamente la fisonomía de Saint Antoine, densas tinieblas envolvieron todo el arrabal: el frío, la suciedad, la ignorancia, la enfermedad y la miseria formaban el cortejo del bienaventurado patrón; nobles poderosos todos ellos, la última en particular. Individuos estrujados sin cesar entre piedras inexorables se estremecían en todos los rincones, entraban en las casas, salían de las esquinas, miraban las puertas y las ventanas y tiritaban en cada harapo agitado por el viento. La piedra inexorable que así los estrujaba no era la rueda del molino fabuloso que transforma a los ancianos en jóvenes, sino más bien a los jóvenes en viejos. La misma infancia tenía la figura envejecida y la voz hueca, y el Hambre había estampado su firma en las arrugas precoces de su rostro, así como en la máscara surcada de sus padres.

El Hambre se veía en todas partes: en los harapos tendidos en las cuerdas y ondeando en los palos que salían de cada ventana, en la paja, en los trapos y en los jergones donde dormía toda una familia. El Hambre repetía su nombre en cada brizna de serrín que arrojaba el aserrador, contemplaba a los transeúntes desde lo alto de las chimeneas frías y sin humo, y surgía del lodazal de la calle, entre cuyas inmundicias no se encontraba un solo resto de algo comestible. El Hambre se exhibía en la mesa del panadero y en cada pan moreno de su hornada escasa, se veía en el queso y en las morcillas de perro muerto que vendía el carnicero, y se oían crujir sus huesos descarnados entre las castañas tostadas en las ascuas, y en las pocas gotas de aceite depositadas en el fondo de la sartén donde chisporroteaban delgadas rebanadas de patata.

El Hambre se hospedaba en todos los repliegues de aquella calle tortuosa, llena de ofensa y porquería, y que desembocaba en otras calles, igualmente tortuosas, sucias y hediondas, pobladas de gorros de algodón y de harapos mugrientos, y en las que cada objeto visible, pálido, enfermizo o sórdido, parecía un presagio de desgracia. Se

adivinaba, en aquellas fisonomías de animal acosado sin reposo ni tregua, que la fiera rabiosa se revolvería para atacar y devorar. Entre aquellos espectros abatidos que huían con gesto despavorido, se encontraban ojos que brillaban con fulgor siniestro, labios apretados, pálidos de rabia, y frentes contraídas cuyas arrugas torcidas y nudosas parecían cuerdas en recuerdo de la horca que podían sufrir y tal vez imponer. Se veía la imagen del Hambre en los rótulos de las tiendas, en los flacos pedazos de carne pintados sobre la puerta del carnicero, en la sombra de pan seco y negro que indicaba la panadería, en los bebedores que, estacionados en la puerta de la taberna, hacían viajes sobre sus vasos llenos de vinillo agrio, y que con miradas de fuego se inclinaban unos hacia otros para hacerse confidencias. Todo lo que se ofrecía a la vista era débil y pobre, a excepción de los instrumentos de trabajo y las armas. El filo de las cuchillas y de las hachas estaba brillante y afilado, los martillos del herrero eran pesados, y abundantes las escopetas y pistolas en la tienda del armero. La vía pública no tenía aceras, y el empedrado desigual, con sus márgenes de lodo y agua cenagosa, llegaba hasta las paredes. Por el contrario, el arroyo corría en medio de la calle, cuando corría, lo cual no sucedía sino después de un chubasco, cuando, tomando proporciones excéntricas, inundaba los pisos bajos y las bodegas. Encima del arroyo y a lo largo de la calle pendían de trecho en trecho toscos faroles atados a una cuerda, y por la noche, cuando el encargado de encenderlos los había bajado y subido, cierto número de luces ahumadas se balanceaban sobre las cabezas de un modo enfermizo, como si estuvieran sobre el agua. Es verdad que se agitaban sobre un mar borrascoso y que la nave y la tripulación estaban amenazadas por la tempestad.

Habría de llegar un día en que los espantajos descarnados que poblaban aquella región, después de tanto tiempo contemplando en su ociosidad y en su hambre al que encendía los faroles, pensarían en servirse de sus cuerdas y poleas para colgar hombres en vez de faroles y alumbrar con luz más viva las tinieblas de su espantosa situación. Pero ese día estaba aún muy lejano, y los vientos que pasaban sobre Francia sacudían en vano los jirones de estos espantajos, y las aves de voz dulce y rico plumaje no veían en ellos ningún aviso.

La tienda del tabernero, en cuyo umbral se había roto el tonel, ocupaba la esquina de la calle y parecía menos pobre que la mayor parte de sus vecinas. En la puerta se veía al tabernero, que, vestido con unos calzones verdes y un chaleco amarillo, había observado a la turba mientras se disputaba el vino derramado.

—¿Y a mí qué más me da? —dijo, encogiéndose de hombros cuando hubieron enjugado la última gota—. Quien rompe el vidrio lo paga; los que han causado la desgracia me darán otro tonel. ¡Gaspar! —gritó, dirigiéndose al hombre que escribía la palabra «sangre» en la pared—, ¿qué haces?

Gaspar le enseñó la palabra que acababa de escribir, y dio a su gesto una expresión significativa, como es muy común en las gentes del pueblo, pero no logró

su objetivo y produjo un efecto contrario al que esperaba, como sucede también con frecuencia entre las personas de su condición.

—¿Te has vuelto loco? —le preguntó el tabernero, cruzando la calle. Cogió un puñado de lodo y borró el chiste de Gaspar—. ¿Para qué escribir esas palabras en público cuando hay otros sitios donde pueden grabarse?

Al terminar esta frase, el tabernero, tal vez con intención, colocó la mano izquierda sobre el corazón del artista. Éste se la estrechó, dio un salto prodigioso, descendió en una postura fantástica, cogiendo el zapato embarrado que había lanzado al aire, y se quedó inmóvil sobre la punta del pie. Era un bromista que parecía dispuesto a poner en práctica sus burlas.

—Vuelve a calzarte —dijo el tabernero—, llama vino al vino, y no se hable más del asunto.

El tabernero se enjugó la mano sucia de lodo en el hombro de Gaspar con tanta sangre fría como si lo manchase con intención, cruzó la calle y entró en su tienda. Tendría unos treinta y cinco años, su traza era la de un toro, tenía un aire marcial y, sin duda, mucho valor natural, porque, aunque el frío era muy intenso, llevaba la chaqueta al hombro, levantadas las mangas de la camisa, los brazos desnudos hasta el codo, y no tenía más abrigo en su cabeza que sus cabellos negros y recios como un cepillo. Su tez era morena; sus ojos, rasgados, pletóricos de franqueza y alegría: en una palabra, parecía un hombre bien humorado, pero su cólera debía de ser implacable. Indudablemente era un hombre resuelto al que no convenía encontrar en una senda estrecha al lado de un precipicio, porque nada en el mundo debía desviarle de su camino.

Madame Defarge, su mujer, estaba sentada junto al mostrador cuando entró en la tienda. Era una mujer corpulenta y alta, casi de la misma edad que su marido, y cuya mirada vigilante parecía no ver nada de cuanto pasaba a su alrededor. Una hermosa mano aunque abultada, llena de enormes anillos, un rostro impasible, facciones muy marcadas y una serenidad imperturbable la caracterizaban y cierto no sé qué hacía presagiar en ella que raras veces se engañaba en perjuicio suyo en las cuentas de que estaba encargada. Madame Defarge, que era muy friolera, estaba envuelta en una capa de pieles, y llevaba alrededor de la cabeza un pañuelo de colores chillones que, sin embargo, dejaba ver unos enormes pendientes de oro. Tenía a su lado la labor de punto, y acababa de dejarla para mondarse los dientes. Apoyado el codo derecho en la mano izquierda, la tabernera no hizo ningún movimiento, ni siquiera volvió la mirada, cuando entró su marido, pero tosió ligeramente sin cambiar de postura. Este ligero acceso de tos, unido a un movimiento imperceptible de sus cejas negras y pronunciadas, sugirió al marido la idea de ir a ver si habían entrado nuevos bebedores en la tienda en su ausencia, y, dirigiendo la mirada a un lado y a otro, la centró en un hombre de cierta edad y en una joven que estaban sentados en un rincón.

Dos individuos jugaban a los naipes, otros dos acababan una partida de dominó, y tres mocetones estaban de pie cerca del mostrador, donde hacían durar todo lo que

podían un vaso de vino.

Monsieur Defarge observó en el momento en que pasaba por detrás de ellos que el anciano caballero dirigía a su compañera una mirada que significaba: «Éste es».

«¿A qué habrán venido a este sitio?», se preguntó el tabernero.

Pero aparentó que los dos forasteros le llamaban muy poco la atención, y trabó conversación con los tres amigos que estaban cerca del mostrador.

—Jacques —le preguntó uno de los tres bebedores—, ¿han recogido todo el vino?

—Hasta la última gota, Jacques.

Ante este intercambio de nombres de pila, madame Defarge, que continuaba haciendo uso de su mondadientes, volvió a toser y arqueó las cejas.

—La mayor parte de esos infelices no saben qué gusto tiene el vino —dijo el segundo bebedor—; la mayor parte no ha comido en toda su vida más que pan negro, ni tendrá más placer que el de la muerte. ¿No crees, Jacques?

—Es verdad, Jacques —repitió el tabernero.

Ante este segundo intercambio de nombres de pila, madame Defarge, que continuaba haciendo uso de su mondadientes, volvió a toser y arqueó las cejas.

El tercer bebedor dijo entonces la suya, mientras dejaba el vaso vacío y hacía un chasquido con los labios.

—¡Ah, pues tanto peor! Un gusto amargo es el que lleva este pobre rebaño en los labios, y qué vida de perros es ésa, Jacques. ¿No crees, Jacques?

—Tienes razón, Jacques —respondió el monsieur Defarge.

Este tercer intercambio de nombres de pila concluyó justo en el momento en que madame Defarge dejó el mondadientes, sin dejar de arquear las cejas, y se movió ligeramente en su silla.

—¡Chist! Me llama mi mujer, señores —dijo el tabernero.

Los tres bebedores se quitaron el sombrero y saludaron a madame Defarge, la cual contestó inclinando la cabeza y mirándolos brevemente. Después, como por casualidad, su mirada abarcó la tienda, volvió a tomar la labor con la mayor calma y pareció poner toda su atención en ella.

—¡Buenos días, amigos! —dijo el tabernero a los tres Jacques sin dejar de mirar a su mujer—. La habitación por alquilar que deseáis ver, y de la que me habéis hablado antes de salir de la tienda, está en el sexto piso, en la escalera de la mano derecha y dentro del patio, pero recuerdo que uno de vosotros la ha visitado ya y podrá enseñaros el camino. Adiós, señores.

Los tres compañeros pagaron y salieron de la tienda.

Monsieur Defarge, apoyado en el mostrador, parecía estudiar la obra de su mujer, que seguía con su labor de punto, cuando el caballero anciano se acercó y le preguntó si podía decirle dos palabras.

—Con mucho gusto, caballero —respondió, dirigiéndose a la puerta con su interlocutor.

La conversación fue breve; a la primera palabra el tabernero hizo un movimiento de sorpresa y manifestó el más vivo interés, y apenas había terminado la segunda frase cuando hizo un ademán al desconocido invitándolo a que lo siguiera lo mismo que a la joven que le había acompañado, y los tres se alejaron.

Madame Defarge continuaba mientras tanto haciendo punto con rapidez, y tenía el rostro tan tranquilo y los ojos tan bajos que probablemente no hubiera visto nada de lo que pasaba en la tienda.

El tabernero condujo al señor Lorry y a la señorita Manette a la escalera por donde acababan de entrar los tres Jacques. Para llegar a ella había que cruzar un pequeño patio húmedo y sucio, común a algunas casas habitadas por un número considerable de inquilinos. Cuando monsieur Defarge entró en el corredor oscuro que terminaba en la escalera, se arrodilló delante de la hija de su antiguo amo y le besó la mano. Se había producido una transformación completa en el tabernero, que no era ya el hombre de buen humor, de rostro franco y risueño, sino un hombre discreto, irascible y amenazador.

—No os apresuréis, la escalera es muy oscura e inclinada —dijo, con voz sombría, dirigiéndose al señor Lorry.

—¿Está solo? —murmuró el anciano.

—Solo. ¿Quién queréis que pueda acompañarle? —contestó el tabernero en voz baja.

—¿Siempre está solo?

—Siempre.

—¿Está muy cambiado?

—¡Si está cambiado!

El tabernero se detuvo para descargar un golpe en la pared y profirió entre dientes una imprecación horrible. No podía darse respuesta más significativa, y el señor Lorry se entristecía cada vez más mientras avanzaba por el corredor.

La escalera de una casa de esta clase con sus accesorios sería hoy bastante repugnante en todos los antiguos barrios de París, pero en aquella época era insoportable para los sentidos no habituados y no endurecidos. Cada habitación, o más bien cada espacio de aquella colmena de seis pisos, depositaba la basura en un cubo y arrojaba el resto por la ventana; esta masa de despojos en descomposición habría sido más que suficiente para viciar el aire más puro, aun cuando la miseria no hubiese añadido sus miasmas, pero estos dos manantiales combinados lo corrompían completamente.

En medio de atmósfera tan envenenada se abría el pasillo sombrío y cenagoso que seguían el tabernero y sus dos acompañantes. El señor Lorry tuvo que detenerse tres veces por necesidad personal y por compasión por la señorita Manette, cuya agitación era por momentos más viva. Estas tres pausas habían tenido lugar cerca de las ventanas por cuyos barrotes escapaba la parte menos corrompida del aire y entraban todos los vapores infectos. A través de estas rejas cubiertas de un orín nauseabundo se

vislumbraba una confusa masa de edificios vecinos, y a excepción de los campanarios de Notre-Dame, no se veía nada que recordase una vida sana o un tranquilo bienestar.

Nuestros amigos llegaron por fin al último escalón, donde descansaron por cuarta vez; desde allí una segunda escalera, más empinada y angosta, una verdadera escala de mano, conducía a la buhardilla. El tabernero, que iba delante, al lado del señor Lorry como si temiera las preguntas de la joven, se paró, metió la mano en el bolsillo de la chaqueta que llevaba al hombro y sacó una llave.

—¿Está encerrado? —preguntó el señor Lorry con sorpresa.

—Ya lo veis —respondió monsieur Defarge.

—¿Creéis que es necesario?

—Indispensable.

—¿Por qué?

—Porque ha vivido mucho tiempo bajo cerrojos, y tendría miedo, se mataría, haría algún disparate si encontrase la puerta abierta.

—¡Será posible! —exclamó el señor Lorry.

—Es cierto —respondió el tabernero con amargura—. ¡Qué mundo tan feliz ese en el que semejantes cosas no solo son posibles, sino que, como tantos otros hechos análogos, pasan todos los días bajo la faz del cielo! Pero continuemos.

Este diálogo se había desarrollado en voz baja y la joven no oyó nada. Sin embargo, su emoción era tan viva y tan profundo su terror que el señor Lorry creyó que debía dirigirle algunas palabras.

—¡Ánimo, señorita! —le dijo—; es un negocio importante... Lo más cruel es cruzar la puerta, y después todo habrá acabado. Pensad en los consuelos, en la dicha que le traéis. Hija mía, permitid que os sostenga el excelente Defarge. Muy bien, querido amigo... ¡Señorita, valor! Es un negocio... un negocio...

La escalera era corta y muy pronto llegaron a su extremo. La especie de corredor en el que entraron daba un brusco rodeo, y vieron enfrente a tres hombres que tenían los ojos pegados a una hendidura de la pared y miraban con gran atención. Los tres hombres se volvieron al oír pasos, y el señor Lorry reconoció a los tres bebedores que un momento antes estaban al lado de madame Defarge.

—Vuestra visita me ha sorprendido tanto que los había olvidado —dijo el tabernero—. Dejados, amigos; tenemos cosas que hacer.

Los tres hombres se alejaron y desaparecieron en silencio. Después, el tabernero se dirigió a la única puerta que se veía en el corredor.

—¿Habéis convertido al señor Manette en objeto de curiosidad? —le preguntó el señor Lorry en voz baja y con cierto enojo.

—Solo lo enseño a algunos elegidos.

—¿Creéis que eso está bien hecho?

—Creo que sí.

—¿Qué gentes son esas a las que lo enseñáis así?

—Hombres de valor que llevan mi nombre (me llamo Jacques) y para los cuales es saludable este espectáculo. Vos sois inglés, y es muy distinto.

Monsieur Defarge se inclinó, miró por la hendidura de la pared, y, levantándose después, llamó dos veces a la puerta con la mano, sin más intención que la de hacer algún ruido, y por el mismo motivo hizo rechinar la llave en la cerradura. La puerta se abrió lentamente y el tabernero asomó la cabeza, diciendo ciertas palabras a las cuales respondió una voz débil; volviéndose hacia el señor Lorry y la señorita Manette, les indicó con un ademán que lo siguieran. El señor Lorry vio que la joven se tambaleaba y la sostuvo en sus brazos justo cuando iba a caerse.

—¡Valor, hija mía! —balbuceó, con la frente empapada en un sudor que nada tenía que ver con los negocios—. ¡Valor! Ya veis que no queda otro remedio que entrar.

—Tengo miedo —respondió ella estremeciéndose.

—¿De qué tenéis miedo, señorita?

—De él, de mi padre.

El señor Lorry, asustado del estado en que veía a su compañera y turbado por los signos que le hacía el tabernero, tomó un partido desesperado y, levantando en sus brazos a la joven, entró precipitadamente con ella en la buhardilla, donde la sentó sin dejar de sostenerla. Defarge cerró la puerta, sacó la llave de la cerradura y la conservó en la mano, metódica y ruidosamente. Se acercó después a la ventana y volvió con el anciano y la joven.

El cuarto donde acababan de entrar había sido construido para depósito de leña y estaba completamente a oscuras. La ventana, es decir, lo que hemos llamado así, no era más que una abertura practicada en el techo y cerrada con una puerta de madera, en la cual se veía una gruesa polea por la que se introducían los objetos pesados que se querían depositar en la buhardilla. Las dos hojas de aquella puerta apenas entornadas, sin duda a causa del frío, dejaban entrar una luz tan débil que hacía falta un prolongado hábito a la oscuridad para dedicarse allí a un trabajo que exigiese algún cuidado. Sin embargo, trabajaba en aquel aposento una persona con aplicación. Con el rostro vuelto hacia la ventana, cerca de la cual estaba de pie el tabernero, un anciano, sentado en un banquillo y con la cabeza inclinada sobre su obra, estaba haciendo un par de zapatos que absorbían completamente su atención.

VI

El zapatero

—¡Buenos días! —dijo el tabernero.

—¡Buenos días! —le respondió una voz tan débil que se habría tomado por un eco lejano.

—¿Siempre trabajando?

—Sí... trabajo.

La voz tenía un tono desgarrador y horrible; no era la debilidad que resulta del enflaquecimiento físico, aunque hubieran contribuido a ella en gran parte los padecimientos, sino la que se contrae en la soledad y procede del prolongado silencio. Aquella palabra ahogada, de la que estaba ausente la vida, y que no tenía ya ninguna de las vibraciones de la voz humana, producía el mismo efecto que un rico color borrado por el tiempo y que no es más que una mancha pálida sin relación alguna con el matiz que tenía anteriormente. Aquella voz era tan hueca que se hubiera dicho que salía de un subterráneo, y su acento expresivo era el de un viajero que, muriéndose de sed, se lamenta recordando la patria y a los familiares y amigos que no volverá a ver jamás.

Después de trabajar en silencio algunos minutos, el hombre encanecido alzó nuevamente los ojos, no por interés o curiosidad, sino bajo la influencia de una percepción completamente maquinal, porque el sitio donde había visto a monsieur Defarge continuaba ocupado.

—Quisiera ver mejor —dijo el tabernero, que lo miraba fijamente—. ¿Podréis soportar una luz más viva?

El zapatero volvió la cabeza, miró al techo prestando oído con actitud distraída, y después dirigió la mirada a monsieur Defarge.

—¿Qué habéis dicho? —murmuró.

—Os he preguntado si soportaríais sin dolor una luz más viva.

—Habré de soportarla... si lo exigís.

La sombra de una intención había hecho brotar tímidamente las dos últimas palabras.

Monsieur Defarge empujó una de las hojas de la ventana y la sujetó, y un vivo rayo de luz entró repentinamente y permitió ver al zapatero, que, con la horma sobre las rodillas, había suspendido su trabajo. Estaba rodeado de instrumentos y de pedazos de cuero. Su barba blanca, desigualmente cortada, no era muy larga, pero su rostro estaba descarnado, y sus ojos, con un brillo excesivo que manaba de debajo de las cejas, negras aún, y de una masa confusa de canosos cabellos, parecían de una magnitud sobrenatural. Le servía de camisa una especie de blusa de lana amarilla

hecha jirones y abierta por el pecho que dejaba ver un cuerpo ajado y marchito, y todo su cuerpo, así como su chaqueta vieja de lienzo ordinario, sus medias demasiado anchas y sus andrajos, habían cobrado con la privación de luz y de aire un color de pergamino tan uniforme que habría sido difícil reconocer su color primitivo o adivinar lo que habían sido en otro tiempo.

Había puesto una de sus manos delante de la luz para protegerse los ojos, y no solo sus músculos sino hasta sus huesos parecían diáfanos. Con la mirada perdida en el vacío, no respondía al tabernero hasta después de mirar varias veces a un lado y a otro, como si hubiese perdido el hábito de asociar los sonidos al sitio de donde procedían o como si buscase de dónde venían las palabras que llegaban a su oído.

—¿Acabaráis hoy ese par de zapatos? —le preguntó monsieur Defarge haciendo al inglés una señal para que se acercase a su lado.

—¿Qué decís?

—Pregunto si tenéis intención de acabar hoy esos zapatos.

—No puedo decir que tenga intención... Lo supongo... No lo sé...

Estas palabras le recordaron su tarea y continuó trabajando. Sin embargo, dos minutos después, el zapatero alzó sus ojos huraños, y no manifestó sorpresa alguna al ver a otra persona. Se llevó los dedos trémulos a los labios, tan blancos como sus uñas, bajó la mano que había alzado, y continuó trabajando.

—Tenéis una visita —dijo el tabernero.

El zapatero miró a su alrededor sin dejar el trabajo.

—Mirad —continuó el tabernero—; este caballero es muy entendido en zapatos. Enseñadle el que estáis haciendo para que vea que está bien cosido.

El anciano obedeció maquinalmente.

—Decid a este caballero cómo se llama ese calzado y cuál es el nombre del que lo ha hecho —prosiguió el tabernero.

La respuesta se hizo esperar mucho tiempo.

—¿Me preguntabais alguna cosa? —dijo por fin—. ¿Qué decíais? No me acuerdo...

—Os suplico que expliquéis a este caballero de qué clase es el zapato que acabáis de hacer.

—Es un zapato de mujer, un zapato de paseo como se llevan ahora. No he visto la moda, pero he tenido un modelo —añadió, contemplando su obra con cierta satisfacción y orgullo.

—Y el nombre de quien lo ha hecho —dijo Defarge.

Ahora que no tenía zapato que sostener, descansó los nudillos de la mano derecha en el hueco de la mano izquierda; luego, los nudillos de la mano izquierda en el hueco de la mano derecha; y finalmente se llevó una y otra a la barba, con regularidad y sin interrupción. Arrancarle de la abstracción en que volvía a caer inmediatamente después de haber hablado, requería tanto trabajo como para hacer volver en sí a una

persona desmayada o para reanimar a un moribundo con la esperanza de obtener una confidencia.

—¿No me habéis preguntado mi nombre? —repuso con ademán distraído.

—Sí.

—Ciento cinco, Torre Norte.

—¿Nada más?

—Ciento cinco, Torre Norte.

Articuló débilmente un sonido que, sin ser un gemido o un suspiro, expresaba cansancio, y se inclinó, dispuesto a reanudar su trabajo.

—¿Habéis sido siempre zapatero? —le preguntó el señor Lorry, mirándolo fijamente.

Los ojos vagos del zapatero se volvieron hacia Defarge como para transmitirle la pregunta que se le hacía pero, viendo que éste callaba, contempló al inglés después de buscar el sitio donde se hallaba.

—¿Si he sido siempre zapatero? —le dijo—. No, no era ése mi estado. He empezado aquí, lo he aprendido yo solo. Había pedido...

Se interrumpió bruscamente, pareció haber olvidado a su interlocutor y empezó a poner una mano sobre la otra con regularidad mecánica.

Al cabo de algunos minutos sus ojos se encontraron otra vez con la figura del inglés y, estremeciéndose como quien despierta con un sobresalto, continuó la frase que había empezado.

—Había pedido permiso para aprender un oficio... Me costó mucho trabajo... Tardé mucho tiempo en conseguirlo... pero desde entonces he hecho siempre zapatos.

—Doctor Manette —le dijo el señor Lorry devolviéndole el zapato—, ¿no os acordáis de mí?

El anciano soltó el zapato que había cogido y miró al inglés.

—Doctor Manette —continuó éste, poniendo la mano sobre el brazo de Defarge—, ¿no os despierta este hombre ningún recuerdo? Miradlo bien, miradme a mí. Decidme. Un antiguo banquero... Un antiguo criado... antiguos negocios... todo un pasado, ¿no se forma hoy nuevamente en vuestra memoria?

Mientras los ojos del zapatero iban alternativamente de su antiguo amigo al tabernero, algunos indicios de inteligencia traspasaron la nube que cubría su entendimiento y volvieron a aparecer por un momento en los pliegues de su frente pálida; pero muy pronto se ofuscaron. Sin embargo, tan semejante era la expresión de la joven que en un principio no solo estaba asustada y terriblemente enternecida, sino dispuesta a apartarse de él y no verlo más, pero que ahora tendía sus trémulos brazos con impaciencia para que apoyara su rostro espectral en su seno joven y cálido, para devolverlo con su amor a la vida y a la esperanza... tan semejante era la expresión (aunque con rasgos más acentuados) de su rostro juvenil que parecía haber pasado del uno a la otra como una luz cambiante.

El anciano miró a Defarge y al señor Lorry con actitud cada vez más distraída, exhaló un largo suspiro, recogió el zapato y se puso a trabajar.

—¿Habéis conocido a este caballero? —le preguntó Defarge en voz baja.

—Sí. Creí al principio que no podría, pero estoy seguro de haber visto por un momento a una persona que conocí en otro tiempo... ¡Chist! Retrocedamos un poco... ¡Silencio!

Su hija se había acercado lentamente al banquillo, y le puso la mano en el hombro, pero el anciano, que ni siquiera sabía que existiese, no sospechaba su presencia, e inclinado sobre el zapato, trabajaba activamente. No dijo una sola palabra, no exhaló un sonido. Ella estaba de pie a su lado como un ángel bueno. El pobre loco, con la mirada fija en su obra, se había olvidado de que no estaba solo. Llegó, sin embargo, un momento en que necesitó el trinchete, que estaba a sus pies. Lo cogió y, cuando iba a servirse de él, vio un vestido de mujer, alzó los ojos y vio a la joven.

El señor Lorry y el tabernero se acercaron temiendo que la hiriera con el instrumento, pero ella no tenía miedo y los apartó con un gesto.

El antiguo preso la miró con terror, sus labios se agitaron sin producir sonido alguno, y a través de su respiración trabajosa pudo articular estas palabras:

—¿Quién... es?

La joven, con el rostro bañado en lágrimas, se llevó la mano a los labios, le envió un beso y cruzó las manos sobre el pecho como si hubiera estrechado sobre su corazón la canosa cabeza del cautivo.

—¿Sois la hija del carcelero? —le dijo.

—No.

—Pues ¿quién sois?

No atreviéndose a confiar en su voz, fue a sentarse al lado del zapatero en el banco que le servía de asiento y de mesa. El anciano quiso retroceder, pero ella le puso la mano en el brazo. Al sentir este contacto se estremeció todo su cuerpo, dejó el instrumento y miró a la joven.

Los dorados cabellos de su hija formaban ricos racimos de largos bucles sedosos. El anciano levantó la mano, la acercó poco a poco, cogió uno de los rubios bucles y lo contempló unos momentos; pero mientras lo tenía en la mano volvió a abismarse y, exhalando un profundo suspiro, se puso a trabajar.

Pero no trabajó mucho tiempo. Después de haber dirigido dos o tres veces una mirada incierta a la joven para asegurarse de que aún estaba a su lado, interrumpió su tarea, se llevó la mano al pecho y sacó un cordón ennegrecido del cual pendía un trapo doblado que abrió cuidadosamente sobre su rodilla. Dentro del trapo había dos largos cabellos de un rubio dorado que en otro tiempo se había enrollado en el dedo. Volvió a tocar uno de los bucles de su hija, acercó los cabellos que guardaba para compararlos y los miró con atención.

—Son los mismos —dijo—. ¿Cómo es posible? ¿Quién me los dio? ¿De qué manera han llegado a mis manos?



Mientras volvía a aparecer la inteligencia en su rostro, pareció reconocer su misma expresión en la de la joven, y volviéndola para que le diese de lleno la luz, la contempló con atención murmurando estas palabras como si hablase para sí:

—Había apoyado su cabeza en uno de mis hombros... Era de noche... Me habían citado... Ella tenía miedo y no quería que saliese de casa, pero yo nada temía. Cuando me llevaron a la Torre Norte, me los encontraron en la manga. «¿Queréis dejármelos? No me ayudarán a huir en cuerpo, pero tal vez sí en espíritu». Esto les dije; me acuerdo muy bien.

Había articulado con los labios y con diferentes interrupciones cada una de las palabras antes de pronunciarlas de una manera perceptible, pero, después de conseguir que se oyeran, las repetía con inteligencia aunque con extrema lentitud.

—¿Cómo es posible esto? ¿Eres acaso tú?

Los dos espectadores volvieron a acercarse aterrados por el tono con que dijo estas palabras y por el movimiento rápido que las acompañó, pero la joven les indicó con un ademán que no se moviesen de su sitio.

—Os suplico, señores, que no digáis nada; dejadnos.

—¡Oíd!... —exclamó el pobre loco—. ¿Qué voz es ésta?

Se llevó la mano a sus canas y se las arrancó en un acceso de frenesí. Pero su emoción se desvaneció como una luz fugaz. Guardó los dos cabellos rubios en el pedazo de tela y se los volvió a poner en el pecho, aunque no cesaba de mirar a su hija, y moviendo la cabeza con expresión sombría, murmuró:

—No... no... Sois muy joven... No puede ser... Mirad lo que ha sido del preso... No son éstas las manos, el rostro y la voz que ella conocía... no. Los dos vivían hace mucho tiempo... mucho... antes de esos largos años pasados en la Torre Norte. ¿Cómo os llamáis, ángel hermoso?

—Os lo diré después —respondió la señorita Manette, arrodillándose delante de su padre y tendiendo hacia él las manos cruzadas—. Sabréis quiénes fueron mis padres y por qué no he conocido su historia... Hoy es imposible. Lo único que puedo hacer ahora es suplicaros que me bendigáis... que me abracéis... ¡Os lo suplico... abrazadme!

El cautivo tendió los brazos a la joven y mezcló sus canas con los hermosos cabellos de oro, que lo rodearon como una aureola.

—Si reconocéis en mi voz —prosiguió ella— la voz que amasteis un día, dejad que corran vuestras lágrimas... Si al tocar mis cabellos recordáis la cabeza querida que en vos se apoyaba cuando erais libre, llorad, padre mío; si al hablar de los cuidados que os prodigaré mi amor, despierto en vuestra alma el recuerdo del hogar donde tanto se lamentó vuestra ausencia... ¡llorad... llorad! —Y lo estrechó contra su pecho y lo meció como a un niño—. Padre... querido padre mío, si al decir que he venido a buscaros para daros reposo, os hago pensar en vuestra vida, que podía ser tan útil y que se ha perdido en la inacción y el dolor; si al deciros que os llevo a Inglaterra os hago pensar en la Francia que tan cruel ha sido para vos, llorad... ¡llorad sin temor! He de hablaros de la que ya no existe, he de deciros que me arrodillo ante mi padre para que me perdone mi vida feliz y tranquila... para que perdonéis que no haya pensado día y noche en sus tormentos y en cómo ponerlo en libertad. Llorad sobre ella, llorad sobre mí... Amigos míos, acabo de sentir sus lágrimas sagradas. —Y la hija del pobre anciano sollozaba—. ¡Dios mío, bendito seáis! ¡Bendito seáis!

Y el anciano, con la cabeza apoyada en el corazón de su hija, se abandonaba a los dos brazos que lo rodeaban. Era un espectáculo tan tierno que Defarge y el inglés se cubrieron el rostro.

Cuando esta crisis violenta siguió todas sus fases, y la calma profunda, que en el hombre lo mismo que en la naturaleza sucede a las tempestades, se apoderó del anciano, el señor Lorry y el tabernero corrieron a levantarlo del suelo, en tanto que su hija le sostenía la cabeza y formaba con sus cabellos un velo que le protegía de la luz.

El señor Lorry, después de limpiarse varias veces la nariz, se inclinó hacia la joven, y ésta le dijo al oído:

—Si pudiéramos hacer los preparativos, podríamos sacarle de aquí y regresar sin tardanza a Inglaterra.

—¿Resistirá el viaje? —preguntó el inglés.

—Peor será retenerlo en esta ciudad que le es tan odiosa.

—Tenéis razón, señorita —dijo el tabernero, que se había arrodillado para oír mejor—; hay además poderosos motivos para que el doctor Manette salga de París lo antes posible. ¿Pido caballos de posta?

—Eso entra en el dominio de los negocios y es de mi incumbencia —repuso el señor Lorry, recobrando su actitud metódica.

—Tened la bondad de dejarme con él —dijo la señorita Manette con voz suplicante—. ¿No veis qué tranquilo está? Nada temáis. Si teméis que pueda aparecer aquí algún extraño, cerrad la puerta. Cuidaré de él mientras estéis fuera, y cuando volváis lo encontraréis tan tranquilo como ahora.

El señor Lorry y Defarge, menos confiados que la señorita Manette, querían que uno de ellos se quedase en la buhardilla, pero, como además de los caballos y del carruaje se necesitaban pasaportes, el día estaba avanzado y no podía perderse tiempo, decidieron repartirse el trabajo.

Cuando salieron, la joven se sentó al lado de su padre mientras éste dormía profundamente. La sombra empezó a invadir poco a poco la buhardilla, y se fue haciendo más densa hasta que cerró del todo la noche. Ninguno de los dos se movió hasta que una luz penetró por las hendiduras de la pared.

El señor Lorry y Defarge no solo traían los pasaportes sino también capas, pan, carne, café y vino. Colocaron la luz y los víveres en el banco que, con una mala cama, formaba todo el mobiliario de la buhardilla, y el tabernero despertó al doctor con el auxilio del inglés y lo ayudó a incorporarse.

Al contemplar el rostro del preso, en el que el temor se mezclaba con la sorpresa, nadie habría podido adivinar los pensamientos misteriosos que le pasaban por la cabeza. ¿Se acordaba de lo que había pasado? ¿Comprendía, especialmente, que había recobrado la libertad? El hombre más perspicaz no habría podido resolver estas dudas. El representante de la Banca Tellson y el tabernero le dirigieron la palabra; pero él miraba con tal vaguedad y sus respuestas eran tan confusas y lentas que temieron aumentar su turbación y resolvieron no importunarle. De vez en cuando se comprimía la cabeza con las manos con un gesto extraño, que no habían visto en él hasta entonces, y la voz de su hija le causaba una satisfacción tan acusada que volvía el rostro hacia ella siempre que hablaba. Acostumbrado hacía tanto tiempo a una obediencia pasiva, comió y bebió cuanto le dieron, y no hizo ninguna observación cuando le pidieron que se pusiera el traje y la capa que había traído Defarge, aunque pareció manifestar cierto deseo de sentir el contacto de su hija, y le cogió la mano para retenerla entre las suyas.

Era hora de partir, y Defarge cogió la luz, salió primero, y el señor Lorry cerró el pequeño cortejo. Apenas habían bajado algunos escalones de la escalera principal cuando el doctor Manette se paró y miró con asombro el techo y las paredes.

—¿Os acordáis de esta escalera, padre mío? ¿Os acordáis de haber entrado por aquí?

—¿Qué decís? —murmuró el anciano.

Pero no esperó para responder a que le repitiera la pregunta.

—¡Acordarme! —balbuceó—. No, no me acuerdo ya... ¡Hace tanto tiempo... tanto tiempo!

Su traslado de la prisión a la buhardilla de la que acababan de salir no le había dejado al parecer ningún recuerdo. Se le oía murmurar en voz baja:

—¡Ciento cinco... Torre Norte!

Y cuando miraba a su alrededor lo hacía indudablemente para buscar las recias paredes de la fortaleza donde había pasado dieciocho años. Al llegar al patio y ver, en vez del puente levadizo que esperaba encontrar, el carruaje en medio de la calle, se comprimió nuevamente la cabeza con las manos, dominado por un asombro que se parecía al vértigo. No había nadie cerca de la casa, nadie en las numerosas ventanas de la vecindad, y ni siquiera transeúntes en la calle. Un silencio poco natural reinaba en aquel sitio abandonado, y el único ser que se veía era madame Defarge que, apoyada en la puerta de la tienda, hacía punto sin mirar nada más que su labor.

El preso había entrado ya en un coche, seguido por su hija, cuando los pies del señor Lorry se pararon en el estribo al oírlo reclamar, tristemente, las herramientas de zapatero y los zapatos sin terminar. Madame Defarge le dijo inmediatamente a su marido que lo dejara en sus manos y cruzó, sin dejar de hacer media, el patio. No tardó en aparecer con lo que le habían pedido... y un segundo después, apoyada en la puerta, seguía haciendo punto.

—¡A la barrera! —dijo el tabernero subiendo el pescante.

El postillón hizo chasquear el látigo y el carruaje partió al trote, bajo el tenue resplandor de los faroles —más brillante en las mejores calles, más sombrío en las peores—, y pasaron por tiendas iluminadas, puertas de teatro, cafés resplandecientes y alegres multitudes, hasta llegar finalmente a una de las puertas de la ciudad. Allí, un cuerpo de guardia, soldados, linternas y un oficial que se acercaba gritando:

—¡Los pasaportes!

—Aquí están —respondió Defarge, apeándose y aproximándose al oficial—. Éste es el pasaporte del anciano caballero que encontraréis en el coche. Me fueron consignados en...

Y bajó la voz para hablarle al oído. Las linternas militares empezaron a revolotear, y una de ellas, empuñada por un brazo uniformado, apuntó al coche. Los ojos conectados con ese brazo clavaron entonces en el viajero canoso una mirada que no era la de todos los días ni la de todas las noches.

—¡Está bien, adelante! —se oye decir desde el uniforme.

—¡Adiós! —dice Defarge.

Y así prosiguieron bajo un exiguo bosque de faroles cada vez más tenues, y bajo el gran bosque de las estrellas.

Bajo esa bóveda de luces eternas e inamovibles —algunas de ellas, dicen los sabios, tan lejanas de esta pequeña Tierra que es dudoso que sus rayos hayan tocado

aún este punto del espacio donde todo se hace o se padece—, las sombras de la noche eran anchas y negras. A lo largo del frío trayecto, sin descanso, hasta el amanecer, estas sombras murmuraron una vez más al oído del señor Lorry —sentado delante del hombre al que había desenterrado, sin saber qué sutiles facultades había perdido para siempre ni cuáles podría recuperar— la sempiterna pregunta:

—¿Estáis contento de haber vuelto a la vida?

Y la sempiterna respuesta:

—No lo sé.

Libro Segundo

El hilo de oro

I

Cinco años después

La Banca Tellstone ocupaba cerca de Temple Bar un edificio muy viejo, muy pequeño, muy sombrío y muy incómodo, y sin esperanzas de que algún día participase de las ventajas de los edificios nuevos, porque los señores Tellstone estaban orgullosos de su pequeñez, de su fealdad y de sus inconvenientes, y hasta llegaban a ponderar su superioridad en estos diferentes puntos. Estaban convencidos de que su empresa habría sido menos respetable con menos defectos de los que tenía, y hasta esto mismo constituía un arma poderosa que dirigían sin cesar contra los bancos más lujosos y más cómodos que el suyo.

—La Banca Tellstone —decían— no necesita espacio, luz ni mucho menos adornos. Esto puede ser indispensable para Snooks Hermanos o para Noakes y Bridge, pero no, a Dios gracias, para la Banca Tellstone.

Todos los socios habrían desheredado a su hijo único si al desventurado se le hubiese ocurrido decir que convenía hacer reformas en el edificio. Es verdad que el país sigue con sus hijos el mismo principio que Tellstone, y deshereda a los que cometen el error de pensar en la transformación de las antiguas leyes y costumbres, reconocidas como malas hace mucho tiempo, pero que por lo mismo son más respetables.

Se había llegado finalmente a dar por verdad inconcusa que la Banca Tellstone era el triunfo de la incomodidad. Después de forzar una puerta, que se resistía y demostraba su rebeldía rechinando ásperamente, se bajaban dos escalones que las más de las veces la gente cruzaba de un salto con peligro de romperse una pierna, y al recobrar el equilibrio se llegaba a un miserable despacho donde había dos escritorios: detrás de ellos unos dependientes viejos como los muebles, que es mucho decir, sostenían con sus dedos temblorosos las letras de cambio que les entregaban mientras examinaban la firma cerca de las ventanas mugrientas, oscurecidas aún más por unas enormes rejas de hierro y la densa sombra de Temple Bar. Si era imprescindible consultar al jefe de la casa se conducía al cliente a una especie de trastienda, donde éste meditaba sobre los errores de una vida disipada hasta el momento en que uno de aquellos señores aparecía con las manos en los bolsillos en la claridad dudosa de una luz crepuscular. El dinero salía de viejas gavetas que cada vez que las abrían y cerraban arrojaban a la nariz o a la garganta algunas partículas de madera carcomida; los billetes de banco olían a rancio y parecían hallarse en descomposición. La vajilla de plata que allí se depositaba perdía en un día su brillo y su color; los títulos y diplomas, colocados en un aposento fortificado, que antiguamente había servido de cocina y lavadero, se encogían, esparciendo en el aire toda la grasa de sus

pergaminos; y las cajas que guardaban vuestros papeles de familia iban al primer piso, a un comedor en cuya mesa no había habido nunca platos ni botellas, y donde las primeras cartas de vuestros nietos o de vuestros antiguos amores se resguardaban en 1780 de la mirada de las cabezas sangrientas expuestas en Temple Bar con una ferocidad digna de abisinios o de cafres^[11].

Es cierto que en aquella época la pena capital estaba de moda entre todos los comercios y profesiones, y no menos entre los señores Tellstone. La muerte es un remedio soberano que la naturaleza aplica a todos los seres. ¿Por qué no había de hacer lo mismo la ley? Resultaba de este principio que el que emitía billetes de banco falsos era condenado a muerte; que el que abría una carta que no era suya era condenado a muerte; que el ladrón de dos guineas era condenado a muerte; que el que guardaba el caballo de un jinete a la puerta de la Banca Tellstone y huía con él era condenado a muerte; que el que falsificaba una moneda de un chelín era condenado a muerte; que las tres cuartas partes de las notas que componen la escala del crimen eran condenadas a muerte. Y, sin embargo, este rigor no producía el menor efecto preventivo, pues por el contrario —y esto es digno de observarse— los crímenes eran más numerosos; pero el sistema tenía la ventaja de zanjar rápidamente la cuestión, de ahorrar a los magistrados el trabajo de estudiar las causas, y de eliminar la necesidad de ocuparse más de los individuos, más o menos importantes, que se despachaban al otro mundo. La Banca Tellstone, como todos los grandes centros de negocios de aquella época, se había llevado tantas vidas que, si todas las cabezas cortadas o estranguladas delante de sus paredes se hubieran puesto en fila en Temple Bar, es muy probable que hubieran obstruido la escasa luz que entraba en sus despachos.

Apretujados entre toda clase de lúgubres armarios y conejeras, los dependientes de Tellstone eran viejos y de una gravedad patriarcal. ¿No habían sido nunca jóvenes? Es muy probable que alguna vez lo fueran; sin embargo, cuando los señores Tellstone admitían por casualidad a un joven, lo escondían no sabemos dónde hasta que llegaba a viejo, y lo conservaban como el queso en un paraje húmedo y oscuro hasta que adquiría el sabor rancio de la casa. Se le permitía entonces dejarse ver con la cabeza baja y los ojos clavados en enormes libros de cuentas, y sumar sus anteojos, su gorro y sus pantuflos al peso total del establecimiento. Fuera de la puerta, y nunca dentro a no ser que se lo llamase, había un mozo que era empleado como recadero, y era por decirlo así una representación viviente de los banqueros. Nunca se ausentaba en horas de oficina, a menos que lo mandaran a alguna parte, y entonces lo representaba su hijo, un pilluelo de doce años que era su vivo retrato. La gente creía que la Banca Tellstone, en una muestra de magnanimidad, toleraba a este hombre. La casa siempre había tolerado a alguien con estas capacidades, y el tiempo y las mareas habían colocado al hombre en este puesto. Su apellido era Cruncher y, cuando pocos días después de nacer renunció a Satanás, sus pompas y sus obras, lo bautizaron en la iglesia de la parroquia de Haunsditch con el nombre de Jerry.

El escenario era el domicilio particular del señor Cruncher, situado en el Pasaje de la Espada Pendiente, en el barrio de White-Fiars. La hora, las siete y media de una mañana ventosa del mes de marzo Anno Domini 1780. Cruncher siempre designaba el año con el nombre de «Anna Dominós», porque estaba convencido de que la era cristiana data de la invención de cierto juego popular por parte de cierta dama que le dio su nombre.

La vivienda de Cruncher no era de las más suntuosas, pues se componía de dos aposentos si se puede contar como uno un armario con un panel de cristal. Estaban, en cualquier caso, muy limpios. A primera hora de la ventosa mañana de marzo, el cuarto donde dormía había sido ya barrido, y debajo de las tazas puestas sobre una mesa de pino se veía un mantel de una blancura intachable.

Cruncher descansaba bajo un cobertor de cuadros de colores como un arlequín en su traje. Hacía un momento que dormía con un sueño profundo y sonoro, pero empezaba ya a revolverse en su lecho levantando y arrugando las sábanas, hasta que, despertándose completamente, se incorporó con los cabellos erizados y lanzó a su alrededor una ojeada.

—¡Por vida de mi abuela! —gritó con enojo—. ¿Otra vez?

Una mujer de aspecto pulcro y hacendoso, que estaba arrodillada en un rincón, se levantó rápidamente demostrando que se dirigían a ella estas palabras.

—No lo negarás ahora —continuó el marido, saliendo de la cama para buscar una de sus botas.

Después de inaugurar el día con este apóstrofe y de hallar la bota que buscaba, Cruncher la arrojó con mano robusta contra la cabeza de su mujer. A propósito de esta bota, excesivamente sucia, habría que mencionar un detalle especial y extraño de la economía doméstica del recadero de Tellson, y es que, por limpias que estuvieran cuando entraba por la noche en su casa, encontraba a la mañana siguiente las botas cubiertas de lodo o tierra hasta el empeine.

—Dime —continuó el señor Cruncher, sin dar en el blanco—, ¿qué hacías en ese rincón?

—Rezaba mis oraciones.

—¡Tus oraciones! ¡Digna y santa esposa! Es decir, ¿que te arrodillas para armar al cielo contra mí?

—Rezaba por ti.

—¡Mientes! Por otra parte, no quiero que te tomes esa libertad. —Y añadió, dirigiéndose a su hijo—: Jerry, tienes una madre que le pide al Señor que me vaya mal en todas mis empresas. ¡Oh! ¡Tienes una madre muy buena, muy religiosa... una madre que invoca al cielo para que quite el pan de la boca de sus hijos!

El muchacho, en camisa, participó del enojo de su padre, y volviéndose hacia su madre protestó con energía contra los rezos o cualquier otro medio destinado a mermarle la comida.

—¿Qué valor, te pregunto —añadió el marido con una inconsecuencia de la que no se apercibía—, qué valor imaginas que pueden tener tus oraciones? Dime... explícame el mérito que les atribuyes, mujer presuntuosa.

—Salen del corazón, Jerry, y es el único mérito que tienen.

—Pues en tal caso no tienen mucho. Pero ¿qué más da? No quiero que reces por mí. ¿Oyes? No quiero. No necesito que me acarrees desgracias con tus sempiternas genuflexiones. Si aun así quieres besar el suelo y rezar, hazlo al menos en favor y no en perjuicio de tu marido y de tus hijos. ¡Que otro gallo me cantarí si no tuviera una mujer tan desnaturalizada! ¿Por qué me vi en tan terrible apuro la semana pasada? ¿Por qué el dinero que había de ganar se convirtió en amargura y persecuciones? Por tu culpa... solo por tu culpa. ¡Voto al diablo! —prosiguió Cruncher poniéndose los calzones—. Oraciones en casa y fuera de casa otras cosas peores, y mientras tanto soy más desgraciado que el hombre más miserable de Londres. Vístete, hijo mío, y mientras limpio las botas, vigila a tu madre para que no se ponga de rodillas, porque, te lo repito —dijo, volviéndose hacia su mujer—, no toleraré que conspires contra mí. Estoy más cansado que un caballo de alquiler y más atontado que una botella de láudano y, de no ser por los dolores que me hacen ver las estrellas cuando cambia el tiempo, no sabría si mis piernas me pertenecen o son de otro, y si no soy más rico... es porque rezas de día y de noche para impedir mi fortuna.

El señor Cruncher, sin dejar, además, de mascullar frases como «Conque eres religiosa, ¿eh? Pero no te pondrías en contra de los intereses de tu marido y de tu hijo, ¿verdad?» y de arrancar sarcásticos chispazos del tumultuoso yunque de su indignación, se ocupaba en limpiarse las botas y en hacer los preparativos de su salida cotidiana. Mientras tanto su hijo, con una cabeza coronada por púas más tiernas y unos ojos juveniles que, como los de su padre, no se separaban el uno del otro, vigilaba a su madre cumpliendo su cometido. De vez en cuando incordiaba a la pobre mujer asomándose desde el cubículo donde dormía, y donde se aseaba, como dispuesto a decirle: «Te las vas a cargar, madre... ¡Cuidado, padre!»; y, después de levantar esta falsa alarma, se volvía a meter en su cubículo, con una mueca de muchacho desobediente.

El señor Cruncher, con el mal humor en su apogeo cuando se sentó a la mesa, se irritó de una manera muy especial contra el *Benedicite* que murmuraba su mujer.

—¿No callas, maldita criatura? —gritó—. ¿Qué dices entre dientes?

—Pido al Señor que bendiga nuestro desayuno —respondió la pobre mujer.

—Te lo prohíbo —replicó su marido mirando a un lado y otro como si temiese ver desaparecer el almuerzo por arte de encantamiento—. No quiero bendiciones y verme arruinado, sin fuego, ni hogar, ni pan el resto de mis días. Repito que quiero que te calles, te lo digo por última vez.

Jerry Cruncher, con los ojos encendidos y el rostro descompuesto, como quien ha pasado la noche sin dormir y ocupado en un trabajo poco agradable, devoró el

almuerzo gruñendo sobre el plato como un perro hambriento que ve en peligro el hueso que cruje entre sus quijadas.

A las nueve se tranquilizó, adoptó el aspecto más respetable que le fue posible dar a su rostro, y salió para dedicarse a sus ocupaciones. A pesar del título de honrado comerciante que se complacía en darse cuando le preguntaban cuál era su oficio, cuesta trabajo considerar un negocio la tarea cotidiana de Jerry Cruncher. Un taburete de madera procedente de una silla rota con el respaldo aserrado, que el pequeño Jerry llevaba todos los días a un lado de la puerta de Tellstone, componía la sede comercial del pretendido comerciante. Sentado en este banquillo, con los pies entre un montón de paja que se había caído del primer carro que había pasado, el bueno de Jerry era conocido en todo el barrio igual que la puerta de Temple Bar, pues ambos tenían la misma apariencia voluminosa y ruinosa. Llegaba a las nueve menos cinco minutos, en el momento preciso en que podía quitarse el sombrero en honor a los vetustos empleados que entraban en el despacho, y se colocaba como de costumbre con su hijo al lado; éste solo se alejaba para imponer correctivos a los muchachos cuya poca edad le permitía llevar a cabo sin peligro tan loable designio. Tan cerca uno del otro como lo estaban sus ojos en el rostro de ambos, con el mismo pelo, las mismas facciones y la misma postura, padre e hijo, acechando a los parroquianos en silencio, se parecían mucho a dos monos.

De pronto uno de los dependientes de Tellstone asomó la cabeza por la puerta y pronunció estas palabras con tono imperioso:

—Entrad, os llaman.

—¡Bien empieza el día, padre!

Después de esta felicitación, el pequeño Jerry ocupó el banquillo, hundió los pies en la paja y se entregó a sus reflexiones.

—¡Siempre con los dedos con esas manchas de óxido! —murmuraba entre dientes—. ¡Siempre... siempre! ¿Cómo se los mancha? ¿Dónde estará ese hierro oxidado? Aquí desde luego que no.

II

Un espectáculo

—¿Sabéis dónde está Old Bailey^[12]? —preguntó a Jerry uno de los empleados de Tellson.

—Sí, señor —respondió nuestro hombre con tono adusto.

—Bien. ¿Y conocéis al señor Lorry?

—Tanto como un honrado comerciante como yo puede conocer Old Bailey.

—¡Magnífico! Id, pues, a la puerta de los testigos, enseñad este billete al conserje y os dejará entrar.

—¿En la sala donde se reúne el tribunal?

—Precisamente.

Los ojos de Jerry hicieron un esfuerzo por aproximarse aún más y parecía que se dirigían mutuamente esta pregunta: ¿Qué te parece?

—¿He de esperar la contestación? —preguntó, como si esta frase fuera el resultado de la conferencia que acababan de tener sus ojos.

—Voy a explicaros lo que tenéis que hacer. El conserje enviará el billete al señor Lorry, cuya atención llamaréis con vuestros ademanes para que sepa dónde estáis, y esperaréis en el mismo sitio hasta que os necesiten.

—¿Nada más?

—Nada más. El señor Lorry desea tener una persona a mano, y este billete tiene por objeto advertirle que estáis a su disposición.

El empleado cerró cuidadosamente el billete, escribió el sobre, y en el momento en que ponía la oblea oyó las siguientes palabras:

—¿Es la vista de alguna causa por falsificación de escritura pública? —preguntaba Jerry.

—No, por crimen de alta traición.

—Es decir, ¿que descuartizarán al infeliz? —comentó Jerry—. ¡Qué barbaridad!

—Así lo dispone la ley —dijo el dependiente dirigiendo asombrado sus anteojos a Jerry.

—Es una ley cruel, señor; bastante duro es ya matar a un hombre sin que le despedacen los miembros —replicó Jerry.

—No, no es bastante —dijo el dependiente—, y os aconsejo, buen hombre, que tratéis la ley con más respeto. Sed parco en las palabras, reflexionad bien antes de hablar y, creedme, dejad a la justicia el cuidado de hacer lo que le corresponde y de hacerlo como cree justo y necesario. Sobrado tenéis con pensar en cuidaros del pecho, que no lo tenéis muy bueno.

—Es por la humedad, que me da en el pecho y me constipa. ¡Si supierais cómo se gana la vida un hombre honrado como yo! —dijo Jerry.

—Bien, bien —repuso el dependiente—; todos nos ganamos la vida de una u otra manera. Tomad la carta, salid y no os detengáis en ninguna parte.

Jerry cogió la carta y dijo para sí, con menos respeto de lo que demostraba su cara compungida: «Si yo tengo malo el pecho, tú estás seco como un palo».

Saludó al dependiente, le dijo a su hijo al pasar el sitio adonde iba y se dirigió a los juzgados.

En aquella época se ahorcaba en Tyburn, y la calle donde se emplazaba la prisión de Newgate no tenía la infame nota que posteriormente se ha unido a su nombre^[13]; pero la cárcel era un edificio abominable, donde se cometían toda clase de desórdenes y maldades y donde se engendraban horribles enfermedades que, después de cebarse en los presos, atacaban al mismo jefe de la justicia y lo arrancaban de su banco para arrojarlo a la fosa. Más de una vez el juez que presidía una causa criminal recibió su sentencia de muerte al mismo tiempo que el culpable y fue, además, el primero en morir. Old Bailey era, por otra parte, célebre por ser el patio de una fonda mortífera de donde salían sin cesar pálidos viajeros que, en carroza o en carro, partían violentamente para el otro mundo, después de cruzar tres kilómetros de vía pública, causando la vergüenza de algunos buenos ciudadanos aunque no de muchos: tan poderosa es la costumbre, y tan deseable que sea una buena costumbre desde el principio. Old Bailey era famoso también por la picota, institución antigua y sabia, que imponía un castigo de un alcance imposible de prever. Se veía también allí el poste donde ataban a los que tenían que ser azotados, otra antigua institución, cuya presencia era utilísima para suavizar el carácter del espectador e inspirarle sentimientos de humanidad. En este mismo sitio maldito se trataba el precio de la sangre, otra muestra de sabiduría ancestral, que conducía sistemáticamente a la comisión de crímenes mercenarios, los más espantosos que se cometen bajo del cielo. En una palabra: Old Bailey era en aquel tiempo un precioso comentario de la opinión que pretende que todo lo que existe es equitativo y bueno; opinión decisiva, y muy convincente para la pereza, si no llevara consigo esta consecuencia forzosa: que nada de lo que ha existido ha sido nunca malo.

Jerry llegó a la puerta de los testigos abriéndose paso a través de los grupos que obstruían este horrible teatro de repugnantes escenas, y entregó la carta al conserje por la ventanilla del despacho de entradas, porque entonces se pagaba por el drama que se representaba en Old Bailey lo mismo que para asistir al que se daba en Bedlam^[14], con la única diferencia de que el primero era mucho más caro que el segundo. He aquí la razón de que las puertas de la cárcel estuvieran cerradas y custodiadas, todas menos la que servía para introducir a los acusados, que estaba siempre abierta de par en par.

Después de vacilar un rato, la puerta a la que había llamado el señor Jerry Cruncher se entreabrió rechinando, y le permitió entrar hasta la sala del tribunal.

—¿En qué punto está la causa? —preguntó Jerry en voz baja a uno de los presentes.

—Aún no han empezado.

—¿De qué se trata?

—De un caso de alta traición.

—Es decir, ¿que harán cuatro pedazos del reo?

—Sí —respondió el interpelado con un gesto de satisfacción—. Lo arrastrarán, lo ahorcarán a medias, lo descolgarán después de la horca, le desollarán en vida el pecho, el vientre, las piernas y los costados; le quitarán las carnes, las quemarán a su vista; le cortarán la cabeza, y finalmente lo descuartizarán... así lo expresa la sentencia.

—Si se le reconoce culpable... por supuesto —añadió Jerry.

—¡Oh! No temáis —respondió el otro—; lo condenarán; tenedlo por seguro.

El conserje llamó entonces la atención del señor Cruncher, pues lo vio acercarse al señor Lorry con el billete que debía entregarle. El señor Lorry estaba en una mesa, entre caballeros con peluca, cerca del abogado del acusado, y casi enfrente de otro caballero, también con peluca, que, con las manos en los bolsillos, parecía concentrado, cuando el señor Cruncher lo miraba, ahora o más adelante, en el techo de la sala. Después de haber tosido varias veces con estrépito, de agitar la mano y de frotarse la barba, el señor Cruncher logró hacerse ver por el señor Lorry, que se había puesto de pie para buscarlo con la mirada, y que, habiéndolo visto, le hizo una ligera señal con la cabeza, tras lo cual volvió a sentarse inmediatamente.

—¿Qué tiene que ver con el caso? —le preguntó el hombre con el que había hablado.

—Que me ahorquen si lo sé —dijo Jerry.

—¿Y podría saberse qué papel tenéis vos? —preguntó el hombre con vivo interés.

—Tampoco lo sé.

La llegada del juez y el tumulto que ocasionó interrumpieron este diálogo. Todas las miradas se dirigieron al momento a la puerta que comunicaba con la cárcel, y los dos carceleros que allí se veían desde la entrada del público desaparecieron un instante para volver con el acusado y acompañarlo ante el tribunal.

Todos los presentes, con la única excepción del caballero que tenía las manos en los bolsillos, abrieron la boca y los ojos y clavaron la mirada en el acusado. El aliento de todos los pechos voló hacia él como una ola arrastrada por la corriente; varias cabezas inquietas se inclinaron con esfuerzo para verlo en torno a las columnas, en los rincones y en las ventanas; los que estaban en el anfiteatro se levantaron para no perder un detalle de un espectáculo tan interesante; los que se hallaban al nivel de la mesa del tribunal apoyaron las manos en los hombros de las personas que tenían delante y los demás se encaramaron en sus asientos, en el borde de una alfombra, en cualquier parte, para contemplar al héroe del drama que iba a dar comienzo. Entre estos últimos destacaba Jerry, como un trozo viviente del muro de espinos de la

prisión de Newgate, mezclando su aliento a cerveza (se había bebido una de camino) con los de aguardiente, ginebra, té, café, vino y mil cosas más que se dirigían al acusado, y que ya se disolvían ante las anchas ventanas que tenía detrás en una mezcla impura de neblina y lluvia.

El blanco de todas las miradas era un joven de unos veinticinco años, de gallarda presencia, de facciones agraciadas, de aspecto noble y distinguido, de ojos oscuros y de tez tostada por el sol. Llevaba un traje sencillo de color pardo, y sus cabellos castaños estaban atados por detrás con una cinta que los sujetaba más por comodidad que por adorno. Como el alma revela siempre lo que siente, a pesar de la regia máscara con que se cubra el rostro, la emoción del acusado se manifestaba en la palidez de sus mejillas. Sin embargo, estaba tranquilo y se sentó serenamente después de saludar al juez con desenvoltura y dignidad. El interés que inspiraba a la multitud y que mantenía todos los ojos abiertos y todos los corazones anhelosos no se debía a uno de los sentimientos que honran a la humanidad y la ennoblecen; la especie de fascinación que aquel desgraciado joven ejercía procedía de la espantosa sentencia que le amenazaba, y habría perdido parte de su fuerza si hubiera tenido más probabilidades de librarse de los pormenores del suplicio. El cuerpo que iba a ser tan horriblemente mutilado constituía el espectáculo para los ojos, y los tormentos que debía padecer aquel ser mortal, cuyas carnes y miembros iban a ser arrancados, constituían la emoción. Cualquiera que fuese el barniz que los espectadores de tan vergonzoso drama, según su mayor o menor habilidad en el arte de engañarse a sí mismos, llegasen a extender sobre los motivos que los habían arrastrado al tribunal, el interés que se tomaban tenía su origen en un instinto feroz y salvaje.

¡Silencio! El día anterior Charles Darnay se había declarado inocente de una acusación formulada contra él (con mucho ringorrango) de traición al poderosísimo, celeberrimo, excelentísimo y augustísimo príncipe su majestad el rey de la Gran Bretaña; de haber prestado diferentes veces y por medios fraudulentos su cooperación al rey de Francia en su guerra contra dicho príncipe poderosísimo, celeberrimo, excelentísimo, etc.; de haber hecho múltiples viajes de los Estados de su augusta y poderosa majestad británica a los de dicho rey de Francia con objeto de revelar malvadamente, falsamente, traidoramente (y otras injurias acabadas en «mente») a dicho rey de Francia cuáles eran las fuerzas que nuestro dicho príncipe poderosísimo etc., se disponía a enviar a Canadá y Norteamérica. Después de seguir todos los circunloquios de este extracto del acta de acusación, Jerry, con el pelo cada vez más en punta a medida que la ley multiplicaba los adverbios y los superlativos, descubrió con alegría que iba por fin a empezar el proceso del mencionado Charles Darnay, que todos los individuos del jurado habían prestado juramento y que el fiscal estaba a punto de pronunciar su dictamen.

El acusado, que ya mentalmente había sido ahorcado, desollado y decapitado por la concurrencia, y que sabía que lo había sido, estaba tranquilo y digno, sin que se advirtiera afectación en su actitud ni en su fisonomía. Seguía con gesto grave y atento

la apertura de los debates, y se dominaba lo suficiente para no desarreglar ninguna de las matas de hierba que cubrían la mesita donde apoyaba las manos. Toda la sala estaba cubierta de plantas aromáticas, y se habían hecho aspersiones con vinagre para combatir los efluvios de la cárcel y prevenirse contra los ataques de las pútridas calenturas que tenían su foco en los calabozos. Frente al banco de los reos había un espejo destinado a reflejar la luz sobre la cabeza del acusado. ¡Cuántos miserables se habían sentado allí y su imagen había desaparecido de la tierra al mismo tiempo que del espejo! ¡Qué ejército de espectros se levantaría en aquel sitio abominable si el cristal devolviera todos los rostros que en él se habían reproducido, como un día debe arrojar el océano todos los cadáveres que tragan sus aguas! No sé si la idea de la deshonra que esperaba a su memoria y tal vez la del suplicio cruzaron por la cabeza del acusado, pero es indudable que Charles Darnay hizo un movimiento, y cambiando de actitud, alzó los ojos para ver de dónde salía la luz que hería su rostro.

La sangre se le subió a la cara cuando vio el espejo que tenía delante, y su mano apartó vivamente las hierbas que había en la mesa. Deseando evitarlo, volvió la cabeza hacia el tribunal, a la izquierda, y vio a la altura de sus ojos, cerca de donde se sentaba el juez, a dos personas que llamaron su atención de una manera tan súbita y produciéndole una impresión tan viva que todas las miradas que hasta entonces se centraban en él se dirigieron a ellas.

Vieron entonces a una joven de veinte a veintidós años y a un anciano que indudablemente era su padre, el cual resultaba desde luego llamativo por sus cabellos de una blancura de nieve y por la expresión indescriptible de su rostro, reflejo de un espíritu poco activo, pero de una profundidad y un poder de meditación extraordinarios. Cuando estaba abstraído, lo cual parecía habitual en él, se habría dicho que era viejo, pero, cuando se animaba, como ahora, que hablaba con su hija, era verdaderamente hermoso y parecía no haber pasado la juventud.

La joven, aunque estaba sentada, había cruzado sus manos sobre el brazo de su padre, a quien se acercaba cuanto le era posible por el temor que le inspiraba aquella escena. Era fácil comprender que veía únicamente el peligro del acusado; su rostro pálido expresaba tanta alarma y su compasión era tan visible y tierna que los espectadores, que no se habían compadecido de él, la miraron con interés y piedad y se preguntaron unos a otros en voz baja si conocían a la joven y al anciano.

Jerry, que los contemplaba también, mientras se limpiaba las manchas de óxido de los dedos, alargó el cuello para oír mejor lo que se decía a su alrededor.

«¿Quiénes son?» era la pregunta que se había repetido de boca en boca entre la multitud hasta llegar al oído de un portero del tribunal, y la respuesta de éste volvía a los que la habían suscitado, pero con lentitud. Llegó, sin embargo, al sitio que ocupaba Jerry.

—Son testigos.

—¿En pro o en contra?

—En contra.

El juez, que había cedido al impulso general, apartó la mirada de los testigos, se apoyó en los brazos de su sillón y observó con firmeza al hombre cuya vida estaba en sus manos, mientras el fiscal se levantaba para hilar la soga, afilar el hacha y levantar el cadalso.

III

Una decepción

El fiscal tenía que decir a los jurados que el acusado, aunque joven en edad, era ya viejo en la práctica de la traición, crimen capital que merecía la pena de muerte. Que las relaciones del acusado con el enemigo público no databan de hoy, ni de ayer, ni aun del año pasado o del anterior, pues era cierto que hacía mucho tiempo que Charles Darnay iba continuamente de París a Londres, y de Londres a París, para urdir negocios secretos de los que no había podido dar una explicación convincente. Que, si el criminal hubiera podido salir airoso de sus culpables empresas (lo cual por fortuna no sucedió), su profunda maldad no se habría conocido nunca, en vista de la infame habilidad que desplegaba en sus tenebrosos manejos; pero que la Providencia había inspirado en el corazón de un hombre de bien, sin reproche así como sin temor, la idea de descubrir los planes del traidor, y, lleno de horror, había dado parte de su descubrimiento al primer ministro de su majestad. Que este hombre puro y leal, cuya conducta y actitud no habían dejado un solo instante de ser sublimes, se presentaba como testigo, pues, a pesar de haber sido íntimo amigo del acusado, desde el día a la vez propicio y doloroso en que se cercioró de la culpabilidad de quien merecía su aprecio, resolvió sacrificar en el ara sagrada de la patria al infame al que no podía ya amar ni apreciar. Que, si se alzaran estatuas en Inglaterra a los bienhechores públicos como antiguamente en Grecia y en Roma, probablemente se erigiría una a la gloria de tan excelente ciudadano, pero que, no siendo costumbre inglesa, recibiría en cambio otro premio digno de su heroicidad. Que la virtud, como grandes poetas han proclamado en muchos pasajes de sus obras, pasajes que el jurado en masa, como no dudaba el fiscal, tenía textualmente en la memoria, que la virtud es contagiosa, en especial esa virtud gloriosa que lleva el nombre de patriotismo, esto es, amor a la patria, y que el sublime ejemplo del testigo sin mancha, en cuya palabra infalible se apoyaba el órgano de la ley, había despertado en el criado del acusado la santa determinación de registrar los bolsillos de su amo y examinar con cuidado sus papeles secretos. Que él, el fiscal, estaba preparado para escuchar la acusación de mal ciudadano que con seguridad caería sobre el comportamiento de tan admirable servidor, pero que personalmente lo prefería en cierto modo a sus parientes más próximos y lo tenía en mayor aprecio que a su propio padre; y que no esperaba menos del jurado, confiando en que no dejase de dar prueba del sentimiento de equidad en ocasión tan solemne. Que el testimonio del antiguo amigo y del antiguo criado del acusado, unido a los documentos probatorios presentados ante el tribunal, dejaban constancia de una manera incontestable de que el acusado tenía en su poder la lista de las fuerzas de su majestad británica, los planes de campaña que debían seguir los

ejércitos ingleses, tanto en tierra como en mar, y no permitían poner en duda que el acusado no tuviera la intención, y hasta el hábito, de transmitir estos preciosos detalles al jefe del pueblo enemigo. Que no era posible demostrar que tales notas estuviesen escritas de puño y letra del acusado, pero que esta circunstancia no disminuía la gravedad del hecho, y era por el contrario una prueba de la maldad que había presidido todas sus viles maquinaciones. Que los debates demostrarían de la manera más evidente que estas prácticas fraudulentas y traidoras databan ya de cinco años, esto es, que se remontaban a la época del primer combate entablado entre los americanos y las tropas del rey de Inglaterra, y que por todos estos motivos los jurados, siendo hombres leales por excelencia, debían necesariamente declarar al acusado culpable del crimen que se le imputaba, independientemente de la repugnancia que pudiera inspirarles la aplicación de la pena impuesta por la ley; y que no tendrían jamás un momento de paz, ni podrían soportar la idea de que sus esposas durmieran o de que sus hijos se sumieran en un sueño apacible, en una palabra, que nunca más podrían, ni ellos ni sus familias, reclinar la cabeza sobre la almohada si no caía la del acusado bajo el hacha del verdugo. El fiscal pedía esta cabeza en nombre de todo cuanto pudiera decir con un giro elocuente, y con la fe solemne que tenía en que el preso era ya hombre muerto y enterrado.

Cuando el fiscal pronunció la última palabra de su arenga, se alzó en todos los puntos del auditorio un confuso zumbido, como si se hubieran reunido en torno al acusado millares de moscas deseosas de posarse en él como sobre un cadáver. Cesó después el zumbido y, cuando se restableció el silencio, se presentó como testigo el patriota sin mancilla.

El procurador general, siguiendo los pasos de su digno y elocuente jefe, procedió al interrogatorio del patriota: su nombre, John Barsad, hidalgo. La historia de su alma pura y de su conducta sublime fue exactamente la misma con que el fiscal había edificado a su auditorio, y el único defecto que pudo echársele en cara fue el de recordar demasiado literalmente la versión anterior. Después de aliviar su noble pecho del peso que lo oprimía, el eminente ciudadano se habría retirado con modestia si el abogado del acusado, que se hallaba cerca del señor Lorry, no le hubiese dirigido algunas preguntas. El caballero de la peluca que se sentaba enfrente seguía mirando al techo.

¿Había sido el testigo también un espía? ¡Cielos! Tan vil insinuación solo merecía su desprecio. ¿Con qué medios contaba para subsistir? Tenía tierras. ¿Dónde las tenía? No podría decirlo ahora porque no recordaba el nombre. ¿Qué clase de tierras eran ésas? No necesitaba decirlo. ¿Las había comprado o heredado? Heredado. ¿De quién? De un pariente lejano. ¿Había estado alguna vez en la cárcel? Él... ¿En la cárcel por deudas? No sabía qué tenía que ver eso con lo que se trataba actualmente... ¿No había estado nunca en la cárcel por deudas? ¿Por qué insistía en eso? ¿Nunca? Pues bien; sí. ¿Cuántas veces? Una o dos. ¿No eran cinco o seis? Tal vez. ¿Cuál era su profesión? Terrateniente e hidalgo. ¿No había recibido nunca un

puntapié? ¡Quién sabe! ¿Con frecuencia? Eso no. ¿Nunca lo habían tirado por una escalera? Nunca, aunque una vez, hallándose en un primer piso, lo empujaron con fuerza y rodó por la escalera arrastrado por su propio peso. ¿No fue por haber jugado con dados falsos? De eso lo acusaba el desvergonzado que causó su caída, pero era una calumnia. ¿Lo juraría? Si se lo exigieran... ¿Era jugador de profesión? No. ¿Nunca había pedido dinero prestado al acusado? Sí. ¿Y se lo había devuelto? No. ¿Se reducían sus relaciones con el acusado a un empréstito continuo en forma de gastos de carruaje, posada, vestido, etc.? No tanto como eso pero... ¿Estaba completamente seguro de haber visto esas líneas de las que se había hablado en poder del acusado? Segurísimo. ¿Podía dar más informes sobre esos papeles? No. ¿Cuánto creía que le pagarían por la denuncia? ¡Cielos! ¿No esperaba recibir del gobierno un buen empleo, como el de agente de policía, por ejemplo? ¡Qué disparate! ¿O cualquier otra colocación? ¡Qué horror! ¿Lo afirmaría bajo juramento? Por todo lo más sagrado; el patriotismo más puro había inspirado sus actos.

El virtuoso criado, Roger Cly, prestó a continuación juramento y multiplicó sus protestas con ardor. Había entrado al servicio del acusado, de buena fe, hacía cinco años.

Había preguntado al acusado, a quien conoció por casualidad en el buque correo de Calais, si necesitaba un servidor inteligente y probo, y de este modo entró a su servicio. Diversas circunstancias despertaron sus sospechas, y resolvió no perder de vista a su amo. Encontró, por consiguiente, muchas veces en sus bolsillos papeles enteramente iguales a los que había presentado, y las listas que el tribunal tenía a la vista las había sacado del escritorio donde el acusado las escondía bajo llave. También lo había sorprendido enseñando dichas listas a franceses, tanto en Calais como en Boloña, y animado por el amor patrio, no había podido menos de indignarse al ver tales manejos y se apresuró a denunciarlos a la justicia. ¿Nunca lo habían acusado de haber robado una tetera de plata? Únicamente le habían atribuido el robo de un tarro de mostaza, pero el tal tarro era de plaqué. ¿Estaba en relaciones con el anterior testigo desde hacía siete u ocho años?; pero eso era una simple coincidencia. No podían sorprender a nadie las coincidencias, por extrañas que fueran, porque todas tienen un carácter más o menos singular. Su único motivo había sido también el patriotismo más ferviente. Él era un leal inglés, y esperaba que hubiera muchos ciudadanos como él.

Volvieron a zumbar las moscas. Restablecido el silencio en la sala, el fiscal llamó al señor Jarvis Lorry y le preguntó:

—¿Estáis empleado en la Banca Tellstone?

—Sí.

—¿Hicisteis un viaje de negocios por cuenta de la Banca Tellstone un viernes por la noche de noviembre de 1775?

—Sí.

—¿Os trasladasteis a Dover en el coche correo?

—Sí.

—¿Estabais solo en el carruaje?

—No; iba con otros dos viajeros.

—¿Bajaron en el camino antes de amanecer?

—Sí.

—¿Queréis mirar al acusado y decirnos si era uno de vuestros compañeros de viaje?

—Me sería imposible responderos.

—¿Se parece a uno u otro de esos dos viajeros?

—Aquellos viajeros iban tan embozados y la noche era tan oscura que ni siquiera puedo hacerme una idea de cómo eran.

—Volved a mirar al acusado, señor Lorry, imaginadlo embozado como los dos viajeros de que hablamos, y ved si hay en su estatura, en su conjunto, algún indicio que haga probable que fuese uno de vuestros dos compañeros de viaje.

—No puedo responderos.

—¿Afirmaríais bajo juramento que no estaba en el coche?

—No.

—En tal caso reconocéis que podría ser uno de los dos viajeros.

—Sería posible. Diré sin embargo que esas dos personas tenían un miedo excesivo a los ladrones, temor del que yo también participaba, y me parece que el acusado no es hombre que se asuste tan fácilmente.

—¿Estáis seguro de no haber hablado nunca con el acusado?

—He hablado con él algunas veces.

—¿En qué ocasión?

—Cuando regresé de París, algunos días después de haberme embarcado en Dover; el acusado estaba a bordo del mismo buque, e hicimos juntos la travesía.

—¿A qué hora se embarcó?

—Era ya más de medianoche.

—Es decir, en medio de las tinieblas. ¿Llegaron a la misma hora algunos otros viajeros?

—Por una casualidad...

—No recurráis a esa expresión de duda, señor Lorry. El acusado, que está aquí presente, ¿fue el único que se embarcó a aquella hora avanzada?

—Sí.

—Y vos, ¿estabais solo?

—No; me acompañaba un antiguo amigo con su hija que están aquí como testigos.

—¿Trabasteis conversación con el acusado?

—Apenas nos dirigimos algunas palabras; el mar estaba borrascoso, la travesía fue larga y penosa, y estuve acostado hasta que llegamos a Dover.

—Está bien. ¡Señorita Manette!

La joven, de la que antes estaban pendientes todas las miradas y que ahora volvía a atraerlas, se levantó del asiento, pero no se movió de ahí, ni dejó de apoyarse en el brazo de su padre, que se había levantado al mismo tiempo que ella.

—Señorita Manette, mirad al acusado.

Tanta compasión en la mirada, tanta alma y tanta hermosura sometieron al acusado a una prueba mucho más ardua que cuantas había sufrido desde que se hallaba en presencia de los jueces. Aunque estaba al borde del sepulcro, y a pesar de las miradas ávidas que lo atenazaban y de la presencia de ánimo que había manifestado hasta entonces, le fue imposible conservar la calma. Sus manos recogían convulsivamente las hierbas de la mesa como para formar un ramo de flores imaginarias, y sus esfuerzos por dominar la respiración hacían temblar sus labios, de donde la sangre refluía hacia su corazón.

Las moscas zumbaban en la sala.

—Señorita Manette, ¿habíais visto ya al preso?

—Sí, señor.

—¿Dónde?

—A bordo del buque correo de Calais a Dover y en las circunstancias de que acaba de hablarse.

—¿Estabais con el señor Lorry?

—Sí, señor, y era entonces muy desgraciada.

El dolorido tono de su voz armoniosa fue ahogado por la voz mucho menos musical del juez, que le dijo con severidad:

—Contestad sin comentarios a las preguntas que se os hagan. ¿Hablasteis con el acusado durante la travesía?

—Sí, señor.

—¿Recordáis sobre qué versó la conversación?

—Cuando este caballero subió al buque —dijo con voz débil en medio del más profundo silencio—, entonces...

—¿Habláis del acusado, señorita Manette? —le preguntó el juez frunciendo el entrecejo.

—Sí, señoría.

—Pues en tal caso no lo llaméis caballero sino acusado.

—Cuando el acusado subió al buque, le llamó la atención la debilidad de mi padre, el cual estaba tan enfermo que no me atrevía a hacerle bajar al camarote por temor de que le faltase el aire. Le había arreglado una cama sobre el puente al lado de la escalera que conducía a los camarotes y me coloqué a su lado. El buque no llevaba más pasajeros que nosotros cuatro. El acusado tuvo la amabilidad de darme sus consejos y de ayudarme a abrigar mejor a mi padre, pues yo no sabía de qué lado soplaría el viento cuando saliéramos del puerto. Se tomó tantas molestias para sernos útil, lo hizo con tanta dulzura y manifestó una compasión tan profunda por el estado

angustioso de mi padre que no vacilé en corresponderle con mi gratitud, y de este modo se inició entre nosotros la conversación.

—¿Estaba solo el acusado en el momento de subir al barco?

—No, señor.

—¿Cuántas personas lo acompañaban?

—Dos franceses.

—¿Hablaron de negocios? ¿Duró mucho la conversación?

—Hablaron hasta que los franceses tuvieron que bajar del barco.

—¿Se entregaron listas parecidas a éstas?

—Llevaban papeles en la mano, pero no sé lo que había escrito en ellos.

—¿Tenían esos papeles la dimensión y la forma de éstos?

—Lo ignoro.

—¿Qué decían aquellos señores?

—Tampoco lo sé. Estaban en el último escalón, cerca de la luz que había en la entrada de la cámara, pero hablaban en voz baja, y por otra parte yo no les prestaba atención.

—¿Qué os dijo el acusado?

—Se mostró tan franco y amable conmigo como cariñoso y atento con mi padre. Dios sabe que no quisiera corresponder a sus bondades diciendo algo que pudiese perjudicarlo.

Zumbidos en la sala.

—Señorita Manette —repuso el juez—, si el acusado no ha comprendido ya que respondéis con extrema repugnancia a las preguntas que os hago, será seguramente el único de la sala en dudarle. Dignaos continuar.

—Me contó que viajaba por negocios y que debía cumplir una misión tan espinosa que había tenido que cambiar de nombre para no comprometer a su familia, y añadió que aquel negocio lo llevaría muy pronto otra vez a Francia y lo obligaría durante mucho tiempo a cruzar con frecuencia el Estrecho.

—¿No os habló de América? Precisad vuestra respuesta y recordad todas las palabras del acusado.

—Trató de explicarme los motivos de la contienda y dijo que, en su opinión, Inglaterra estaba equivocada. Añadió en tono de broma que el nombre de George Washington sería tal vez algún día tan célebre como el de Jorge III, pero repito que lo decía todo riendo, sin meditarlo y como si hubiese dicho la cosa más indiferente.

La expresión grabada en las facciones de un actor que despierta el mayor interés de su público se refleja en general en el rostro de los individuos que cautiva, sin que ellos mismos lo adviertan, y por lo tanto el juez, que con la cabeza inclinada iba escribiendo la contestación de la muchacha, encontró en la mayor parte de los asistentes la horrible ansiedad que se veía pintada en el rostro de aquélla cuando levantó la cabeza con sorpresa al oír tan espantosa herejía sobre la gloria futura de George Washington.



Habiendo manifestado el fiscal al juez que convendría interrogar al padre de la joven, aunque no fuera más que por mera fórmula, el doctor Manette fue llamado como testigo.

—Doctor Manette, ¿habíais visto ya al acusado?

—Una vez, cuando vino a hacerme una visita. Desde entonces han pasado tres o cuatro años.

—¿Reconocéis en él a vuestro compañero de viaje al venir a Inglaterra, y podéis decir qué es lo que habló entonces con vuestra hija?

—Me es completamente imposible contestaros.

—¿Tenéis alguna razón especial que os impida contestar a esta pregunta?

—Sí, señor.

—¿Es cierto, señor Manette, que tuvisteis la desgracia de estar en la cárcel sin formación de causa en vuestro país natal durante muchos años?

—¡Oh! Sí, durante muchos años —respondió el testigo con una voz que conmovió todos los corazones.

—¿Hacía poco tiempo que estabais libre cuando vinisteis a Inglaterra?

—Así me lo han dicho.

—¿Conserváis algún recuerdo del viaje?

—Ninguno; había en mi inteligencia un vacío completo desde la época (ni yo mismo sé cuál) en que empecé a hacer zapatos en la cárcel hasta el momento en que me hallé en Londres con mi hija. La presencia de esta querida hija mía había llegado a serme familiar cuando Dios permitió en su infinita misericordia que recobrase la razón; pero no sé explicarme cómo me familiaricé con esta nueva forma de vida, ni tampoco puedo decir cómo llegué a reconocer a mi hija o más bien a cerciorarme de su cariño y de los cuidados que me prodigaba.

El fiscal se sentó, y se sentaron también el doctor Manette y su hija.

Se trataba además de probar que el acusado había partido de Londres un viernes por la noche del mes de noviembre de 1775 en el coche correo de Dover con uno de sus cómplices cuyo paradero no había podido averiguarse; que los dos bajaron del coche antes de amanecer en un paraje en el que no se quedaron mucho tiempo pero del que salieron, recorriendo más de dieciocho kilómetros en dirección contraria, hasta una ciudad fortificada de la costa donde recabaron cierta información. Se llamó a un testigo para declarar que el acusado estaba precisamente a la hora indicada en el comedor de una fonda de aquella ciudad fortificada de la costa, donde esperaba a una persona que llegó poco tiempo después. El defensor hizo a su vez diferentes preguntas al testigo, sin conseguir de él otra declaración que la de que únicamente había visto al acusado en aquella ocasión, pero que estaba seguro de que era él. El caballero de la peluca que no había apartado la mirada del techo desde el principio de la audiencia escribió entonces dos o tres palabras en una hoja de papel que entregó al defensor.

Éste lo leyó y miró al acusado con mucha atención.

—¿Estáis seguro —preguntó al testigo— de que era el acusado?

—Segurísimo.

—¿No habéis visto nunca a nadie que se pareciese al acusado?

—Nunca, al menos a nadie que se le pareciese hasta el punto de dar lugar a una equivocación.

—Dignaos mirar a mi sabio colega —prosiguió el defensor señalando al abogado que le había entregado el papel—. ¡Muy bien! Mirad ahora al acusado. ¿Qué respondéis? ¿No son completamente iguales?

Era indudable que, a excepción de la indolencia que caracterizaba al sabio colega, su traje poco aseado y cierto aspecto de fatiga, por no decir de excesos, se advertía entre él y el acusado una semejanza muy pronunciada, y todo el mundo se sorprendió desde que fue requerida su atención sobre este punto. Se suplicó al juez que mandara al sabio colega que se quitara por un instante la peluca, una petición a la que condescendió el señor magistrado de mal humor, y la semejanza era notable. El juez preguntó al señor Stryver (el defensor del acusado) si tenía intención de poner en duda la lealtad del señor Carton (el sabio colega) y acusarlo de alta traición. El señor Stryver en absoluto abrigaba semejante intención y únicamente preguntó a los señores jurados si el hecho que acababa de exponerse ante el tribunal no podía haber tenido lugar en otra circunstancia, y alegó que, después de este incidente, el testigo se convencería de que era temerario reconocer en el acusado a una persona a quien solo vio de paso en una fonda. Resultó de este incidente que el testigo no supo qué contestar y se retiró avergonzado.

El señor Cruncher había tenido tiempo en el curso de las declaraciones para limpiarse las manchas de óxido de los dedos. Ahora se disponía a oír la defensa del señor Stryver, que combatió el examen del fiscal, dándole la vuelta como una casaca;

indicó a los jurados que el patriota Barsad era un espía pagado, un vil calumniador que traficaba con la sangre de los desdichados que denunciaba y uno de los traidores más desvergonzados que habían existido desde Judas, a quien se parecía hasta en la cara, y que el virtuoso Roger Cly era su cómplice desde hacía más de diez años. Mostró cómo estos dos hombres, tan perjuros como falsarios, eligieron al acusado para sacrificarlo a sus infamias, y cómo éste, teniendo relaciones de familia que lo obligaban a ir continuamente a Francia, su país natal, había proporcionado pruebas aparentes del crimen que se le imputaba, pruebas que explotaban con malvada destreza los falsos testigos, los cuales, después de haber vivido a sus expensas, estaban ahora interesados en deshacerse de él. Mostró, asimismo, que la declaración arrancada a la señorita Manette, cuya angustia había advertido toda la sala, establecía únicamente que el acusado tuvo con la joven las consideraciones y la galantería de un joven bien educado, que su conversación no fue más que un pasatiempo, si se exceptúan las palabras que salieron de la boca del acusado respecto a la gloria de Washington, tan extravagantes que era imposible ver en ellas más que una monstruosa broma. El defensor añadió que sería una flaqueza indigna del Estado aprovecharse de semejante causa para tratar de hacerse popular, halagando las antipatías y los terrores nacionales más bajos y menos motivados, y que, a pesar de su celo y de la importancia que se había esforzado en dar al asunto, el fiscal no tenía más base ni prueba que los testimonios de dos hombres cuyo carácter infame bastaba para deshonar y desacreditar ante Europa a los tribunales de la Gran Bretaña. El juez interrumpió entonces al abogado adoptando un aire grave, como si escuchara una falsedad, y dijo que no toleraría semejantes alusiones mientras tuviera el honor de sentarse en el banco que ocupaba.

El señor Stryver presentó entonces los testigos en pro del acusado. El señor Cruncher, después de oír sus declaraciones, se vio obligado a oír la réplica del fiscal, el cual, volviendo al revés la casaca que el defensor había cortado a los jurados, probó que Barsad y Roger Cly eran infinitamente más honrados y el acusado cien veces más pérfido de lo que había creído en un principio. Finalmente, el juez tomó la casaca, la enseñó por el paño y por el forro, y le dio con decisión el corte definitivo haciendo de ella un sudario destinado al acusado.

Los jurados dieron comienzo a su deliberación y las moscas volvieron a zumbar a más y mejor.

El señor Stryver, el elocuente defensor, reunió los papeles que tenía delante, cuchicheó con sus colegas mirando de vez en cuando a los jurados. El señor juez se levantó y se paseó por el estrado, perseguido por la idea de que había miasmas pútridos en la atmósfera, idea que atormentaba a varios individuos del tribunal. Únicamente el docto colega del señor Stryver seguía sentado con las manos en los bolsillos, la toga medio caída, la peluca torcida y mirando al techo. Se advertía en él una pereza y una dejadez que disminuían de tal modo su semejanza con el acusado, especialmente la que tenía en el momento en que se compararon las dos caras, que

algunos de los asistentes compartieron su sorpresa y no acertaban a explicarse cómo era posible que se diferenciara tanto del acusado teniendo las mismas facciones.

El señor Cruncher hizo esta observación al hombre que tenía al lado, y añadió:

—Apostaría media guinea a que es un abogado de pleitos. Semejante facha no es propia de un hombre de talento.

Sin embargo, el señor Carton se enteraba de los detalles de la escena mejor de lo que creía el señor Cruncher, porque fue el primero en advertir que la cabeza de la señorita Manette se inclinaba sobre el hombro del doctor, y dijo alzando la voz:

—Ujier, ayudad a ese anciano a llevar a su hija fuera de la sala. ¿No veis que se desmaya?

El doctor y su hija despertaron la más viva simpatía entre los presentes. El señor Manette había sufrido indudablemente mucho cuando le recordaron su pasado, y la nube que de tanto en tanto oscurecía y envejecía su semblante no había dejado desde entonces de velar su rostro. Mientras el padre y la hija se abrían paso entre el público, el presidente del jurado dirigió la palabra al presidente del tribunal:

—Los señores del jurado no pueden ponerse de acuerdo y desean entrar en la sala de deliberaciones.

El juez, que no podía quitarse de la cabeza la idea de la gloria futura de Washington, se sorprendió de que los jurados no pudieran ponerse de acuerdo sobre un hecho tan sencillo, pero accedió a que fueran a deliberar a la estancia inmediata, y aprovechó la circunstancia para salir de la sala.

La noche se acercaba, y mientras encendían los quinqués, circulaba entre la multitud el rumor de que los jurados tardarían aún un largo rato en ponerse de acuerdo. Casi todos los espectadores salieron a tomar un refrigerio, y el acusado fue a sentarse cerca de la puerta que conducía a la cárcel.

El señor Lorry, que había acompañado al doctor y a su hija, volvió a entrar en el salón y llamó al señor Cruncher.

—Si necesitáis tomar alguna cosa —le dijo—, podéis salir, pero no os alejéis mucho y procurad estar aquí cuando se pronuncie el fallo, porque he de enviaros a casa. Sois el mensajero más ligero que conozco y llegaréis a Temple Bar antes que yo.

El señor Cruncher apenas disponía del espacio de frente necesario para tocársela con el índice en reconocimiento del chelín que acompañó esta orden.

Al mismo tiempo se acercó el señor Carton, y preguntó al socio de Tellson:

—¿Cómo está la joven?

—Muy disgustada por lo que ha pasado, pero mejor desde que le ha dado el aire.

—Voy a dar la noticia al acusado. No os mováis, porque no sería decoroso que un hombre de vuestro carácter, un hombre que ocupa cierta posición en el mundo de la banca, hablase en público con un preso.

El señor Lorry se ruborizó, como si confesara haber considerado íntimamente la posibilidad, y el señor Carton se dirigió hacia el exterior de la barra. La salida de la

sala estaba en esa dirección, y Jerry lo siguió, todo ojos, oídos y pelos de punta.

—Señor Darnay —dijo, y el preso se adelantó—, desearéis saber cómo está la señorita Manette, porque es muy natural. Acaban de decirme que su agitación empieza a calmarse y que está mucho mejor.

—Siento en el alma haber sido la causa de su malestar. ¿Tendríais la bondad de decírselo de mi parte y de manifestarle que le estoy sumamente agradecido?

—Con mucho gusto —respondió el señor Carton con un aire indiferente que rayaba en la insolencia—. Si os empeñáis...

—Me empeño en ello y os doy las gracias.

—¿Qué esperáis del jurado, señor Darnay? —repuso Carton.

—Que me condenará.

—Hacéis bien en no abrigar ilusiones, porque es muy probable que así suceda, pero el desacuerdo de los jurados me induce a creer que no seréis condenado.

Como estaba prohibido mientras se salía de la sala, Jerry no pudo escuchar más, pero dejó a los dos hombres —tan parecidos de cara y tan diferentes en lo moral— uno al lado del otro, reflejándose en el espejo que dominaba el banco de los acusados.

Transcurrió lentamente hora y media hasta que salieron los jurados, y a causa de los pasteles de cordero y de los vasos de vino que les habían prestado auxilio, dieron más de un traspie al dirigirse a sus asientos, según advirtieron los espectadores. Jerry, que después de comer y beber a su satisfacción, se había sentado en el banco en posición apta para echar un sueño, se despertó al rumor de un murmullo y fue arrastrado por la corriente que salía de la sala.

—¡Jerry! ¡Jerry! —gritó el señor Lorry, que estaba en la puerta.

—Aquí estoy, señor, aquí estoy. Tendré que servirme de mis puños para salir.

—Salid al momento —repuso el señor Lorry, entregándole un papel a través de la multitud—. No os detengáis en el camino.

—Bien, señor.

El papel que llevaba Jerry solo decía una palabra: «Absuelto».

—Si hubiera escrito de nuevo «resucitado» —murmuró Jerry—, esta vez lo habría entendido perfectamente.

No tuvo tiempo para entregarse a sus reflexiones, porque se vio obligado a correr para que no le cerrara el paso la multitud. Ésta se extendía ya por el patio y su zumbido salía a la calle, como si las moscas, viendo frustrada sus esperanzas, se lanzasen en busca de otro cadáver.

IV

Felicitaciones

Mientras se vertía el último sedimento de la estufa humana que hervía desde la mañana en la sala del tribunal, el doctor Manette; Lucie Manette, su hija; el señor Lorry, representante de la defensa, y su procurador, el señor Stryver, se reunieron alrededor del señor Charles Darnay, felicitándolo por haberse salvado de la muerte.

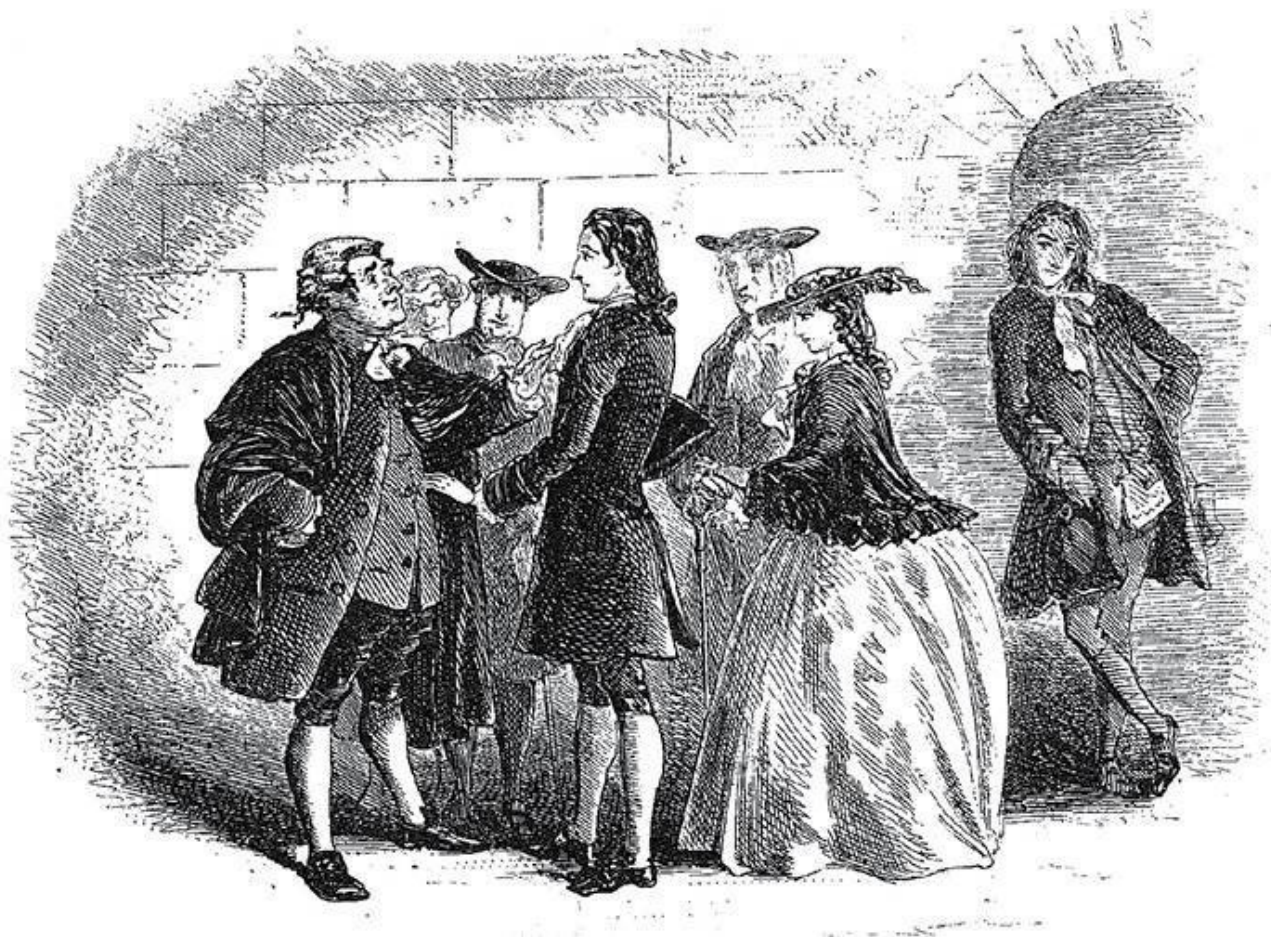
Habría sido difícil, aun con una claridad más brillante, reconocer en el doctor de rostro inteligente y de ademanes nobles al zapatero del arrabal de Saint Antoine. Sin embargo, el que lo miraba una vez no dejaba de volver a mirarlo, aun cuando no tuviera ocasión de reparar en el timbre doloroso de su voz grave y en el aire distraído que velaba de pronto sus facciones. No solo evocaban en lo profundo de su alma este estado de abstracción una causa exterior o una palabra relativa a sus años de agonía, sino que muchas veces la nube se formaba por sí misma, y tendía sobre los rasgos del antiguo preso una oscuridad tan incomprensible para los que ignoraban su historia como si en un cielo sereno vieran proyectarse la sombra de la Bastilla a pesar de los cuatrocientos cincuenta kilómetros de distancia.

Únicamente su hija tenía el poder de disipar estas nubes; era el hilo de oro que enlazaba los hermosos días del doctor con la calma que gozaba después de su miseria. La voz, la mirada y las caricias de Lucie ejercían en su padre una poderosa influencia, aunque recordara que en ciertos momentos no lo conseguían; pero estos momentos eran raros y de día en día adquiriría mayor certeza de que no se repetirían.

El señor Darnay besó la mano de Lucie con fervor, y después volvió el rostro al señor Stryver para darle las gracias. El abogado contaba apenas treinta y seis años y parecía tener cerca de cincuenta. Era grueso y bajo, tenía la voz chillona, las maneras bruscas, el cabello rubio, el rostro encendido, una falta completa de finura, y cierto modo de imponerse (física y moralmente) en una reunión o una conversación encogiéndose de hombros, indicio de su manera de imponerse en el mundo.

El señor Stryver, que no se había quitado aún la peluca ni la toga, se puso delante de su defendido con tal violencia que empujó inocentemente al señor Lorry y lo excluyó del grupo, donde él se quedó como en terreno conquistado.

—Tengo la gratísima satisfacción de haberos sacado de un mal paso, señor Darnay —dijo con desenvoltura—; era una causa infame e innoble, pero que por la misma razón debía seros más funesta.



—Recordaré toda mi vida el servicio que me habéis prestado —respondió el joven con entusiasmo.

—He hecho cuanto he podido, señor Darnay, y creo que mis esfuerzos valen tanto como los de cualquier otro abogado.

La galantería exigía que alguno de los presentes añadiera:

—Mucho más.

El señor Lorry se encargó de añadir esta frase galante con la intención tal vez de recobrar el puesto que había ocupado hasta entonces en el grupo.

—¿Lo creéis así? —preguntó el señor Stryver—. Mil gracias. Habéis asistido a los debates y debéis de entender en la materia, pues sois un hombre de negocios.

—Como tal —replicó el señor Lorry, a quien otro empujón del jurista había vuelto a expulsar fuera del grupo— apelo al doctor para que concluya la conversación y disponga que nos retiremos. La señorita Lucie está muy pálida, el señor Darnay ha pasado un día terrible y nosotros estamos rendidos.

—Hablad por vos —dijo el abogado— cuando se trata de descansar, porque yo trabajaré toda la noche.

—Hablo especialmente por la señorita Lucie y por el señor Darnay —contestó el señor Lorry—. ¿No creéis, hermosa Lucie, que hasta puedo hablar por todos nosotros? —añadió señalando con la mirada al doctor.

El rostro del anciano, pendiente de Charles Darnay, se había petrificado en una expresión particular que, cada vez más marcada, manifestaba la desconfianza y

aversión, por no decir temor.

—Padre mío —dijo Lucie apoyando la mano en su brazo. El doctor se deshizo de la sombra siniestra que cubría su rostro, y contempló a su hija.

—¿Nos retiramos?

—Sí —dijo, exhalando un hondo suspiro.

Acababan de apagar los quinqués y de cerrar sonoramente las macizas verjas: el horrible teatro iba a quedar desierto hasta que al amanecer volviese a poblarlo el poderoso interés que despertaban el cadalso, la picota y el látigo. Del brazo de su padre y del señor Darnay, Lucie Manette salió a la calle. Llamaron a un coche de alquiler, y en él partieron padre e hija.

El abogado los había dejado en el corredor para dirigirse al guardarropa. Otra persona, que no se había unido al grupo ni había cambiado una palabra con ninguno de sus miembros, pero que había estado apoyada en la pared en un lugar donde su sombra era más oscura, había salido en silencio y los había observado hasta que el coche arrancó. Ahora se adelantaba hacia el señor Lorry y el señor Darnay.

—¡Vaya, señor Lorry! ¿Pueden hablar ahora los hombres de negocios con el señor Darnay?

Nadie había reparado en el papel del señor Carton en la audiencia de aquel día; nadie lo conocía. Se había quitado la toga y la peluca, pero no por ello había mejorado su aspecto.

—Si hubierais podido ver, señor Darnay, la lucha que se desata en el ánimo de un hombre respetable cuando vacila entre la necesidad de ceder al impulso de un buen corazón y la de conservar las apariencias que imponen los negocios, os habríais divertido mucho.

—Caballero —dijo el señor Lorry ruborizándose y con cierto ardor—, habéis mencionado ya el hecho; pero permitidme que os haga observar que las personas que están al servicio de una casa importante no son nunca dueñas de sus propios sentimientos, y que deben pensar en los intereses que representan mucho más que en sus propios deseos.

—Lo sé —respondió Carton con indiferencia—. No os enfadéis, señor Lorry. Sois tan bueno como el que más, y hasta estoy convencido de que sois mejor.

—Os confieso, caballero —repuso el señor Lorry—, que no acierto a comprender por qué os tomáis tanto interés en lo que hago. Perdonadme si, valiéndome de mi prerrogativa de anciano, me permito daros un consejo, pues creo que haríais mucho mejor en ocuparos de vuestros asuntos.

—No los tengo —respondió el abogado.

—¡Peor! ¡Mucho peor!

—Soy de vuestro mismo parecer.

—Si los tuvierais —continuó el señor Lorry—, os ocuparíais de ellos y...

—Es probable que no —dijo el señor Carton interrumpiéndole.

—Haríais muy mal, caballero —dijo el anciano, exasperado ante tanta indiferencia—. Los negocios distraen y ennoblecen y no hay nada más respetable que el trabajo que exigen. El señor Darnay tiene demasiado talento para que deje de comprender mi situación, y me consta que es demasiado generoso para temer por un momento que se haya ofendido por la discreción con que me he conducido... Buenas noches, señor Darnay; espero que conservaréis la vida para gozar de toda clase de venturas y renuevo con toda sinceridad mi enhorabuena. ¡Cochero!

El señor Lorry, que estaba tan enojado consigo mismo como con el señor Carton por este movimiento de impaciencia, subió al coche y fue trasladado a la Banca Tellson.

—¿No os parece que es extraña la casualidad que nos reúne, señor Darnay? —dijo riendo Sidney Carton cuando el señor Lorry se hubo marchado—. Estáis esta noche en medio de la calle, solo con el hombre que tanta semejanza tiene con vos.

—Apenas sé si estoy vivo o muerto —respondió Charles.

—No me extraña. ¡Hace tan poco que estabais a punto de pertenecer al reino de los muertos! Me parece que estáis fatigado.

—En efecto, me siento muy débil.

—¿Por qué no cenáis? Yo lo he hecho ya mientras se dudaba de si debíais pertenecer a los vivos o a los muertos. ¿Me permitiréis que os acompañe a una hostería donde pueda cenar una persona decente?

Sydney Carton se apoderó del brazo de Charles Darnay, lo llevó hasta Lugdate y Fleet Street y, después de hacerle cruzar algunas calles, entró con él en una fonda situada en el extremo de un pasaje.

Introducidos en un pequeño aposento, Charles recobró muy pronto las fuerzas con el auxilio de una buena cena amenizada con un vino excelente, en tanto que Sydney Carton, sentado frente a él, saboreaba su botella de oporto, con su característico aire de indolencia.

—¿Empezáis a creer que aún estáis vivo? —preguntó al señor Darnay.

—Empiezo a comprenderlo, pero estoy tan confundido que ya no sé dónde me encuentro.

—Inmensa ha de ser vuestra satisfacción —repuso Carton con amargura y llenando el vaso—. ¿Creéis que mi único deseo consiste en olvidar si vivo o si no estoy ya en el mundo? A excepción del vino de Oporto, la tierra, donde soy completamente inútil, no me ofrece el menor aliciente. Sobre este punto estamos muy lejos de parecernos y, a decir verdad, estoy seguro de que nos parecemos muy poco en el aspecto moral. ¿Qué pensáis vos de lo que acabo de decir?

Turbado por las emociones del día y creyendo estar soñando al ver enfrente su propia imagen dotada de un carácter tan diferente del suyo, a Charles Darnay se le hacía tan arduo contestar que resolvió guardar silencio.

—Ahora que habéis cenado —continuó Carton—, ¿por qué no brindáis?

—¿Por quién he de brindar?

—Tenéis el brindis en la punta de la lengua.

—¿Por la señorita Manette?

—Cabal. ¡Por la señorita Manette!

Mientras brindaba por Lucie, el señor Carton no apartó la mirada del señor Darnay y, rompiendo el vaso, llamó para que le llevaran otro.

—Es muy linda, y ha de ser muy delicioso conducirla a su coche llevándola de la mano, en la oscuridad —dijo el abogado llenando el vaso que acababan de traerle.

—Sí —dijo Darnay con tono breve.

—Una niña hermosa cuya compasión debe de ser grato suscitar. ¡Qué impresión debe de causar este triunfo! ¿Os parece que es caro pagar con el peligro de ser condenado a muerte la simpatía de una mujer tan encantadora?

Darnay no contestó.

—Se alegró en extremo al escuchar las palabras que me encargasteis que le dijera, no porque lo manifestara, sino porque lo adiviné.

Esta alusión le recordó a Charles Darnay que el descarado Carton le había dado una prueba de generosidad en el momento de su desgracia, y aprovechó la circunstancia para cambiar de tema y darle las gracias por su bondad.

—No merezco vuestra gratitud —respondió Carton—; el encargo era agradable y lo cumplí sin esfuerzo. Permitidme únicamente que os haga una pregunta.

—Tenéis derecho a eso y a mucho más.

—¿Creéis que os tengo cariño?

—En verdad, caballero —respondió Darnay, desconcertado—, que nunca he pensado en semejante cosa.

—Pensadlo, pues, ahora.

—Os habéis portado conmigo como un amigo verdadero y, sin embargo, no creo que me tengáis cariño.

—Ni yo tampoco —dijo el abogado—; vuestra contestación me da una idea muy favorable de vuestro talento.

—No obstante —continuó Darnay levantándose—, supongo que no hay en vuestros sentimientos nada que pueda impedirme pagar la cena, y espero que nos separemos sin reñir.

—También yo lo espero —respondió Carton—. ¿Tratáis acaso de pagar por los dos?

—Si me lo permitís... así lo haré con gusto —repuso Darnay.

—En tal caso —dijo el abogado al mozo—, trae otra botella de oporto y acuérdate de despertarme a las diez.

Charles Darnay se levantó después de pagar la cuenta, y dio las buenas noches al señor Carton, el cual, levantándose también, le dijo con tono provocador:

—Dos palabras nada más, señor Darnay, antes de separarnos: ¿creéis que estoy embriagado?

—Creo que habéis bebido.

—Hacéis más que creerlo, estáis seguro.

—En efecto, señor Carton.

—Sabed, pues, el motivo de mi conducta; soy un miserable, un vago sin posición alguna; no hago caso a nadie, y nadie me hace caso a mí.

—Lo siento, caballero, porque podríais hacer mejor uso de vuestro talento.

—Sin embargo, señor Darnay, no os envanezcáis si os creéis superior; porque ¿quién sabe lo que nos depara el porvenir?

Cuando Carton se quedó solo, cogió la luz, se acercó al espejo que colgaba de la pared y se miró con atención.

—¿Profesas cariño a ese hombre? —preguntó a su propia imagen—. ¿Por qué habrías de quererle? ¿Porque se te parece? Pero ¿qué puede nadie querer en ti? Nada: hace mucho tiempo que lo sabes. ¡El diablo te confunda! ¡Qué cambio se ha producido en tu alma! ¿Es acaso una razón para apreciar a un hombre que te enseñe lo que hubieras podido ser y te haga comprender la inmensidad de tu caída? De haber estado en su lugar habrías recibido tú la mirada que esos ojos azules han clavado en él y habrías despertado la emoción que agitaba ese rostro. Responde, responde con franqueza: ¡tú lo detestas!

Y volviéndose hacia la botella para buscar un consuelo, la vació y se durmió con el rostro apoyado en los brazos, mientras sus cabellos esparcidos cubrían la mesa y sobre ellos se derretía la vela.

V

El chacal

En aquellos tiempos la mayor parte de los hombres bebía tanto, y ha habido en este punto un progreso tan notable en las costumbres, que cualquiera que citase en nuestros días la cantidad de licor que tragaba entonces un caballero sin perder por ello su reputación de hombre bien educado pasaría por ser un tipo ridículo y exagerado. La abogacía no se quedaba rezagada en estos hábitos báquicos en los que destacaban las demás profesiones de letras, y el mismo señor Stryver, que había recorrido ya un camino inmenso dirigido a una clientela tan lucrativa como numerosa, rivalizaba con los expertos más célebres, ya se tratara de apurar botellas, ya de vencer las dificultades de un litigio. Muy bien visto en el tribunal criminal, y todavía más en los tribunales civiles, el señor Stryver empezaba a subir con prudencia los escalones superiores de la escalera que había elegido subir. No solo Old Bailey, sino la Sala de la Corte del Rey^[15] tendían los brazos a su favorito, y se le veía llegar hasta el juez supremo, esto es, hasta el monarca, y asomar sobre una masa de pelucas su rostro rubicundo, que se inclinaba como un girasol hacia el astro esplendente del día.

Se había advertido en el foro que, si el señor Stryver estaba dotado de fácil elocuencia, de carácter poco escrupuloso y de un espíritu audaz y acertado en las réplicas, carecía sin embargo de la facultad de combinar los hechos y de sacar de ellos la esencia, que es uno de los dones indispensables para un abogado. Pero hacía algún tiempo que había dado a este respecto un paso inmenso: cuantos más asuntos tenía, con mayor profundidad parecía calar en los puntos fundamentales, y lo hacía con una penetración que hasta entonces se le había negado. Aunque hubiera pasado la noche rodeado de botellas y en el desorden de una orgía, al día siguiente tenía la causa en la punta de los dedos y sabía recurrir a medios de ataque o de defensa tan imprevistos como invencibles.

Sydney Carton, el hombre perezoso por excelencia, el que menos prometía en el foro, era el aliado, el amigo inseparable del señor Stryver, y con lo que bebían juntos desde el día de San Hilario hasta el día de San Miguel se habría podido poner a flote un navío de tres puentes. El distinguido abogado no trabajaba nunca sin que estuviese presente su amigo Carton con las manos en los bolsillos y los ojos fijos en el suelo o en el techo. Recorrían los dos los mismos «circuitos»^[16], se entregaban en provincias a las mismas orgías que en Londres, y las prolongaban tanto que muchos decían haber visto entrar en su casa a Carton al amanecer con paso furtivo y vacilante como un gato que vuelve de sus galantes aventuras. En una palabra, empezaba a cundir el

rumor, entre los que se interesaban en el asunto, de que si Carton no era un león, podía considerársele cuando menos un chacal^[17] al lado del señor Stryver.

—¡Las diez! —gritó el mozo de la fonda al que Carton había encargado que le despertara.

—¿Qué quieres? —preguntó el abogado, entreabriendo los ojos.

—Vengo a deciros que son las diez.

—¿Las diez de la noche?

—Sí, señor. Me habíais encargado que os despertara.

—¡Muy bien! ¡Muy bien! Me acuerdo.

Después de hacer algunos esfuerzos para volver a dormirse, esfuerzos que el mozo de la fonda combatió con destreza atizando el fuego y haciendo ruido con las tenazas, Carton se levantó, se puso el sombrero y salió.

Se dirigió a Temple Bar, recorrió dos veces la acera del paseo para despejarse y fue a llamar a la puerta del despacho del señor Stryver.

El escribiente del célebre abogado, que nunca asistía a estas conferencias nocturnas, se había retirado a su casa, y el mismo Stryver abrió la puerta a su colega. Llevaba una bata muy ancha y babuchas, se había quitado la corbata y la peluca para estar más cómodo, y sus ojos tenían ese brillo que se observa en todos los buenos bebedores y, a despecho de los artificios del arte, en todos los retratos de los siglos báquicos.

—Te has atrasado, señor Memoria —dijo el abogado.

—Un cuarto de hora —respondió Sydney.

Entraron en un aposento ahumado en el que las paredes desaparecían detrás de montones de libros y el escritorio, bajo legajos inmensos. Humeaba una vasija de hierro al lado de la chimenea, donde ardía un buen fuego, y se veía cerca del escritorio una mesa cargada de botellas de vino, aguardiente y ron, de azúcar y de limones.

—Veo que has apurado tu correspondiente botella, Sydney —dijo el abogado.

—Tienes mal ojo —respondió Carton—, porque he bebido dos. He cenado con el cliente de hoy, o más bien he mirado cómo cenaba, lo cual en el fondo es lo mismo.

—Has tenido una idea muy singular en la sala, Sydney.

—¿Cuál?

—La de hacerte comparar con el acusado. ¿Cómo se te ha ocurrido? ¿Cuándo has reparado en tu semejanza con el señor Darnay?

—Me ha parecido un buen mozo, y he pensado que yo habría sido como él si me hubiera favorecido la fortuna.

—Tú y la fortuna habéis estado siempre reñidos, pobre amigo mío —dijo Stryver, riéndose hasta el punto de dar tormento a su vientre precoz—. Pero dejemos las conversaciones ociosas y ¡manos a la obra!

El chacal se quitó la casaca y la corbata con gesto sombrío, entró en un aposento de al lado, de donde sacó un jarrón de agua, un barreño y dos toallas, empapó éstas en

agua, las retorció ligeramente, se las puso en la cabeza a guisa de turbante y se sentó junto a la mesa diciéndole a su colega:

—Empecemos.

—No hay mucho trabajo —dijo Stryver, con tono jovial, registrando los legajos de procesos.

—¿Cuántas causas?

—Dos solamente.

—Dame primero la más difícil.

—Elige, aquí están, Sydney; haz lo que quieras, pero no te detengas y despliega todo tu talento.

Después de pronunciar estas palabras con tono decisivo, el león se reclinó sobre un sofá, con las botellas a mano, mientras el chacal se sentaba delante de un mal escritorio, desde el cual podía alargar también su mano hasta las botellas que había sobre la mesa. Los dos amigos bebían continuamente, pero desplegaban figuras distintas en sus movimientos. El león, reclinado con indolencia y con una mano en la cintura, contemplaba el fuego de la chimenea y hojeaba de vez en cuando el proceso, y el chacal, con el ceño fruncido y el rostro atento, estaba tan profundamente absorto en su tarea que sus ojos no seguían siquiera la mano que alargaba para tomar el vaso. Cuando el trabajo ofrecía alguna dificultad, Sydney se levantaba para empapar nuevamente las toallas, y continuaba trabajando con su turbante, con una pinta que resultaba aún más excéntrica al lado de la gravedad del abogado.

Habiendo terminado por fin de preparar la comida del amo, el chacal se dispuso a servírsela, y el león se dignó tender la mano para recibir lo que le presentaban, eligió lo que le pareció conveniente y discutió su mérito siempre con el auxilio de su humildísimo servidor.

Entonces volvió a recostarse el león con ademán meditabundo. El chacal sacó nuevas fuerzas con un vaso de oporto, volvió a empapar las toallas y se ocupó de los ingredientes de una segunda comida. Esta nueva presa fue servida del mismo modo que la anterior y, cuando estuvo completamente aderezada, se oyeron las tres en los relojes de la ciudad.

—Hemos terminado el trabajo —dijo Stryver—; ya puedes hacer el ponche.

Sydney se quitó las toallas que le cubrían la cabeza, se desperezó, bostezó y procedió a la operación que se le había ordenado.

—¿Sabes, Sydney, que estuviste muy acertado en tus pronósticos sobre los testigos de la acusación? Les hicieron todas las preguntas que habías previsto.

—¿No sucede acaso lo mismo todos los días?

—No digo lo contrario. Pero ¿qué tienes? Apaga en el ponche tu mal humor.

El chacal obedeció gruñendo.

—Siempre serás el mismo, el antiguo Sydney del colegio Shrewsbury —continuó Stryver, contemplando a su amigo—, hoy elevado hasta el quinto cielo, y mañana hundido en el cieno, radiante al amanecer y por la tarde desesperado.

—Sí; siempre el mismo y siempre con igual suerte —respondió Carton con amargura—. En aquellos felices años de mi juventud cumplía ya con los deberes de los demás y olvidaba los míos.

—¿Por qué?

—Sólo Dios lo sabe; era sin duda mi destino.

Tenía las manos en los bolsillos, las piernas estiradas y miraba el fuego distraídamente.

—Carton —le dijo su abogado, poniéndose delante de él con aire de importancia, como si la boca ardiente de la chimenea hubiese sido el horno donde se forjaran los sostenidos esfuerzos que daban el triunfo, y como si el antiguo compañero de Shrewsbury no tuviera otra cosa que hacer que activar su llama—, tu destino, Carton, ha sido y será siempre cojo. No tienes ni energía ni aplicación al trabajo. Mírame y procura imitarme.

Sydney prorrumpió en una estrepitosa carcajada y le dijo:

—¿Te has vuelto moralista?

—¿Cómo he llegado a ser lo que soy? —continuó Stryver en el mismo tono—. ¿Cómo he ascendido a la altura que ocupó en el foro?

—Pagándome para que te ayude, o más bien para que haga todo tu trabajo —respondió Carton—. Pero esto no te autoriza a sermonearme con ese aire de gravedad tan solemne. Tienes audacia para escalar el puesto que te conviene, de lo cual resulta que tú estás siempre delante y yo detrás; a esto se reduce todo.

—Es cierto que ocupó el puesto principal, pero ¿no he tenido que conquistarlo? Y, por otra parte, ¿no nací para ser el primero?

—Ignoro quién te dio esa prerrogativa —dijo Carton—, pero sé que antes de ir al colegio habías elegido ya tu puesto y yo el mío, y que desde entonces cada cual ha conservado el suyo. Hasta en París, cuando vivíamos en el barrio latino esforzándonos en adquirir algunas nociones de francés, de derecho civil, etc., de lo cual, dicho sea de paso, no sacaste gran provecho, tú estabas siempre en todas partes y yo en ninguna.

—¿Quién tiene la culpa?

—Por cierto que la culpa es tuya.

—¡Mía!

—Sí. Estabas constantemente preocupado por abrirte camino, y dispuesto siempre a conducir y atropellar, a dar empujones y codazos. Acaparabas el movimiento, y a mí no me quedaba más que el reposo. Pero es triste recordar el pasado cuando va a hacerse de día; antes de que me vaya da otro rumbo a mis pensamientos.

—Con mucho gusto, Sydney. ¡Bebamos a la salud de la hermosa Lucie Manette! ¿Tienes otra perspectiva más grata?

Era indudable que no, porque su rostro se puso aún más sombrío.

—¡Brindemos por la encantadora hija del doctor!

—¡Hermosa... encantadora!

—¿No lo es?

—No.

—¡Qué gusto tan estragado! Ha sido la admiración de todo el tribunal.

—¡Excelentes jueces de la belleza! ¿Quién ha reconocido nunca la competencia de Old Bailey en esa materia? Lucie Manette es una muñeca con cabellos de oro.

—Pues bien, Sydney —replicó Stryver, con una mirada penetrante—, me había parecido que te causaba una profunda impresión esa muñeca de cabellos de oro, y hasta pareció que habías manifestado con ella una solicitud impropia de tu carácter.

—Cuando una joven, muñeca o no, se desmaya a dos pasos de distancia, no se necesitan telescopios para verlo. Pero no quiero disipar tu ilusión y voy a brindar por ella, aunque insisto formalmente en negar que sea hermosa. Y se acabó el beber, porque me voy a acostar. ¡Adiós!

Cuando Carton salió de casa de su amigo Stryver, la luz del día entraba en la escalera a través de los cristales empañados, y el aire era en la calle frío, glacial; el cielo estaba triste y encapotado, el agua del río, densa y negruzca, y la ciudad silenciosa, y sombría. Nubes de polvo corrían formando remolinos, azotadas por el viento de marzo, como si el África hubiera enviado sus mares de arena a inundar la ciudad dormida.

Solo en medio de aquel desierto, y llevando en su interior el vacío que habían dejado tantas fuerzas perdidas, Carton se paró un momento creyendo ver ante sus ojos un hermoso paisaje donde brillaban el amor al bien, el olvido de las penas, la perseverancia, la dignidad y el noble uso del alma y del corazón. En esa visión esplendorosa le hacían reverencias los amores y las gracias desde las hermosas columnatas de aire del templo de la felicidad, y le enseñaban los jardines donde maduraban los frutos de la vida y donde de la esperanza brotaban fuentes cristalinas y murmurantes.

Un instante después desapareció la visión y Carton entró en su casa, en medio de una serie de edificios sombríos. Subió a su habitación, y se acostó vestido, regando el lecho con lágrimas tan amargas como inútiles. El sol asomaba tristemente en el seno de la niebla, y el objeto más doloroso que alumbró fue aquel hombre dotado de facultades intelectuales sólidas y brillantes, lleno de sentimientos generosos y susceptible de emociones vivas y puras, pero incapaz de dirigir su talento, de bastarse a sí mismo o de hacer nada por su propia felicidad, y que lloraba su existencia perdida, la existencia que entregaba como pasto a los demás, que, como fieras, la devoraban.

VI

A centenares

El doctor Manette vivía cerca de Soho Square en una casa tranquila que hacía esquina. Habían transcurrido cuatro meses desde el fallo del juicio por alta traición; la gente ya lo había olvidado, y un domingo por la tarde del mes de julio el señor Jarvis Lorry cruzaba las calles de Clerkenwell, donde vivía, bajo un sol abrasador: se dirigía a casa del doctor, adonde iba a cenar. Después de dejarse dominar varias veces por la indiferencia en que le sumían los negocios, el señor Lorry había cedido al afecto que le inspiraban el doctor y su hija, y aquel apacible rincón se había convertido en el sol de su vida.

Aquel agradable domingo el señor Lorry dirigía sus pasos a Soho Square a primera hora de la tarde por tres acostumbradas razones. La primera, porque, los domingos agradables, solía dar un paseo, antes de cenar, con el doctor y con Lucie; la segunda, porque, los domingos desapacibles, se había habituado a pasar con ellos el día como amigo de la familia, charlando, leyendo o asomándose a la ventana; y la tercera, porque tenía que aclarar algunas dudas y estaba lo suficientemente al tanto de los hábitos de sus amigos para saber cuál era el momento más favorable del día para satisfacer su curiosidad.

Difícil habría sido encontrar en toda la ciudad de Londres una casa mejor situada que la del doctor: no estaba en medio de ningún camino, y desde sus ventanas se veía una calle espaciosa, abierta al aire y al sol, y con un aspecto tranquilo que invitaba al recogimiento. Copudos árboles alzaban su follaje al otro lado de Oxford Road, en un recinto cubierto de césped y flores silvestres, donde hoy solo se ve un gran montón de ladrillos surcado por calles bulliciosas. Así pues, las brisas del campo circulaban en aquella época con desahogo por Soho Square en vez de penetrar lánguidamente como pobres que salen de la casa de caridad, y había en la vecindad numerosos jardines donde daba el sol de mediodía y maduraban los albérchigos en su estación.

El sol alumbraba radiante la casa del doctor toda la mañana, y la dejaba en la sombra a las horas de calor más intenso, pero nunca se alejaba tanto como para escatimar su resplandor. Era un refugio bendito, abrigado en invierno, fresco en verano, pacífico sin tristeza y prodigioso por sus ecos; un verdadero remanso al final de unas calles donde atronaban el ruido y el movimiento.

Tenía que haber un tranquilo velero en semejante fondeadero, y lo sabía. El doctor ocupaba dos plantas de una casa grande y silenciosa, donse se decía que se desempeñaban varios oficios, de los que poco ruido se oía durante el día, y ninguno durante la noche. En un edificio al fondo, accesible a través de un patio donde murmuraba el follaje de un magnífico plátano, se decía que se construían órganos de

iglesia y se cincelaban metales, y que batía el oro un gigante misterioso con un brazo dorado que salía de la fachada y parecía amenazar a los transeúntes con convertirlos en su metal precioso. Apenas se veían más que de vez en cuando los hombres que trabajaran en estos oficios; y no eran menos invisibles un solterón que, según se decía, habitaba el último piso, y un tapicero de coches que, si se daba crédito a la opinión pública, tenía su despacho en uno de los locales del entresuelo. Pero, si los habitantes eran silenciosos hasta el punto de hacer dudar de su existencia, los gorriones del plátano y los ecos del barrio, que parecían tener su centro en la vivienda del doctor, cantaban y resonaban libremente desde el domingo por la mañana hasta el sábado por la noche.

El doctor Manette atendía en su casa consultas que iban atraídas por sus méritos y más aún por el recuerdo de su cautiverio, cuya historia se refería en voz baja y pasaba de boca en boca. Debía además a sus profundos conocimientos, a los cuidados asiduos que prodigaba a sus enfermos y a la habilidad desplegada en interesantes ensayos, una clientela numerosa que le retribuía lo suficiente para vivir con comodidad y hasta con lujo.

Todas estas circunstancias recordaba el señor Lorry cuando llamó a casa del doctor aquel agradable domingo del mes de julio.

—¿Está en casa el doctor Manette? —preguntó el banquero.

—No, pero va a volver pronto.

—¿Y la señorita Lucie?

—Ha salido con su padre.

—¿Y la señorita Pross?

—Probablemente está en su cuarto, pero no sé si puede recibirlos.

—No se preocupe —dijo el señor Lorry—; esperaré en la sala.

Aunque la hija del doctor había salido de Francia siendo muy niña, debía sin embargo a su país natal la facultad de hacer mucho con pocos recursos, facultad preciosa que es uno de los rasgos más útiles y apreciables de los franceses, en los cuales parece innata. Los muebles eran sencillos, pero estaban adornados con tanta gracia que, a pesar de su escaso valor, producían un bonito efecto, y la colocación de cada objeto, desde el más valioso hasta la más insignificante bagatela, la armonía de los colores, la elegante variedad y el ingenioso contraste elaborado por manos delicadas y ojos llenos de finura y penetración, así como el buen gusto, constituían un delicioso conjunto y recordaban de tal manera a su autora que parecía que las sillas y las mesas preguntaran al señor Lorry, con aquella expresión que tan gratamente resonaba en su oído:

—¿Os parece bien?

El invitado no se cansaba de mirar a un lado y a otro, y sonreía con beneplácito descubriendo en todas partes la mano hábil que había combinado todas aquellas naderías con tanta gracia y tan buen gusto.

Cruzó los tres aposentos que formaban en el primer piso la vivienda del doctor, cuyas puertas estaban abiertas para que el aire circulase libremente, y se paró primero en un coqueto salón donde estaban los pájaros, las flores, los libros, la mesa de labor y la caja de colores de Lucie. Después pasó al gabinete de consultas, que servía al mismo tiempo de comedor, y se encontró por fin en una habitación que daba al patio, lleno de sombras movedizas proyectadas por las hojas agitadas del plátano. Allí dormía el doctor, y se veían en un rincón el viejo banquillo y la cesta con los instrumentos de zapatero que tenía en la buhardilla del arrabal de Saint Antoine.

—Me admira —dijo el señor Lorry mirando los instrumentos— que el doctor haya conservado ese triste recuerdo de sus años de dolor.

—¿Y por qué os ha de admirar? —preguntó bruscamente una voz que le hizo estremecer.

Hacía esta pregunta la señorita Pross, la mujer hercúlea de cabellos rojos y manos robustas que había conocido el señor Lorry en la Fonda del Rey Jorge y que desde entonces era su amiga íntima.

—Yo habría dicho que...

—No digáis nada —dijo la señorita Pross, interrumpiéndolo—. ¿Estáis sin novedad? —añadió inmediatamente, indicando que deseaba cambiar de tema.

—Estoy bien y os doy las gracias por vuestra atención —respondió el señor Lorry con dulzura—. Y vos, señorita Pross, ¿estáis bien?

—No como quisiera.

—¿Qué tenéis?

—¿Cómo queréis que esté bien si mi niña me pone continuamente fuera de quicio?

—¿Qué decís?

—¡Ah! Por favor, no hablemos de eso, o me dará un ataque de nervios.

—No os quiero tan mal, señorita Pross.

—Lo creo, lo creo —repuso la anciana aya de Lucie—. Os decía, pues, que estoy fuera de quicio.

—¿Puedo preguntaros la causa?

—Es fácil de explicar; me impacienta, me desespera que personas indignas de mi niña tengan la imprudencia de venir aquí a docenas para verla desde la calle.

—¿Vienen aquí a docenas a ver a la señorita Lucie?

—¡A centenares! —añadió la señorita Pross.

Uno de los rasgos característicos de aquella buena mujer (así como de muchas personas de su sexo y del nuestro) consistía en abultar la proporción que acababa de enunciar si alguien la ponía en duda.

—¡Cielos! —exclamó el señor Lorry.

—He vivido con mi hermosa Lucie —prosiguió la señorita Pross—, o más bien ella me paga desde hace quince años para vivir conmigo, lo cual no habría permitido

nunca (que me pagase, por supuesto) si hubiera podido atender a los gastos de la casa, y lo que sucede es terrible, ¿no es cierto?

El señor Lorry, que no entendía una palabra de lo que decía la señorita Pross, se contentó con mover la cabeza.

—Hombres que no son dignos de besar el suelo que pisa vienen de todas las partes del mundo... y vos habéis sido el primero.

—¿Yo? —dijo el señor Lorry con sorpresa.

—¿No fuisteis vos el que desenterró a su padre?

—Cierto es, pero decís que yo he sido el primero...

—Y no habéis sido el último. No lo digo tanto por vos como por los demás, ni acuso por eso al doctor, que no es digno de tener una hija como mi hermosa Lucie, pero es terrible... muy terrible que venga tras él una multitud de personas a robarme el corazón de mi adorada niña.

El señor Lorry tenía ya noticia de los celos del aya, pero sabía al mismo tiempo que tras aquella apariencia repulsiva se encerraba uno de esos seres leales que únicamente se encuentran entre las mujeres; criaturas excelentes que, bajo la influencia de la admiración y el amor más puro, se vuelven esclavas de la juventud que han perdido, de la belleza que no tuvieron jamás y del talento que no han podido formar, y que saludan en los demás las brillantes esperanzas de las que estuvo siempre desheredada su vida desierta y sombría.

El señor Lorry había vivido lo suficiente para apreciar el valor del servicio de un corazón tan fiel, y en su respeto por tan humilde adhesión, tan desinteresada como incansable, situaba a la señorita Pross (cada cual tiene sus ideas en materia de justicia distributiva) infinitamente más cerca de los ángeles que a muchas señoritas más favorecidas por la naturaleza, instruidas, de buen tono y que tenían en la Banca Tellson cuentas corrientes con sumas respetables.

—No he conocido aún un hombre que sea digno de mi Lucie —continuó la excelente aya—, y el único era mi hermano Salomon antes de pagar mi cariño con ingratitud.

El señor Lorry sabía desde hacía algún tiempo que el hermano de la señorita Pross era un malvado que, después de haber gastado sin vergüenza cuanto poseía, la había abandonado sin remordimiento en la más profunda miseria. De esta muestra de ingratitud hablaba la buena aya, y el cariño que continuaba profesando a un hermano tan desnaturalizado, y su insistencia en no ver más que una muestra de ingratitud en la conducta de aquel infame, aumentaba el aprecio del señor Lorry por su carácter generoso y leal.

—Ya que estamos solos y somos personas formales —dijo—, permitidme que os haga una pregunta.

—Hablad, señor Lorry.

—El doctor, en sus conversaciones con su hija, ¿ha recordado alguna vez la época en que hacía zapatos?

—No.

—Sin embargo, conserva sus instrumentos y su banquillo.

—No he dicho que dejase de pensar nunca en eso —respondió la señorita Pross, moviendo lentamente la cabeza.

—¿Creéis que piensa mucho?

—Sí.

—Figuraos, pues, que...

—No me figuro nada —dijo el aya interrumpiéndolo.

—Suponed, pues... ¿No hacéis nunca suposiciones?

—Algunas veces.

—Suponed, pues —continuó el banquero—, que el doctor haya conservado alguna sospecha acerca del motivo que impulsó a los que le encerraron en el calabozo. ¿Creéis que ignora el nombre de sus enemigos?

—No supongo nada, y sobre ese punto no sé más que lo que me ha contado mi hermosa Lucie.

—¿Qué cree Lucie?

—Que lo sabe todo.

—No os enojéis por mis preguntas, porque soy un hombre cansado, como buen hombre de negocios. Vos también sois...

—¿Una mujer cansada? —preguntó la señorita Pross con buen humor.

—Por el contrario sois una mujer de carácter positivo y práctico; eso es lo que quería decir. Pero volvamos a nuestro asunto. ¿No es extraño que el doctor Manette, cuya inocencia es indudable para todo el mundo, evite con tanto cuidado hablar de su prisión? No lo digo por mí, aunque estemos unidos desde hace tantos años por relaciones de negocios y sea hoy uno de sus íntimos, sino por su hermosa hija, por Lucie, a quien ama tanto y que tanto le ama. Creedme, señorita Pross, si entro en esta cuestión lo hago no por curiosidad, sino por el interés que me inspira el doctor.

—Por lo que he podido llegar a comprender, y ya sabéis que mi comprensión es muy limitada —dijo el aya bajando la voz—, creo que el doctor tiene miedo de tocar ese punto.

—¿Por qué?

—Es muy natural. ¿Queréis que recuerde los padecimientos que le hicieron perder la razón para exponerse al peligro de turbar su inteligencia y tal vez de volverse loco otra vez? Por otra parte, es un recuerdo que nada tiene de agradable.

Esta reflexión era más profunda de lo que esperaba el señor Lorry de la tosca inteligencia del aya.

—Tenéis razón —dijo—, tenéis razón. Es terrible pensar en tales cosas. Sin embargo, dudo de que sea conveniente que el doctor se guarde para sí tan espantoso recuerdo, y la inquietud que me causa esta duda es la que me ha inducido a plantear esta entrevista secreta.

—Nada podemos hacer para remediarlo —dijo la señorita Pross, moviendo la cabeza con expresión sombría—. Cada vez que se toca el tema, el doctor se transforma de una manera terrible, y creo que lo mejor es no hablar de él. Por otra parte, estoy segura de que no contestaría si se le hiciesen preguntas que pudiesen despertar sus recuerdos. Algunas noches se levanta de pronto y se pasea por su cuarto horas y horas; nosotras lo oímos, porque dormimos debajo y sus pisadas resuenan en nuestra cabeza. Mi hermosa Lucie me dice que en esos momentos su imaginación vive en el pasado y que cree estar paseando en su calabozo, como en otro tiempo. La señorita sube entonces a su cuarto y los dos andan... andan... andan de un extremo a otro hasta que la presencia de su hija le hace volver en sí, y detiene sus pasos no solo con sangre fría, sino con todo el juicio que manifiesta cuando está despierto. Sin embargo, oculta a Lucie el motivo de su agitación, y mi hermosa niña ha llegado a la conclusión de que es preferible no despertar ese recuerdo.

La manera en que la señorita Pross, al repetir las palabras «andan... andan... andan de un extremo a otro», había expresado la penosa monotonía de una idea dominante, demostraba, aunque ella insistía en admitir que su comprensión era muy limitada, que no le faltaba, en algunos casos, imaginación.

Hemos dicho que la habitación del doctor estaba situada en un sitio prodigioso para los ecos. Así pues, mientras la señorita Pross contaba las idas y venidas del doctor Manette y de su hija, el señor Lorry habría podido creer que oía el paseo del preso al oír los pasos que resonaban en su oído, de no haber sabido cuál era su origen.

—Ya vienen —dijo el aya, levantándose para dar fin a la conversación—, ya vienen, y muy pronto vendrán todos los demás.

La habitación era tan curiosa por sus propiedades acústicas, una especie de oreja donde todos los sonidos convergían de una manera tan extraña, que el señor Lorry, que se había asomado a la ventana, creyó que no iba a ver llegar nunca al doctor y a Lucie, cuyos pasos, sin embargo, no dejaba de oír. No solo moría su eco, como si los pasos hubieran desaparecido, sino que se oían ecos de otros pasos que nunca se acercaban, y que morían cuando más cerca parecían estar.

Sin embargo, el padre y la hija aparecieron a los pocos minutos, y la señorita Pross corrió inmediatamente a la puerta de la calle a recibirlos. A pesar de su apariencia, de su elevada estatura, de su vestido estrecho y de su rostro vulgar, enternecía verla coger el sombrero de Lucie, quitarle el polvo cariñosamente con el pañuelo y alisar sus hermosos cabellos con tanto orgullo como si tan rica cabellera fuera suya y ella fuese la más vanidosa de las mujeres. Y causaba dulce placer ver a Lucie darle las gracias, abrazarla con efusión y protestar por las molestias que se tomaba por ella, lo cual, sin embargo, decía riendo para no ofenderla, porque de otro modo el aya no habría podido contener las lágrimas. Y era también un espectáculo tiernísimo el que ofrecía el doctor, contemplando a una y a otra, reprendiendo a la señorita Pross porque mimaba a Lucie y probando con su tono y con sus ojos que él la habría mimado más aún si hubiese sido posible. Finalmente, no era menos

interesante contemplar al señor Lorry, radiante de júbilo bajo su pequeña peluca, y dando gracias a su estrella de solterón por haberle concedido en su vejez todas las dichas del hogar.

Pero nadie más pudo gozar de este cuadro de familia, y el señor Lorry esperó en vano a los que había anunciado el aya: llegó la hora de comer, pero no los que acudían a centenares.

La señorita Pross estaba encargada de la dirección doméstica de la casa, y desempeñaba su cargo de una manera portentosa: sus comidas eran tan sencillas y al mismo tiempo tan bien hechas, la pulcritud de la mesa era tan tentadora para el apetito, y la cocina, medio inglesa y medio francesa, de tal perfección que no podía imaginarse que hubiera manjares más exquisitos. La excelente aya, preocupada constantemente por el bienestar de aquellos a los que servía con amor, había registrado toda la vecindad para averiguar el paradero de unas pobres francesas que, tentadas por sus regalos, le habían revelado todos sus secretos culinarios, y el talento que le habían infundido estas hijas de la Galia era tan prodigioso que las dos criadas que tenía a sus órdenes la creían bruja o el hada madrina de Cenicienta, capaz de tomar un pollo, un conejo o una legumbre cualquiera y transformarlos en lo que se le antojase.

La señorita Pross comía los domingos a la mesa del doctor, pero entre semana lo hacía a horas desconocidas, ya en las bajas regiones donde estaba la cocina, ya en el cuarto azul que ocupaba en el segundo piso y donde nadie entraba a excepción de Lucie. En la presente ocasión desplegó todo el buen humor de que era capaz para corresponder a las atenciones con que la colmaba Lucie y la comida fue de lo más agradable.

Después de los postres (el calor era insoportable), Lucie propuso ir a sentarse a la sombra del plátano y, como sus más insignificantes deseos eran órdenes para cuantos la rodeaban, todos se levantaron inmediatamente. La joven se había convertido, desde hacía algún tiempo, en la copera del señor Lorry; y mientras charlaban a la sombra del plátano nunca dejaba que se le vaciara la copa. Las paredes y los techos misteriosos eran testigos de sus sonrisas mientras las ramas del plátano murmuraban sobre sus cabezas.

No tardó en llegar el señor Darnay para ensanchar el círculo familiar, pero no era más que uno, y continuaban ausentes los centenares de individuos anunciados por la señorita Pross.

El doctor y su hija recibieron a Charles con afectuosa solicitud, pero el aya sintió tanta inquietud y un temblor tan extraño que se vio obligada a retirarse; era el malestar que la aquejaba y que ella llamaba su crisis nerviosa.

Nunca había estado el padre de Lucie tan alegre y tranquilo; tenía especialmente un aspecto juvenil que destacaba aún más visiblemente la semejanza con su hija, y era delicado observar la misma expresión de dicha en los dos rostros, que formaban

entonces un grácil conjunto. Lucie tenía la cabeza apoyada en el hombro del doctor Manette, cuyo brazo descansaba en el respaldo de la silla de su hija.

Se hablaba de edificios antiguos, y el doctor tomaba parte en la conversación con un entusiasmo fuera de lo común, cuando el señor Darnay le preguntó si había visto la Torre de Londres.

—Estuve un día con Lucie —respondió—, y la vimos de paso, pero nos bastó para comprender el inmenso interés que despierta.

—Yo la he visto más despacio, ya os acordaréis —continuó el señor Darnay con amarga sonrisa—, y, a pesar de haber vivido en ella, estoy menos enterado tal vez que vos de su historia. Me contaron, sin embargo, un incidente bastante curioso que se produjo mientras estaba preso. Habiendo entrado los albañiles en un antiguo calabozo para hacer una reparación, no sé cuál, entre las fechas, los nombres, las quejas y las oraciones que cubrían las paredes de aquella mazmorra vieron en un rincón tres letras mayúsculas grabadas por una mano temblorosa y, sin duda, con el auxilio de un mal instrumento. Se creyó al principio que las tres letras, D, I y C, eran iniciales, pero, mirándolas más cerca, se vio que la última era una G. Ahora bien, como las iniciales no se referían a ninguno de los presos que habían ocupado el calabozo, llegaron a la conclusión de que no formaban una sigla sino una palabra y que esta palabra era dig^[18]. Hecho este descubrimiento, se examinó el trozo de la pared donde estaba la inscripción y, después de levantar una piedra, se encontró un pedazo de papel medio podrido entre los restos de una cartera y un saquito de cuero. Fue imposible saber lo que había escrito el preso, pero es evidente que algo había escrito ahí, y que lo había puesto allí para ocultarlo a los ojos de los carceleros.

—¿Qué tenéis, padre? —exclamó Lucie con terror—. ¿Os sentís indispuerto?

El doctor se había levantado repentinamente, llevándose las dos manos a la cabeza y con una mirada que los aterró a todos.

Sin embargo, se dominó casi al momento y dijo:

—No, hija mía; no siento nada. Me han caído en la frente algunas gotas que me han causado una impresión desagradable. Creo que haríamos bien en retirarnos.

Llovía, en efecto, y caían gruesas gotas, y el doctor enseñó una de sus manos mojadas, pero no se dijo una palabra del episodio con que había concluido la conversación. Sin embargo, a lo largo de la velada, el señor Lorry detectó, o creyó detectar, en el rostro del doctor, cada vez que se encontraba con la mirada del señor Darnay, la misma peculiar expresión que le había visto en los pasillos de los juzgados.

El doctor, sin embargo, se repuso tan rápidamente que el señor Lorry empezó a dudar de su perspicacia de hombre de negocios. El brazo del gigante dorado que salía de la fachada no era más firme de lo que lo era el doctor cuando se detuvo para indicarles que aún no estaba preparado para las pequeñas sorpresas (y quizá no lo estaría nunca), y que la lluvia lo había asustado.

Había llegado el momento de tomar el té y la señorita Pross desempeñó su cometido con su talento habitual a pesar de una nueva crisis nerviosa.

Sin embargo, la temida multitud no aparecía y, aunque era verdad que acababa de entrar el señor Carton en la sala, todavía no había más que dos personas extrañas, un número muy distinto de los centenares anunciados.

La noche era tan bochornosa que, aunque tenían abiertas puertas y ventanas, el calor los sofocaba. Cuando acabaron de tomar el té, todos se acercaron a las ventanas y contemplaron la oscuridad, que por momentos se hacía más densa. Lucie estaba al lado de su padre; el señor Darnay, junto a ella, y el señor Carton, en la ventana contigua. El viento de la tormenta que entraba en la sala en furiosas bocanadas, seguidas de relámpagos vivísimos y lentos truenos, hinchaba las cortinas blancas, que flotaban como las alas diáfanas de una sombra seráfica.

—Las gotas son aún gruesas y escasas —dijo el doctor—. ¡Con qué lentitud llega esa tormenta!

—¡Y con qué furia tan concentrada! —añadió el señor Carton.

Y hablaban en voz baja como siempre hablan los que esperan, entre las sombras, la luz de los relámpagos.

Corría la gente en las calles buscando un refugio y, como el eco maravilloso multiplicaba el rumor de los pasos, se habría dicho, a pesar de que la calle estaba desierta, que una inmensa multitud pasaba por debajo de la ventana.

—El rumor de la multitud llega hasta aquí y, no obstante, la soledad nos envuelve —dijo Charles escuchando los ecos.

—¿No os impresiona? —preguntó Lucie—. De mí puedo decir que cuando llega la noche y me siento junto a esta ventana... pero prefiero callarme, porque solo de pensarlo... me estremezco. ¡La noche está tan oscura... tan imponente!

—Continuad, señorita: os acompañaremos si os estremecéis —dijo el señor Darnay.

—Es muy posible que lo que voy a decir no os impresione —dijo Lucie—: las ideas fantásticas que cruzan por nuestra cabeza deben toda su influencia a nuestro propio carácter, y no puede comunicarse la conmoción que nos producen. Vais a comprobarlo luego: cuando llega la noche y me siento junto a esta ventana, me parece que el rumor de ese vaivén que me trae el eco son pasos de personas que se acercan entre las sombras para mezclarse en nuestra existencia.

—Si eso es cierto, muy considerable será la multitud que un día habremos de encontrar en nuestro camino —dijo el señor Carton.

Los pasos eran por momentos más numerosos y precipitados y, al repetirlos, el eco despertaba otros ecos. Resonaban intensamente por todas partes; se oía a la multitud correr bajo las ventanas, agruparse en la sala, ir y venir, detenerse, correr a lo lejos y desembocar en las calles vecinas, y, sin embargo, no se veía a nadie.

—¿Todos esos pasos acudirán a nosotros en masa o se dividirían para seguirnos por separado, señorita?

—Lo ignoro, señor Darnay; es un pensamiento fantástico que no merece discutirse. Cuando se me ocurrió estaba sola, y me imaginé, como os decía antes, que eran los pasos de individuos que algún día habrían de entrar en mi vida y en la de mi padre.

—Que vengan todos a encontrarme —dijo Carton—; no impongo restricciones; no reclamo, no estipulo nada. Es verdad que una gran muchedumbre se agita y se dirige hacia todos nosotros, señorita; la veo a la luz de los relámpagos.

Un vivo resplandor iluminó la sala al pronunciar Carton estas palabras y éste tendió hacia él la mano con indolencia sin apartarse de la ventana.

—Ya la oigo —prosiguió, después de un formidable trueno—; viene rápida y furiosa.

Hacía alusión a la tormenta y a los nubarrones que huían por el negro firmamento. La lluvia que cayó de súbito ahogó su voz y todos guardaron silencio. Jamás habían visto tan espantosa tempestad. No hubo un momento de descanso entre los truenos que se cruzaban en la oscuridad y bramaban en medio de los relámpagos y de la lluvia torrencial, hasta que, a medianoche, asomó la luna.

La campana mayor de San Pablo acababa de dar la una en el aire tranquilo y puro cuando el señor Lorry, escoltado por Jerry, que llevaba un farol, se disponía a volver a su casa. Para trasladarse de Soho Square a Clerkenwell hacía falta cruzar ciertos parajes solitarios, y el socio de Tellstone, que pensaba sin cesar en los ladrones, no olvidaba nunca hacerse acompañar por Jerry y su farol, aunque por lo regular salía de casa del doctor antes de las once.

—¡Qué tiempo, Jerry, qué tiempo! —dijo—. Un tiempo capaz de levantar a los muertos del sepulcro.

—Cosa igual no he visto en mi vida —respondió Jerry—, y espero que nunca vea resucitar a nadie.

—¡Buenas noches, señor Carton! —dijo el señor Lorry—. ¡Buenas noches, señor Darnay! ¡Qué tormenta! ¿Habrá otra igual y la veremos juntos?

Quién sabe. Tal vez vean algún día arrojarse sobre ellos a la multitud, rugiente e imparable.

VII

El señor Marqués en la ciudad

Monseigneur, uno de los hombres más influyentes de la corte de Francia, uno de los grandes estadistas que disponían entonces del poder, recibía dos veces al mes en el magnífico palacio que habitaba en París, y aquel era día de reunión. Mientras la turba idólatra abarrotaba servilmente sus salones, Monseigneur, retirado en un suntuoso tocador que le servía de santuario, estaba tomando chocolate. Monseigneur podía engullir fácilmente muchas cosas, y algunos malintencionados hasta se atrevían a pensar que absorbía rápidamente los tesoros de Francia, pero su chocolate no podía llegar hasta su noble garganta sino con el auxilio de cuatro hombres robustos, sin contar el repostero que lo había hecho.

Nada más cierto; para que el bendito chocolate llegase a los labios de Monseigneur se necesitaban cuatro hombres en toda la fuerza de la edad, con galones de oro en todas las costuras, y cuyo jefe, rivalizando con su noble y respetable amo, no podía existir sin llevar al menos dos relojes. Uno de estos criados llevaba la chocolatera a presencia de Monseigneur; el segundo espumaba el chocolate con el pequeño instrumento dedicado a este uso y del cual estaba encargado; el tercero ponía la jícara, el plato y la servilleta; y el cuarto, el de los relojes, vertía el líquido. Estos cuatro criados eran indispensables a Monseigneur para conservar el rango que ocupaba bajo los cielos inclinados ante su frente, y sería para su blasón una mancha indeleble que el chocolate que tomaba todas las mañanas se lo sirvieran innoblemente tres criados, y cosa de morir de vergüenza si solo se lo sirvieran dos.

Monseigneur había asistido la noche anterior a una cena donde los teatros de la Comedia y de la Ópera habían estado representados por sus bellezas más a la moda, pues comía con mucha frecuencia fuera de casa y casi siempre en compañía de damas muy delicadas. Monseigneur tenía tanta delicadeza y sensibilidad de ánimo, que los intereses de los teatros de la Comedia y de la Ópera llamaban su atención con preferencia a las necesidades de la nación; circunstancia altamente favorable para Francia, como para todos los reinos que gozan de igual privilegio, del cual se vio favorecida Inglaterra en la época en que la vendió uno de los Estuardos^[19].

Monseigneur tenía, sobre los asuntos generales que conciernen al público, una noble teoría, a saber: que es conveniente que las cosas sigan la senda que mejor les plazca; y, en cuanto a los asuntos privados del Estado, pensaba no menos noblemente que debían marchar como a él le convenía, esto es, llenando su bolsillo y acrecentando su poder. Monseigneur alimentaba la idea verdaderamente noble de que el mundo había sido creado para contribuir a sus placeres. «La tierra y todo lo que

contiene es mío», decía, tomando por divisa el texto sagrado, del cual solo cambiaba el pronombre posesivo^[20].

Sin embargo, había llegado a descubrir que se habían introducido en sus asuntos públicos y particulares algunos obstáculos importantes y, obligado por la fuerza de las circunstancias, había emparentado con un asentista millonario. Dos razones le habían impulsado a tomar esta resolución desesperada: la primera, que, no pudiendo hacer nada en favor de las rentas del Estado, era preferible entregárselas a una mano más hábil; y la segunda, que, siendo los asentistas muy ricos y empobreciéndose él de día en día por la obligación de conservar el lujo hereditario de las generaciones anteriores, sus millones eran puntales muy eficaces para sostener el edificio ruinoso de su fortuna. Había sacado, pues, a su hermana del convento, donde muy pronto debía tomar el velo (el traje menos caro que podía vestir), y la había casado con un asentista tan pobre de cuna como rico en escudos.

El millonario se encontraba aquel día entre la multitud en los salones de su cuñado, donde era objeto del culto de los mortales, a excepción, sin embargo, de algunas personas de nobilísima estirpe, entre ellas su mujer, que lo miraban con el más soberano desprecio. El asentista era un personaje suntuoso con treinta caballos en sus caballerizas, veinticuatro lacayos en sus antesalas y seis mujeres al servicio de su esposa; y, aunque se sabía que todas sus hazañas se reducían a estrujar el bolsillo del prójimo, los que acudían a la tertulia de Monseigneur lo consideraban el único personaje de verdadera importancia.

En efecto, a pesar de su esplendor, los magníficos salones de Monseigneur, atestados de las maravillas que el arte y el gusto de la época podían producir, eran muy poco sólidos, y no habrían dejado de causar bastante inquietud a quien se hubiese acordado de los espantajos haraposos y con gorros de algodón que habitaban en el extremo opuesto de la ciudad (bastante cerca del palacio, sin embargo, ya que las torres de Notre-Dame estaban a igual distancia de ambos extremos)... si es que hubiese habido alguien, en los salones de Monseigneur, que se acordara de tales cosas. Se veían ahí oficiales que carecían de nociones militares, marinos que ni siquiera sabían lo que era un navío, administradores que ignoraban las leyes de la administración y sacerdotes cínicos, mundanos del peor de los mundos, con ojos sensuales, lenguas sueltas y vidas más sueltas aún: todos ellos incapaces de cumplir con sus cargos, mintiendo descaradamente al ostentar los títulos que no merecían, pero pertenecientes de cerca o de lejos a la casa de Monseigneur, y provistos por este motivo de todos los empleos o dignidades de los que se podía sacar algún provecho. No eran menos numerosos en aquellos salones otros individuos que ningún parentesco tenían con los anteriores pero que, como clase, seguían el mismo sistema de ostentación y falsedad: médicos que hacían fortuna con drogas agradables que prescribían para males imaginarios y sonreían en las antesalas a su noble clientela; proyectistas que habían encontrado excelentes remedios para cicatrizar las llagas del Estado (excepto el de poner manos a la obra y erradicar los abusos) y que revelaban

sus portentosos secretos a los necios; filósofos sin fe que regeneraban el mundo con frases huecas, construían castillos de naipes para escalar el cielo y hablaban con utopistas sin conciencia, preocupados únicamente por la piedra filosofal; gentes de modales finísimos, cuya educación perfecta se manifestaba entonces, como en nuestros días, por una profunda indiferencia a todas las cosas formales, y que ostentaban su hastío y su impotencia en el palacio de Monseigneur. Y lo más curioso de todo era que los espías que formaban casi la mitad de tan excelente concurrencia se habrían visto en un apuro para descubrir en sus salones a una sola mujer que por sus ademanes y su aspecto delatara que era madre. A decir verdad, dejando aparte la acción material de dar al mundo una criatura que estorbaba, muy pocas eran las nobles damas de aquella reunión que conociesen la maternidad. Robustas aldeanas conservaban en sus rústicas cabañas los importantes vástagos de tan nobles familias, y sus elegantes abuelas, que habían pasado de los cincuenta, vestían y galanteaban como a los veinte años.

La lepra de la mentira y la simulación desfiguraba a todos los personajes que acudían a la tertulia de Monseigneur. Sin embargo, en la primera antesala se encontraban cinco o seis individuos excepcionales que desde hacía algunos años presentían vagamente que el gobierno seguía una senda errada y, con la esperanza de dar a la sociedad la regeneración que reclamaba, la mitad de esta media docena de pesimistas había entrado en una secta de convulsionarios^[21], y se preguntaban si harían bien en arrojar espuma por la boca, lanzar alaridos y padecer un ataque de catalepsia para avisar a Monseigneur de que seguía una dirección peligrosa. Los otros tres, que no participaban de la fe de estos derviches, pretendían salvar el Estado con cierta jerga místico-filosófica; según ellos, el hombre se había apartado del centro de la verdad, lo cual no necesitaba demostración, pero tampoco se había salido de la circunferencia, y, para conservarlo en ella y hacer que se acercase al centro, era preciso ayunar y ponerse en comunicación con los espíritus puros. Entre éstos, en consecuencia, se podía escuchar mucho discurso sobre espíritus... que creaba un mundo de bondad que jamás se haría manifiesto.

Había, no obstante, una circunstancia muy consoladora en los salones de Monseigneur, y es que todas las personas que se hallaban allí reunidas vestían con la mayor elegancia. Si el Día del Juicio tuviera que ser un día de fiesta, todos los presentes gozarían de una eterna corrección. Se veían cabellos rizados, empolvados y peinados con gracia, caras de tez delicada, reparada o conservada con arte, y espadas galantes al servicio de un honor quisquilloso en materia de perfumes y pomadas. Estos señores, de traje tan elegante y a la moda, se volvían con lentitud, agitaban las alhajas que colgaban de sus relojes, y el aire embalsamado que acompañaba el sonido metálico de los colgantes, cadenas, collares y plumeros de diamantes, el crujido de los vestidos de seda y de brocado y el roce del encaje y de la holanda hacían olvidar el arrabal de Saint Antoine y su hambre devoradora.

El lujo era el atractivo supremo, el talismán infalible que la sociedad de entonces empleaba para conservar su existencia, y todos parecían vestirse como para un baile de disfraces que, según la opinión común, no debía terminar jamás. Desde el palacio de las Tullerías a Monseigneur y a la corte, a los nobles, los magistrados y la clase media, todo el mundo cooperaba en esta preciosa mascarada, y hasta el verdugo, para contribuir al efecto teatral, vestía un riquísimo uniforme «con cabellos rizados y empolvados, casaca con galones de oro, escaarpines y medias de seda blanca». Con este traje ahorcaba y descuartizaba a los criminales, y muy raras veces empleaba el hacha. ¿Quién habría podido poner en duda, entre los señores que se encontraban en los salones de Monseigneur en el año de gracia de 1780, que no habría de sobrevivir a las estrellas un sistema apoyado en un verdugo rizado, empolvado, que vestía una casaca con galones de oro y llevaba escaarpines y medias de seda?

Cuando Monseigneur exoneró de su pesado trabajo a los cuatro hombres y acabó de tomar el chocolate, dio orden de que abriesen las puertas de par en par y salió de su santuario. ¡Qué servilismo! ¡Qué abyección! Concediendo aquí un ademán, allá una inclinación de cabeza y acullá una sonrisa, y a veces una palabra a los más favorecidos, Monseigneur pasó con aire afable de salón en salón hasta llegar a las remotas regiones donde se hallaban los partidarios de la circunferencia verídica. Luego volvió atrás, entró otra vez en su santuario y desapareció entre la multitud. Terminada la recepción, el soplo embalsamado que revoloteaba en los salones se transformó en un pequeño huracán y los preciosos colgantes resonaron hasta en los últimos escalones del palacio.



Muy pronto no quedó más que un individuo que, con el sombrero debajo del brazo y la caja de oro en la mano, cruzaba lentamente los salones desiertos. Cuando llegó a la puerta de la antesala, se volvió hacia el santuario del ministro, y, con tono glacial mezclado de amargura, mientras se sacudía el tabaco que le quedaba en los dedos, como se sacude el polvo de los pies cuando uno se aleja de un sitio al que no quiere volver más, dijo:

—¡Maldito seas!

Era un hombre de unos sesenta años, vestido con refinada elegancia, de gesto altivo, y con una máscara de palidez transparente por rostro, cuyas facciones delicadas revelaban una calma impasible. El único cambio de semblante que podía percibirse a veces en tal máscara de piedra se manifestaba encima de la nariz, en una ligera depresión cuya forma era, sin embargo, muy grácil, y en ciertas circunstancias se observaba en ella una tonalidad rojiza imperceptible y fugitiva, o débiles pulsaciones que daban un aspecto de crueldad y de astucia al resto del rostro. Si se le examinaba entonces con atención, se encontraba esta expresión de astucia y de crueldad en la boca y en la órbita de los ojos, cuyas líneas eran muy delgadas y horizontales. Sin embargo, el conjunto era elegante y muy distinguido.

El dueño de esta cara notable bajó tranquilamente la escalera, cruzó el patio y subió a su carroza. En la recepción que acababa de celebrarse, Monseigneur le había manifestado poco interés y casi nadie le había dirigido la palabra, y ésta era la causa del estado de irritación que le llevaba a ver con gusto a la turba dispersándose delante de sus caballos. El cochero los obligaba a galopar como si cargase contra el enemigo, y su insensato afán de correr y atropellar no le procuraba el desagrado de su amo.

Aunque por lo general en aquella ciudad sorda la masa del pueblo era muda, muchos se quejaban a veces hasta en voz alta de la rapidez con que los nobles cruzaban las calles angostas, donde los coches maltrataban a los villanos de la manera más cruel; pero, al cabo de un momento, los autores de estas desgracias las habían olvidado, y los villanos se arreglaban como podían.

El carruaje volaba con estruendo en medio de calles sin aceras, ahuyentando a mujeres despavoridas y a hombres que en su fuga cogían a los niños en brazos para que no los pisaran los caballos. De pronto, al desembocar en una calle muy frecuentada, con una fuente en una esquina, una de las ruedas del carruaje tropezó con un objeto, salió un grito de la boca de los transeúntes, y los caballos retrocedieron encabritándose. De no haber sido por esta circunstancia es probable que el coche hubiera continuado su camino. Acostumbraban los nobles a dejar tras de sí a sus víctimas, pero en aquella ocasión uno de los lacayos había saltado a la calle impelido por el terror, y veinte puños robustos se apoderaron de las riendas.

—¿Qué sucede? —preguntó el señor asomándose a la portezuela.

Un hombre de elevada estatura había sacado de entre los pies de los caballos un montón de harapos ensangrentados y, colocándolos sobre el pilón de la fuente, los acariciaba aullando como un animal silvestre.

—Perdonad, señor marqués —dijo con humildad un hombre andrajoso—, es un niño...

—¿Por qué grita tanto ese miserable? ¿Es suyo el niño?

—Sí, señor marqués; perdonadle porque da lástima.

La calle formaba en aquel paraje una plazuela de unos doce metros de anchura, y la fuente, en la esquina opuesta al carruaje, se encontraba a cierta distancia. De pronto se levantó el hombre alto del cieno donde estaba arrodillado y corrió hacia el carruaje con un gesto tan amenazador que el señor marqués echó mano a la empuñadura de la espada.

—¡Está muerto! —exclamó el desventurado padre con desesperación y levantando los brazos al cielo.

La multitud rodeó el carruaje y dirigió al noble una mirada ansiosa, pero sus ojos no expresaban amenaza ni cólera. Después de exhalar un grito de terror guardaron silencio, y únicamente se oía la voz humilde y sumisa del hombre andrajoso. El señor marqués los miraba con frialdad y desdén, como si fueran ratones salidos del arroyo, y dijo sacando el bolsillo:

—No sé cómo tenéis tan poco cuidado de vuestros hijos y de vosotros mismos: se os encuentra siempre debajo de las ruedas de los coches o entre los pies de los caballos, y recelo que uno de los míos está herido. Toma, dale esto.

Todas las cabezas se adelantaron para ver lo que arrojaba al criado; era una moneda de oro.

—¡Está muerto! —repitió el padre del niño en un tono desgarrador.

Un hombre robusto acudió al lugar de los hechos con paso rápido; la multitud se apartó para dejarle pasar, y el hombre se acercó al pobre padre, que se arrojó en sus brazos sollozando y señalándole con la mano la fuente donde algunas mujeres, inclinadas sobre el bulto inmóvil, se movían con cuidado en torno a él.

—Lo sé todo —dijo el recién llegado—, lo sé todo. Ánimo, pobre Gaspar, consuélate; vale más que tu hijo haya muerto sin padecer. ¿Crees que habría pasado una sola hora de su vida sin sufrir dolorosos tormentos?

—Veo que eres filósofo, buen hombre —dijo el señor marqués sonriendo—. ¿Cómo te llamas?

—Defarge.

—¿Qué oficio tienes?

—Soy tabernero, señor marqués.

—Toma, tabernero filósofo —dijo el noble, arrojando otra moneda de oro—. ¿Están bien los caballos?

El señor marqués volvió a arrellanarse en el coche sin mirar por segunda vez a la gente congregada, y se alejaba ya con la actitud de quien por casualidad ha roto un objeto cuyo valor ha pagado, cuando turbó su quietud una moneda de oro arrojada con tal destreza que rodó por la alfombra del carruaje.

—¡Para! —gritó—. ¡Para!

El señor marqués volvió la mirada hacia el sitio donde acababa de hablar con el tabernero, pero únicamente vio al pobre Gaspar que se arrastraba por el suelo sollozando, y junto a este desgraciado la alta estatura y el rostro sombrío de una mujer que estaba haciendo punto.

—¡Miserables! —dijo tranquilamente—; aplastaría con gusto hasta el último vástago de esa raza malvada para que desapareciese de la tierra. Si supiera quién es el canalla que ha arrojado esto en el coche, tendría un gran placer en molerlo debajo de las ruedas.

Su carácter era tan abyecto y estaban todos tan convencidos de que aquel hombre ejecutaría sus amenazas apartándose de la legalidad y hasta sin apartarse, que ni una sola mirada se levantó para contestar a palabras tan insultantes, a excepción de la mujer que hacía punto, cuyos ojos no se despegaban del rostro del noble. La dignidad del marqués lo obligaba a fingir que no había reparado en esta actitud provocadora, y lanzando sobre ella como sobre todos los demás una mirada de desprecio, volvió a arrellanarse en el carruaje ordenando al cochero que continuase su camino.

Una vez desapareció, numerosos coches se sucedieron con rapidez en la misma dirección. El ministro, el asentista, el doctor, el abogado, la Ópera, la Comedia, todas las máscaras del baile pasaban por allí como brillantes meteoros. Los ratones se habían quedado en la calle para contemplar el elegante torbellino. Los soldados y los agentes de policía se interponían por turnos entre los vehículos y la multitud, pero ésta había abierto algunos huecos en el cortejo y no se perdía ningún detalle de la mascarada. Hacía mucho rato que el desgraciado padre había partido con su bulto, y las mujeres que habían tratado de reanimarlo continuaban mirando cómo manaba la fuente y giraban las máscaras, mientras la mujer que hacía punto movía las agujas de acero con la impasibilidad del destino. El agua de la fuente iba al arroyo, el arroyo corría hacia el río; el día, hacia la noche, y muchas de las vidas de la ciudad, hacia la muerte, según es regla; el tiempo y las aguas no esperaban a los hombres; las ratas dormían amontonadas en sus oscuros agujeros, y las máscaras del baile cenaban inundadas de luz. Las cosas seguían su curso.

VIII

El señor Marqués en el campo

A pesar de la belleza real del paisaje, la campiña ofrecía un triste aspecto. Se veían algunos campos de trigo, pero desgraciadamente en escaso número, y en cambio se extendían hasta perderse los campos de centeno, y en medio de ellos algunos huertos donde crecían en un terreno agostado hortalizas raquílicas, frutas degeneradas y miserables cebollas. Los productos de la tierra, lo mismo que los hombres y las mujeres que los cultivaban, tenían una tendencia enfermiza a marchitarse, y daba la impresión de que unos y otros vegetaban por fuerza y que solo deseaban dejar de vivir.

El señor marqués, reclinado en el fondo de su carroza de cuatro caballos conducidos por dos postillones, subía penosamente una cuesta escarpada. Cierta sonrojo que cubría su rostro no se debía a ningún exceso impropio de su perfecta educación, ni a ninguna agitación moral, sino únicamente al reflejo del sol al hundirse en el ocaso.

La luz penetraba con un brillo tan vivo en el interior del voluminoso carruaje que, cuando el señor marqués llegó a la cima de la colina, se vio envuelto en raudales de púrpura.

—Esto no durará —dijo, tapándose los ojos con la mano.

En efecto, mientras la carroza bajaba por la pendiente opuesta en medio de una nube de polvo, el fulgor rojizo se extinguió de pronto y, como el sol y el señor marqués bajaban a un tiempo, una vez quitados de en medio los obstáculos, desapareció todo el resplandor.

Desde aquel punto se veía una campiña desnuda y fría con una pequeña aldea, una iglesia y un molino; en el extremo de la llanura se extendía un inmenso bosque de caza; junto a ella se alzaba un enorme peñasco y, sobre este peñasco un castillo que desde hacía muchos años servía de cárcel.

La aldea tenía una pobre calle, una pobre fábrica de cerveza, una pobre curtiduría, una pobre taberna, un pobre establo donde se albergaban los caballos de posta, una pobre fuente y pobres habitantes. Algunas mujeres acurrucadas en los portales de sus casuchas pelaban cebollas para la cena de la familia, mientras las otras lavaban en la fuente algunas hojas de col de ensalada o de hierbas silvestres. La causa de su miseria se revelaba por sí sola; debían pagarse contribuciones al Estado, diezmos a la Iglesia, tributos al señor, impuestos particulares y generales según los bandos fijados en todos los sitios públicos, y era de admirar que el mismo villorrio no desapareciese con la sustancia de toda su población.

Se veían pocos niños y ni un solo perro. En cuanto a las personas adultas, tenían que elegir entre estas dos perspectivas: el hambre en las casuchas que se desmoronaban en la falda de la colina, o el cautiverio y la muerte en la cárcel que dominaba la llanura.

El noble viajero, precedido de un correo que vestía una lujosa librea, y anunciado por el chasquido del látigo que se retorció sobre la cabeza de los postillones, como si lo empujaran las vengativas furias, se paró delante del mesón donde aguardaban los caballos de posta. Éste estaba al lado de la fuente y los aldeanos se reunieron para contemplarlo. Volvió los ojos hacia el grupo de campesinos, y vio sin reconocerla la obra lenta y segura del hambre que hizo proverbial el aspecto chupado de los franceses en Inglaterra, donde se ha perpetuado como una superstición verdadera durante más de medio siglo.

El señor marqués miraba con indiferencia a los infelices que se inclinaban ante él, así como sus iguales se habían inclinado ante Monseigneur, con la única diferencia de que los primeros bajaban la cabeza por humildad y los segundos por ambición. En esos momentos se acercaba a la fuente un hombre canoso cuyo cargo consistía en cuidar de los caminos.

—Llama a ese hombre —dijo el señor marqués a su correo.

El caminero se acercó al carruaje con el gorro en la mano, y seguido por todos los demás, que tenían ganas de ver y oír lo que iba a suceder.

—¿No estabas hace un rato en el camino? —le preguntó el señor marqués.

—Sí, señor.

—¿Qué mirabas con tanta atención?

—Señor, miraba a aquel hombre.

Y se agachó al dar esta contestación para señalar con su gorro azul la parte inferior del carruaje. Sus compañeros se agacharon como él para mirar debajo del vehículo.

—¿Qué dices, majadero? ¿Qué ves debajo del coche?

—Es que debéis saber, señor, que estaba colgado de esa cadena.

—¿Qué estaba colgado?

—Señor, aquel hombre.

—¡Maldito seas! ¿Quién estaba colgado?

—Perdonad, señor; no es del pueblo y no sé cómo se llama. No lo había visto nunca.

—¿Colgado de la cadena? ¿Y no se ha asfixiado?

—Perdonad, señor; eso es lo que me admira, porque le colgaba la cabeza... así.

El caminero se apoyó en el coche con los pies delante y la cabeza inclinada sobre el pecho, y después se levantó e hizo un saludo retorciendo el gorro azul.

—¿Qué hombre era ése?

—Más blanco que un molinero, señor, cubierto de polvo de pies a cabeza, alto y pálido como un espectro.

Este relato produjo una profunda impresión en la concurrencia, y todos los ojos se volvieron hacia el señor marqués para ver quizá si llevaba algún espectro en la conciencia.

—¿Y por qué no has dado voces cuando has visto que ese miserable iba asido a mi carruaje? Pero ¿qué más me dará a mí? —dijo el señor marqués, felicitándose de no tener que inquietarse por semejante canalla—. Aleja a ese hombre, Gabelle.

El señor Gabelle^[22] reunía los cargos de maestro de postas y recaudador de contribuciones. Se había acercado al coche para asistir al interrogatorio del caminero, a quien había sujetado por la manga de una manera completamente oficial.

—¡Atrás, animal! —dijo, empujándolo bruscamente.

—No dejes de ocuparte, Gabelle, de ese hombre que han visto debajo de mi carroza si viene por la aldea —advirtió el señor marqués— y procura averiguar sus intenciones.

—Tendré la honra de obedecer vuestra orden.

—Ese imbécil estaba aquí hace un momento. ¿Adónde ha ido?

El imbécil estaba debajo del carruaje con una docena de amigos íntimos y les enseñaba la cadena de la que pendía el espectro. Otros amigos no menos íntimos lo llamaron inmediatamente y lo llevaron a la presencia del señor marqués.

—Dime, muchacho, ¿huyó aquel hombre antes de llegar al pueblo?

—Al llegar a la bajada se soltó de la cadena y entró en el bosque como quien se arroja al agua.

—No lo pierdas de vista, Gabelle. ¡Arrea, postillón!

La media docena de amigos que miraban la cadena de la cual se había suspendido el espectro continuaban entre las ruedas como carneros, y el coche partió tan bruscamente que fueron muy afortunados de salvar el pellejo; tenían poco más que salvar: si no, no habrían sido tan afortunados.

Cuando, después de cruzar el valle, hubo que subir la pendiente de la falda opuesta, el carruaje siguió una marcha más lenta, y el señor marqués trepó la última colina que había en su camino al paso de los flacos jamelgos que le había entregado el señor Gabelle. Los postillones, coronados por un círculo de mosquitos que habían ocupado el lugar de las furias, arreglaban tranquilamente el extremo de sus látigos, mientras el zagal marchaba al lado de los caballos, y se oía a lo lejos el trote del correo.

En lo más escarpado del cerro se hallaba emplazado un humilde cementerio con una cruz y en ella una imagen de Jesucristo de madera pintada y de tamaño natural; era obra de un cincel poco experto, y seguramente el escultor había tomado el modelo de su propia persona, porque el divino crucificado estaba horriblemente flaco. Al pie de este doloroso emblema de un gran dolor que llevaba mucho tiempo sin remitir, y que aún no había llegado a lo peor, estaba arrodillada una mujer que volvió la cabeza cuando pasó junto a ella el carruaje, y levantándose rápidamente corrió hacia la portezuela.

—¡Sois vos, señor! ¡Por favor, os lo ruego! —dijo con voz suplicante.

El señor marqués se asomó con impaciencia, pero sin cambiar de expresión.

—¡Siempre ruegos! —dijo—. ¿Qué pedís?

—¡Señor, por amor de Dios!... Es por mi pobre marido...

—¿Qué pide vuestro pobre marido? Siempre lo mismo; ¿no ha pagado lo que debe?

—Por el contrario, señor, lo ha pagado todo... porque ha muerto.

—Mejor; ahora descansa. ¿Puedo acaso resucitarlo?

—¡Ah! No, señor; está allí, debajo de un montón de hierba.

—¿Y qué?

—Señor, son tantos los montones de hierba...

—¿Y qué queréis que haga yo?

La mujer era joven y, sin embargo, estaba ajada y surcada de arrugas como una anciana. En su intenso dolor, cruzaba sus manos descarnadas o las apoyaba en la portezuela del coche como si éste tuviera algo de humano y pudiera ser sensible a sus caricias.

—¡Señor... escuchadme... escuchad mi petición!... Mi marido ha muerto de miseria como tantos otros... ¡Muere tanta gente de miseria! ¡Y tantos más van a morir!

—¿Puedo acaso mantenerlos?

—Dios lo sabrá, señor; pero no es eso lo que os pido, sino una cruz de madera con el nombre de mi pobre marido para ponerla sobre su fosa y saber dónde está. Si no pongo esa cruz, pronto quedará olvidado el sitio donde descansa y no le encontrarán cuando me muera, que no tardaré mucho, porque el hambre no perdona. Me enterrarían, señor, debajo de otro montón de hierba... ¡Son tantos... son tantos los muertos y es tan grande la miseria! ¡Por piedad, señor... concededme lo que os pido!

El lacayo la apartó de la portezuela; el carruaje, espoleado por los postillones, se alejó rápidamente, y el noble personaje, conducido nuevamente por las furias, vio acortarse de minuto en minuto la distancia que le separaba de su castillo.

Los perfumes de la tarde se alzaban en el camino y se esparcían con la misma imparcialidad que la lluvia sobre el grupo de hambrientos llenos de polvo y cubiertos de andrajos que rodeaban la fuente. Éstos continuaban escuchando la historia del espectro, cuyos pormenores les repetía el caminero con el gorro en la mano. Se dispersaron por fin y cada cual entró en su casa; aparecieron en las angostas ventanas de la aldea trémulos resplandores; las ventanas se oscurecieron después cuando empezaron a brillar las estrellas, y se hubiera dicho que la claridad de las cabañas, en vez de extinguirse, había ascendido a los cielos.

Un imponente edificio, cuyos tejados se alzaban entre frondosos árboles, cubría mientras tanto con su sombra el carruaje del señor marqués. Una antorcha disipó las tinieblas, abrieron la puerta principal y el señor de la aldea entró en su castillo.

—¿Ha llegado Charles de Inglaterra? —preguntó al apearse.
—No, señor; no ha llegado aún.

IX

La cabeza de Medusa

El castillo del señor marqués era una gran mole con un inmenso patio de piedra en la entrada, en el que se juntaban dos anchas escalinatas de piedra en forma de herradura sobre un terrado de piedra donde se abría la puerta principal. Un conjunto realmente pétreo, con gruesas balaustradas de piedra, y urnas de piedra, y flores de piedra, y rostros humanos de piedra, y cabezas de león de piedra, en todas partes. Se había dicho que a finales del siglo XVI, en el momento de terminarse el edificio, la cabeza de Medusa^[23] había paseado sobre él su mirada.

El señor marqués subió los anchos escalones que conducían al terrado, precedido de una antorcha que disipaba las tinieblas con luz suficiente para arrancar las quejas de un búho albergado bajo el vetusto techo de una antigua cochera. El aire estaba tan quieto que ni siquiera agitaba la llama que alumbraba al señor marqués ni la que le esperaba a la puerta del castillo. A excepción de la voz del búho y del murmullo de una fuente que vertía sus aguas en un pilón de piedra, nada se oía en el castillo. Era una de esas noches tenebrosas que cortan el aliento y exhalan de vez en cuando un suspiro que sofoca al instante el silencio. La enorme puerta se abrió rechinando y el señor marqués se encontró en un gran salón con las paredes cubiertas de antiguos venablos, de macizas espadas, de un sinfín de cuchillos de caza, y de algunos látigos de correa que más de un aldeano había sufrido en sus carnes antes de ir a reunirse con la muerte, su única bienhechora. Evitando los salones donde no había luz, el señor marqués se dirigió al primer piso, cruzó una puerta que daba a un corredor y entró en sus aposentos privados, constituidos por su alcoba y dos habitaciones más: habitaciones de altos techos abovedados, suelos sin alfombras, grandes perros frente a las chimeneas donde ardía la leña en invierno, y todos los lujos que convenían a un marqués de un siglo y de un país de lujo. La moda del penúltimo Luis, de la dinastía que nunca iba a extinguirse —Luis XIV—, era ubicua en el rico mobiliario, pero estaba diversificada en un sinfín de objetos que eran ilustraciones de las antiguas páginas de la historia de Francia.

Había una mesa con dos cubiertos en la última sala, una pequeña rotonda emplazada en uno de los torreones de tejado piramidal que se alzaban en los cuatro ángulos del castillo. La ventana estaba abierta, pero cerradas las persianas, y la noche era visible únicamente por las líneas negras que alternaban con los verdes listones.

—Mi sobrino —dijo el señor marqués contemplando los preparativos de la cena—; me han dicho que no ha llegado.

No había llegado, aunque se le esperaba con el señor marqués.

—No es probable que venga esta noche. Dejad, sin embargo, su cubierto. Cenaré dentro de veinte minutos.

Apenas habían transcurrido los veinte minutos cuando el señor marqués se sentaba delante de una cena delicada y suntuosamente servida. Acababan de llevarse el primer plato, y tenía en la mano el vaso de vino de Burdeos pero, en vez de llevárselo a los labios, volvió a dejarlo en la mesa.

—¿Qué ruido es ése? —preguntó, mirando la ventana que tenía enfrente.

—¿Dónde, señor?

—Abre las persianas.

El criado ejecutó la orden.

—¿Quién anda por ahí?

—Señor, no veo nada... nada más que la sombra y los árboles.

—Bien, cierra.

El criado cerró las persianas y el señor marqués continuó cenando. Estaba en el asado cuando volvió a interrumpirse con el vaso en la mano al oír el ruido de un carruaje.

—Pregunta quién llega —dijo al criado.

Era el sobrino del marqués. Había hecho todos los esfuerzos posibles para alcanzar el coche de su tío, pero no había podido llegar a la aldea hasta el momento en que el señor marqués entraba en el castillo.

—Señor —le dijo un lacayo—, la cena está dispuesta y vuestro tío os espera.

Pocos instantes después el sobrino del señor marqués entraba en la sala circular. En Inglaterra llevaba el nombre de Charles Darnay.

El señor marqués le recibió con cortesía, pero no le ofreció la mano.

—¿Partisteis ayer de París? —preguntó el joven sentándose a la mesa.

—Ayer por la mañana. ¿Y vos, caballero?

—He venido directamente.

—¿De Londres?

—Sí, señor.

—Mucho habéis tardado —dijo el señor marqués, sonriendo.

—Por el contrario: apenas me he detenido una hora.

—No hablo del tiempo que habéis empleado en el viaje, sino del que habéis tardado en emprenderlo.

—Me han retenido... diversos negocios —respondió el joven, vacilando.

—Me lo figuro —repuso el marqués con amabilidad.

No hablaron más mientras estuvo presente el criado pero, cuando se quedaron solos después de tomar el café, Charles miró a su tío y entabló conversación.

—He venido —dijo—, como sin duda habéis adivinado, con la intención de llevar a cabo el proyecto que me condujo a Inglaterra, y la insistencia con que lo he acometido me ha expuesto a un peligro tan grande como inesperado. Sin embargo,

persistiré en esta empresa que para mí es sagrada y, si me lleva a la muerte, espero que el sentimiento que me inspira me sostendrá hasta el fin.

—¿Por qué os ha de llevar a la muerte? Eso es una exageración.

—Suponiendo que no haya exagerado, os haré una pregunta.

—Hacedla.

—En el momento fatal, ¿me habríais tendido la mano para protegerme?

El tío protestó por la desconfianza de su sobrino con un gesto muy generoso, pero era tan evidente que esta protesta no pasaba de ser una mera fórmula de cortesía que no tranquilizó al joven, el cual añadió:

—Sin embargo, según me han asegurado, parece que habéis contribuido a hacer aún más sospechosas las circunstancias en que me hallaba.

—Os han engañado —dijo el señor marqués con el tono más amable.

—Lo creo —respondió el sobrino mirando a su tío con profunda desconfianza—, pero sé que vuestros diplomáticos arreglos me detendrían a la menor ocasión, y que nunca habéis sido muy escrupuloso en la elección de los medios.

—Os lo dije, amigo mío, hace mucho tiempo —replicó el señor marqués, con las mejillas encendidas, no de rubor, sino de ira—; hacedme el favor de recordarlo, querido sobrino.

—No lo he olvidado.

—Gracias.

La voz del señor marqués dejaba en el aire una vibración prolongada como la de un instrumento armónico.

—Creo, en efecto —continuó el joven—, que debo a mi buena estrella, y más aún a vuestra mala fortuna, no hallarme hoy encerrado en alguna cárcel francesa.

—No os entiendo —dijo el tío—. ¿Será una indiscreción pedirnos que expliquéis esas palabras?

—Quiero decir que, si no estuvierais tan mal visto en la corte y no hubieseis abusado tanto de ella, una orden secreta vuestra me habría enviado a una fortaleza cualquiera por un tiempo indeterminado.

—Es posible —dijo el marqués con la mayor calma—; habría llegado a ese extremo para salvar el honor de la familia. Dispensadme si os hablo con tanta franqueza.

—Es para mí una dicha que la recepción de anteayer haya sido como siempre un bochorno para vos —dijo el joven.

—No estoy seguro, querido sobrino, de que debáis felicitaros por eso —respondió el tío con la mayor finura—. Las ventajas de la soledad y la ocasión que hubierais tenido de reflexionar despacio habrían podido influir en vuestro porvenir de una manera más favorable de lo que imagináis. Pero es inútil discutir sobre este punto, pues, como vos decís, estoy mal visto en la corte. Esas pequeñas medidas de corrección, esas amables contribuciones al honor y al poder de las familias, esos ligeros favores que tanto podrían incomodaros, no se conceden hoy más que por

interés o por una engorrosa insistencia. ¡Tantos los piden y tan pocos, relativamente, los consiguen! No era así en otro tiempo; pero todo ha cambiado en Francia. Nuestros antepasados tenían derecho de vida y muerte sobre sus vasallos. ¡Cuántos villanos han salido de este castillo para ser ahorcados! Sabéis muy bien que en la habitación de al lado, donde duermo, uno de esos rústicos fue traspasado a puñaladas por la insolente delicadeza de que hacía alarde en favor de su hija. ¡Su hija! Perdemos de día en día nuestros privilegios. Una nueva filosofía está de moda, y la pura afirmación de nuestro rango puede crearnos verdaderas inconveniencias. ¡Esto va mal!... ¡Muy mal!

El señor marqués tomó un polvo con suprema elegancia al terminar estas palabras, y movió la cabeza con aire inquieto, sin desesperar, sin embargo, de la regeneración del país que tenía la ventaja de contar con él.

—En tiempos antiguos, y también en los modernos, hemos afirmado con tanta convicción nuestro rango —dijo el sobrino con voz sorda— que creo que no hay en Francia un nombre más detestado que el nuestro.

—No lo dudo —respondió el tío—; el odio que inspira la nobleza es un homenaje involuntario por parte del pueblo.

—No hay en todo el país —prosiguió el joven con el mismo tono— un solo rostro que no me mire con otro respeto que el oscuro respeto del miedo y el sometimiento de un esclavo.

—Eso es un cumplido para la familia, un elogio merecido por su manera de conservar la grandeza.

El señor marqués aspiró nuevamente otro polvo y cruzó las piernas, pero, cuando el joven, con el codo apoyado en la mesa, se llevó la mano a la cara y se tapó los ojos, la mirada astuta y cruel de su tío se clavó en él con una fuerza de penetración y de odio que desmentía toda su pose de indiferencia.

—La represión —dijo— es la única filosofía real y permanente. El oscuro respeto del miedo y de la esclavitud, amigo mío, seguirá haciendo que los perros obedezcan al látigo, mientras estos techos nos tapen la vista del cielo.

Este plazo podía ser más breve de lo que el señor marqués imaginaba. Si le hubieran dejado ver lo que iba a ser su castillo al cabo de algunos años, y lo que iban a ser cincuenta como el suyo en el mismo espacio de tiempo, difícilmente lo habría reconocido entre un montón de tristes ruinas, carbonizadas y saqueadas. Y, en cuanto al techo del que alardeaba, tal vez tendría que considerar esa manera de tapar el cielo desde otro punto de vista... del de los ojos, por ejemplo, de los cadáveres acribillados por el plomo que dispararían los cañones de cien mil mosquetes.

—Mientras tanto —continuó el señor marqués—, cuidaré de la tranquilidad y el honor de la familia que a vos tan poco os interesan. Pero supongo que estaréis cansado, y temo aumentar vuestro cansancio prolongando esta conversación.

—Dignaos concederme algunos minutos más.

—Aunque sea una hora.

—Hemos hecho mal —repuso el sobrino— y sufriremos las consecuencias.

—¡Hemos hecho mal! —repitió el señor marqués con una sonrisa, señalándose a sí mismo después de señalar a su sobrino.

—Hablo de nuestra familia, cuyo honor nos interesa a ambos aunque de una manera muy distinta. Hasta en vida de mi padre cometimos todos los agravios imaginables insultando y aniquilando a cuantos eran un obstáculo para nuestros placeres. ¿Qué necesidad tengo de recordarlo? Ésa fue nuestra vida. ¿No erais el hermano menor de mi padre, el coheredero de los títulos y bienes de la familia, el que se aprovechó de su sucesión?

—Así lo ha querido la muerte —dijo el señor marqués.

—¿Y quién me ha dejado desarmado ante un sistema odioso, al cual estoy vinculado por una fatalidad, del que no soy responsable, y contra el que nada puedo? ¿Quién me ha dejado haciendo esfuerzos para ejecutar la última voluntad de mi madre y para obedecer su última mirada, con la que me suplicaba que tuviese compasión e hiciese justicia? ¡Oh! ¡Qué tormento tan horrible es no tener poder y no encontrar en parte alguna el auxilio que reclamo!

—Si me lo pedís a mí, estad seguro de que no lo conseguiréis, querido sobrino.

El señor marqués, que estaba entonces de pie cerca de la chimenea, miró al joven con expresión fría y pérfida bajo la calma aparente de su rostro pálido, y, tocando con el índice el pecho del sobrino, como si el extremo de su dedo fino y blanco fuera la punta de una espada, añadió:

—Amigo mío, moriré perpetuando el sistema en el que he vivido. —Subrayó estas palabras aspirando una última ración de rapé y se metió la caja de oro en el bolsillo—. Haríais mejor en ser una criatura racional y aceptar el destino que habéis recibido del cielo —continuó, tirando del cordón de la campanilla—; pero veo que estáis perdido sin remedio.

—He perdido mi herencia y he perdido a Francia —murmuró el joven con tristeza—, pero he renunciado a las dos.

—¿Y podéis hacerlo, Charles? No dudo de que renunciéis a Francia, pero no podéis renunciar aún a vuestra herencia.

—Lo sé, señor; únicamente quise decir que mañana pasará de vos a mí...

—Tengo la vanidad de creer que ese mañana está aún muy lejos.

—Supongamos que falten veinte años.

—Me hacéis mucho honor —dijo el señor marqués—; aun así, prefiero esa suposición.

—Abandonaría estas tierras para irme a vivir a otro país y de distinto modo que mis antepasados. Será un débil sacrificio, sin embargo, alejarse de un sitio como éste, donde todo es ruina y miseria.

—¿Sí? —dijo el señor marqués, mirando el lujo que le rodeaba.

—En esta sala la vista queda satisfecha —repuso el sobrino—, pero en el fondo y a la claridad del día no es más que una torre vacilante de derroche, mala

administración, extorsión, deudas, hipotecas, hambre, desnudez y sufrimiento.

—¿Sí? —volvió a replicar el señor marqués con ironía.

—Si algún día estas tierras son mías —prosiguió el joven—, las confiaré a manos más hábiles que las mías para que los hijos de los desgraciados que habiten esta comarca, donde tanto han padecido, no tengan que soportar tantos males. Pero no les haré yo esta justicia: sobre estas tierras y la familia que las posee pesa una maldición.

—Perdonad mi curiosidad —dijo el tío—; pero vos, con vuestros principios, ¿tenéis intención de vivir?

—Viviré, señor, como se verán obligados tal vez a vivir algún día muchos nobles: viviré trabajando.

—¿En Inglaterra acaso?

—Sí, señor, no temáis; el honor de la familia no quedará mancillado, al menos en Francia.

La campanilla había dado la orden de encender la luz en el aposento del señor marqués, el cual echó una ojeada a la puerta mientras se abría, prestó atención y esperó para continuar la conversación a que se hubiese retirado el criado.

—Sin duda —dijo— ha de tener Inglaterra muchos alicientes para vos, porque la posición que ocupáis allí no es muy ventajosa. No me parece grande vuestra prosperidad —añadió riendo.

—Creo haberos dicho que os lo debo a vos. Por otra parte, si partí a Inglaterra no fue para enriquecerme, sino para buscar un refugio.

—Inglaterra presume de ser un asilo para muchas personas. ¿No conocéis a un francés refugiado como vos en ese país hospitalario, un doctor en medicina?

—Sí, señor.

—¿Tiene una hija?

—Sí, señor.

—Muy bien —dijo el señor marqués—. Buenas noches y descansad, porque debéis de estar muy fatigado.

Al inclinar la cabeza se reveló en su mirada y su sonrisa una expresión particular que daba a sus palabras un tono tan intencionado y misterioso que el joven quedó sorprendido. Las finas líneas rectas de sus ojos, las finas líneas rectas de sus labios, y las marcas de la nariz se curvaron con un sarcasmo que parecía tentadoramente diabólico.

—¡El doctor tiene una hija! —repitió el señor marqués—. ¡Muy bien! Así empieza la nueva filosofía. Pero estáis cansado; ¡buenas noches, querido sobrino!

Tan inútil habría sido interrogar a las máscaras de piedra que adornaban el castillo como hacer preguntas al rostro del marqués, y su sobrino lo contempló en vano cuando cruzaba la puerta.

—¡Buenas noches! —repitió—. Espero que mañana estaréis completamente descansado... Alumbra y acompaña a este caballero a su cuarto. ¡Y quémallo en su

lecho, si te place! —murmuró cuando llamó al criado para que lo ayudara a desnudarse.

Cuando salió el criado, el señor marqués se paseó por su alcoba abrigado con su bata, preparándose para el sueño. Sus blandas babuchas se apoyaban sin rumor en el pavimento, y sus pasos silenciosos, unidos a la flexibilidad de sus movimientos, le daban un aire especial, como si un hechicero le hubiera condenado por sus faltas a convertirse en un tigre, y el cambio periódico estuviese a punto de verificarse. Mientras se paseaba por aquel aposento voluptuoso, pensaba en los últimos incidentes de su viaje, que acudían a su pesar a la memoria: la subida larga y penosa del cerro, sus manos enrojecidas por el sol del ocaso, la bajada en medio de un torbellino de polvo, la aldea al pie de la colina, la cárcel sobre el peñasco, los aldeanos en torno a la fuente y el caminero señalando la cadena del carruaje con su gorro azul. La fuente de la aldea evocó el recuerdo de la de París, el pequeño montón de harapos ensangrentados depositado en el pilón de piedra, las mujeres que contemplaban el cadáver y el desgraciado padre que levantaba los brazos al cielo exclamando: «¡Está muerto!».

—Ahora —dijo el señor marqués— estoy tranquilo y puedo acostarme.

Apagó las bujías de los candelabros, a excepción de una, echó los cortinajes de seda, cerró los ojos, oyó los suspiros que exhalaba la noche y se entregó al sueño.

Las máscaras de piedra que adornaban la fachada miraron durante tres largas horas las tinieblas con sus ojos ciegos, los caballos se agitaron delante de los pesebres, los perros ladraron, y el búho lanzó gritos muy distintos a los que le atribuyen los poetas. Pero tales criaturas tienen la necia costumbre de no expresarse nunca como se les manda.

Durante tres largas horas las máscaras de piedra del castillo, leones y hombres, observaron la noche con sus ojos ciegos. Una densa oscuridad envolvía el paisaje, una densa oscuridad que sumaba su propio silencio al polvo silencioso de los caminos. No se distinguían ya en el cementerio los montones de hierba, la imagen de Jesucristo habría podido desprenderse de la cruz sin que nadie lo advirtiera, y en la aldea dormían a pierna suelta recaudadores y contribuyentes. Tal vez soñaban con banquetes, como sueñan con frecuencia los que se mueren de hambre, y con el reposo y el bienestar como deben de soñar el esclavo y el buey abrumados bajo el peso del yugo; al menos durante su sueño eran libres y estaban saciados, olvidando el hambre y el collar de su miseria.

Durante tres oscuras horas la fuente de la aldea manó invisible e inaudible, e inaudible e invisible goteó la fuente del castillo: las dos se fundían, como se funden los minutos que brotan del manantial del Tiempo. Después, sus aguas grises empezaron a ser fantasmas a la luz, y los ojos de las caras de piedra del castillo se abrieron.

El sol, después de alumbrar la copa de los árboles, pintó de rojo la colina y las máscaras de piedra, y el agua pareció mezclarse con sangre. El himno de la mañana

saludó en el cielo y en la tierra el nuevo día; un pajarillo entonó dulcísimos trinos sobre la ventana del dormitorio del señor marqués, y el monstruo que sostenía las armas de la familia pareció escucharlos asombrado con los ojos inmóviles y las fauces abiertas.

Toda la aldea se puso en movimiento, se abrieron las ventanas y después las puertas, y los trabajadores, estremeciéndose al contacto con el aire frío y puro de la mañana, empezaron sus tareas de cada día. Empezaron a verse mujeres lavando, hombres y mujeres cavando, arando, escardando, apacentando los animales y conduciendo las pobres vacas a los márgenes de los caminos para que aprovecharan la hierba que crecía sobre la humedad de las acequias; en la iglesia una o dos mujeres arrodilladas, y en la puerta del cementerio una pobre viuda con una cabra que pacía en el césped al pie de la cruz.

El castillo se despertó más tarde, como correspondía a su categoría, y gradualmente se despertó cada uno de sus huéspedes según su posición y carácter. Los venablos y los cuchillos de monte fueron los primeros en reflejar la luz del día, la puerta de la caballeriza se abrió después, y los caballos miraron por encima del hombro la cebada que les echaba el palafrenero, mientras los perros tiraban de las cadenas y se levantaban sobre sus patas traseras impacientes por recobrar la libertad. Finalmente se abrieron las persianas de las ventanas.

Nada de extraordinario se advirtió hasta entonces en estos hechos rutinarios que se repetían todos los días. Pero ¿por qué suena la campana? ¿Por qué esas idas y venidas, esas caras aterradas que andan por el terrado y esas botas con espuelas que resuenan en el patio? ¿Por qué ensillan a toda prisa los caballos? ¿Por qué bajan a todo escape por la falda de la colina?

¿El viento lleva acaso la noticia de este tumulto hasta el caminero que está trabajando y cuyo alimento del día, indigno de llamar la atención de una corneja, descansa sobre un montón de piedras? Los pájaros que diseminan las semillas, ¿han dejado caer tal vez sobre él algunas migajas de la noticia? Sin embargo, el caminero abandona su azada y su zurrón, baja del collado corriendo como si lo persiguiera el demonio, y no se detiene hasta llegar a la fuente.

Encuentra allí a todos los habitantes de la aldea, hablando en voz baja con animación, pero sin manifestar otro sentimiento que la sorpresa y la curiosidad. Las vacas, atadas a una estaca, miran como estúpidas o, tumbadas en el polvo, rumian lentamente, sin que su mezquino pasto indemnice el trabajo de sus mandíbulas. Alguna gente del castillo y algunos empleados de la posta, y todas las autoridades de la recaudación, están armados en una u otra medida, y apiñados al otro lado de la callejuela sin propósito ni razón. El caminero se ha unido ya a un corro de cincuenta amigos y en medio de ellos se le ve agitando su gorro azul. ¿Qué significa tanta alarma? ¿Qué presagia el salto del señor Gabelle a la grupa del caballo de un criado con librea del señor marqués, y el galope del animal que, a pesar de su doble carga, desaparece como una nueva versión de la balada alemana de Leonora^[24]?

Significa que ha habido en el castillo una cara de piedra que nadie esperaba ver.

La Gorgona ha venido durante la noche a visitar el edificio para añadir la única cabeza que faltaba a esa noble morada y que esperaba hace doscientos años.

Sobre la almohada del señor marqués reposa la máscara de un hombre que se despertó de pronto, se enfureció y quedó petrificado en su cólera. En el pecho de ese hombre se encuentra un cuchillo hundido en medio del corazón, en el mango del cuchillo un papel, y en el papel se leen estas palabras: «Directo a la tumba. De parte de Jacques».

X

Dos promesas

Algunos meses habían pasado, hasta contar doce, y el señor Charles Darnay se había establecido en Inglaterra como profesor superior de lengua y literatura francesa. Actualmente se le daría el título de profesor, pero en aquel tiempo se le llamaba «tutor». Daba cursos a jóvenes con tiempo libre o interés por una lengua viva hablada en todo el mundo, y les inculcaba el gusto por sus obras de pensamiento y de fantasía. Era capaz de escribir sobre ellas, además, en un inglés excelente, así como de traducirlas en un inglés excelente. Por entonces eran muy raros los maestros de su categoría: no existían aún profesores que un día habrían de ser príncipes y reyes^[25], y los nobles inscritos en el libro mayor de Tellson no se habían visto aún reducidos a hacerse cocineros o carpinteros. Merced al talento que poseía, a la extensión de sus conocimientos y a la finura de sus modales, el profesor de lengua hizo muy pronto carrera. Estaba además muy al corriente de los asuntos de su país, que de día en día ofrecían mayor interés, y éste era un motivo más para que la gente se apresurase a pedirle lecciones.

Si al trasladarse a Londres hubiera abrigado la esperanza de nadar en oro y plata, es indudable que se habría llevado un amargo desengaño; pero había pedido trabajo, lo había conseguido, se había portado con celo, y en eso consistía todo el secreto de su fortuna. Daba clases en la Universidad de Cambridge, donde se toleraba que entrase de contrabando las riquezas de una lengua moderna, en vez de importar griego y latín con el beneplácito de la aduana académica; estas tareas universitarias le ocupaban una parte del tiempo, y el restante lo dedicaba a sus discípulos de Londres.

Ahora bien, desde la época en que reinaba un verano perpetuo en el Edén hasta nuestros días, en que es raro que el invierno abandone estos climas degenerados, los hombres han obedecido invariablemente la ley que los obliga a enamorarse de una mujer, y Charles Darnay seguía la ley común.

Había amado a Lucie Manette desde el instante en que se vio expuesto a morir en un cadalso. Nunca había oído una voz más dulce y simpática, nunca había contemplado un rostro más celestial ni nunca había sentido una emoción más grata que en el momento en que, al borde de la tumba, había sido mirado por aquella angelical criatura que debía identificarlo y declarar contra él.

Pero su amor era un secreto que a nadie había confiado. Desde el día en que, hacía un año, el señor marqués había muerto asesinado en la otra parte del Canal, Charles no había pronunciado una sola palabra que pudiera levantar sospechas sobre su estado de ánimo. Tenía excelentes razones para observar esta conducta, y sufría, callaba y esperaba.

Sin embargo, una noche, después de regresar de Cambridge, se dirigió a la casa de los ecos con el objeto de revelar al doctor lo que pasaba en su alma. Era también verano, y Lucie tenía costumbre de salir al anochecer con la señorita Pross. El enamorado, al tanto de esta circunstancia, encontró al señor Manette solo en su gabinete, leyendo junto a la ventana.

El doctor había recobrado paulatinamente toda la fuerza que le había sostenido en su cautiverio y agravado sus tormentos. Con todo, esa energía se debilitaba a veces de pronto, y volvía a aparecer bruscamente, como había sucedido con las demás facultades antes de volver a su estado normal; pero las crisis, antes tan frecuentes, cada vez eran más escasas: estudiaba mucho, dormía poco, sobrellevaba fácilmente la fatiga, y no le faltaba buen humor. Al ver entrar a Charles Darnay dejó el libro y alargó la mano.

—Me alegro mucho de veros —le dijo—; os esperábamos hace algunos días. Los señores Stryver y Carton decían ayer que os quedabais en Cambridge más tiempo del que os impone vuestro deber.

—Agradezco el interés que se toman por mí —respondió Charles con bastante tibieza—. La señorita Lucie... —añadió.

—Está muy bien. Ha salido a hacer algunas compras, pero no tardará en volver, y estoy seguro de que tendrá un gran placer en veros.

—Sabía que no la encontraría en casa —replicó Darnay—, y aprovecharé la ocasión para hablaros de un asunto muy importante.

Se produjo un largo silencio.

—Ah, ¿sí? —dijo el doctor, visiblemente incómodo—. Acercad vuestra silla y hablad.

Charles obedeció en lo de la silla, pero lo de hablar no fue tan fácil.

—Tengo la satisfacción —dijo por fin— de merecer vuestra amistad desde hace dieciocho meses, y esto me da la esperanza de que el asunto del que he de hablaros...

—¿Tenéis intención de hablarme de Lucie? —preguntó el doctor, interrumpiéndolo.

—Sí, señor.

—Es un tema de conversación muy doloroso para mí, y os confieso que aumenta mi dolor el tono con que empezáis a dirigiros a mí, señor Darnay.

—Os hablo con la admiración más ferviente, con el amor más sincero, señor —respondió Charles en actitud respetuosa.

—Lo creo —dijo el doctor.

Éste tardaba tanto en contestar y lo hacía con tan pocas ganas, que Charles Darnay le preguntó vacilando si podía continuar.

Habiéndole respondido con un movimiento de cabeza afirmativo, Darnay le dijo:

—Sabéis ya cuanto tengo que deciros, pero no podéis comprender qué importancia tiene para mí esta conversación, porque ignoráis la inquietud que hay en mi alma. Amo a vuestra hija con un cariño tan respetuoso como ardiente, y si algún

corazón ha latido a impulso de un amor profundo y leal, dudo de que pueda compararse con el mío. Vos habéis amado, doctor; recordad vuestro antiguo amor...

El señor Manette había vuelto el rostro hacia el techo y, al oír las últimas palabras del joven, tendió la mano exclamando:

—¡No me habléis de eso, por piedad! ¡Oh! No me lo recordéis.

Su voz expresaba tanto dolor que continuó vibrando en los oídos de Charles después de haber dejado de oírse; su mano seguía tendida hacia el joven suplicándole que callase.

—Perdonad —murmuró después de algunos minutos—; no dudo de vuestro amor hacia mi hija; creedlo, señor Darnay...

Y se volvió hacia él, pero, sin levantar la cabeza, se apoyó la frente en la mano, el rostro velado por sus canas.

—¿Le habéis hablado de vuestro amor? —preguntó.

—No, señor.

—¿Le habéis escrito?

—Nunca.

—Habéis obrado con tanta abnegación por consideración a su padre; sería poco generoso ignorarlo, y su padre os da las gracias.

Y al pronunciar estas palabras ofreció la mano al joven, sin apartar los ojos del techo.

—Ya sé —respondió Charles—, y ¿cómo puedo no saberlo viéndoos todos los días? Ya sé que hay entre Lucie y vos un cariño tan profundo y tan excepcional, teniendo en cuenta las circunstancias que le dieron origen, que es imposible compararlo ni aun con el sentimiento más vivo que haya existido nunca entre un padre y su hija; lo sé, doctor. En el amor que os profesa se une el afecto puro y leal de una mujer al instinto irreflexivo y la confianza de un niño. No solo os ama, sino que tenéis para ella un carácter sagrado cuyo valor no podrá disminuir ninguna otra pasión. Al contemplaros recuerda a su madre, y os ama a ambos en vos; padece vuestros dolores, bendice el cielo que os ha dado la libertad, y esto contribuye a acrecentar su ternura. Lo sé, y he pensado en ello noche y día desde el día en que me favorecisteis con vuestra amistad.

El doctor guardó silencio, y su respiración se hizo más agitada, pero no dio indicio alguno de los sentimientos que cobijaba.

—Querido doctor Manette, sabiendo esto, y viéndola a ella y a vos a través de la luz santificada que os rodea, me he contenido, todo lo que un hombre es capaz. Sentía, y lo siento aún ahora, que es casi una falta interponer mi amor entre padre e hija. Pero la amo. ¡Y Dios es testigo de que la amo!

—Me lo figuraba —dijo tristemente el doctor.

—No creáis —prosiguió Charles, a quien el tono dolido de estas palabras produjo el efecto de un reproche— que, si debiera pertenecerle algún día, se me haya ocurrido nunca la idea de separaros de ella. Por otra parte, sería imposible, aun suponiendo que

fuera lo bastante cruel para intentarlo. Pero no temáis —añadió, cogiéndole la mano —, no puedo pensar en algo así. Arrojado como vos de Francia por sus locuras y miserias, pidiendo como vos al trabajo la subsistencia y confiando en un porvenir más feliz, no abrigo otra ambición que la de sentarme en vuestro hogar y seros fiel hasta la muerte. Lejos de pensar en arrebatáros a vuestra hija, deseo participar de los cuidados que os prodiga, unirme a ella para aumentar vuestra ventura y estrechar los lazos que os unen, si esto fuera posible.

El padre de Lucie, después de responder a la presión de la mano del joven, levantó la cabeza por vez primera desde el principio de la conversación. Su rostro revelaba la lucha de su alma, y una tendencia manifiesta a expresar el terror y la duda, pero hizo por fin un esfuerzo y dijo con calma y dulzura:

—Gracias, Charles Darnay; vuestras palabras son dignas y cariñosas, y os voy a hablar también con franqueza. ¿Tenéis algún motivo para creer en el amor de Lucie?

—Ninguno hasta ahora.

—¿Habéis entablado esta conversación para aseguráros de que os ama?

—No, doctor; al venir aquí no llevaba hasta tal punto mis pretensiones, pero espero, tal vez será una equivocación mía, que me permitiréis mañana que lo averigüe.

—¿Me pedís un consejo?

—No, deseo únicamente que me digáis lo que creáis más prudente.

—¿Habéis venido a pedirme una promesa?

—Sí, doctor.

—¿Cuál?

—Sé muy bien que sin vos nada debo esperar, pues, aunque vuestra hija me amase, lo cual estoy muy lejos de suponer, no me guardaría su afecto contra la voluntad de su padre.

—Si eso es cierto, podría producirse el efecto contrario. ¿No habéis pensado en eso?

—Es fácil comprender que una palabra vuestra en favor de cualquier aspirante inclinaría sus propios sentimientos y que vuestros deseos triunfarían sobre los suyos. Por esta razón os pediré esta palabra con peligro de mi vida.

—No lo dudo, señor Darnay, pero entre las personas más íntimamente unidas hay misterios impenetrables que nacen precisamente de su afecto, y yo no puedo adivinar qué se esconde en el corazón de Lucie.

—¿Puedo preguntaros si algún hombre...?

—¿La ama?

—Eso es lo que quería deciros.

—Habéis visto aquí al señor Carton —respondió el doctor después de un instante de reflexión—, y el señor Stryver viene también algunas veces, de modo que solo podría ser uno de los dos.

—A no ser que sean ambos.

—No lo creo, y hasta es probable que ninguno de ellos lo haya pensado. Pero ¿qué promesa es la que me pedís?

—Si vuestra hija os llega a hacer algún día una confidencia como la que acabáis de oír, prometedme, doctor, que le repetiréis mis palabras y le diréis que las habéis creído. Espero haberos inspirado suficiente aprecio para que no aboguéis contra mí; esto es lo único que os pido. Dignaos ahora imponerme las condiciones que tenéis derecho a exigir y las acepto, desde luego, sin restricciones.

—Os prometo hacer lo que me pedís y sin condición alguna. Creo firmemente todo cuanto me habéis dicho, y estoy convencido de que no intentáis desatar los lazos que me unen con la parte más querida de mí mismo. Si me dice que sois necesario para su felicidad, os la daré, señor Darnay.

El joven cogió la mano del doctor y la estrechó, con efusión.

—Aun cuando existieran prevenciones motivadas —dijo el doctor Manette—, graves motivos de antipatía contra el hombre que amase, todo quedaría olvidado por su amor. Lucie encierra para mí el mundo entero, ejerce sobre mi alma más influencia que el dolor, que el recuerdo; es más poderosa que... Pero ¿qué iba a decir? —Había una expresión tan extraña en su voz al enmudecer y en su mirada al perderse en el vacío, que Charles sintió cómo su propia mano se enfriaba entre la mano que lentamente se retiraba—. ¿De qué hablábamos? ¿Qué me decíais? —añadió el señor Manette, sonriendo.

Aunque Charles, desde luego, apenas se atrevía a responder, se acordó de que había hablado de una condición a cambio de la promesa que el doctor le había hecho.

—Debo corresponder a vuestra confianza —dijo—. No ignoráis que el apellido que llevo actualmente, aunque se parece al de mi madre, es un apellido supuesto. Deseo que sepáis a qué familia pertenezco y por qué...

—¡No prosigáis! —exclamó el médico de Beauvais.

—Quiero, sin embargo, merecer vuestra confianza, no tener secretos para vos.

—¡Callad... por favor! —El doctor, que se había llevado las manos a sus oídos, las cruzó sobre los labios del joven—. Me lo diréis más adelante, cuando os lo pregunte, pero ahora no. Si os ama Lucie, me lo revelaréis después de casado. ¿Me prometéis no hablarme de eso hasta entonces?

—Os lo prometo.

—Ella va a volver y desearía que no nos encontrase juntos. Buenas noches y que el cielo os guarde.

El sol acababa de ocultarse cuando Darnay se retiró, y era ya de noche cuando Lucie volvió a su casa.

Corrió al salón y se sorprendió al no ver en él a su padre.

—¡Padre! —dijo, alzando la voz.

No oyó más respuesta que el ruido sordo de un martilleo en el gabinete y huyó aterrada. Pero, retrocediendo un momento después, se acercó a la puerta y lo llamó en

voz baja. Cesó entonces el ruido del martilleo, el doctor salió a recibirla, y los dos se pasearon por el cuarto hasta muy avanzada la noche.

Después de acostarse, Lucie se levantó y bajó a verlo. El doctor dormía en un sueño profundo, y estaban ya en su sitio el banquillo, la espuerta de los instrumentos y el zapato empezado.

XI

Un cuadro de compañerismo

Aquella misma noche, el señor Stryver decía a su colega:

—Sydney, prepara otro ponche, porque tengo que darte una buena noticia.

Sydney había estado trabajando sin descanso, lo mismo que las noches anteriores, para poner en orden los papeles del abogado y despachar antes del inicio de las vacaciones todas las causas que éste tenía a su cargo. Terminada la tarea y puesto al corriente lo atrasado, el abogado estaría libre de toda ocupación hasta que el mes de noviembre, escoltado de nieblas atmosféricas y legales, trajera grano al molino.

Aquellas noches triplemente laboriosas no habían hecho a Carton más vivo ni más sereno, y únicamente a fuerza de toallas mojadas y de incesantes libaciones había logrado salir airoso de su empeño. Se hallaba en un estado deplorable cuando se quitó el turbante y lo arrojó en el barreño donde lo había empapado varias veces a lo largo de seis horas.

—¿No preparas ese ponche? —le dijo Stryver mirándolo majestuosamente desde el diván.

—Sí.

—Bien. Óyeme: tengo que decirte una cosa que va a sorprenderte y que te hará pensar tal vez que no soy tan hábil como habías creído hasta ahora. Sydney... voy a casarme.

—¿Tú?

—Sí, y no por dinero. ¿Qué dices?

—Nada. ¿Quién es ella?

—Adivínalo.

—¿La conozco?

—Adivínalo.

—Me es imposible adivinar nada a las cinco de la mañana con un cerebro que se fríe en mi cabeza como en una sartén. Si quieres proponerme enigmas invítame a comer.

—Entonces voy a hablar sin rodeos —dijo Stryver incorporándose—, y, sin embargo, no espero que me comprendas... ¡Eres tan insensible!

—¡Y tú —respondió Carton, ocupándose del ponche— tienes el corazón tan tierno! ¡Eres un hombre tan poético!

—Aunque mi carácter no es novelesco —replicó Stryver, riendo con satisfacción—, porque tengo demasiado criterio y elevada instrucción, soy más impresionable que tú.

—¿Es cierto? Tienes mucha suerte.

—Impresionable no es la palabra exacta; quiero decir que soy...

—Más galante con las damas. ¿Es eso lo que querías decir?

—Eso mismo. Quiero decir —continuó Stryver, dándose importancia— que me dejo ver más en sociedad y conozco el medio de gustar al bello sexo mucho mejor que tú.

—Adelante —dijo Carton.

—Antes de continuar —prosiguió el abogado, moviendo la cabeza con su aplomo habitual—, quiero agotar la materia. Tú has sido recibido en casa del doctor Manette con tanta o mayor frecuencia que yo. Ahora bien, ¿por qué será que he tenido que avergonzarme siempre del aspecto tímido y pacato con que te presentas en esa casa? Tu silencio y tu facha dan compasión y risa al mismo tiempo. Te repito, Sydney, que estoy avergonzado de ti.

—Es una gran ventaja para un miembro del colegio de abogados tener vergüenza —repuso Sydney—; tendrías que estarme agradecido.

—No te vas a salir tan fácilmente con la tuya —replicó Stryver—. Debo decirte como amigo, y te lo diré a la cara y por tu propio bien, que no he visto en sociedad figura más falta de gracia que la tuya, especialmente delante de señoras.

Carton se rió y se bebió un vaso del ponche que ya estaba preparado.

—Tómame por modelo —prosiguió Stryver, levantándose y poniéndose en jarras—; con mi posición y mi fortuna, podría muy bien dispensarme de ser amable y, sin embargo, no dejo de serlo.

—No te he visto nunca en esos arranques de amabilidad —dijo Carton.

—No lo hago, pues, por necesidad sino por principio —contestó su amigo—; por eso progreso tanto.

—Pero no en materia de negocios matrimoniales —observó Sydney con indiferencia—. Quisiera que me lo probases. En cuanto a mi carácter, ¿no sabes que soy incorregible?

—Haces muy mal —dijo Stryver con tono de reprensión.

—¿Hago mal en ser lo que soy? Pero dejemos esta cuestión. ¿Con quién te casas?

—No te cause pesar esta noticia, Sydney —dijo el abogado, preparándolo con cordialidad pomposa para la inminente revelación—. Nunca sabes lo que te dices y, cuando por chiripa piensas en lo que hablas, tu opinión no tiene la menor importancia. Te hago este pequeño exordio porque en cierta ocasión hablaste de ella en términos halagüenos.

—¿Yo?

—Y en este mismo despacho.

Sydney miró el ponche y a su amigo, se bebió un vaso del líquido que abrasaba y volvió a mirar al abogado.

—La llamaste muñeca de cabellos de oro, porque, ya que debo decirlo, mi futura es Lucie Manette. Si tuvieras un poco de tacto y alguna consideración con las mujeres, ¿te habría pedido satisfacción por una expresión tan insultante! Pero, como

tu criterio corre parejo a tu sensibilidad, hago tanto caso de tu opinión sobre esa joven como de la de un hombre con mal oído que se permite criticar la música de un buen compositor.

Sydney Carton bebía ponche, y lo bebía a vaso lleno, pero sin dejar de mirar a su amigo.

—Te he hecho ya mi confidencia —prosiguió Stryver—. No me seduce la riqueza; Lucie es bellísima, he resuelto casarme, y cuento con los medios para satisfacer mi capricho. La muchacha tendrá en mí a un hombre asentado, de posición consolidada, que sube como la espuma y que no carece de mérito. Es una verdadera fortuna para ella, pero merece eso y mucho más. ¿Te ha sorprendido la noticia?

—No —respondió Carton entre dos sorbos.

—¿Te parece bien mi idea?

—¿Y por qué no iba a parecerme bien?

—Tomas el asunto con mayor serenidad de lo que imaginaba, y te interesas por mí menos de lo que creía. A decir verdad, como sabes que mi voluntad es férrea, sabes que tus observaciones serían completamente inútiles. Sí, Sydney; quiero cambiar de vida, y empiezo a darme cuenta de que es muy grato tener una casa donde se pueda entrar cuando uno quiera. ¡Es tan cómodo estar en casa ajena cuando uno se fastidia en la suya! He llegado a la conclusión de que Lucie me conviene, de que es digna de ocupar una elevada posición y de que me honrará, y, por lo tanto, estoy resuelto a casarme con ella. Ahora, amigo mío, pobre Sydney, hablemos también de tu porvenir. Te has engolfado en una senda falsa, muy falsa, no tengo necesidad de demostrarlo; eres incapaz de hacer fortuna; no conoces el valor del dinero; vives muy mal aunque trabajas mucho; el día menos pensado se habrán agotado tus fuerzas, vendrán las enfermedades y caerás en la miseria. Así pues, es indispensable pensar en una enfermera. —El aire de protección que adoptó al dar este consejo le hacía parecer dos veces más obeso e insolente de lo que era en realidad—. Reflexiona sobre lo que te digo —continuó—. He examinado bien las cosas; cree al amigo cuya conducta habrías tenido que imitar; sigue mi ejemplo: cástate; busca una persona que te cuide. No me digas que te repugnan las mujeres, que has sido con ellas poco afortunado y que las has tratado siempre con aspereza; busca una mujer honrada sin reparar en la edad, una viuda respetable, por ejemplo, que posea una finca, un mesón, una casa o una renta cualquiera, y cástate para evitar la miseria. Esto es lo que te conviene, amigo mío, y no te duermas en los laureles.

—Lo pensaré —dijo Carton.

XII

Un hombre fino y elegante

Una vez tomada la decisión de hacer a Lucie Manette el favor de casarse con ella, el señor Stryver se propuso anunciarle tan fausta nueva antes de irse de vacaciones y, después de algunos instantes de reflexión, pensó que sería prudente hacerse cargo sin pérdida de tiempo de todos los preliminares, aunque no diera su mano a su bella novia hasta que se abrieran los tribunales o llegasen las fiestas de Navidad. Estaba íntimamente convencido de que aquel pleito estaba ganado de antemano. En cuanto a las ventajas materiales, las que podía aducir en su favor, ni siquiera merecían el menor comentario. Así pues, se presentaría, el abogado de la joven renunciaría al uso de la palabra, los jurados no tendrían necesidad de reflexionar y el fallo le sería favorable.

Por consiguiente, el mismo día que se cerraron los tribunales, el señor Stryver escribió a Lucie Manette proponiéndole una excursión a los jardines de Vauxhall. Habiendo sido rechazada la proposición, algunos días después la invitó a los de Ranelagh y, no habiendo sido más afortunado, se decidió por fin a presentarse en su casa y anunciarle la noble resolución de honrarla con su blanca mano.

Quien hubiese visto su rostro animado y risueño cuando se hallaba aún cerca de Temple Bar, quien lo hubiera encontrado en la acera atropellando a los transeúntes con majestuoso continente, habría adivinado que estaba ya seguro del éxito y que había superado todos los obstáculos.

Al pasar por delante de la Banca Tellson, donde, además de los capitales que tenía en su caja, conocía al señor Lorry por haberle visto en casa del doctor Manette, se le ocurrió de pronto la idea de entrar y revelarles el brillante horizonte que se abría para la hija de su amigo. Empujó vigorosamente la puerta, saltó los dos escalones, pasó por delante de los dos antiguos empleados y se dirigió al sombrío despacho en el que el señor Lorry pasaba todo el día delante de grandes libros de cuentas, cerca de una ventana defendida por barrotes de hierro perpendiculares, como si también fuera una cuadrícula para cifras y solo existieran bajo las nubes elementos de una suma total.

—¡Buenos días! —exclamó el señor Stryver—, ¿estáis sin novedad?

Una de las particularidades de nuestro abogado consistía en parecer siempre excesivamente corpulento para el sitio en que se encontraba, cualquiera que fuese la dimensión de éste, de modo que cuando entró en la Banca Tellson quedó tan ocupado el espacio que los viejos dependientes manifestaron su disgusto desde el fondo de su rincón y parecieron aplastarse contra la pared; y los mismos dueños de la casa, que leían el periódico al final de una sombría perspectiva, manifestaron su

descontento como si la cabeza del abogado hubiera tropezado con las suyas preñadas de guarismos.

—¡Buenos días, señor Stryver! —respondió el señor Lorry con voz discreta y apretando la mano del leguleyo.

Había en su modo de cumplir con esta formalidad cierta actitud especial en los agentes de la casa cuando recibían a un cliente en presencia de su jefe, por muy lejos que éste se encontrara. El señor Lorry saludó, pues, al abogado con la abnegación de un individuo que estrecha la mano por cuenta de la Banca Tellstone.

—¿Qué deseáis, señor Stryver? —preguntó, en el ejercicio de su cargo.

—Veros únicamente, señor Lorry; es una visita particular. Tengo que hablaros de cierto asunto... comunicaros una noticia...

—Explicaos —dijo el señor Lorry, bajando la cabeza para escuchar al abogado mientras su mirada se perdía a lo lejos en busca de Tellstone.

El señor Stryver se apoyó con actitud confidencial en el enorme escritorio, que pareció demasiado angosto para recibirlo, y dijo:

—Voy a pedir la mano de la señorita Manette, vuestra amable amiga.

—¿Qué escucho? —exclamó el señor Lorry, pasándose la mano por la barba y mirando al abogado con expresión de incredulidad.

—¿Qué significa vuestro asombro? —preguntó el señor Stryver, dando un paso atrás—. ¿Qué insinuáis con esa exclamación, señor Lorry?

—Insinúo —respondió el hombre de negocios— que alabo vuestra determinación, que la aprecio como es digna de serlo y estad convencido de que os honra mucho a mis ojos. Pero ya sabéis, señor Stryver... —Movi6 la cabeza mirando al jurista de la manera más extraña y como si dijera para sus adentros: «Lucie es un partido demasiado bueno para vos».

—Que me ahorquen, señor Lorry, si os entiendo —respondió el legista, dando un golpe en el escritorio, abriendo desmesuradamente los ojos y respirando con fuerza.

El señor Lorry se arregló la peluca y mordió las barbas de su pluma.

—¿Qué significa eso, caballero? Sabed que no me gustan las reticencias. ¿No soy digno de pedir su mano?

—¡Oh! Sí, señor; muy digno.

—¿No es mi posición excelente?

—¿Quién lo duda?

—¿No es ella cada día más hermosa?

—Nadie lo niega —respondió el señor Lorry, sintiendo la satisfacción de poder dar su aprobación a plena conciencia.

—Pues, en tal caso, ¿qué significa vuestro asombro? —preguntó el abogado con orgullo.

—Significa que... ¿Vais ahora? —repuso el señor Lorry.

—Ahora —respondió el señor Stryver, dando un puñetazo en el escritorio.

—Pues bien, si me hallara en vuestro lugar...

—¿Qué?

—No iría.

—¿Por qué? —exclamó el señor Stryver—. Exijo una respuesta categórica, y contad que os perseguiré hasta las últimas trincheras —añadió, meneando el dedo índice con un movimiento oratorio de moda en los tribunales—. Sois una persona formal que no habla sin conocimiento de causa. Exponed, pues, vuestras razones y decidme por qué no debo dar un paso que es el resultado de largas y maduras reflexiones.



—Porque es un paso que yo no daría sin contar de antemano con alguna probabilidad de éxito.

—¿Se ha visto jamás cosa semejante? —exclamó el señor Stryver.

El señor Lorry echó una ojeada a Tellson y volvió a mirar a su interlocutor.

—He aquí un hombre grave —continuó el abogado—, un hombre de edad, lleno de experiencia, uno de los empleados más notables de una de las casas de banca más importantes que, después de sumar tres causas de ventaja positiva, declara que el resultado no da probabilidad alguna de éxito. Y lo declara con toda frescura, sin reírse... sin estar en una casa de locos.

El señor Stryver recalcó esta última frase como si hubiera sido menos extraño que el señor Lorry se hubiera expresado de aquel modo estando en una casa de dementes.

—Cuando hablo de los motivos que en materia semejante son probabilidades de éxito, pienso en las razones que pueden influir en la joven. He aquí el punto capital —dijo el señor Lorry, apoyando su mano en la del señor Stryver—. Hace falta gustar a la persona con quien uno quiere casarse y, sobre todo, convenirle.

—Es decir —dijo el abogado, cruzándose de brazos—, que estáis convencido, señor Lorry, de que la señorita de que hablamos es una loca o una coqueta.

—No, caballero —respondió el hombre de negocios, acalorándose—; podéis estar seguro de que nunca permitiré que se falte en mi presencia al respeto que se merece esa joven y, si existiera un hombre lo suficientemente grosero, lo cual no creo posible, para referirse a ella con imprudencia en este despacho, la discreción que me imponen mis obligaciones con esta casa no me impediría decir a tan impolítica persona lo que hubiera de decirle. Éste es, caballero, el sentido exacto de mis palabras, y os suplico que no les deis ninguna otra interpretación —prosiguió el anciano, cuyo sistema nervioso, ordinariamente tan pacífico, no estaba menos alterado que el del abogado.

—Confieso, señor Lorry, que no esperaba oír de vuestros labios lo que acabáis de decirme —contestó el jurisconsulto, rompiendo el silencio que había seguido a esa filípica y quitándose de la boca una regla con la cual se golpeó los dientes después de haber chupado uno de los extremos—. Confieso que no lo esperaba. ¡Vos, un hombre formal, aconsejarme a mí, Stryver, abogado de la Sala de la Corte del Rey, que no pida por esposa a la señorita Lucie Manette!

—¿No deseáis saber mi opinión, señor Stryver?

—Ciertamente.

—Es inútil que la repita, pues vos mismo acabáis de expresarla con las mismas palabras que yo hubiera dicho.

—Y yo os responderé —dijo el abogado, riéndose con sarcasmo— que hay cosas que por la enormidad de su inverosimilitud parecen monstruosas.

—Expliquémonos, señor Stryver, y aclaremos bien la cuestión —dijo el señor Lorry—. De ningún modo estoy autorizado para emitir una opinión sobre este punto como hombre de negocios y, desde tal perspectiva, no sé lo que puede suceder y guardo el más completo silencio, pero como anciano honrado con la confianza y la amistad de la señorita Manette, y que la aprecia así como a su padre con el cariño más acendrado, he creído que era deber mío deciros la verdad. Tened la bondad de recordar que no he sido yo quien os ha arrancado esta confianza. Ahora bien, después de lo que acabo de deciros, ¿creéis que puedo equivocarme?

—No, no —respondió Stryver, con un silbido—. No puedo aspirar a encontrar en otros un poco de sentido común; solo puedo encontrarlo por mí mismo. E imagino que lo encontraría en algún sitio; vos suponéis que todo esto es una tontería corriente y moliente. Para mí es algo nuevo, pero seguramente tenéis vos razón.

—Lo que yo suponga, señor Stryver, permitid que sea yo quien lo exprese. Y entendedme, señor —dijo el señor Lorry, volviendo a acalorarse—, no... no

permitiré... ni siquiera aquí en la Banca Tellstone... que sea otro caballero quien lo exprese por mí.

—Perdonad —dijo el abogado—, retiro mis palabras.

—Os perdono gustoso y os doy las gracias por haberos dignado retractaros. Si me he expresado como acabo de hacerlo, señor Stryver, es porque podría seros penoso hallaros con una negativa, y porque no sería menos desagradable para el doctor y para su hija tener que procuraros ese bochorno. Ya sabéis la intimidad que tengo el honor y la satisfacción de merecer de esa familia y, si me lo permitís, trataré de cerciorarme, sin hablar de vuestro proyecto ni mencionaros para nada, y de rectificar mi juicio con observaciones más categóricas y detalladas, y siempre os quedará el medio de sondear el terreno personalmente si no os satisfacen mis datos. Si me he equivocado, podréis comprobar entonces personalmente hasta qué punto; si no me he equivocado, podríamos evitarnos lo que a todas las partes les complacería evitar. ¿Qué os parece mi plan?

—¿Cuánto tiempo necesitáis para desempeñar tal cometido? Ya sabéis que estamos en vacaciones, y os participo que tengo el plan de ausentarme de Londres hasta que vuelvan a abrirse los tribunales.

—¡Oh! Es cosa de un momento. Puedo ir esta noche a casa del doctor, y pasar después por vuestro despacho.

—En tal caso acepto —respondió Stryver—. Me doy cuenta de que tengo menos prisa ahora que cuando he llegado aquí. Hacedme, sin embargo, el favor de cumplir vuestra promesa, y os espero esta noche. Así pues, hasta otro rato.

Se retiró pronunciando estas palabras, y produjo al pasar tal conmoción que por poco derribó a los dos dependientes que, detrás de sus escritorios, débiles y venerables, saludaban continuamente: la gente creía que no tenían en la Banca Tellstone otro empleo que el de inclinarse sin cesar desde la llegada del primer cliente hasta la salida del último.

El señor Stryver era lo suficientemente astuto para percatarse de que el señor Lorry no se habría expresado con tanta franqueza de no haber contado con alguna certeza moral que le respaldara y, aunque la píldora era tan amarga como inesperada, el abogado acabó por tragarla.

—¡Necia! —exclamó, cuando estuvo en la calle—. ¿Y creías atrapar un partido tan ventajoso? Pues te has llevado un chasco solemne. No serás tú la que dé calabazas a un abogado tan distinguido. ¡No! ¡No! ¡No!

El señor Stryver sintió un gran alivio cuando terminó este apóstrofe. Por consiguiente, se encogió de hombros desdeñosamente y animó su rostro con una sonrisa de orgullo.

Esta determinación hizo tan rápidos progresos en su cabeza que, cuando el señor Lorry se presentó a las diez de la noche en su despacho, lo encontró rodeado de libros y procesos y sin que se acordara ya de sus planes de matrimonio. Hasta manifestó

alguna sorpresa al ver al hombre de negocios, y le recibió con aire distraído como si le hubiese interrumpido en medio de una tarea importante.

—He ido a casa del doctor como os había prometido —dijo el señor Lorry después de media hora de conversación anodina y de hacer vanos esfuerzos para llevar al abogado a la cuestión.

—¿A casa del doctor? —dijo el señor Stryver con frialdad—. ¿Y para qué? ¡Ah! Ya caigo... Sí... ¡Qué memoria la mía!

—No es posible abrigar la menor duda; tenía razón y estoy segurísimo. Así pues, reitero el consejo que os daba esta mañana.

—Lo siento en el alma —dijo el abogado con el tono más afectuoso—, por vos y por ese pobre padre. Sé cuánto debe de sentirlo esa desgraciada familia, pero... no se hable más del asunto.

—Perdonad, no entiendo... —dijo el anciano.

—¿Queréis que os hable con franqueza?

—Lo exijo.

—Pues bien, señor Lorry; voy a ser franco. Había creído que existían el buen sentido y la noble ambición donde no existen. Estaba equivocado, lo reconozco; pero ha caído ya la venda de mis ojos. ¿Qué tiene de extraño? Nada. Muchas jóvenes han cometido errores parecidos y luego se han arrepentido, en la pobreza y en la oscuridad, de haber sido casquivanas y novelescas. Lo siento por ella, porque difícilmente le saldrá otro partido tan ventajoso; pero, en lo que a mí me atañe, he salido de un mal paso y debo dar gracias a Dios. No necesito deciros que este casamiento era para mí un mal negocio en el que nada ganaba o poco menos. A pesar de lo que os dije esta mañana en un momento de obcecación, siempre he creído que la niña no me convenía. Por fortuna para mí no ha mediado entre ella y yo compromiso alguno, pero creo que no habríamos llegado a tanto de haberlo pensado dos veces. Estaba bien enterado de la necia vanidad y de las locuras ridículas de esas señoritas de rostro agraciado y de cabeza vacía; son tan testarudas e intratables que es vana empresa intentar dirigir sus caprichos. Os lo puedo asegurar; no se reciben con ellas más que chascos desagradables. Esto es doloroso, pero no tiene remedio y, por lo tanto... pasemos página. Como os decía, únicamente lo siento por vos y por su padre. Agradezco en el alma vuestros consejos. Conocéis mucho mejor que yo a esa niña y tenéis razón; no ha nacido para ser mía.

El señor Lorry contemplaba con extremado asombro al abogado mientras éste lo cogía del brazo y lo llevaba a la puerta con gesto protector.

—Os doy las gracias por vuestros informes y consejos —seguía diciendo—. Estoy muy ocupado. ¡Adiós! Ya sabéis que tenéis en mí un amigo deseoso de serviros.

El anciano estaba en la calle sin volver de su asombro y, mientras hacía esfuerzos para explicarse lo que acababa de ver y oír, el abogado se tumbaba en el sofá guiñando el ojo al techo con una sonrisa de satisfacción y orgullo.

XIII

Un hombre nada fino y elegante

Carton podía haber brillado en alguna parte, pero a buen seguro no en casa del doctor. Sus visitas habían sido frecuentes a lo largo del año, y siempre había sido el mismo visitante de carácter difícil y huraño. Cuando tomaba la palabra se expresaba con buen criterio y hasta con elocuencia, pero raras veces dejaba vislumbrar su máscara de indolencia la luz que brillaba en su alma. Y, sin embargo, tenía tanta querencia a aquel asilo de paz que hasta amaba las piedras de sus calles.

¡Cuántas noches había pasado paseando por ellas cuando la embriaguez no le distraía de sí mismo! ¡Cuántas veces le sorprendieron las primeras luces del día en aquel bendito rincón! ¡Cuántas veces el sol, iluminando poco a poco los campanarios de las iglesias y los grandes edificios, le despertó el recuerdo de las nobles empresas a las que debía renunciar! El lecho que tenía en Temple Court lo veía menos que nunca y, si alguna vez, abrumado de cansancio, iba a reposar en él al salir del despacho del abogado, se acostaba unos minutos y se levantaba inmediatamente para ir a recorrer las cercanías de la casa de Lucie Manette.

Era el mes de agosto. El señor Stryver, después de anunciar a Sydney que había reflexionado y que no pensaba ya en casarse con una niña frívola y sin fortuna, había trasladado su finura y su galantería a Devonshire. El tiempo era hermoso y la visión y el perfume de las flores inspiraban buenos sentimientos a los más malos, y devolvían la salud a los enfermos y la juventud a los viejos.

Sydney Carton recorría sin rumbo fijo su barrio predilecto una hermosa tarde cuando sus pasos vacilantes se animaron de pronto y le condujeron hasta la puerta de la casa del doctor.

Lucie estaba sola y trabajaba en el salón y, como nunca había tratado con franqueza al señor Carton, no dejó de causarle cierto embarazo ver que se sentaba cerca de su mesa de labor. Sin embargo, cuando lo miró con más atención al contestar a las frases vulgares que componen el prólogo de una visita, reparó en que estaba muy pálido.

—¿Estáis indispuesto? —le preguntó con interés.

—No lo sé; la vida que llevo es perjudicial para la salud. ¿Qué se puede esperar de la disipación y de las noches pasadas en vela?

—¿No es una pena (perdonad, señor Carton, si soy indiscreta), no es una pena que hayáis adoptado semejante forma de vida?

—Es más que una pena, señorita, es vergonzoso.

—¿Por qué no cambiáis de vida?

Lucie le dirigió una mirada llena de dulzura, y se quedó sorprendida al ver brotar lágrimas de sus ojos.

—No es posible ya —respondió Sydney con voz conmovida—; estoy condenado a caer de día en día a mayor profundidad en el abismo de mi miseria.

Apoyó el brazo en la mesa, se llevó la mano a los ojos, y no pudo reprimir los sollozos.

Después de algunos momentos de silencio, y sin necesidad de mirar a Lucie para darse cuenta de que estaba profundamente conmovida, añadió:

—Perdonad, Lucie, me falta el valor en el momento de revelároslo todo. Pero ¿os dignareis escucharme?

—Con mucho gusto si puedo consolaros, señor Carton.

—¡Bendita seáis por tanta compasión! —dijo, descubriéndose el rostro—. No temáis, no os asuste oírme —continuó con voz firme—. Ved en mí a un hombre muerto al iniciar el curso de sus días y cuya existencia pudo haber sido muy feliz.

—No digáis eso, señor Carton; tenéis ante vos aún la parte mejor de la vida, y estoy segura de que seréis digno de vos, de que podréis vencer a vuestro destino.

—No lo creo, señorita; me conozco demasiado para hacerme ilusiones; pero no olvidaré jamás que habéis pensado por un momento que podría ser algún día menos indigno de vos. —Carton vio que Lucie temblaba y afectó serenidad en medio de su desesperación—. Suponiendo, Lucie, que hubieseis correspondido al amor del hombre que está en vuestra presencia, a pesar de la felicidad que le hubieseis dado, este hombre perdido, este miserable abandonado de sí mismo únicamente os habría dado a cambio el pesar y la deshonra. Sé que no inspiro ningún cariño, pero no lo pido, y siento cierta satisfacción al pensar que no puedo inspirarlo.

—Pero ¿no puedo seros útil en nada, señor Carton? ¿No puedo pagar la confianza que tenéis en mí? Porque sé muy bien —añadió Lucie con voz trémula y conmovida— que no hablaríais así a otra mujer. ¿Me será imposible arrancaros de esa vida deplorable?

—¡Ah!, señorita —dijo, moviendo la cabeza—, lo único que podéis hacer es escucharme hasta que termine mi confesión. Habéis sido la última ilusión de mi alma y siento placer en decíroslo. Por grande que sea mi depravación, no estoy tan degradado, y gracias a vos y a vuestro padre se han despertado en mí recuerdos que me parecían sepultados en el olvido. Desde que os vi, señorita, me atormentaron remordimientos de los que no me creía capaz; oigo el murmullo de antiguas voces que de no ser por vos seguirían en silencio, y tengo vagos deseos de luchar, de sacudir mi pereza, de salir de la senda de los excesos y de empezar otra vez a vivir. Todo esto no es más que un sueño, y al despertar me encuentro en el mismo sitio que antes; pero tenía necesidad de deciros que sois vos la que me ha hecho soñar.

—¿Por qué no aprovecháis tan buenas inspiraciones? Tened ánimo, señor Carton, y no cejéis en el empeño.

—No puedo, señorita, y soy indigno de vuestro interés. Sin embargo, tengo la debilidad de querer que sepáis que habéis tenido poder para transformar de pronto un montón de cenizas en un fuego ardiente que, no obstante, participando de mi pobre carácter, no da calor ni luz y se consume sin provecho para nadie.

—Pues así tengo el pesar de haber aumentado vuestra desgracia...

—No digáis eso, Lucie, porque me habríais salvado de haber sido posible mi salvación.

—Ya que, según decís, ejerzo en vos una influencia tan poderosa, permitidme que la emplee en beneficio vuestro, señor Carton. No sé si me entendéis, pero ¿tendré el poder de aumentar vuestro dolor sin conseguir prestaros un servicio?

—¡Oh! No... no, Lucie; vos me hacéis el único bien que puedo aún sentir. En medio de las locuras de mi existencia recordaré ciertamente que fuisteis la última persona a quien abrí mi corazón, y que habéis encontrado en él algo que os inspira pesar y compasión.

—Algo, señor Carton, que creo capaz de acometer cuanto hay más noble en la tierra.

—Os doy las gracias por vuestro error, que no puedo aceptar. Pero... perdonad... os estoy afligiendo. Una palabra tan solo: cuando me acuerde de esta conversación, ¿podré tener la certeza de que mi última confianza reposa en el fondo de vuestra alma y de que nadie la sabrá?

—Os lo juro.

—¿Ni siquiera el hombre a quien améis como a vos misma?

—Es secreto vuestro y no mío —respondió Lucie después de un momento de silencio—, y prometo respetarlo.

—Gracias... Dios os proteja. —Sydney aplicó sus labios a la mano de Lucie y se dirigió a la puerta—. No temáis —dijo retrocediendo— que vuelva a hablaros nunca de lo que os he dicho hoy. Ni siquiera haré la menor alusión. A la hora de mi muerte, renacerá el recuerdo sagrado, y bendeciré con toda mi alma a la mujer de quien me he despedido hoy por última vez y cuyo corazón indulgente no olvidará mi nombre, mis faltas y mis miserias.

Se parecía tan poco al Sydney que ella conocía y exponía tan bien todo lo que había perdido y todo lo que quedaba aún por arrojar al viento de los excesos, que Lucie Manette lloraba amargamente sin disimular la compasión y el afecto que le inspiraba.

—Consolaos —dijo Carton—; no merezco vuestras lágrimas. Antes de dos horas los insondables hábitos, los viles compañeros que desprecio y que me arrastran, me harán menos digno de vuestra piedad que el miserable que cae en el arroyo. Pero, en el fondo del corazón, continuaré siendo para vos lo que soy ahora, lo que seré siempre. Creedlo, es la última súplica que os dirijo; no lo dudéis cuando mañana vuelva a ser lo que he sido hasta ahora.

—Os creo —balbuceó Lucie.

—Solo me resta terminar esta visita que se prolonga demasiado. ¿Qué tenéis en común conmigo? Nos separa un abismo. Quisiera, sin embargo, deciros aún otra cosa: es inútil, lo sé, pero a mi pesar me sale del alma. Haré por vos todo lo que sea posible en el mundo, lo mismo que por todos los que améis. Si mi posición fuera otra y me lo permitiera, me sacrificaría con placer por vos y por los vuestros. Recordad bien mis palabras, pensad en ellas alguna vez, y estad convencida de que sería capaz de encontrar una voluntad impetuosa para consumir un sacrificio que pudiera seros útil. Llegará un día, y no tardará, en que nuevos lazos, más poderosos y más suaves, os atarán al hogar del que seréis la alegría y os harán la vida más preciosa. Entonces, Lucie, cuando el rostro de un padre venturoso se incline sobre el vuestro, y vuestras hermosas facciones se vean retratadas en el hijo a quien acariciaréis con vuestra sonrisa, no olvidéis que existe un hombre que daría su vida por salvar la vida de alguien a quien améis.

Carton se despidió, la bendijo por última vez, abrió la puerta y se alejó.

XIV

Un honrado comerciante

Un tráfico infinito de objetos variados aparecía todos los días ante los ojos del señor Jerry Cruncher mientras esperaba en su banquillo en la puerta de Tellstone, al lado de su tremendo chiquillo, a que le enviasen a algún recado. ¡Quién podía sentarse en Fleet Street y pasar allí un día sin quedar deslumbrado por dos inmensas procesiones, dirigiéndose la una hacia occidente con el sol, la otra, hacia oriente, alejándose de él, y las dos, en fin, perdiéndose detrás de esa línea de púrpura y oro donde el sol se oculta a nuestros ojos!

El señor Cruncher, con una paja en la boca y su hijo al lado, miraba cómo pasaban las dos corrientes sin esperanza de verlas nunca agotadas, pero esta perspectiva no era para él muy brillante, pues se componía en gran parte de mujeres temerosas, casi todas de más de cuarenta años, que al llegar a la acera de la Banca Tellstone se empeñaban en cruzar a la acera de enfrente. Por breve que fuera este trayecto, sin embargo, el señor Cruncher tenía tiempo suficiente para interesarse por ellas y lanzarles algunas flores, y muchas veces algunas de esas mujeres le escuchaban con benevolencia y hasta le invitaban a echar un trago en la taberna de al lado, lo cual formaba parte de sus gajes.

Hubo una época en que cierto poeta iba a sentarse en una plaza pública, donde se entregaba a sus meditaciones a la vista de los transeúntes^[26]. El buen Jerry Cruncher, sentado también en un paraje público, pero sin ser poeta, se entregaba a sus meditaciones y miraba a un lado y otro.

En el momento en que Jerry se entretenía con tales ocupaciones, reinaba la estación en que son escasos los transeúntes y apenas cruzan las calles las mujeres que se enternecen con los galanteos, y los asuntos del recadero iban lo suficientemente mal para que sospechase que su mujer le indisponía con el Señor. De pronto llamó su atención una turba que se dirigía hacia occidente con estrepitoso clamor. No tardó en ver que era un cortejo fúnebre, y que el funeral promovía una oposición popular, responsable de los gritos que llegaban hasta sus oídos.

—Es un entierro, Jerry —dijo el señor Cruncher a su hijo.

—¡Me alegro! —dijo el muchacho, dando a su exclamación de triunfo un misterioso sentido.

Pero el señor Cruncher lo tomó a mal y, dando un bofetón al muchacho, le dijo:

—¿Qué dices, pícaro? Que te oiga hablar otra vez de ese modo y sabrás quién soy yo. Este muchacho se va haciendo muy astuto —añadió en voz baja, mirándolo de soslayo.

—¿En qué he faltado diciendo que me alegraba? —replicó el pilluelo frotándose la mejilla.

—¡Silencio! No me gustan los niños respondones. Mira y calla.

El hijo obedeció y el cortejo fue acercándose a la Banca Tellstone.

La multitud gritaba y silbaba en torno a un coche fúnebre donde se veía un ataúd con un solo plañidero, vestido de negro como exigía su cometido. El desdichado se esforzaba nerviosamente en evitar la mirada de la muchedumbre, que le hacía horribles muecas, y unía al grito de: «¡Abajo los espías!» una granizada de insultos demasiado enérgicos para ser reproducidos.

El señor Cruncher tenía en todas las estaciones una afición loca a los entierros, y desde el momento en que veía uno se animaba de una manera extraordinaria. Por eso, naturalmente, un cortejo tan extraordinariamente bullicioso le excitó en gran medida.

—¿Qué es eso? —preguntó a un transeúnte.

—No lo sé —respondió éste con un agudo silbido—. ¡Abajo los espías!

—¿Quién es el muerto? —preguntó a otro.

—No lo sé —respondió otro que, haciendo bocina con las manos, gritó con furor —: ¡Abajo los espías! ¡Abajo los espías!

Finalmente, Cruncher supo que era el entierro de un tal Roger Cly.

—¿Era espía? —preguntó al que le había informado del asunto.

—Un espía de Old Bailey —respondió éste.

—Yo le conocía, yo le he visto... y no recuerdo dónde. ¡Ah! Sí... sí; ya caigo —añadió Jerry acordándose del proceso de Charles Darnay—. ¿Conque ha muerto?

—Muerto y muy muerto. ¡Abajo los espías! ¡Al arroyo los espías! ¡Arrastradlo! ¡Arrastradlo!

A falta de otra idea, ésta pareció tan admirable que la turba se arrojó sobre el coche fúnebre y sobre el que representaba y presidía a un tiempo el duelo. El buen hombre se vio frente a frente con sus adversarios cuando éstos pararon el coche y abrieron bruscamente la portezuela; pero, como era audaz y ligero de pies, hizo tan buen uso de su agilidad que en menos de un minuto llegó a una calle transversal después de deshacerse del crespón, del sombrero, del pañuelo y de los demás emblemas de su simbólico cargo. Todo esto fue destruido y arrojado a lo lejos mientras los mercaderes cerraban las tiendas a toda prisa, porque la turba en aquella época no se detenía ante nada y la tenían por un monstruo formidable.

Los más osados habían subido al coche mortuario y se disponían a apoderarse del ataúd sin saber lo que iban a hacer de él; entonces, un genio más ocurrente propuso que se dejase al difunto en su sitio y se le acompañase a su última morada en medio del regocijo general. Como escaseaban las ideas prácticas, ésta fue recibida con clamor, y en un momento se metieron dentro del coche ocho personas, doce se instalaron fuera, y el techo acogió a todos aquellos que afilaron su ingenio para encaramarse a él. Entre los primeros de estos entusiastas se hallaba Jerry Cruncher,

que se había agazapado en una de las esquinas del coche, ocultando modestamente su cabeza de espaldas de los ojos de la Banca Tellstone.

Los directores oficiales del entierro trataron de alzar la voz contra ese cambio de ceremonial, pero el Támesis estaba muy cerca, y diversas observaciones acerca del excelente efecto de los baños de río atajaron las protestas que, por otra parte, no eran muy vivas. Un deshollinador, auxiliado por el cochero verdadero, que por este motivo había sido colocado a su lado, conducía el carruaje del duelo mientras un marmitón, igualmente provisto de las luces y la experiencia del conductor oficial, guiaba el coche fúnebre. Algunos instantes después, antes de llegar al Strand, se les sumó el dueño de un oso muy conocido en la ciudad, y su animal, negro y muy sarnoso, dio cierto aire formal a la procesión de la que formaba parte.



Bebiendo, fumando, cantando, haciendo burla de las expresiones de duelo, el caótico cortejo siguió su marcha, reclutando adeptos y cerrando tiendas a cada paso. Su destino era la vieja iglesia de San Pancracio, ya en el campo, fuera de la ciudad, y allí llegó andando el tiempo. Entonces la multitud forzó las puertas del cementerio, y acabó por enterrar al difunto a su gusto y con alegre algazara.

Como la turba, después de disponer del muerto, tenía necesidad de nueva diversión, uno de sus más ingeniosos miembros, tal vez el que la había inspirado antes, concibió la chistosa idea de prender a los transeúntes, acusarlos de espías de Old Bailey y tratarlos como tales. Apenas se difundió tan luminosa ocurrencia, unas veinte personas, que ni de vista conocían tal vez la antigua cárcel, fueron detenidas y

maltratadas. De esta diversión al saqueo de las tabernas la transición era tan natural como fácil, y hacía ya varias horas que los belicosos amotinados arrancaban rejas para convertirlas en armas y forzaban puertas, cuando corrió el rumor de que se acercaba una patrulla. Ante el rumor la multitud se dispersó paulatinamente, y tal vez llegó la patrulla, o tal vez no, pero así es como normalmente se comportaban las multitudes.

Jerry Cruncher, digámoslo en su descargo, no había tomado parte en la diversión final. Después del entierro del cadáver, se quedó en el cementerio lamentando los excesos de la multitud ante los conductores de los coches y, como le gustaba sin duda contemplar aquella morada de descanso, encendió la pipa y examinó las paredes y las puertas con la atención de un arquitecto.

—Has visto a ese Roger Cly —decía para sí—, le has visto con tus propios ojos, y recuerdas que era joven, robusto y bien formado.

Meditó algunos momentos, y se marchó con la idea de llegar a la puerta de Tellstone a la hora de cerrar el despacho pero, sea que sus meditaciones le hubieran removido la bilis, sea que llevara algunos días descontento de su salud, o que no tuviese otra intención que la de presentar sus respetos a un hombre de mérito, hizo una parada en casa de su médico, que era uno de los cirujanos más distinguidos de Londres.

El hijo de Cruncher, cuando éste volvió, entregó al autor de sus días el puesto que interinamente ocupaba desde hacía algunas horas, declarando, sin embargo, que no se había producido ningún beneficio desde la ausencia de su propietario. No tardaron en salir los vetustos dependientes, se cerró el despacho, y los dos Jerrys, padre e hijo, volvieron a su casa para tomar el té.

—Sé dónde está —dijo al entrar el señor Cruncher a su mujer—, y si por desgracia se frustran esta noche mis negocios de honrado comerciante, tendrás tú la culpa, porque estaré seguro de que con tus rezos has puesto a Dios contra mí, tan seguro como si lo hubiera visto.

La pobre mujer negó con desaliento.

—¿Te atreves a hacerlo en mis barbas? —repuso el tiránico Cruncher con cierta inquietud.

—No he dicho nada.

—No dices nada, pero piensas al menos, y si es contra mí lo mismo me da que sea de una manera que de otra. No quiero rezos ni meditaciones. ¿Oyes?

—Sí, Jerry.

—¡Qué contestación! —dijo Cruncher sentándose delante de su taza—. Sí, Jerry; eso es muy fácil de decir.

El marido no daba a estas palabras ninguna significación particular; era únicamente una manera irónica de expresar su mal humor, como hacen muchos maridos en iguales circunstancias.

—Te creo —continuó, tragando con esfuerzo un bocado de tarta—; te creo; haces bien en no decir no.

—¿Saldrás esta noche? —preguntó tímidamente su mujer cuando acabó de engullirse otro bocado.

—Sí, saldré.

—¿Queréis que os acompañe? —dijo el muchacho, acercándose a su padre.

—No, no puedes venir; tu madre lo sabe muy bien. Voy a pescar.

—¿A pescar? ¿Cómo vais a pescar si tenéis la caña rota y sin punta los anzuelos?

—Eso no es asunto tuyo.

—¿Traeréis pescado?

—¡Quién sabe! Si la pesca no es buena, la comida será corta mañana —dijo el padre, moviendo la cabeza—. Y chitón, que no me gustan las preguntas.

El resto de la velada el señor Cruncher no quitó ojo a su mujer, y la obligó a tomar parte en la conversación para impedir que rogase a Dios contra el buen éxito de su empresa. Mandó a su hijo que le secundase en sus esfuerzos, y atormentó cruelmente a la pobre mujer insistiendo en las faltas que podía reprenderle y sin dejarle ni un minuto para la reflexión. Cruncher parecía un escéptico que no creyese en el alma y tuviera miedo a los duendes.

—Recuerda bien lo que voy a decirte —continuó—; mañana has de obedecerme, pues de lo contrario me oirán los sordos. Si me favorece la suerte, y traigo un pedazo de carne, quiero que comas y no me des por excusa que te basta el pan seco, y si, como honrado comerciante, puedo comprar cerveza, no me vengas con la sempiterna cantinela de que solo bebes agua. Cuando vayáis a Roma seguid la costumbre de Roma, y yo soy para ti Roma y la costumbre. Cuando pienso en la tenacidad con que desprecias el origen de nuestro sustento, me admiro de que no hayamos ido a parar al cementerio de hambre, mujer sin corazón. Contempla a tu hijo, y mira qué flaco está y qué acabado. El primer deber de una madre es engordar a sus hijos.

Conmovido el muchacho por estas palabras que le interesaban en su sentido más directo, suplicó a su madre que cumpliera con un deber tan imperioso.

Así transcurrieron algunas horas hasta que Jerry hijo fue a acostarse. Su madre, invitada, con palabras nada corteses, a imitar su ejemplo, no tardó en obedecer, y el jefe de la familia fumó varias pipas hasta el momento de ponerse en camino para su expedición.

A la una menos cuarto se levantó, abrió un armario y extrajo un saco, una azada, una palanca de hierro, una cuerda, una cadena y varios instrumentos por el estilo. Cuando cargó con destreza con estos objetos, miró a su mujer con inquietud, apagó la luz y salió de casa.

El muchacho, que no dormía y se había acostado vestido, se levantó también y siguió a su padre. Favorecido por las tinieblas bajó la escalera, cruzó el patio y se encontró en la calle sin preocuparse de saber cómo volvería; la casa estaba llena de inquilinos, y ni siquiera por la noche se cerraba la puerta. Impelido por el noble deseo

de averiguar y estudiar la profesión de su padre, el muchacho andaba pegado a las paredes y no perdió de vista al honrado comerciante, el cual se encaminó hacia el norte y no tardó en reunirse con otro discípulo de Izaak Walton^[27].

Los dos pescadores seguían juntos su camino, y media hora después habían burlado la vigilancia del último guarda y se encontraban en un camino solitario. Se les sumó otro pescador, y tan silenciosamente que, si el joven Jerry hubiera sido supersticioso, habría creído que el segundo miembro de aquel noble grupo se había de pronto desdoblado en dos.

Los tres pescadores, seguidos del pilluelo, llegaron al pie de una pared de ladrillo que terminaba en una verja de hierro. La pared tenía unos tres metros de altura. Lo primero que llamó la atención del muchacho, que se había agazapado en un esquina, fue la figura de su honrado padre, claramente definida contra una húmeda y nublada luna, escalando la verja. No tardó en pasar al otro lado, ni tardaron el segundo y el tercero de los pescadores. Cayeron los tres suavemente al suelo, y allí se quedaron quietos un momento... tal vez aguzando el oído. Luego empezaron a arrastrarse sobre las manos y las rodillas.

El muchacho se acercó entonces a la verja. Cuando se hubo encaramado, contuvo el aliento, se acurrucó en un rincón y, mirando a través de los barrotes, vio a los tres hombres reptando por la hierba de un cementerio cuyas tumbas, vagamente alumbradas por la luna, parecían una legión de fantasmas dominados por la iglesia, parecida a su vez al espectro de un gigante monstruoso. Cuando llegaron al sitio que buscaban, los tres hombres se pusieron en pie y empezaron a pescar.

Pescaban con azada, al principio. Un poco después, el honrado padre pareció dedicarse a ajustar un gran instrumento parecido a un sacacorchos. Cualesquiera que fueran sus utensilios, los utilizaban a conciencia, hasta que las horribles campanadas del reloj de la iglesia aterrorizaron tanto al joven Jerry que huyó, con el pelo tan en punta como el de su padre.

Pero su antigua curiosidad por esos asuntos no solo le detuvo en su huida, sino que le hizo volver.

Los tres hombres continuaban pescando con perseverancia y parecía que habían dado con un pez muy gordo porque estaban inclinados sobre el borde de la fosa y tiraban con fuerza de un objeto pesado que apareció por fin en la superficie.

Aunque el muchacho adivinó qué objeto era aquél, el espectáculo era tan nuevo e inesperado que, al ver que su padre se disponía a abrir el ataúd, fue tal su terror que huyó a toda prisa y no se detuvo hasta haber corrido más de un kilómetro. De no haber sido por la necesidad de tomar aliento, es probable que no hubiera dejado de correr hasta llegar a su casa. El desdichado creía que lo perseguía el ataúd; lo veía continuamente a pocos pasos, que lo alcanzaba, que lo cogía por el brazo, y al mismo tiempo, a impulso del miedo que ponía ojos en todo su cuerpo, saltaba delante de él, salía de los caminos, de las alamedas, de las calles, de los rincones, de detrás de las esquinas, tropezaba con las puertas, rozaba con las paredes y, adquiriendo forma

humana, parecía encogerse de hombros y hacer muecas en la sombra. El pobre muchacho tenía motivos para creerse medio muerto cuando llegó a la puerta de su casa, pero el odioso ataúd lo perseguía aún, subía la escalera, entraba en su cuarto, se metía entre las sábanas y, dando un último salto, volvía a caer sobre su pecho cuando cerraba los ojos.

Al amanecer despertó de su pesadilla con las voces que daba su padre en el cubículo de al lado. La empresa había fracasado: así lo dedujo al menos el muchacho cuando vio al señor Cruncher arrastrando a su mujer por las orejas diciéndole:

—Quien me la hace me la paga.

—¡Jerry! —exclamaba la infeliz con voz suplicante.

—¿Por qué te empeñas en frustrar todas mis empresas? ¿Quieres mi ruina y la de mis socios? Tu deber es respetarme y obedecerme... ¿No lo sabes?

—Hago todos los esfuerzos para ser una buena esposa —respondió ella llorando.

—¿Es ser buena esposa impedir que me gane la vida? ¿Es honrarme despreciar mi comercio? ¿Es obedecerme poner obstáculos a todas mis iniciativas? Y tú habías jurado ser sumisa y respetuosa.

—En aquella época, Jerry, no tenías aún ese horrible oficio.

—¿Y a ti qué más te da? Bastante tienes que cumplir con tus obligaciones para que te mezcles en lo que hago o no hago. Una mujer que cumple como es debido con sus deberes no se ocupa del oficio de su marido. Dices que eres devota, y preferiría una mujer que no lo fuese. Tanto caso haces de tus deberes como la piedra de un palo, y veo que se necesita un martillo para que te entre en la cabeza el sentido de tus obligaciones.

Después de esta filípica pronunciada en voz baja, el honrado comerciante se quitó las botas llenas de barro hasta media pierna, se echó en el suelo y, apoyando la cabeza en sus manos manchadas de tierra y orín, no tardó en quedarse profundamente dormido.

No hubo pescado para el desayuno, que fue excesivamente frugal.

El señor Cruncher estaba de tan pésimo humor que puso a un lado la tapa de la marmita para arrojársela a la cabeza de su pobre mujer por si ésta manifestaba la menor tendencia a provocar sus iras. Se lavó, cepilló y vistió, sin embargo, como lo hacía todos los días, y salió de su casa para ir a ocupar su puesto en la puerta de la Banca Tellstone.

El muchacho seguía a su padre con el banquillo debajo del brazo en medio de los transeúntes que atestaban las calles, pero ya no era el mismo pilluelo aterrado que la noche anterior corría entre las sombras perseguido por un fantasma. La claridad del día le había devuelto su malicia y su descarado, sus terrores se habían desvanecido al mismo tiempo que las tinieblas, y es probable que desde este doble punto de vista no dejara de tener compañeros en la buena ciudad de Londres.

—Padre —dijo el astuto muchacho, a respetuosa distancia del autor de sus días y escudándose con el banquillo—, ¿qué es un desenterrador?

—¿Qué sé yo? —dijo Cruncher, parándose en la acera.

—Creía que lo sabíais todo —repuso el muchacho.

—Un desenterrador —respondió Jerry Cruncher, quitándose el sombrero para dar más libertad a sus cabellos— es un comerciante como otro cualquiera.

—¿Qué género de comercio hace?

—Un comercio... de objetos artísticos —dijo Cruncher, rascándose la cabeza.

—Venden cadáveres, ¿no es verdad? —continuó el pilluelo.

—Tal vez.

—Padre, cuando sea hombre me haré desenterrador.

El señor Cruncher, aunque halagado por el deseo de su heredero, movió la cabeza como los moralistas y dijo en tono sentencioso:

—Eso dependerá de tus aptitudes y del desarrollo que sepas darles. Es preciso que cultives tu inteligencia y tengas cuidado de no hablar con nadie más que para decir las cosas verdaderamente indispensables. En cuanto a la destreza que exige ese comercio, veo desde ahora que eres apto para desempeñarlo dignamente.

El muchacho, encantado con este elogio paternal, corrió a colocar el banquillo en la puerta de la Banca Tellson, mientras su padre decía para sí: «Jerry, honrado comerciante, puedes confiar en que tu hijo será el consuelo de tu vejez y te compensará de lo que te hace padecer su desnaturalizada madre».

XV

Madame Defarge hace punto

La taberna de monsieur Defarge había abierto más temprano que los demás días. Desde las seis de la mañana, pálidos rostros pegados a las rejas de las ventanas habían visto en el interior otras caras macilentas inclinadas sobre sus vasos. Monsieur Defarge despachaba siempre un vinillo de ínfimo precio hasta en los años de abundante cosecha, pero nunca había sido tan malo como en aquella época; era una bebida indescriptible, agria y, sobre todo, irritante, a juzgar por el mal humor que infundía a los que la saboreaban. Ninguna llama báquica salía del zumo de vid que vendía Defarge, pero ocultaba en las heces de sus cubas un fuego siniestro que ardía en la sombra.

Hacía tres días que la taberna se llenaba al amanecer, y a decir verdad parecía que se iba allí, más que a beber, a hablar de asuntos graves. La mayor parte de los individuos que, saludándose en voz baja, habían entrado desde que abrieron la puerta no habrían podido dejar un ochavo en el mostrador para salvar su alma, y, sin embargo, se interesaban tanto por el objeto de la reunión como los que bebían y, pasando de una mesa a otra, recogían palabras en vez de vino y las escuchaban con atención.

A pesar de tan inusitada concurrencia de parroquianos, no se hallaba en la taberna el amo, pero nadie le echaba de menos, nadie preguntaba por él ni le buscaba siquiera con la mirada. Ninguno de los que cruzaban la puerta se admiraba de ver a madame Defarge presidiendo la distribución de los vasos, al lado de una taza llena de monedas de cobre, deformadas, sucias, y cuya efigie primitiva estaba tan borrada como la efigie humana que las había sacado del bolsillo. Los espías, que algunas horas después se introdujeron en la taberna como lo hacían en todas partes, desde el palacio real hasta la celda del convicto, vieron únicamente en los semblantes un aire indiferente o distraído. Los jugadores de naipes eternizaban las partidas y los demás construían torres con los dominós o trazaban cifras con la punta del dedo en las mesas manchadas de vino. Madame Defarge, en su mostrador, dibujaba el patrón de sus mangas con la punta del mondadientes, y veía con los ojos bajos cosas invisibles para todos los demás.

Así transcurrió la primera parte del día. Dieron las doce y entraron dos viajeros en el arrabal de Saint Antoine. Uno de ellos era monsieur Defarge, y el otro, un caminero que se distinguía por su gorro azul y por estar cubierto de polvo. Se encaminaron a la taberna, pero el rumor de su llegada, esparciéndose de calle en calle, había encendido en el arrabal un fuego interior que rostros inflamados

revelaban en puertas y ventanas. Sin embargo, nadie los siguió y, cuando entraron en el local, ninguno de los parroquianos les dirigió la palabra.

Pero, habiéndoles dado monsieur Defarge los buenos días, todas las lenguas se desataron y devolvieron el saludo.

—Mal tiempo, señores —dijo el tabernero, moviendo la cabeza.

Cada cual miró al que tenía al lado, bajó la mirada y se sentó en silencio.

Entonces se levantó un individuo y salió de la taberna.

—He hecho una gran parte del camino con este hombre que se llama Jacques —continuó el tabernero, dirigiéndose a su mujer—. Le he encontrado por casualidad a unas veinte leguas de París. Dale de beber, porque tiene sed y es un excelente compañero de viaje.

Se levantó otro individuo y salió mientras la tabernera daba un vaso lleno al recién llegado.

El caminero se quitó el gorro azul, saludó a los presentes y se bebió de un trago el vinillo de monsieur Defarge. Sacó después de la blusa un pedazo de pan moreno y, mientras comía y bebía, otro individuo se levantó y desapareció como los anteriores.

Defarge necesitaba también un refrigerio, pero, como el vino no era para él fruta vedada, bebió muy poco en comparación con el campesino, y esperó sin sentarse a que éste acabase su almuerzo. Nadie le miraba, y él no miraba a nadie, ni siquiera a su mujer, que había tomado otra vez su labor.

—¿Has acabado? —le preguntó al caminero cuando éste dio fin al pan.

—Sí —respondió el aldeano.

—Pues sígueme; ven a ver tu cuarto.

Salieron de la taberna, se dirigieron al patio, subieron una escalera empinada y sucia, y se encontraron en la buhardilla donde en otro tiempo el hombre de la cabeza canosa hacía zapatos. El anciano no estaba, pero en ella se habían reunido los tres individuos que habían salido de la taberna uno por uno: su única relación con el zapatero consistía en que eran los mismos que miraban por las rendijas de la pared en el momento en que la señorita Manette fue a buscar al antiguo cautivo.

El tabernero cerró la puerta con cuidado y dijo en voz baja:

—Jacques primero, Jacques segundo, Jacques tercero, éste es el testigo a quien había dado cita. Yo, Jacques cuarto, le suplico que os diga todo lo que ha visto y todo lo que ha podido averiguar. Habla, Jacques quinto.

—¿Por dónde debo empezar, señor? —preguntó Jacques quinto, enjugándose la frente con el gorro azul.

—Por el principio —respondió monsieur Defarge.

—Lo vi entonces, señores —dijo Jacques quinto—, hace meses, iba colgado debajo de la carroza, sujeto a la cadena. Era la hora de dejar el trabajo, el sol iba a ocultarse y el carruaje del señor marqués subía lentamente el cerro arrastrándole en esta posición.

El caminero repitió la pantomima que había ejecutado delante del marqués, y que necesariamente había perfeccionado porque hacía tres meses que era la única distracción de la aldea.

—¿Le conocías? —le preguntó Jacques primero al testigo.

—No —respondió el caminero, recobrando la verticalidad.

—¿Cómo pudiste reconocerle después? —dijo Jacques segundo.

—Por su elevada estatura —contestó el aldeano, tocándose la punta de la nariz con el dedo índice de la mano derecha—. Cuando el señor marqués me preguntó cómo era, «Alto como un fantasma», le contesté.

—Tendrías que haber respondido que era pequeño como un enano —dijo Jacques segundo.

—¿Qué sabía yo? —repuso el caminero—. Todavía los hechos no se habían consumado. Tened en cuenta además que no fui yo el que se ofreció a declarar. Estaba cerca de la fuente, el señor marqués sacó la mano por la portezuela y dijo señalándome: «Gabelle, dile a ese rústico que se acerque». Ya veis, señores, que no tenía otro remedio que obedecer.

—Tiene razón —le dijo monsieur Defarge a Jacques segundo—. Continúa, Jacques quinto.

—¡Bien! —dijo el aldeano, con aire misterioso—. El hombre es un fugitivo, pero lo buscan. ¿Desde cuándo? Nueve meses... diez... once...

—Qué más da —dijo el tabernero—. Está bien escondido, pero por desgracia lo descubren. Continúa.

—Entonces vuelvo a trabajar a mi puesto del monte y el sol está a punto de acostarse otra vez. Recojo mis herramientas para bajar a la aldea a descansar, cuando he aquí que alzo la mirada y veo que unos soldados suben por el camino. Son seis y en medio de ellos distingo un hombre, buen mozo, con los brazos atados... así... —El aldeano, con ayuda de su imprescindible gorro, representó a un hombre atado de codos por la espalda—. Me aparto a un lado, detrás de un montón de piedras, para ver a los soldados y al preso, porque el camino está tan desierto que de vez en cuando distrae ver pasar algún viajero. Se van acercando y, como os decía no ha mucho, son seis soldados con el buen mozo. Los siete me parecen casi negros, a excepción del que va por el lado donde se oculta el sol, que parece de color rojo. Sus sombras se prolongan sobre la pendiente, son como sombras de gigantes. Después veo que están cubiertos de polvo, y que el del camino se levanta en torno a ellos a cada paso que dan: ¡plan! ¡plan! ¡plan! Estoy seguro de que los oyen desde la aldea. Finalmente, cuando llegan a donde estoy yo parado, reconozco al preso, que me reconoce también a mí. ¡Pobre muchacho! ¡Qué contento se pondría si lo empujara cerro abajo como cierta tarde que lo encontré casi en el mismo sitio! —El caminero parecía hallarse aún allí y era evidente que la escena cuyos detalles explicaba se representaba ante sus ojos—. Como podéis imaginaros —prosiguió—, no digo delante de los soldados que conozco al preso, y él hace lo mismo, pero por la mirada entendemos los dos que nos

hemos reconocido. «¡Alerta, muchachos!», dice el jefe a los soldados señalándoles la aldea. La tropa estrecha las filas para obedecer a su jefe y yo los sigo con las herramientas al hombro. Las cuerdas aprietan tanto al preso que tenía los brazos hinchados, los zapatos le pesan y lo obligan a cojear y, como esto le impide avanzar, lo empujan por la espalda con la culata de los fusiles. Lo derriban dos veces. Los soldados se ríen y lo ayudan a levantarse. ¡Si pudierais verlo! Tiene toda la cara ensangrentada y cubierta de polvo y, como no puede secarse con las manos atadas, parece un condenado en vida. Llegan por fin a la aldea, y todo el mundo sale a verlos. Pasan cerca del molino, llegan al cerro y se dirigen a la cárcel, cuya puerta se abre... ¡y se lo traga!

El caminero abrió una boca de palmo y volvió a cerrarla haciendo rechinar los dientes.

—Continúa, Jacques —dijo monsieur Defarge.

—Toda la aldea —prosiguió el caminero, bajando la voz y alzándose sobre la punta de los pies—, toda la aldea vuelve a la fuente, donde cada cual emite su parecer; después, todo el mundo va a acostarse, y sueña con aquel desdichado que han enviado a la cárcel, de donde no debe salir más que para ser ahorcado. A la mañana siguiente, cuando salgo a trabajar con mis herramientas al hombro y comiendo mi ración de pan moreno, doy un rodeo y paso por delante de la cárcel. Está allí, con su pobre rostro ensangrentado y cubierto de polvo, pegado a los barrotes de hierro. Lleva aún los brazos atados, y no puede hacerme ninguna seña, pero sus ojos me miran como lo haría un cadáver.

Los tres Jacques y el tabernero escucharon este relato con gesto sombrío, intercambiando miradas de odio y de sed de venganza. Por lo demás, tenían el rostro tranquilo y su actitud era severa y llena de autoridad. Dos de estos jueces implacables estaban sentados sobre un jergón con la barba apoyada en una mano, mirando al caminero, y Jacques tercero, no menos atento, estaba arrodillado detrás de ellos acariciándose con los dedos crispados sus labios pálidos. Monsieur Defarge, en pie entre los jueces y el testigo, que había colocado cerca de la ventana, miraba alternativamente al caminero y al tribunal.

—Continúa, Jacques —dijo después de un momento de silencio.

—Está allí más de una semana —explicó el campesino del gorro azul—. Toda la aldea se muere de miedo y no se atreve a acercarse, pero lo observan de lejos; y al anochecer, cuando terminado el jornal nos juntamos en la fuente, todos volvemos la cabeza hacia la cárcel. Ya os podéis figurar cuánto se habla allí: unos dicen en voz baja que no será ejecutado y que se han hecho alegatos en los que se demuestra que se había vuelto loco desde la muerte de su hijo, y hasta añaden que uno de esos alegatos ha llegado a manos del rey. Yo no sé lo que hay de cierto sobre este punto, pues lo mismo puedo decir que es verdad como que es mentira.

—Sí, Jacques; es cierto —dijo uno de los jueces—. Uno de esos alegatos fue presentado al rey y a la reina. Defarge lo entregó un día exponiendo su vida y

viéndose casi atropellado por los caballos del coche. Nosotros cuatro vimos ese alegato en manos del rey.

—Sí, Jacques —dijo el hombre que estaba arrodillado detrás de sus compañeros y que con su mano convulsiva se acariciaba la boca como si lo dominase un hambre canina—; sí, Jacques, y los guardias del rey de a pie y de a caballo rodearon al que entregó el alegato y lo maltrataron. ¿Lo oyes, Jacques? Lo maltrataron.

—Está bien —dijo monsieur Defarge—; continúa, Jacques quinto.

—Otros dicen —prosigue el campesino—, en las conversaciones de la fuente, que la han traído a la aldea para darle muerte en la misma región donde se cometió el crimen, y que indudablemente será ejecutado, y hasta no falta quien asegura que, habiendo asesinado al señor marqués, y considerándose a éste padre de sus feudatarios, se le aplicará la pena de los parricidas. Uno de los viejos de la aldea dice que le pondrán un puñal en la mano derecha y se la quemarán toda, que después le harán en los brazos, en el pecho y en todo el cuerpo heridas donde echarán aceite hirviendo, plomo derretido, resina, azufre y cera encendida, y que finalmente le arrancarán los miembros descuartizándolo con caballos. Aquel viejo dice que así se había hecho con un parricida que había atentado contra la vida de Luis XV. ¿Cómo puedo decir si miente cuando ni siquiera sé leer?

—¡No mentía... no! —dijo el que escuchaba arrodillado—. Óyeme, Jacques, y no olvides lo que voy a decirte. Ese parricida se llamaba Damiens, y se cometieron con él todos esos horrores en pleno día, en medio de la calle. Entre la multitud que fue a gozar de esos tormentos se veían en gran número mujeres de distinción, mujeres elegantes que no se marcharon hasta el fin del suplicio, ¡hasta el fin, Jacques! Era de noche, el desgraciado había perdido un brazo y dos piernas y aún respiraba. Sí, todo eso se hizo. Pero ¿qué edad tienes?

—Treinta y cinco años —respondió el aldeano, que representaba sesenta.

—Pues podías haberlo visto, porque tenías más de diez años entonces.

—¡Basta! —dijo monsieur Defarge con impaciencia—. Continúa, Jacques.

—Como iba diciendo —repuso el caminero—, unos dicen una cosa; otros, otra, y no se habla más que del preso. Yo creo que hasta la fuente da su parecer y charla como nosotros. Finalmente, un domingo por la noche, cuando toda la aldea duerme, algunos soldados, no sé cuántos, bajan de la cárcel, se paran y se oyen sus fusiles resonar en las piedras de la calle. Algunos labradores cogen el azadón, y he aquí que empiezan a cavar mientras varios carpinteros cortan maderos, y los soldados ríen y cantan, y tanto trabajan que al amanecer se eleva cerca de la fuente una horca de doce metros de altura. —Los ojos del caminero traspasaron el techo y alzó las manos como si hubiera visto la horca levantada hacia el cielo—. Nadie trabaja, nadie lleva los animales al campo, y todo el mundo está allí, como podéis figuraros, hasta las vacas. A mediodía se oye un tambor, y los soldados, que han vuelto a la cárcel, bajan con el reo. Lleva aún los brazos atados por la espalda y, además, una mordaza que le abre la boca hasta las orejas y le hace reír, o al menos lo parece. En el extremo de la horca

está el puñal con que ha asesinado al señor marqués, lo suben hasta allí, y pocos momentos después su cuerpo cuelga en el aire haciendo contorsiones.

Los cuatro Jacques se miraron mientras el campesino se secaba el rostro con el gorro azul.

—Y lo más terrible es —continuó— que su cadáver sigue allí colgado. ¿Cómo queréis que vayan las mujeres a sacar agua? ¿Podremos juntarnos en la fuente y hablar debajo del ahorcado? Cuando salí el lunes por la noche se ocultaba el sol; al llegar a lo alto del cerro, vuelvo la cara y, ¿qué veo? La sombra de aquel desgraciado se extiende sobre la iglesia, sobre el molino, sobre la cárcel, y llega, señores, hasta el punto donde la tierra se junta con el cielo.

El hombre hambriento se mordía las uñas mirando a sus tres compañeros y sus dedos se estremecían por el hambre horrible que le devoraba.

—He aquí lo sucedido, señores. Salí de la aldea al ocultarse el sol como me habían mandado; continué andando toda la noche y toda la mañana del día siguiente hasta que encontré a este amigo; después seguimos nuestro camino juntos, un trecho a pie, otro en coche y, por último, aquí estamos todos.

—Bien —dijo el primer Jacques, después de un instante de silencio—; eres un hombre honrado y has dicho la verdad. Haz el favor de salir y esperar fuera algunos minutos.

Monsieur Defarge salió con el campesino, que fue a sentarse en los primeros escalones, volvió después a la buhardilla y, cuando entró, vio a los tres compañeros formando un corro y al parecer en plena deliberación.

—¿Qué te parece? —preguntó el primero de los tres Jacques.

—Hay que ponerlos en la lista.

—Sí —respondió el tabernero—, hay que destruirlos.

—¿La familia y el castillo?

—La familia y el castillo —confirmó el tabernero—: exterminio completo.

—¿Estás completamente seguro de que nuestro modo de llevar las cuentas no nos creará algún día dificultades? —dijo Jacques segundo al tabernero—. Es un lenguaje muy secreto porque nadie sabe que exista: pero ¿podremos descifrarlo... o, más bien, será ella capaz de hacerlo?

—Jacques —respondió el tabernero, irguiéndose con orgullo—, mi mujer grabará de tal suerte en su memoria todas nuestras cuentas que no perderá una sílaba. No temas: esa faja de punto de media que, según una combinación especial, forma una escritura de caracteres fijos, no dejará de ser clara para la que la hace. Créeme: le costaría menos al último de los cobardes salir de este mundo que borrar del punto de media de mi mujer una letra de su nombre o de la lista de sus crímenes.

Un murmullo de aprobación acogió estas palabras y no se habló más del asunto.

—Espero que mandemos a ese campesino a su pueblo —dijo el tercer Jacques—; es tan ingenuo que podría ser peligroso.

—No sabe nada de los demás —respondió el tabernero—, y todo lo que podría decir solo serviría para hacerle prender. No temáis, eso corre de mi cuenta. Le enviaré cuando convenga; quiere ver al rey, a la reina y toda la corte; y me propongo darle ese gusto el domingo.

—¡Cómo! —exclamó el hambriento—. ¿Puede contarse con un hombre que desea ver a la nobleza y al rey?

—Jacques —respondió Defarge—, enseña leche a un gato si deseas que tenga sed, y pon un perro delante de su presa si quieres que algún día te la traiga.

Los cuatro Jacques no hicieron más observaciones y se dispusieron a bajar de la buhardilla. En los primeros escalones encontraron al campesino, que se había dormido, y le aconsejaron que fuese a acostarse en el jergón. El buen hombre no se hizo repetir la invitación, y muy pronto se sumergió en un profundo sueño.

Habría sido difícil para un viajero de su origen encontrar en París una hospitalidad más lujosa y cómoda que la del tabernero y, a excepción del temor misterioso que le inspiraba la taberna, el género de vida que llevó en casa de los Defarge fue para él tan agradable como nuevo; pero la dueña de la casa, sentada todo el día en el local, hacía tan poco caso de su presencia y parecía tan decidida a manifestar que ni siquiera reparaba en él, que se estremecía cada vez que sus ojos se posaban a su pesar en aquella mujer impasible. ¿En qué estaba pensando? ¿Quién podría explicar lo que imaginaría ni lo que trataba de hacer? «No dudo —decía para sí el campesino— de que si se le antojase afirmar que me había visto matar a un hombre, no vacilaría en nada y me vería ahorcar sin despegar los labios».

Así pues, cuando llegó el domingo, nuestro caminero no quedó muy satisfecho al ver que madame Defarge lo acompañaba a Versalles. ¿Cómo no había de turbarse teniendo a su lado en el coche público a aquella mujer que sacó la labor y empezó a trabajar sin levantar la mirada? ¿Cómo no había de desconcertarse más y más al encontrársela también a su lado entre la multitud sin que la inminente aparición del rey pudiera distraerla de su sempiterno punto?

—¡Con cuánto afán trabajáis, señora! —le dijo uno de los que estaban a su lado.

—Tengo que trabajar mucho —respondió madame Defarge.

—¿Puede saberse a qué destináis esas fajas de punto?

—A muchas cosas.

—¿Qué cosas son ésas?

—Sudarios.

El curioso se alejó de la tabernera en cuanto le fue posible, y el caminero sintió un calor tan extraordinario que se vio obligado a abanicarse con su gorro azul.

Sin embargo, pocos momentos después le distrajo de su terror un espectáculo que tenía para él muchos atractivos. Aparecieron entonces en su carroza dorada el rey de robustas mandíbulas y la reina de hermoso rostro, seguidos por una multitud de brillantes señores y de damas risueñas y elegantemente ataviadas, y al ver tantas alhajas, penachos, seda, esplendor, belleza, rostros desdeñosos y miradas insolentes,

el caminero sintió un vértigo deslumbrador y gritó en medio de su entusiasmo: «¡Viva el rey! ¡Viva la reina! ¡Vivan los nobles! ¡Vivan todos!», como si nunca hubiera oído decir que existieran pobres Jacques.

Tanto le fascinaron aquellos jardines, aquellos patios, aquellas galerías, aquellas flores y aquellas fuentes que, después de contemplar al rey, a la reina y a toda su comitiva y de gritar: «¡Vivan todos!», acabó por llorar de admiración, y en las tres horas que duró el espectáculo no cesó de vitorear, mientras el tabernero le contenía agarrándole de la blusa, como para impedir que se arrojase sobre los objetos de su culto y los hiciera pedazos.

—¡Bien! ¡Muy bien! —le decía Defarge, dándole golpes en el hombro—. Eres un buen muchacho.

Cuando volvió en sí, el campesino empezaba a creer que tal vez se había equivocado y que sus manifestaciones habían sido una falta, pero Defarge le decía al oído:

—Has obrado bien, amigo mío; los hombres de tu carácter les hacen creer que esto durará mucho tiempo y, por lo tanto, estarán más tranquilos y todo acabará antes.

—Es verdad —dijo el caminero, pensativo.

—No sospechan nada esos locos orgullosos que te desprecian; darían muerte a cien de tus iguales antes que a uno de sus caballos o de sus perros, pero creen lo que les dicen y no saben más. Continúa engañándolos, amigo mío, continúa; es necesario que la ilusión los ciegue.

Madame Defarge miró al caminero con expresión imperiosa e inclinó la cabeza afirmativamente.

—¿Aplaudirás y llorarás siempre que la multitud grite? —le preguntó la tabernera.

—Es muy posible, señora.

—Si te enseñasen un montón de muñecas y te arrojasen sobre ellas diciéndote que las hicieras pedazos, ¿elegirías la más brillante?

—¡Sí, por cierto!

—Si te pusieran delante de una bandada de pájaros que no pudieran huir y te mandasen que los desplumaras en tu provecho, ¿exterminarías al que tuviese el plumaje más rico?

—Sí, sin vacilar.

—Pues has visto aquí magníficas muñecas y ricos pájaros —le dijo la tabernera, indicando el sitio por donde acababa de pasar la corte—. Ya puedes volverte ahora a tu aldea.

XVI

Madame Defarge sigue haciendo media

Mientras madame Defarge y su marido volvían amigablemente al arrabal de Saint Antoine, un punto imperceptible cubierto con un gorro azul andaba entre las sombras y el polvo a lo largo de un camino interminable, y se dirigía a la comarca donde el castillo del señor marqués, ahora en su tumba, oía murmurar las viejas encinas. Las caras de piedra tenían ahora tantos ratos de ocio para prestar oídos a los susurros de las hojas y de la fuente que el exiguo número de espantajos que, buscando hierba para alimentarse y leña para calentarse, se extraviaban por las cercanías del inmenso patio se imaginaban en su cabeza muerta de hambre que aquellas máscaras petrificadas no tenían la misma expresión que antes. Circulaba un rumor por la aldea, rumor débil y extenuado como los que lo escuchaban, de que, en el momento de penetrar el puñal en el corazón del señor marqués, el orgullo pintado en aquellos rostros había sido reemplazado por una cólera mezclada con dolor, y que, desde que el desdichado Jacques pendía a doce metros sobre la fuente, habían cambiado otra vez de expresión adoptando la de la crueldad satisfecha con que seguían observando. La que se asomaba sobre la ventana del aposento donde se había perpetrado el crimen tenía encima de la nariz dos arrugas aterradoras que todo el mundo señalaba y nadie había visto hasta entonces; y en las raras ocasiones en que dos o tres aldeanos harapientos se adelantaban para echar un vistazo al señor marqués, petrificado, bastaba con que un dedo delgadísimo lo señalase para que todos corrieran a esconderse entre el musgo y las malezas, como las liebres, más afortunadas, que podían encontrar allí sus madrigueras.

Castillo y cabañas, máscaras de piedra y esqueleto de ahorcado, manchas sangrientas en las losas, agua pura en la fuente de la aldea, millares de toesas de terreno, toda una provincia, toda Francia descansaba en tinieblas, concentrada en un espacio del grueso de un cabello. El mundo entero, con todas sus grandezas y pequeñeces, está encerrado en una estrella que centellea. Lo mismo que la ciencia puede descomponer la luz y examinar cada uno de sus rayos, la inteligencia humana puede leer en el reflejo de nuestro planeta los pensamientos y los actos, los vicios y las virtudes de los seres responsables que se mueven en su superficie.

El matrimonio Defarge se dirigía en el carruaje público hacia las puertas de París bajo la claridad de las estrellas. Hubo, como siempre, que detenerse en la barrera, y como siempre las linternas, apareciendo de pronto, se acercaron a proceder al examen con todo rigor. Monsieur Defarge bajó del carruaje; reconoció a uno o dos soldados de la guardia y a uno de los agentes de policía, y era tan íntima su amistad que le abrazaron cordialmente.

Cuando la pareja, envuelta otra vez en las sombrías alas del arrabal de Saint Antoine, bajó definitivamente de su vehículo, madame Defarge tomó la palabra mientras buscaba su camino a través del lodo negruzco y las inmundicias que cubrían la calle.

—¿Qué te ha dicho Jacques de la policía? —preguntó a su marido.

—Lo único que sabía —respondió el tabernero—; se ha nombrado un nuevo espía para nuestro barrio, y tal vez haya algún otro, pero no ha sabido decírmelo.

—¿Te ha dado las señas? —preguntó madame Defarge, arrugando el entrecejo con expresión sombría—. ¿Qué hombre es ése?

—Un inglés.

—Mejor. ¿Cómo se llama?

—Barsad —respondió Defarge.

—Barsad —repitió la tabernera—. ¡Bien! ¿Y su nombre de pila?

—John.

—Bien. ¿Y se sabe algo de cómo es?

—Edad, unos cuarenta años; estatura, un metro ochenta y uno; pelo negro; tez morena; el conjunto del rostro, más bien agraciado que feo; ojos hundidos; cara delgada, larga y pálida; nariz aguileña separándose de la línea recta e inclinándose hacia la izquierda; semblante, por lo tanto, siniestro.

—El retrato es completo —dijo la tabernera—; lo apuntaré mañana.

La taberna estaba cerrada porque eran las doce de la noche, y el matrimonio entró por una puerta interior. Madame Defarge se dirigió inmediatamente al mostrador, cogió las monedas que se habían recaudado en su ausencia, contó las botellas que quedaban, examinó los licores, comprobó el registro, apuntó varios artículos, hizo algunas preguntas al dependiente y lo mandó por fin a acostarse. Vació después la taza que contenía los ingresos del día y colocó el dinero en una serie de nudos que hizo en el pañuelo con objeto de llevárselo a su aposento para mayor seguridad. Su marido se paseaba mientras tanto de una punta a otra del local con la pipa en la boca y admiraba las actividades de su mujer, pero sin intervenir en ellas. Es forzoso añadir que así pasaba la vida, sin ocuparse de su comercio ni de sus asuntos domésticos.

La noche era cálida y la taberna, con las ventanas cerradas y en medio de un barrio tan sucio, apestaba. El aparato olfativo de monsieur Defarge no era muy delicado, pero su vino tenía más hedor que sabor, así como el aguardiente y el ron que vendía, y, sofocado por esta mezcla de olores inmundos, los expulsaba lanzando con fuerza el humo que le llenaba la boca. Luego dejó la pipa sobre la mesa.

Su mujer alzó la mirada y le preguntó, sin dejar su tarea:

—¿Estás cansado? Es el olor de todos los días; aquí no hay otro.

—En efecto —dijo el marido—, estoy un poco cansado.

—Y no menos abatido —observó la mujer, cuya mirada no estaba tan absorta en sus cuentas como para no dirigirse de vez en cuando hacia su marido—. ¡Oh! ¡Los hombres! ¡Los hombres!

—Pero querida...

—No hay pero que valga —dijo la tabernera, interrumpiéndole y moviendo la cabeza con energía—; te conozco, te acobardas.

—¿Y por qué no? —dijo el tabernero con decisión—. ¡Hace tanto tiempo que dura esto!

—¿Tanto tiempo? —repuso su mujer—. La venganza tarda en preparar sus medios, y exige tiempo... mucho tiempo. ¿Quién lo ignora?

—¡Se necesita tan poco para aniquilar a un hombre! —dijo monsieur Defarge.

—¿Cuánto se necesita para formar una tormenta? —preguntó la tabernera con calma.

Monsieur Defarge alzó la mirada, pensativo.

—Un terremoto puede tragarse una ciudad en menos de unos minutos —continuó la mujer, sin conmoverse—, y ¿cuánto tiempo se ha necesitado para preparar la catástrofe?

—Siglos tal vez —murmuró el tabernero.

—Pero, cuando llega la hora, la tierra estalla y no queda vestigio de lo que existía antes. Hasta entonces todo se preparaba sin descanso, aunque nadie pudo verlo ni oírlo. Esto debe sostenerte y consolarte. —Y, estrechando el nudo del pañuelo, sus ojos centellearon como si hubiera ahogado a un enemigo—. Te aseguro —continuó, tendiendo la mano para dar más fuerza a sus palabras—, te aseguro que a despecho del tiempo que tarda en llegar va acercándose la hora de la justicia. Mira a tu alrededor, examina el rostro de los que conoces y verás el descontento y la rabia que fermentan y crecen de día en día en el corazón del pueblo oprimido. ¿Puede durar este estado? No, no; tu desaliento me inspira lástima y vergüenza.

—No lo dudo, mujer animosa y heroica —dijo el tabernero, que, en pie delante del mostrador, la cabeza baja y las manos cruzadas a la espalda, parecía un discípulo sumiso que tiembla ante su maestro—, pero está muy lejano ese día. ¿Es posible que llegue antes de nuestra muerte?

—¿Y qué más da? —exclamó madame Defarge, estrechando otro nudo como si hubiese ahogado a otro enemigo.

—En ese caso —dijo su marido, encogiéndose de hombros con una expresión en la que la queja se unía a la excusa—, en ese caso no veremos el triunfo.

—¿Y quién lo habrá preparado? —preguntó madame Defarge con firmeza—; nada de lo que hagamos quedará perdido. Creo firmemente que tomaremos parte en la victoria, pero si estuviera convencida de lo contrario y tuviera en mis manos el cuello de un aristócrata, de un noble, lo...

Y apretó los dientes e hizo otro nudo con rabia.

—Tampoco yo retrocedería ante ningún peligro —afirmó el tabernero avergonzándose, como si conociera que su mujer le acusaba de cobarde.

—Lo creo, pero necesitas estar cara a cara con tu víctima y ver la ocasión para sostener tu valor, y eso es debilidad. Saca las fuerzas de ti mismo, sean cuales sean

las circunstancias, y cuando llegue el momento sé un tigre, un demonio, pero que tigre y demonio estén hasta entonces encadenados, y dispuestos siempre a atacar sin que nadie sospeche su existencia.

La tabernera descargó un golpe sobre el mostrador con el pañuelo lleno de dinero para recalcar sin duda sus palabras y, colocándose después debajo del brazo, manifestó con tranquilidad que era ya hora de acostarse.

Madame Defarge ocupaba a la mañana siguiente su sitio de costumbre haciendo punto con afán. Tenía al lado una rosa, a la cual dirigía de vez en cuando una mirada con aire distraído, como casi siempre, y se encontraban dispersos por el local algunos parroquianos, bebiendo o no, sentados unos y otros de pie. Hacía un calor excesivo, e innumerables moscas, que llegaban en sus peligrosas incursiones hasta los vasos puestos junto a la tabernera, encontraban la muerte en el fondo de éstos. Su desgracia no producía la menor impresión a las demás moscas, que desde fuera las miraban con suprema indiferencia, como si ellas fueran elefantes o animales muy diferentes, hasta el momento en que participaban de su desgraciada suerte. ¡Es curioso ver qué poca capacidad de reflexión tienen las moscas! Pero es probable que aquel día abrasador no reflexionaran mucho más en la corte.

Un hombre cruzó la puerta y proyectó sobre madame Defarge una sombra en la cual reconoció a un nuevo cliente. Dejó, pues, la labor en el mostrador, y antes de volver el rostro hacia el hombre que acababa de entrar, se puso la rosa en la cabeza. Esta acción no tenía nada de particular, pero desde el momento en que madame Defarge se puso aquel adorno se dejó de hablar en la taberna y todos los que se hallaban en ella fueron saliendo uno tras otro a la calle.

—¡Buenos días, señora! —dijo el nuevo parroquiano.

—¡Buenos días, caballero! —respondió madame Defarge, que, volviendo a tomar la labor, dijo para sí: «Cuarenta años, un metro ochenta y uno, pelo negro, moreno, ojos hundidos, cara larga y pálida, nariz aguileña torcida hacia la mejilla izquierda, expresión siniestra: éste es...»—. ¡Buenos días! ¿Qué deseáis tomar?

—Tened la bondad de mandar que me sirvan una copa de coñac y un vaso de agua fresca.

Madame Defarge le sirvió personalmente con la mayor amabilidad.

—Este coñac es precioso, señora.

Los licores del tabernero eran por vez primera objeto de semejante halago, pero madame Defarge sabía que la lisonja encerraba una falsedad con la que el espía quería granjearse su amistad para arrancarle un secreto. La tabernera respondió, sin embargo, que su licor podría ser bueno, pero que no era precioso, y continuó trabajando con mayor ahínco. El nuevo parroquiano la observó unos momentos, aprovechó la ocasión para examinar el local y, volviendo a mirar a la dueña, le dijo:

—Hacéis punto con mucha habilidad.

—Es efecto del hábito —respondió la tabernera.

—¡Lindo dibujo!

—¿Os gusta? —dijo ella, sonriendo.

—Es de un gusto perfecto. ¿Puede saberse a qué destináis esa faja?

—Es un pasatiempo —contestó la tabernera, mirándolo sonriente mientras sus dedos trabajaban con agilidad.

—¿No servirá para nada tan preciosa obra?

—¿Quién sabe? Es posible que más adelante sirva si la hago bien —continuó, respirando con fuerza e inclinando la cabeza con cierta coquetería—, es probable que sirva.

No podía negarse que una rosa en la cabeza de madame Defarge resultaba muy antipática en el arrabal de Saint Antoine, a juzgar por el efecto que producía. Dos hombres acababan de entrar, e iban a pedir vino cuando, al ver la flor, balbucearon, se acercaron a la puerta a ver si alguno de sus amigos venía y desaparecieron. No había ya en la taberna ninguno de los que estaban en ella antes de que madame Defarge se hubiera puesto la rosa y, aunque el espía observaba con atención, no había sorprendido entre los fugitivos ninguna señal de inteligencia; habían salido uno tras otro como distraídos y con actitud indiferente.

«“John” —pensó madame Defarge, examinando sin dejar de trabajar la hilera de puntos que acababa de hacer, y mirando al espía, murmuró para sí—: Espérate un momento y habré hecho las letras que componen tu apellido: “Barsad”».

—¿Sois casada, señora? —preguntó el inglés.

—Sí, señor.

—¿Con hijos?

—No los he tenido nunca.

—El comercio no prospera mucho, según creo.

—Va muy mal. ¡Es tan pobre el trabajador!

—¡Oh! Sí, muy pobre. ¡Se le oprime tanto... como decís con mucha razón!

—Vos lo decís —replicó la tabernera, añadiendo al nombre de Barsad algunos puntos de un dibujo particular que no presagiaban nada bueno.

—Perdonad, señora; es cierto que he sido yo quien ha proferido estas palabras, pero no he hecho más que expresar vuestra opinión, porque pensáis así.

—¡Yo! —exclamó la tabernera alzando la voz—. Mi marido y yo tenemos bastante con nuestros negocios para dedicarnos a pensar en los ajenos. Nuestra opinión, nuestras ideas, nuestra ocupación continua se reducen a saber cómo vamos a ganarnos el sustento y, como vivimos con apuros, nunca nos acordamos de las penas de los demás. Bastante hacemos con sufrir las nuestras con paciencia.

John Barsad, que había ido a la taberna a recoger las migajas que esperaba encontrar, supo reprimirse y disimular el efecto que le producía su desengaño. Su rostro siniestro cobró por el contrario una expresión risueña y, con el codo apoyado en el mostrador, continuó hablando con el tono más amable mientras se mojaba los labios con el precioso licor:

—¡Qué desgracia ha sido para todo el barrio la ejecución de Gaspar! —dijo, suspirando tristemente.

—Eso y mucho más debe esperar el que juega con puñales —respondió la tabernera—. Gaspar sabía de antemano lo que iba a perder en el juego; la puesta era crecida, no podía ignorarlo.

—Creo —dijo Barsad en voz baja y con un tono que invitaba a la confianza— que todo este barrio compadece al pobre muchacho, y que, sea esto dicho en secreto, está enojado contra los que le han hecho ahorcar.

—¿Será cierto? —dijo madame Defarge, manifestando sorpresa.

—¿Creéis que me equivoco?

—Aquí está mi marido.

En el momento en que el tabernero entró en la tienda, Barsad se llevó la mano al sombrero y le dijo sonriendo:

—¡Buenos días, Jacques!

El tabernero se paró bruscamente y miró al forastero con asombro.

—¡Buenos días, Jacques! —repitió el forastero con menos soltura, porque le imponía la mirada del tabernero.

—Me tomáis por otro, caballero —dijo éste—; me llamo Ernest Defarge.

—Lo mismo da —dijo el espía, desconcertado—, no por eso dejo de saludaros.

—Buenos días —contestó monsieur Defarge con desdén.

—Decía a la señora, con quien tenía el gusto de estar en conversación cuando entrasteis, que en todo el arrabal, y esto nada tiene de extraño, se sentía compasión y hasta cólera por la desgraciada suerte del pobre Gaspar.

—No sé nada —dijo Defarge—; nadie me ha dicho una palabra de eso.

El tabernero pasó entonces detrás del mostrador y, apoyando la mano en el respaldo de la silla de su mujer, miró al forastero que tenía delante. Barsad, que era muy hábil y astuto, conservó la actitud que había adoptado, apuró la copa, bebió lentamente un sorbo de agua y pidió otro coñac. Madame Defarge le sirvió inmediatamente, continuó trabajando, y cantó entre dientes mientras movía las agujas.

—Veo que conocéis muy a fondo el barrio, mejor que yo mismo —dijo monsieur Defarge al espía.

—No tanto —respondió Barsad—, pero no tardaré en conocerlo, porque me intereso mucho por los desgraciados que lo habitan.

—No lo dudo —dijo el tabernero.

—El placer que tengo en hablar con vos, monsieur Defarge —prosiguió el espía—, me recuerda un acontecimiento en el que tomasteis parte muy activa.

—¿Yo? —dijo Defarge con desconfianza.

—Sí, vos; he sabido que, cuando fue puesto en libertad el doctor Manette, de quien habíais sido criado en otro tiempo, os encargasteis de darle asilo.

—Es cierto —dijo el tabernero.

Un ligero movimiento del codo de su mujer, que continuaba trabajando, había indicado al tabernero la necesidad de responder a Barsad, pero con la mayor brevedad posible.

—Su hija hizo un viaje desde Inglaterra —prosiguió el espía—, y merced a vuestros cuidados pudo llevarse al doctor. ¿No la acompañaba un anciano muy pulcro que llevaba un traje de color oscuro? ¿Cómo se llama? Era un anciano sonrosado, muy formal, con una peluca muy bien peinada... ¡Ah! Ya recuerdo; se llama señor Lorry, y era un comisionado de la Banca Tellson.

—Todo eso es exacto —confirmó monsieur Defarge.

—¿Qué recuerdos tan interesantes! —dijo Barsad—. He conocido al doctor y a su hija en Inglaterra.

—¿Y estaban bien?

—¿Cómo es eso? ¿No tenéis noticias de ellos con frecuencia? —preguntó Barsad.

—No —respondió el tabernero.

—No las tenemos nunca —dijo madame Defarge, mirando al espía—. Cuando llegaron a Londres la señorita Manette nos escribió para decirnos que no habían tenido novedad en el viaje, y recibimos después una o dos cartas; pero desde entonces han cesado completamente nuestras relaciones.

—En ese caso ignoraréis que va a casarse —dijo el espía.

—Es muy linda y hace mucho tiempo que podría estar casada —dijo la tabernera—, pero los ingleses sois tan fríos...

—¿Cómo sabéis que soy inglés?

—Os lo he conocido por el acento —explicó madame Defarge.

El espía no quedó muy satisfecho con esta observación, pero la tomó a broma y añadió después de apurar la segunda copa:

—Sí, la señorita Manette se casa, pero no se casa con un inglés; el novio es un francés que reside desde hace muchos años en Inglaterra. Y, ya que hablábamos antes de Gaspar (¡es tan cruel pensar en ese desgraciado!), ¿no es extraño que la hija del doctor se case precisamente con el sobrino del señor marqués, por el cual pendió Gaspar a tantos metros del suelo? Pues es cierto; la señorita Manette se casa con el actual marqués. Debo añadir en honor de la verdad que no hace uso de su título, y que únicamente se le conoce en Londres con el nombre de Charles Darnay. Su madre, como sabéis muy bien, de soltera se llamaba D'Aulnais.

Madame Defarge continuaba impasible con su labor, pero a su marido, por más que hacía esfuerzos para reprimirse, se le veía temblar la mano al encender la pipa, sin poder disimular su turbación. El espía era muy diestro en su oficio y no dejó de advertirlo.



Hecho este descubrimiento, Barsad pagó el gasto y se despidió de marido y mujer diciéndoles que tendría la satisfacción de verlos con frecuencia. Defarge y su mujer, temiendo que retrocediera, no cambiaron de postura hasta unos minutos después de que los hubiera dejado.

—¿Será posible? —dijo en voz baja el tabernero, sin dejar de apoyarse en la silla de su mujer, y bajando la mirada hacia ella—. ¿Crees que será verdad que se casan?

—La noticia es probablemente falsa si se considera quién nos la ha dado, pero no es imposible.

—Si fuera cierta... —dijo el tabernero.

—Si fuera cierta... ¿qué? —repitió su mujer.

—Y si la victoria ha de conseguirse antes de nuestra muerte, espero que por consideración a su esposa el destino no permita que el marqués vuelva a poner los pies en Francia.

—El destino —observó madame Defarge con su calma habitual— conducirá al marido de Lucie Manette a donde debe venir, y le impondrá la muerte que merece.

—Pero ¿no es extraño, muy extraño —dijo el tabernero, esforzándose en convencer a su mujer del capricho de la suerte—, que, con la simpatía que hemos manifestado a su padre y a ella, el nombre de su marido quede proscrito por tu propia mano y unido al de ese perro maldito que acaba de salir?

—Cuando llegue la hora, se verán cosas más extrañas aún —respondió la tabernera—. Es cierto que he puesto aquí sus dos nombres, pero no sin motivo. No necesitas saber más.

Y continuó su labor de punto después de quitarse la rosa de la cabeza.

No sabemos si los habitantes de Saint Antoine sabían por instinto cuándo cambiaba de sitio esa flor o si estaba al acecho alguno de ellos para observar el cambio, pero lo cierto es que, apenas se quitaba la rosa madame Defarge, recobraban el ánimo y la tabernera volvía a ofrecer su aspecto habitual.

Al anochecer, cuando el barrio, volviéndose como una media, se sentaba en el dintel de las puertas y en las ventanas, se arrimaba a las paredes, o se repartía por las esquinas para respirar un aire más puro, madame Defarge salió con su labor y fue de grupo en grupo hablando en voz baja, pero supliendo con el brillo de su mirada el fuego que no podía exhalar con la energía de su tono.

Todas las mujeres hacían punto pero, aunque su trabajo tenía un valor insignificante, aquella tarea mecánica les hacía olvidar el hambre; las manos se movían en vez de las mandíbulas y funcionaban en lugar del aparato digestivo. Si los dedos hubieran estado ociosos, el estómago habría alzado la voz pidiendo alimento. Al mismo tiempo que los dedos, se agitaban el pensamiento y la mirada y, mientras madame Defarge iba de un grupo a otro, los dedos y el pensamiento corrían más deprisa y eran más brillantes los ojos de las mujeres a quienes había dirigido la palabra.

Su marido estaba fumando delante de la puerta de la taberna y la contemplaba con admiración.

—¡Terrible y esforzada mujer! —murmuraba—. Su entusiasmo admira y aterra al mismo tiempo.

La noche amontonó lentamente sus sombras y se oyó el tañido de las campanas y el rumor lejano de los tambores de la guardia real, pero las mujeres continuaban haciendo punto y, después de envolverlas la oscuridad, se oía aún el choque de las agujas de acero.

Otras tinieblas no menos densas habrían de envolverlas algún otro día, cuando aquellas campanas, que entregaban su voz al viento en sus jaulas aéreas, se transformasen en cañones atronadores y el redoble del tambor ahogase los gritos y lamentos; cuando aquellas mujeres, tan envueltas en sombra que ni siquiera podrían verse a sí mismas, estarían sentadas alrededor de un armazón aún sin construir haciendo punto y más punto, y contando las cabezas que cortaría el verdugo.

XVII

Una noche

Jamás el sol se había ocultado más radiante en el tranquilo refugio del Soho, ni la luna había asomado con un resplandor más suave sobre la ciudad de Londres que una noche en que, colándose entre las ramas de su árbol favorito, iluminó el rostro del doctor y de su hija.

Lucie iba a casarse el día siguiente, había dedicado aquel último día a su padre, y estaban solos debajo del plátano.

—Padre querido, ¿estáis contento?

—Mucho, hija mía.

Aunque hacía rato que estaban juntos en el patio, habían hablado muy poco. Ni siquiera en la hora en que hubiera podido leer o trabajar, Lucie había pensado en coger su labor o en leer a su padre, como lo hacía siempre por la tarde; aquel día no se parecía a ningún otro y nada podía quitarle este sello excepcional.

—Me siento dichosa, padre querido, muy dichosa al ver que Dios bendice mi amor por Charles; pero, si no pudiera dedicarte más mis cuidados, si mi boda nos separase, aunque no fuera más que a la distancia de una casa a otra vecina, sería ahora muy desgraciada y me devorarían los remordimientos. Mira, a pesar de lo adelantadas que están las cosas...

No pudo continuar. Al resplandor de la luna se arrojó en brazos del doctor y ocultó el rostro en su pecho; al resplandor de la luna que es, como la luz del sol y como la vida humana, esa otra luz tan triste al nacer como al extinguirse.

—Dime, padre querido, que estás completamente seguro de que no se interpondrá entre nosotros ninguno de mis nuevos afectos, ninguno de mis nuevos deberes. Yo estoy muy segura; pero tú ¿lo sientes en el fondo del corazón?

—Sí, ángel de bondad —le respondió su padre—, sí; estoy seguro. Aún más —prosiguió abrazándola—, tu boda ilumina mi porvenir.

—¡Ojalá no me engañases!

—No lo dudes, hija mía, no lo dudes. Reflexiona un momento, y verás que es muy sencillo, muy natural. Eres muy joven y me quieres demasiado para comprenderlo, pero no sabes cuánto terror sentía al pensar que tu existencia podía agostarse por mi culpa y verse arrastrada fuera del orden natural de las cosas. Tu abnegación te impedirá siempre llegar a saber hasta qué punto me atormentaba ese recelo; pero dime, hija mía, ¿sería completa mi ventura si no lo fuera la tuya?

—De no haber conocido nunca a Charles, habría sido completamente feliz contigo.

El doctor sonrió al oír que su hija daba a entender sin pensarlo que después de conocer a Charles habría sido desgraciada sin él.

—Pero lo has conocido —dijo—, y de no haber sido Charles habría sido otro. Si nadie te hubiera gustado, yo habría sido la causa; la parte oscura de mi existencia habría proyectado su sombra más allá de mí mismo cayendo sobre ti.

A excepción de la época en que Charles estuvo procesado, nunca había oído Lucie a su padre hacer alusión alguna a su cautiverio, por lo que estas últimas palabras le produjeron una impresión profunda, y recordaría mucho tiempo después la extraña emoción que la embargó.

—Mírala —prosiguió el doctor alzando la mano hacia la luna—; la vi desde la reja de mi calabozo en un tiempo en que no podía soportar la luz, y en que la idea de que brillaba sobre lo que había perdido era para mí un tormento tan espantoso que me daba cabezazos contra las paredes. La vi más adelante, cuando, hundido en un profundo letargo, ya no pensaba en nada sino en contar las líneas horizontales que podía dibujar sobre ella cuando estaba llena, y en las perpendiculares con que podía cruzarla a continuación. De un extremo a otro —añadió pensativo—, únicamente podía trazar veinte y era muy difícil incluir la veintiuna.

Lucie sintió estremecerse otra vez todo su cuerpo, pero nada justificaba su emoción porque el doctor comparaba los tormentos del pasado con la felicidad presente, y no podían sorprenderle sus palabras.

—La contemplé mil veces pensando en el hijo que no había visto nacer —continuó el doctor—. ¿Había vivido? ¿Había muerto en el seno de su madre después de recibir un golpe tan doloroso? ¿Sería un hijo que algún día me vengase? Hubo una época en que la sed de venganza tenía para mí en el calabozo una fuerza inexplicable. Pero, suponiendo que fuera un hijo, ¿sabría mi historia? ¿Creería que había partido libremente, que lo había abandonado? Y, si era una hija, ¿crecería hasta llegar a ser mujer? —Lucie se acercó al doctor y le besó la mejilla y la mano—. Mi hija, pensaba, olvidará que tiene un padre, lo ignorará tal vez, vivirá sin pensar en él, se casará con un hombre para quien seré completamente desconocido, que no sabrá que estoy preso, y la próxima generación ni siquiera verá un vacío en el sitio que ocupaba.

—Padre mío, saber que pensabas en una hija que no existía me llega al corazón, como si yo hubiera sido esa hija.

—¡Tú, Lucie! No, tú me has dado consuelo y la conciencia con que evoco esos recuerdos que pasan entre nosotros y la luna en esta última noche... ¿Qué decía, hija mía?

—Que tu hija no te conocería, que olvidaría a su padre...

—Sí, ya me acuerdo. Pero otras veces, cuando la soledad y el silencio me dispensaban ese doloroso sosiego que se halla en el fondo de la desesperación, la luna me producía una impresión diferente. Me imaginaba a mi hija entrando en mi calabozo, llevándome consigo y restituyéndome el aire y la libertad. Veía con

frecuencia esa imagen como te veo hoy, pero ella no me abrazaba, se quedaba entre la puerta y las rejas de la ventana. Sin embargo, ahora lo comprendo; no era mi hija.

—¿No era su imagen?

—No; era otra cosa. La veía con mis ojos empañados de lágrimas, pero ella no se movía. El fantasma de mi fantasía era el de una hija menos ideal. No le veía el rostro y únicamente sabía que se parecía a su madre. Se le parecía también como tú, hija mía, pero no era la misma. ¿Puedes comprenderme, Lucie? No puedes, ¿verdad? Hay que haber estado mucho tiempo solo en el fondo de un calabozo para comprender estas distinciones imposibles de explicar.

A pesar de lo mucho que se dominaba, notó que la sangre se le helaba en sus venas mientras se esforzaba en analizar sus antiguas impresiones.

—En esos momentos de paz —dijo— me imaginaba al resplandor de la luna que mi hija venía a buscarme, y que me sacaba de ahí para demostrarme que su casa estaba llena de mi recuerdo. Tenía mi retrato en su habitación, decía mi nombre en sus oraciones, su vida era laboriosa, útil y risueña y, sin embargo, mi triste historia lo impregnaba todo.

—Esa hija, padre mío, era yo; no tengo sus virtudes, pero he tenido todo su amor.

—Me enseñaba a sus hijos —continuó el doctor—, los cuales conocían mi nombre y habían aprendido a compadecerme, al punto de que, cuando pasaban por delante de una prisión del Estado, se apartaban de sus muros sombríos, alzaban la mirada a las rejas de las ventanas y hablaban en voz baja. Ella no podía, sin embargo, liberarme porque la encontraba otra vez en mi calabozo, y me figuraba que, después de haberme enseñado todo aquello, me conducía nuevamente a la cárcel. Pero, gozando entonces del beneficio de las lágrimas, caía de rodillas y la bendecía.

—Era yo, padre mío. ¡Oh! ¿Me bendecirás mañana con igual fervor?

—Si evoco estos tristes recuerdos es porque esta noche tengo, hija mía, más motivos para amarte y para dar gracias a Dios por mi felicidad. Nunca, en mis pensamientos más delirantes, soñé con la alegría que me has hecho sentir, y mucho menos con la que nos promete el porvenir.

La besó con ternura, la encomendó al Señor con emoción, dio gracias al cielo por habérsela enviado, y algunos momentos después padre e hija entraban en la casa.

Nadie había sido invitado a la boda a excepción del señor Lorry, y la novia no tenía otra dama de honor que la señorita Pross. Nada había cambiado en los hábitos de la familia; los novios no se separarían del doctor, y para que este proyecto fuese más realizable, habían alquilado el piso superior, que hasta entonces ocupaba un inquilino invisible.

El doctor estuvo muy alegre durante la cena. A la mesa eran solo tres, y la señorita Pross uno de ellos. El doctor lamentó que Charles no se hallase presente, censuró la conspiración que había alejado al joven y bebió de la manera más afectuosa a la salud de su futuro yerno.

Llegó el momento de dar las buenas noches a su hija y se separaron. A las tres de la mañana, agitada Lucie por vagas inquietudes, salió de su dormitorio y entró en el de su padre.

Su temor había sido infundado, porque reinaba la mayor tranquilidad y el orden más completo en el cuarto, y el doctor dormía un profundo sueño. La almohada, donde sus canas se esparcían en rizos pintorescos, no tenía una sola arruga, y sus manos estaban tendidas con calma sobre el cobertor. Lucie, después de apartar la luz, se acercó a la cama, le besó en la mejilla e, inclinando su cabeza, contempló al anciano.

Las amargas lágrimas del preso habían surcado de arrugas su hermoso rostro, pero él borraba sus huellas con tanta fuerza y constancia que las disimulaba hasta en el sueño. Aquella noche no habría podido encontrarse, en los inmensos dominios del sueño, un semblante más calmado, decidido y seguro en su lucha contra un enemigo invisible.

Lucie puso tímidamente la mano sobre aquel pecho venerado, y pidió al Señor que le inspirara todo el afecto que él merecía por sus padecimientos. Retiró la mano, volvió a besar su mejilla y se retiró a su alcoba. Y así llegó el día, y la sombra de las hojas del plátano se movió con tanta suavidad sobre el rostro del doctor como los labios de su hija al rezar por él.

XVIII

Nueve días

El día de la boda el sol brillaba intensamente, y el doctor, encerrado en su gabinete, hablaba con Charles mientras la novia, el señor Lorry y la señorita Pross esperaban en la sala para ir a la iglesia. Reconciliada poco a poco con el acontecimiento del día, el aya habría visto en aquel casamiento un verdadero regalo de Dios si en el fondo del alma no hubiese pensado que su hermano Salomon habría sido un mejor novio.

—¿Para llegar a este día —dijo el señor Lorry, que no se cansaba de admirar a Lucie y daba vueltas a su alrededor para ver todos los pormenores de su lindo traje—, para llegar a este día os hice cruzar el Canal a una edad en que podía llevaros en brazos? ¡Bondad divina! ¡Qué poco pensaba entonces en lo que hacía! ¡Qué poco podía yo sospechar la obligación que imponía a nuestro amigo Charles!

—Si no lo pensabais —objetó la positiva señorita Pross—, mal podíais saberlo. Perdéis el tiempo hablando inútilmente.

—No lo niego, pero ¿por qué lloráis? —preguntó el excelente amigo.

—No soy yo la que lloro —respondió la señorita Pross—, sino vos.

—¿Yo, Pross?

El señor Lorry se atrevía entonces de vez en cuando a permitirse alguna familiaridad con el aya.

—Llorabais hace un momento. ¿Creéis que no lo he visto? Pero eso nada tiene de extraño; ¿quién no lloraría de alegría al ver este pimpollo de oro? Además, confieso que me ha enternecido el regalo que le habéis hecho, señor Lorry. Vuestra vajilla de plata es magnífica.

—Gracias —dijo el señor Lorry—. Y tenéis que saber que jamás habría imaginado que llegaría el día en que podría hacer un regalo así. Un acontecimiento como el de hoy le recuerda a un hombre todo lo que ha perdido. Cuando pienso que hace cincuenta años que hubiera podido existir en el mundo una señorita Lorry, y que...

—Eso es imposible —dijo la señorita Pross, interrumpiéndole.

—¿No creéis que hubiera podido existir una señorita Lorry?

—No —repuso el aya.

—¿Por qué?

—Porque nacisteis para ser soltero.

—Es probable —dijo el señor Lorry, arreglándose la peluca con coquetería.

—Y estabais destinado a serlo aun antes de nacer —añadió la señorita Pross.

—En tal caso —respondió el anciano— se portaron muy mal conmigo, porque tendrían que haberme consultado sobre la elección del patrón con que habían de

cortarme. Pero bastante se ha hablado de mí. Querida Lucie —continuó el excelente amigo, rodeando con el brazo la cintura de la novia—, oigo ruido en el gabinete de vuestro padre, y la señorita Pross y yo somos personas demasiado prácticas para perder la última ocasión de deciros alguna cosa que os sea agradable. Las manos en las que dejáis a vuestro padre no serán menos atentas ni menos afectuosas que las vuestras, se tendrán con él todos los cuidados imaginables, el mismo Tellson se esforzará en adivinar sus deseos, y cuando dentro de quince días vaya el doctor a reunirse con vos en el país de Gales, lo encontraréis no solamente con salud, sino completamente feliz. Oigo que alguien se dirige hacia la puerta; permitidme que os abrace, hija mía, y os dé la bendición antes de que vengan a reclamaros como un precioso tesoro.

Contempló un momento a la encantadora Lucie, miró aquel hermoso rostro cuyas llamas expresivas le eran tan conocidas, y la abrazó con una finura y un cariño que, aunque pudiera decirse que semejantes cosas han caducado, son tan antiguos como el mundo.

Se abrió la puerta, y el doctor salió de su gabinete con el señor Darnay. Estaba tan mortalmente pálido —y no lo estaba cuando poco antes entró en el gabinete— que su rostro no tenía vestigio alguno de color. Nada, sin embargo, había cambiado en su actitud, solo la astuta mirada del señor Lorry detectó en él la huella reciente, como dejada por un viento, del antiguo sentimiento de aversión y temor.

El doctor dio el brazo a su hija y la condujo al coche que el señor Lorry había alquilado para la ceremonia. Los demás los siguieron en otro carruaje, y se dirigieron a una iglesia vecina donde, lejos de miradas indiscretas, se consagró la venturosa unión de Charles Darnay y Lucie Manette.

Terminada la ceremonia, además de las lágrimas que brillaron entre las sonrisas del pequeño grupo, centellearon en el dedo de la hermosa desposada algunos diamantes sacados de la profunda oscuridad de uno de los bolsillos del hombre de negocios.

Volvieron a almorzar a casa, y las horas pasaron como minutos, y los cabellos de reflejos de oro que en París se habían confundido con la plata de las canas del pobre zapatero, volvieron a unirse en el umbral de la puerta.

Aunque solo iban a separarse quince días, la despedida fue cruel. El padre la consoló por fin, y desprendiéndose con suavidad de los brazos que le estrechaban, dijo a su yerno:

—Tómala, Charles; ahora es tuya.

Ella agitó la mano en la portezuela, partieron los caballos y el coche desapareció.

El tranquilo refugio que habitaba el doctor estaba tan lejos de los sitios frecuentados por los ociosos, que el anciano, el hombre de negocios y el aya se quedaron bastante solos. Guardaban silencio desde la partida de los novios, y el señor Lorry no observó el cambio que se había verificado en el doctor hasta que entraron en

la sala fresca y umbría: se habría dicho que el brazo de oro que salía de la fachada le había herido con una flecha envenenada.

El doctor se había contenido delante de su hija, y era natural que la reacción apareciese cuando no hubiera ya motivo para disimular, pero aquella reacción se parecía a los ataques que había sufrido en otro tiempo, y la expresión con que se apretaba la cabeza y se dirigía a su cuarto con paso incierto recordó al señor Lorry al loco de la buhardilla de Saint Antoine y el viaje que había hecho con él bajo la claridad de las estrellas.

—Me parece —le dijo a la señorita Pross— que lo más prudente es dejarlo solo. Necesito indispensablemente ir a la Banca Tellson, pero volveré enseguida. Lo llevaremos a pasear en coche, comeré aquí, y estoy seguro de que todo irá bien.

Pero, como era más fácil para el señor Lorry entrar en la Banca Tellson que salir, su ausencia se prolongó más de dos horas.

Cuando volvió, subió la escalera sin hablar con el aya y se dirigió al gabinete del doctor, donde le detuvo el ruido de un martillo.

—¡Cielos! —exclamó estremeciéndose.

La señorita Pross estaba a su lado temblando y despavorida.

—¡Todo se ha perdido! —exclamó con desesperación—. ¿Qué le diremos a nuestra niña? No me ha conocido y ha vuelto a coser zapatos.

El señor Lorry, después de emplear todos los medios para tranquilizar al aya, entró en el cuarto del doctor. El banquillo estaba vuelto hacia la luz como la primera vez que vio al zapatero trabajando, y éste, con la cabeza inclinada, parecía muy atareado.

—¡Doctor, querido doctor!

El anciano alzó la cabeza, miró al señor Lorry con cierta curiosidad, como enojado de que le dirigiesen la palabra, y continuó trabajando. Se había quitado la casaca y el chaleco, llevaba la camisa abierta por el pecho como era su costumbre cuando se dedicaba a esa labor; su rostro marchito había recobrado la expresión adusta de los años de su desgracia, y trabajaba con ardor y hasta con impaciencia, como para reparar el tiempo que le había hecho perder la interrupción de su amigo.

El zapato que parecía querer terminar tenía una forma antigua. El señor Lorry cogió otro que había en el suelo, y le dijo:

—¿Qué clase de zapato es éste?

—Un zapato de mujer, un zapato de calle —murmuró el anciano, sin apartar los ojos del trabajo—; hace mucho tiempo que debía estar terminado, no me estorbéis.

—¡Doctor Manette, miradme!

Obedeció con la sumisión pasiva del preso, pero sin interrumpir el trabajo.

—¿Me conocéis, amigo mío? Reunid vuestros recuerdos, reflexionad, doctor. Ese trabajo es indigno de una persona como vos, doctor Manette.

El señor Lorry no pudo arrancarle una palabra. El doctor levantaba la mirada cuando se lo mandaban, pero era incapaz de responder, y trabajaba, trabajaba en

silencio. Todo cuanto podían decirle rebotaba en sus oídos como sobre una pared sin eco y se dispersaba en el aire. Un único rayo de esperanza al que el señor Lorry podía agarrarse era que el doctor alzaba a veces los ojos furtivamente sin que se lo mandasen. Su mirada parecía expresar entonces curiosidad o inquietud, como si se esforzase en comprender ciertas dudas que cruzaran por su cabeza.

Al señor Lorry dos cosas le parecieron indispensables: la primera, ocultar completamente la recaída a Lucie; la segunda, ocultar completamente la recaída a los amigos y conocidos del doctor. Así pues, con la colaboración de la señorita Pross, se respondió a las personas que acudían a consulta que el doctor se hallaba indispuerto y que su estado exigía un reposo absoluto. El aya escribió además una carta de cuatro páginas a Lucie anunciándole que su padre había sido llamado a una consulta a más de setenta y cinco kilómetros de Londres, y volvió a escribir al cabo de tres días diciendo que acababa de recibir algunas líneas suyas pidiéndole varios objetos y encargándole que dijera a su querida hija que se encontraba bien.

Con la esperanza de que la curación del doctor estuviera próxima, el señor Lorry, que tenía en reserva un medio al que se proponía recurrir cuando llegara el caso, tomó la resolución de cuidar al enfermo y hacerlo de un modo que éste conociera que lo vigilaban. Se ausentó, pues, del despacho de Tellson por primera vez en su vida, y fue a instalarse en el cuarto de Soho Square, cerca de la ventana.

Desde el primer día concluyó de que no solamente era inútil dirigirle la palabra, sino que hablarle era para él una fatiga y un tormento y, decidiéndose entonces a guardar silencio, se contentó con plantarse delante del anciano para protestar con su presencia contra el error en que éste había caído, aunque por otra parte leía, escribía, se cambiaba de sitio y hacía todos los esfuerzos para demostrar al preso imaginario que se hallaba completamente libre.

El doctor comió y bebió, ese primer día, todo lo que le dieron, y después volvió a su trabajo y no lo dejó hasta que se hizo de noche. Cuando dejó a un lado sus herramientas, como si no pudiera servirse de ellas hasta el día siguiente, el señor Lorry se acercó a él y le preguntó si quería dar un paseo.

El doctor miró al suelo como en otro tiempo, alzó los ojos sin mirar y repitió con voz débil:

—¿Un paseo?

—Sí, doctor, ¿quién os lo impide?

El doctor Manette no respondió a esta pregunta, pero cuando, sentado en la sombra y apoyando los codos en las rodillas, se puso la cabeza sobre las manos, pareció repetirle a sí mismo:

—¿Quién me lo impide?

La señorita Pross y el banquero se repartieron la tarea de velar durante la noche y le observaron desde el aposento de al lado. El doctor se paseó por el cuarto mucho rato, pero por fin se acostó y durmió enseguida. Al despertar, muy temprano, se dirigió al banquillo y continuó su trabajo.

El señor Lorry entró en el gabinete, le dio los buenos días, le llamó por su nombre y le habló de diferentes cosas que le habían ocupado últimamente. El doctor no respondió tampoco aquel día, pero era indudable que oía lo que le decían, y que parecía reflexionar, aunque de una manera confusa. Alentado el señor Lorry con este síntoma favorable, le pidió a la señorita Pross que entrase con su labor en el gabinete y estuviese con ellos algunas horas durante el día. Aprovechó la presencia del aya para hablar con ella de Lucie y del doctor, como acostumbraban hacerlo cuando estaban juntos, y como si no hubiese ninguna novedad en la casa. Los dos manifestaron la mayor naturalidad posible en sus conversaciones y no las prolongaron mucho para no fatigar al enfermo, y el banquero creyó ver que el antiguo preso levantaba la cabeza con más frecuencia y parecía admirarse de lo que pasaba a su alrededor.

Cuando llegó la noche, le dijo como el día anterior:

—Querido doctor, ¿queréis dar un paseo?

Y como el día anterior él repitió:

—¿Un paseo?

—¿Venís conmigo? —volvió a decirle el señor Lorry.

Como no obtuvo respuesta, el banquero hizo ademán de despedirse, y no volvió al gabinete hasta después de una hora. El doctor Manette se sentó junto a la ventana y se puso a mirar el plátano, pero cuando vio entrar al banquero corrió a sentarse en el banquillo.

El tiempo transcurría con dolorosa lentitud, y cada tarde era más débil la esperanza del señor Lorry y estaba su corazón más afligido. Concluyó el tercer día, pasaron el cuarto y el quinto, y el hombre de negocios esperó seis, siete, ocho, nueve días, cada vez más desconsolado, que recobrase la inteligencia su desgraciado amigo.

El secreto se había guardado bien y Lucie era feliz. Pero el señor Lorry veía con dolor que el viejo zapatero, que el primer día manejaba mal la lezna, adquiriría una habilidad desconsoladora. Nunca había trabajado con más ahínco ni sus dedos habían sido tan ágiles y expertos como la tarde del noveno día.

XIX

Una consulta

Vencido por el cansancio y la inquietud, pero sin abandonar su puesto, el señor Lorry había llegado a dormirse. La claridad del día que brillaba en la sala, donde reinaba la oscuridad cuando le había sorprendido el sueño, le despertó bruscamente. Era el décimo día de su cruel espera.

Se frotó los párpados para despertarse, se acercó a la puerta, echó una ojeada al gabinete del doctor y se imaginó que soñaba, porque no solo estaban las herramientas del zapatero, el banquillo y el zapato en el rincón donde los habían dejado la noche anterior, sino que el doctor Manette estaba cerca de la ventana leyendo con atención, vestido con bata y expresando en su rostro pálido la calma y la inteligencia.

El señor Lorry tuvo que apoyarse para no caerse en su vértigo; estaba seguro de que no dormía, y empezaba a creer que todo lo que había padecido esos nueve días no había sido más que una horrible pesadilla. ¿No tenía allí, justo delante, al padre de Lucie con el traje que llevaba todas las mañanas, con su aspecto y su ocupación habituales? ¿Veía en el gabinete el menor indicio de aquel acto de demencia del que conservaba una impresión tan viva?

Pero la respuesta era evidente: si la inquietud que había sentido no había tenido un motivo real, si todo lo que creía haber visto no había sido más que un sueño, ¿cómo es que se hallaba en aquel sitio él, Jarvis Lorry de la Banca Tellson? ¿Cómo había ido a dormir vestido en un sofá, cerca del gabinete del doctor Manette? ¿Cómo, en fin, se hacía estas preguntas en la puerta de aquel gabinete a una hora tan impropia para una visita?

Algunos minutos después el aya le hablaba al oído y, si el hombre de negocios hubiera albergado aún alguna duda, las palabras de la señorita Pross habrían acabado de convencerle; pero había recobrado completamente su presencia de ánimo y se acordaba muy bien de todo lo que había sucedido.

Después de discutir el sistema que debían seguir, ambos convinieron dejar al doctor ocupado en su lectura hasta la hora en que acostumbraba almorzar, y sentarse a la mesa con él como si nada hubiera ocurrido. La señorita Pross, sometiéndose enteramente a la opinión del señor Lorry, observó al pie de la letra lo acordado y, habiendo tenido éste tiempo suficiente para dedicarse a los cuidados metódicos de su aseo cotidiano, compareció a la hora del desayuno con la camisa blanca, las medias inmaculadas y la pulcritud que se admiraba en él siempre. El doctor, avisado por la fórmula de costumbre de que el desayuno estaba dispuesto, se dirigió al comedor, con una actitud que no revelaba vacilación ni sorpresa.

En la medida en que era posible comprenderlo sin renunciar al acercamiento gradual y prudente que el señor Lorry consideraba necesario para su seguridad, el doctor parecía creer que la boda de su hija se había celebrado el día anterior. Una alusión indirecta hecha con intención por el hombre de negocios, relativa al día de la semana y del mes en que se hallaban, le hizo reflexionar y le produjo un malestar evidente. Sin embargo, estaba tan completamente libre de su delirio que el señor Lorry se decidió a pedirle cierto consejo que hacía mucho tiempo que deseaba pedirle. Así pues, cuando el aya quitó las tazas y el doctor se quedó solo con él, le dijo con voz afectuosa:

—Querido Manette, tengo un vivísimo deseo de conocer vuestra opinión, enteramente confidencial, sobre un caso muy curioso que me interesa sobremanera. Cuando digo muy curioso, hablo por mí, y es muy posible que con los conocimientos que tenéis sobre semejante materia penséis de una manera muy distinta.

El doctor echó un vistazo a sus manos ennegrecidas por el trabajo y no pudo ocultar su turbación; luego escuchó atentamente.

—Querido Manette —continuó el señor Lorry tocándole el brazo—, el caso de que os hablo se refiere a un hombre a quien apreciáis como un hermano. Os suplico que me prestéis toda la atención que os sea posible y que me deis un consejo: os lo pido por el bien de ese amigo y especialmente de su hija, ¿lo oís, doctor? Por su hija.

—Si entiendo bien —dijo el doctor en voz baja—, ¿se trata de una conmoción mental?

—Precisamente.

—Sed explícito —repuso el doctor—, y no omitáis el menor detalle.

—Se trata, en efecto, amigo mío, de una conmoción ya muy antigua y prolongada, muy aguda y severa, que afectó a los sentimientos y... y al estado mental, como bien expresáis. El estado mental. Se trata de una conmoción espantosa que aquejó al paciente no se sabe cuánto tiempo, pues no creo que ni él mismo pudiera calcularlo y no hay otros medios de hacerlo. Tampoco podría explicar de qué manera paulatinamente insensible recobró sus abatidas fuerzas; así se lo he oído declarar en público de un modo que no olvidaré nunca. En una palabra, superó tan terrible conmoción, y fue tan completa su curación que hoy es un hombre de elevada inteligencia, capaz de esfuerzos sostenidos, tanto en lo moral como en lo físico, y que aumenta de día en día la suma de conocimientos que poseía en otro tiempo. Pero, desgraciadamente, hemos tenido —el señor Lorry hizo una pausa y exhaló un profundo suspiro— una ligera recaída —añadió por fin.

—¿De larga duración? —preguntó el doctor.

—De nueve días.

—¿Con qué síntomas se ha manifestado? Supongo —el doctor se miró las manos— que el enfermo habrá vuelto a tomar cierta ocupación íntimamente ligada a esa conmoción.

—Así ha sucedido.

—¿Habéis tenido ocasión —continuó el doctor con firmeza aunque en voz baja —, habéis tenido ocasión de verle en otro tiempo entregado a la ocupación de la que habláis?

—Sí, una vez.

—¿Se ha parecido en esta última recaída de algún modo a lo que era entonces?

—En todos los sentidos.

—Hablabais de su hija; ¿sabe ella que ha tenido esa recaída?

—No, se ha guardado el secreto, y espero que nunca lo sepa. Solo han tenido noticia de esa desgracia el amigo y otra persona en quien se puede confiar igualmente.

El doctor Manette estrechó la mano al señor Lorry, y murmuró:

—¡Cuánta bondad! ¡Qué delicadeza y qué atenciones!

El señor Lorry estrechó también la mano del doctor, y hubo un momento de silencio.

—Querido amigo —continuó por fin el señor Lorry con el tono más discreto y afectuoso—, soy un hombre de negocios, incapaz como sabéis de luchar contra tales inconvenientes; no cuento con el saber ni con el talento necesarios; necesito un guía, y no conozco a nadie que me inspire sobre este punto tanta confianza como vos. Responded a mis preguntas: ¿cuál ha sido la causa de esa recaída? ¿Debo temer que se repetirá? ¿Puede impedirse que tenga otras? ¿Qué tratamiento podríamos seguir si así sucediera por desgracia? Nadie ha sentido más vivo deseo de ser útil a un amigo como yo por la persona de quien os hablo, pero ignoro el medio. Si vuestros conocimientos y experiencia me ayudaran, estoy segurísimo de que lo conseguiría pero, abandonado a mi propia suerte, ¿qué queréis que haga? Dadme, pues, vuestro consejo para que pueda ser útil a mi amigo.

El doctor, con una actitud que revelaba reflexión, estuvo algún tiempo sin responder.

—Es probable —dijo al fin, rompiendo el silencio con esfuerzo— que vuestro amigo previera esa recaída de la que habláis.

—¿La temía? —preguntó el señor Lorry.

—Sí, mucho —dijo el doctor, estremeciéndose involuntariamente—; no podéis ni imaginar qué peso tan horrible es para su alma ese temor, y cuán difícil, por no decir imposible, le sería explicar la angustia que le oprime.

—¿Sería para mi amigo un alivio contar, haciendo un esfuerzo, esas penas a alguien?

—Creo que sí, pero, como acabo de deciros, le sería muy difícil, y, hasta en ciertos casos, completamente imposible.

—¿Cuál es a vuestro parecer la causa de ese nuevo ataque? —preguntó el señor Lorry, apoyando su mano en el brazo del doctor.

—Creo —respondió— que diversos incidentes han despertado en vuestro amigo todo un orden de ideas y de recuerdos que fueron el origen del mal; que pensamientos

e imágenes dolorosas habrán renacido en su mente de una manera demasiado viva, y que es probable que temiera desde hacía tiempo esa crisis, porque sabía qué asociación de ideas crearía en él un hecho... una circunstancia particular, a la cual trató en vano de acostumbrar su espíritu, pero el esfuerzo que esta preparación le exigía tal vez haya vuelto a abrir todas sus heridas.

—¿Creéis que se acuerda de lo que le ha ocurrido en esta última crisis? —preguntó el señor Lorry, vacilando.

El doctor lo negó con desconsuelo, y respondió en voz baja:

—No, de nada.

—¿Y qué debemos esperar?

—Tengo confianza en el porvenir —repuso el doctor, recobrando su firmeza—, al ver que Dios ha permitido en su misericordia que esta crisis no fuese más larga; así pues, podéis confiar. Vuestro amigo ha sucumbido bajo el dolor que reanimaban las circunstancias, no ha podido resistir a la presión de los hechos y las tinieblas han penetrado en su cabeza; pero, habiéndose curado tan pronto, espero que no haya nada que temer.

—Me dais un gran consuelo y doy gracias a Dios —exclamó el señor Lorry.

—Sí, demos gracias a Dios —repitió el doctor, inclinándose con respeto.

—Hay dos puntos más sobre los cuales quisiera que aclaraseis mis dudas —continuó el banquero—; ¿me permitís que...?

—No podríais prestar mayor servicio a vuestro amigo —dijo el doctor Manette, interrumpiéndole y tendiéndole la mano.

—Continuaré, pues: el hombre notable del que hablamos es en extremo laborioso y emplea en sus tareas una energía poco común; deseando incesantemente acrecentar su instrucción, estudia sin descanso, hace numerosas investigaciones, se dedica a diversos experimentos; en una palabra, tiene la imaginación constantemente absorta en algún profundo problema. ¿No hay un peligro en este exceso de trabajo?

—Creo que no; la índole de su inteligencia exige tal vez que esté siempre ocupado. Esa necesidad imperiosa, que le es natural, ha crecido extraordinariamente por culpa de sus penas, y cuanto menos ocupadas estén sus facultades intelectuales en el estudio, más habéis de temer que se entreguen a ideas perniciosas y tomen un mal camino. Vuestro amigo habrá podido hacer esta observación y convencerse de su exactitud.

—¿Creéis, pues, que le conviene el estudio?

—Lo creo con certeza.

—Sin embargo, amigo mío, ¿y si el trabajo llegase a ser superior a sus fuerzas?

—Dudo de que esto suceda, querido Lorry. Toda la energía de ese hombre ha sido impulsada con violencia hacia un punto, y necesita un contrapeso.

—Perdonad que presente una objeción, doctor: soy, como sabéis, eminentemente práctico y dotado de esa constancia que se adquiere en los negocios. Supongamos por un momento que el trabajo haya superado a sus fuerzas: ¿creéis que el trastorno que

de tal situación se derivara se manifestaría en un nuevo ataque de la antigua enfermedad?

—No lo creo —respondió el doctor Manette con convicción—; solo una cosa, un solo caudal de ideas podría acarrear la consecuencia que suponéis, y puedo afirmar que en adelante sería necesario hacer vibrar esa cuerda con terrible violencia para que el mal se renovase. Después de lo que ha sucedido, no veo nada lo bastante fuerte para conducir a semejante choque, y la conmoción más poderosa ha producido ya todo su efecto.

Hablaba con la desconfianza de un hombre que sabe cuán frágil es la mente humana y, no obstante, con la firmeza del que ha adquirido, a costa de superar pruebas, la seguridad que puede tener en sí mismo.

No debía el señor Lorry disminuir la confianza del doctor, y manifestó por el contrario mayor satisfacción de la que sentía en realidad. Así se preparó a entrar en su segunda objeción. La materia era espinosa, y no sabía por dónde empezar, pero acordándose de una antigua conversación que había tenido un domingo con la señorita Pross, y especialmente de lo que había visto los últimos días, se dio cuenta de que era indispensable dar el difícil paso.

—La recaída de mi amigo —dijo carraspeando para aclarar la voz— se ha manifestado, como habéis dicho vos mismo, con el antiguo trabajo al que se había dedicado en otro tiempo, y que es... el de un herrero, sí, de un herrero. Diré, pues, para expresar más exactamente mi idea, que tenía en otro tiempo la costumbre de trabajar en una fragua, y en ella precisamente se le ha encontrado hace algunos días cuando menos lo esperábamos. ¿No os parece que ha hecho mal en conservar ese recuerdo de una época desastrosa?

El doctor se cubrió los ojos con una mano y dio una patada al suelo con agitación febril.

—Mi amigo ha conservado esa fragua en un rincón de su alcoba, ¿no hubiera sido más prudente separarse de ella? —continuó el señor Lorry, con una inquieta mirada.

El doctor no cambió de gesto y volvió a dar una patada en el suelo con la misma agitación.

—Os es difícil decidir sobre este punto —dijo el señor Lorry—. Sé que la cuestión es delicada. Me parece, sin embargo... —Negó con la cabeza y no terminó la frase.

—¡Si supierais —respondió el doctor, volviéndose hacia él después de un penoso silencio— cuán difícil es explicar en su justa medida la lucha que se entabla en el alma de ese pobre hombre! ¡Deseó en otro tiempo con tanto afán dedicarse a esa ocupación manual y sintió tan vivo alborozo cuando se la concedieron! Fue para él un gran consuelo, porque sustituyó en un principio la incertidumbre de la mano por las vacilaciones de su espíritu, y después, cuando fue más diestro, la satisfacción del buen éxito por el tormento moral; por eso nunca ha podido resolverse a abandonarla. Hoy mismo, cuando cree en una curación completa y expresa su propia confianza, la

idea de que un día podría necesitar ese trabajo y no encontrar a mano sus herramientas le causa un terror súbito, análogo al que hiela el corazón de un pobre niño perdido.

Así lo demostraba claramente la alteración de su rostro.

—Pero no es posible pensar... —observó el señor Lorry—; perdonad mi insistencia de hombre de negocios, acostumbrado a no tener relaciones más que con objetos materiales, con libras esterlinas y billetes de banco, ¿no es posible suponer que la conservación de la herramienta implica la conservación de la idea? Si el instrumento dejara de estar a la vista, ¿no se desvanecería al mismo tiempo el temor de que hablabais no hace mucho? En una palabra, ¿no indica esa fragua un presentimiento fatal?

Reinó un profundo silencio.

—¡Es un compañero tan antiguo! —dijo por fin el doctor con voz trémula.

—Sin embargo, yo me separaría de él —repuso el hombre de negocios con un gesto afirmativo y redoblando su firmeza al ver la turbación del doctor—. Sí, quisiera pedir a mi amigo que hiciera este sacrificio, y solo espero ya una palabra de su boca. Estoy seguro de que esa fragua le es fatal. Así pues, sancionad mi deseo con vuestra autoridad, mandadle que se separe de ella, doctor... hacedlo por su hija, amigo mío.

La intensa lucha que se producía en el alma del doctor Manette era un espectáculo curioso.

—En su nombre —dijo— podéis hacer lo que os parezca; consiento. Pero pido que no se le quite ese objeto mientras vuestro amigo esté presente. Aprovechad para tomar esa medida un momento en que no esté en Londres, y haced que una ausencia de algunos días le prepare para la pérdida de su compañero.

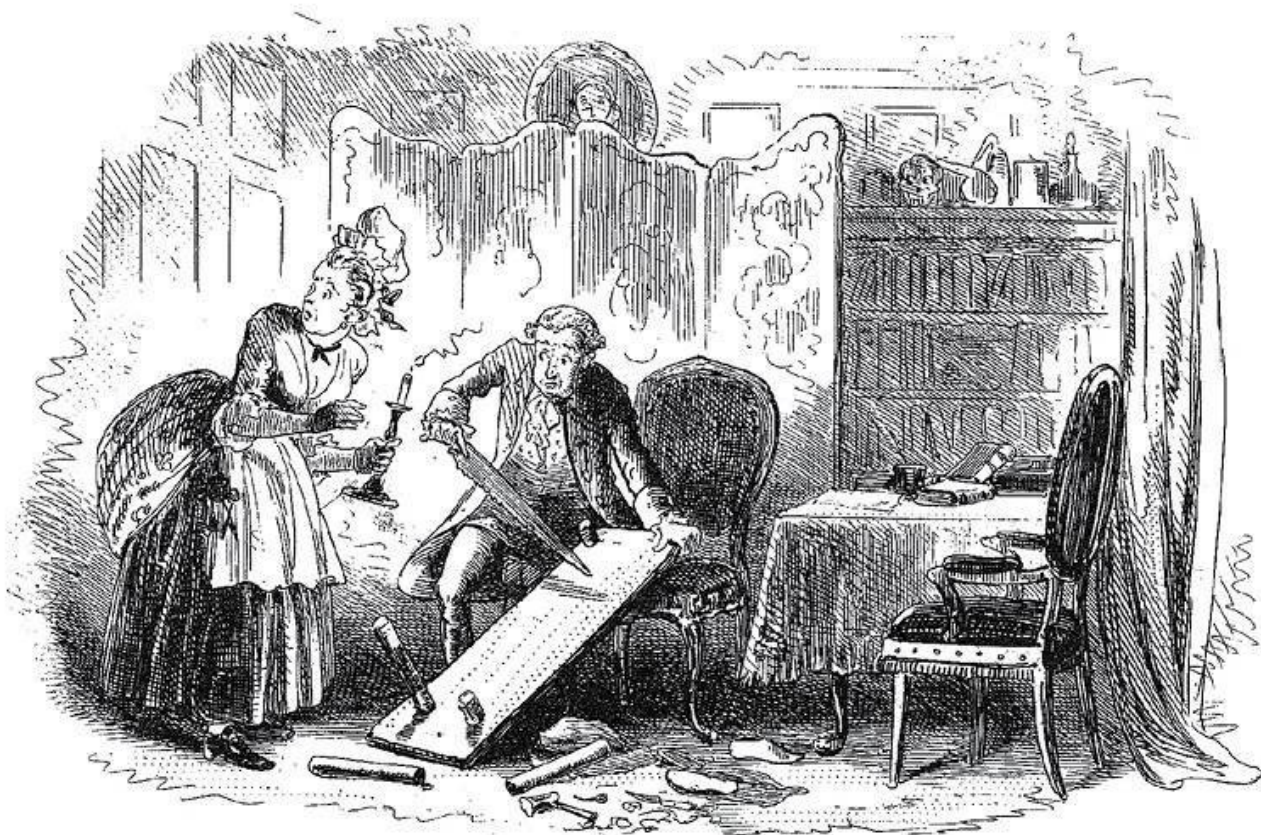
El señor Lorry se apresuró a acceder a lo que se le pedía; después cortó la conversación y propuso al doctor ir a pasar algunos días en el campo.

Los tres días siguientes transcurrieron sin novedad, y el doctor Manette, completamente restablecido, se disponía a partir para reunirse con los recién casados. Como se le había dicho la estratagema de la que se habían valido para ocultar a su hija su estado, la repitió al anunciar su partida y Lucie no tuvo la menor sospecha de lo que había sucedido.

La misma noche que siguió a su marcha, el señor Lorry, armado de un escoplo, un hacha, una sierra y un martillo, y acompañado por la señorita Pross, que llevaba la luz, entró en el gabinete del doctor Manette y, después de cerrar la puerta con gesto misterioso, procedió a la destrucción del banquillo de zapatero mientras el aya, cuya figura displicente estaba en armonía con el acto, alumbraba como si asistiera a un asesinato. Cuando el banquillo quedó convertido en astillas, quemaron los restos en la chimenea de la cocina, y después se trasladaron al jardín para hacer un auto de fe con las herramientas, los zapatos y el cuero.

El horror que inspira a las almas honradas la destrucción y el secreto es tan grande que, al cumplir con su obra caritativa y hacer desaparecer sus huellas, el señor

Lorry y la señorita Pross sentían las mismas emociones y estaban igual de pálidos que si perpetrasen un crimen espantoso.



XX

Una súplica

Sydney Carton fue el primero en felicitar a los novios cuando Charles Darnay, Lucie y el doctor regresaron a Londres. Sus hábitos no habían mejorado, y mucho menos su continente, pero se veía en él cierta amabilidad completamente nueva.

Carton aguardó la ocasión de llevar a Darnay a una ventana para poder hablarle sin que los oyesen.

—Señor Darnay —le dijo—, deseo que seamos amigos.

—¿No lo somos ya, señor Carton?

—En efecto, pero no estoy satisfecho con nuestra antigua amistad.

—¿Qué queréis, pues?

—Quiero otra cosa: al expresar el deseo sincero de ser vuestro amigo no doy a mis palabras el sentido que podríais atribuirles.

—Explicaos, Carton.

—¡Explicarme! —respondió Carton, sonriendo—. Lo que quiero decir es más fácil de concebir que de explicar y especialmente de hacéroslo comprender. Sin embargo, voy a intentarlo. ¿Os acordáis de cierta circunstancia memorable en que estaba algo más embriagado... de lo que acostumbro?

—Lo único que recuerdo es que en una circunstancia en verdad muy memorable me obligasteis a confesar que habíais bebido más de lo regular.

—¡Cuánto lo recuerdo, señor Darnay! La memoria de esos días malditos pesa terriblemente sobre mi alma. Espero que algún día, cuando todo haya acabado para mí, se tome en consideración todo lo que he sufrido. Pero no os asustéis, no tengo intención de predicar.

—¿Por qué he de asustarme? La animación es en vos un síntoma tranquilizador.

—Bien, bien —dijo el abogado haciendo un ademán como para alejar esas palabras—. En las mencionadas circunstancias, en las cuales estaba ebrio, cosa por otra parte bastante frecuente, dije algunas inconveniencias, y tendría una satisfacción en que las olvidaseis.

—¡Me recordáis sucesos tan antiguos!

—Sin embargo, señor Darnay, a mí me cuesta mucho olvidar, y aquella noche está muy presente en mi memoria para que una frase cortés pueda borrarla.

—Perdonad si no he hablado con formalidad de un asunto que me parece tan trivial —respondió Charles—, y confieso mi sorpresa al ver la importancia que le dais. Declaro por mi honor que hacía mucho tiempo que había olvidado esos detalles, y, por otra parte, ¿de qué podría acordarme sino del eminente servicio que me prestasteis entonces?

—Servicio insignificante —repuso Carton—, un simple medio de defensa; a eso se reduce todo. Me veo obligado a deciros que me cuidaba muy poco de seros útil cuando os lo presté: advertid que hablo del pasado.

—Tratáis muy ligeramente el favor que os debo —dijo Darnay.

—Es la pura verdad; creedlo. Pero me he salido de la cuestión, porque os preguntaba si podíamos ser amigos. Ya me conocéis, sabéis que soy indigno de tratarme con una persona decente; preguntádselo a Stryver, y os lo dirá como yo.

—No necesito consultar a nadie para formarme una opinión.

—Como gustéis. En todo caso, sabéis que soy un miserable que jamás ha hecho nada y que nunca hará nada bueno.

—No sé si exageráis.

—No exagero, no; digo la verdad y podéis creerme. Así pues, si no os repugna admitir en vuestro aprecio a un ser de mi especie, a un hombre sin mérito ni reputación, desearía que me dieseis licencia para venir aquí algunas veces y daros ocasión para que me consideréis un objeto inútil a pesar de la semejanza que existe entre nosotros, un mueble que se tolera por sus antiguos servicios y del cual no se hace caso. No creáis que abusaré del permiso; podría apostarse ciento contra uno a que apenas lo aprovecharé tres o cuatro veces al año, pero será para mí una grata satisfacción pensar que podría venir con más frecuencia.

—En ese caso aprovechadlo.

—Entonces, ¿no rechazáis mi petición? Mil gracias, Darnay. ¿Cuento con vuestra autorización para gozar de esa libertad?

—Desde hoy, Carton.

Se estrecharon la mano y Sydney se retiró. Un minuto después había vuelto a abandonarse a su indolencia y no era más, según su costumbre, que una sombra de sí mismo.

En el curso de la velada, cuando Charles Darnay se encontró solo en familia, incluyendo al señor Lorry, dijo algo sobre la conversación que había tenido con Sydney, al cual se refirió como un problema indefinible, un conjunto de desorden y de indolencia, pero lo dijo sin amargura, sin enojo y como cualquier otro lo hubiera hecho juzgando por las apariencias.

Charles estaba muy lejos de pensar que su mujer había escuchado con interés lo que decía sobre Carton, pero, cuando subió a su habitación, se la encontró allí esperando y con una arruga profunda en su encantadora frente.

—Estamos muy pensativos esta noche —dijo Charles abrazándola por la cintura.

—Sí —dijo Lucie, poniendo las manos en el pecho de su marido y con una mirada grave y penetrante—, estoy pensativa porque guardo un pesar en mi corazón.

—¿Qué pesar es ése, querida Lucie?

—¿Me prometes no repetir las preguntas cuando no quiera responder?

—¡Sí, lo prometo! ¿Qué no te prometería yo, ángel querido?

En efecto, ¿qué podía negarle él a aquella mujer deliciosa cuyos rubios cabellos separó para ver mejor el rostro, mientras ponía la otra mano en aquel corazón que latía para él?

—Charles, ese pobre Carton merece ser tratado con más consideración y respeto de lo que has hecho esta noche.

—¿Será cierto, ángel mío? ¿Y por qué?

—He aquí una de las preguntas que no debo responder, pero estoy segura de lo que digo.

—Eso me basta; también yo lo creo. ¿Cuáles son ahora tus órdenes, alma mía?

—Quiero pedirte que seas generoso con él, Charles querido, que tengas indulgencia con sus defectos y le defiendas cuando esté ausente. Quisiera convencerte de que tiene buenos sentimientos, porque, aunque pocas veces lo manifiesta, abriga un corazón desgarrado por profundas heridas. Yo he podido verlas y ver caer sus lágrimas.

—Siento en el alma haber sido injusto con un hombre que te ha descubierto su corazón —repuso Charles, sumamente sorprendido—; nunca habría pensado que Carton abrigara sentimientos de ternura. Lo compadezco.

—Es cierto, Charles. Temo que hemos llegado tarde para salvarlo, y tal vez su situación no tiene remedio ya, pero estoy segura de que es capaz de ser leal, de sacrificarse, de ser magnánimo.

Estaba tan hermosa en la pureza de su fe en aquel hombre perdido que Charles se habría pasado horas enteras contemplándola.

—¡Charles querido! —dijo Lucie apoyando la cabeza en su pecho y mirándolo a los ojos—. ¡Recuerda cuánta fuerza nos da la felicidad y cuán débil es él en su miseria!

—No lo olvidaré, vida mía —respondió Charles, profundamente conmovido—; lo recordaré hasta el último momento.

E inclinándose sobre la cabeza adorada, acercó sus labios a los labios de rosa y estrechó con sus brazos la cintura graciosa y esbelta.

Si el hombre solitario que en aquel momento recorría las calles oscuras hubiese podido oír su tierna confidencia, si hubiera podido ver las lágrimas de piedad que brotaban de sus ojos azules y que Charles enjugaba con sus labios, habría exclamado en las tinieblas, y quizá no por primera vez:

—¡Bendita sea por su dulce compasión!

XXI

Ecos

Como se ha dicho ya en otro lugar, ¡qué refugio tan prodigioso para los ecos era el rincón donde vivía el doctor Manette! Ocupada sin descanso en hilar la seda y el oro con que se tejía la vida tranquila y feliz de su marido, de su padre, de su antigua aya y compañera y de ella misma, Lucie Darnay escuchaba en la casa tranquila, en el rincón suavemente sonoro, el eco del paso de los años.

Aunque su felicidad le parecía perfecta, en los primeros días de su matrimonio dejaba algunas veces la labor y las lágrimas oscurecían sus ojos, porque había en el eco un rumor lejano, ligero, apenas audible aún, que le llegaba al corazón. Inquietas esperanzas y temores —de un amor desconocido y temores de dejar de vivir justo cuando gozaba de esas nuevas delicias— luchaban en su alma; creía oír entonces entre los ecos los pasos que se dirigían hacia su propia tumba, y las lágrimas brotaban como torrentes al pensar que su marido se quedaría solo, hundido en la desesperación.

Estas inquietudes pasaron, y su pequeña Lucie latía ahora en su seno. Luego, entre los ecos, se oiría el paso de sus pies diminutos y el tono de sus primeras palabras. Mayores ecos podían resonar en otra parte, y la joven madre, al lado de la cuna, siempre los estaría esperando. Y llegaron, y la morada sombría se iluminó con una risa fresca y jovial, y el Divino amigo de los niños, a quien ella en sus padecimientos había confiado el suyo, pareció tender los brazos a la pequeña y convertirla en el júbilo sagrado de su madre.

Lucie, ocupada sin descanso en devanar el hilo de oro que los unía y en ejercer en la trama de la vida familiar su dulce influencia sin que predominara en parte alguna, durante algunos años solo oyó rumores cariñosos y propicios. El paso de su marido anunciaba la fuerza y la felicidad, el de su padre era regular y firme, y el aya, en acto de servicio, despertaba vigorosamente los ecos, como un indómito caballo de batalla, fustigado, resoplando e hiriendo el suelo con impaciencia bajo el plátano.

Incluso cuando se oyeron ecos de tristeza entre los demás, nunca fueron ásperos ni crueles. Ni siquiera cuando unos cabellos dorados, iguales a los de Lucie, rodearon con una aureola el rostro marchito de un niño que con voz apagada decía sonriendo: «Papá, mamá, siento dejaros y separarme de mi hermana, pero me llaman y tengo que partir», no vertió la madre lágrimas de desesperación viendo cómo el espíritu que le había sido confiado escapaba de sus brazos. Dejadlo que parta a ver la faz del Señor. ¡Benditas sean vuestras palabras, Dios mío!

De este modo, el rumor de las alas de un ángel se unió a los demás ecos y éstos dejaron de ser del todo terrenales, porque había en ellos el aliento del Cielo. Los

suspiros de la brisa que besaba el pequeño mausoleo del jardín los acompañaron, y Lucie los oía murmurar en el aire como se oyen suspirar las olas dormidas en la playa, mientras la pequeña estudiaba con gravedad cómica la lección de la mañana o, sentada a los pies de su madre, vestía su muñeca balbuceando en la lengua de las dos ciudades que se mezclaban en su vida.

Apenas respondían los ecos a los pasos de Carton, pues apenas cinco o seis veces al año hacía uso del privilegio de ir sin ser invitado y de pasar algunas horas con sus amigos como en otro tiempo. Nunca había bebido cuando iba a la casa. Y sobre él los ecos murmuraban otra cosa, una cosa que han murmurado de siglo en siglo todos los ecos auténticos.

Un hombre que ha amado realmente a una mujer y que después de haberla perdido ha conservado su amor con toda intensidad, no puede volver a verla sin despertar en el hijo de esa mujer una simpatía extraña, una piedad delicada e instintiva. ¿Cuáles son las fuerzas invisibles que animan en tales casos una sensibilidad tan exquisita? Ningún eco lo explica, pero el hecho es cierto y se demostró en Carton. Éste fue el primer extraño a quien la tierna Lucie tendió sus brazos llenos de hoyuelos, y al crecer siguió siendo su favorito. El niño que había muerto lo nombró en sus últimos momentos.

—¡Pobre Carton! —balbuceó—. Dadle un beso de mi parte.

El señor Stryver continuaba haciendo progresos en el mundo de la abogacía; seguía su camino como una poderosa locomotora que cruza a marchas forzadas el agua cenagosa, y arrastraba a su imprescindible amigo como un barco a remolque. Se sabe que en general los barcos que gozan de este favor se encuentran en una posición nada ventajosa y casi siempre sumergidos, de lo cual resultaba que el desgraciado Carton iba casi siempre encorvado. Pero el hábito, que es tan fuerte y tan cómodo, tenía más fuerza en él que el sentimiento de degradación al que le conducía esta manera de vivir, y no pensaba ya en salir de la innoble dependencia en que le tenía su odioso compañero.

Stryver era rico, y se había casado con una viuda joven aún, que poseía una envidiable fortuna y tres hijos que no tenían de brillante en toda su persona más que los cabellos lacios de su cabeza, iguales a tres cepillos.

El abogado, exhalando por todos los poros un aire de protección de lo más ofensivo, salió un día de su casa precedido por los tres hijos de su mujer como por tres corderos, los llevó al tranquilo remanso del Soho, y los presentó como alumnos a Charles Darnay, anunciando con delicadeza:

—Amigo mío, recibid los tres pedazos de pan que traigo a vuestra despensa matrimonial.

La negativa a recibir aquellos tres pedazos de pan hinchó al señor Stryver de una indignación que fue en beneficio de los muchachos, y les hizo comprender el orgullo de los descamisados a cuya categoría pertenecía, según su padrastró, aquel insolente profesor de idiomas. El abogado tenía también la costumbre de contar entre vaso y

vaso a la señora Stryver los manejos de que se había valido en otro tiempo la señora Darnay para seducirle, y de extenderse con elocuencia «sobre los artificios que había opuesto a tan insidiosos manejos y que le habían librado de ser su víctima». Algunos de sus colegas de la Sala de la Corte del Rey, que iban de vez en cuando a participar de su excelente vino y de la susodicha elocuencia, excusaban a su amigo diciendo que de puro repetir semejante mentira había acabado por creérsela; circunstancia tan agravante, sin embargo, del delito primitivo, que tendría que haber motivado la prisión del culpable y su ejecución en un lugar apartado.

Todas estas cosas formaban, entre otras, el eco que Lucie Darnay, unas veces pensativa y otras risueña y divertida, escuchaba desde un rincón de su acústico refugio hasta el día en que su hija cumplió seis años. No es necesario decir cuán gratos eran a sus oídos los ecos de los pasos de su hija, de su marido y de su padre, rebosante siempre de fuerza y actividad; qué encanto tenía también el eco de la felicidad que reinaba en su casa, en la que el orden se unía a la elegancia; cuánto se regocijaba en encontrar en el eco esa certidumbre mil veces repetida por su padre de sentirse aún más querido desde que se había casado; y cuánto amaba el eco de las palabras de Charles cuando, enternecido por las pruebas de amor que constantemente le daba, le preguntaba por qué mágico secreto hallaba el medio de serlo todo para ellos, como si ellos fueran uno solo, sin parecer nunca atareada ni absorbida por sus deberes.

Sin embargo, bramaban a lo lejos al mismo tiempo otros ecos amenazantes. Y era ahora, cuando se acercaba el sexto cumpleaños de Lucie, cuando empezaban a sonar horriblemente, como si vinieran de una gran tormenta de Francia acompañada, en el mar, por un tremendo temporal.

Una noche de mediados de julio de 1789, el señor Lorry entró en casa de los Manette; aunque era muy tarde, acababa de salir del despacho de Tellson. Tomó asiento y se colocó entre Lucie y Charles cerca de la ventana. La sala no estaba alumbrada, y el calor sofocante y el cielo oscuro y nublado recordaron a los tres amigos los relámpagos siniestros de la tormenta que habían contemplado un domingo a aquella misma hora.

—Ya empezaba a creer —dijo el señor Lorry, arreglándose la peluca— que iba a pasar la noche en el despacho; hemos tenido tanto que hacer desde esta mañana que no sabíamos por dónde empezar. Reina tan viva inquietud en París que estamos literalmente muertos de cansancio; todo el mundo nos confía su fortuna, y, al ver la precipitación con que nos asedian, se diría que los franceses están atacados por una locura colectiva de colocar sus fondos en Inglaterra.

—¡Mal presagio! —dijo Charles.

—Es posible, querido Darnay, pero hasta ahora no veo motivo fundado para tanta alarma. Nos hacemos viejos en la Banca Tellson, y no tendrían que imponernos un aumento de trabajo tan enorme sin una razón de peso.

—Ya sabéis —repuso Darnay— cuán encapotado está el cielo.

—No lo niego —dijo el señor Lorry, tratando de convencerse de que estaba de mal humor y de que así lo manifestaban sus palabras—; pero después de la barahúnda de este largo día, estoy resuelto a desahogar mi enojo. ¿Dónde está el doctor?

—Aquí, señor Lorry —respondió el doctor Manette, que acababa de entrar en la sala.

—Me alegro, porque el desorden y las prisas que me han atosigado todo el día, sin tener en cuenta los tristes presagios, han excitado de una manera extraordinaria mis nervios. Supongo que vais a salir.

—No, y si os parece bien, vamos a jugar nuestra partida de todas las noches —dijo el doctor.

—Creo que no me parece bien, si se me permite ser franco, pero no seré capaz de oponerme. ¿Se han llevado las tazas y el té, Lucie?

—No, señor; han quedado aquí para vos.

—¡Gracias, amiga mía, gracias! ¿El angelito está acostado?

—Duerme profundamente.

—¿Sigue bien?

—Muy bien.

—Es justo, ¿por qué no? No veo ningún motivo, a Dios gracias, para que no sea todo felicidad en esta casa bendita. Pero ¡me he aturullado tanto hoy! Noto que me voy haciendo viejo. ¿Ésta es mi taza de té? Gracias, hija mía; sentaos, no estéis en pie, y guardemos silencio para escuchar el eco. Tenéis sobre él una teoría completa.

—No es una teoría.

—Pues ¿qué es?

—Una convicción.

—No lo negaré, bella Lucie. En todo caso, los rumores que nos trae son numerosos; ¡escuchad!

Pasos rápidos y confusos que se precipitaban en la vida de todos y se atropellaban unos a otros con violencia, pasos cuya huella sangrienta sería un día difícil de borrar, recorrían con furor las calles lejanas de Saint Antoine mientras el pequeño círculo de Londres se entretenía junto a su ventana oscura.

Aquella misma mañana el barrio de Saint Antoine había sido una sombría masa de espantajos empujándose unos a otros, con algunos puntos de luz sobre sus cabezas hinchadas, y hojas de acero y bayonetas brillando al sol. Un rugido espantoso salió de la garganta del santo patrón, y se alzó un bosque de brazos desnudos como ramas marchitas agitadas por el viento de invierno, y todas aquellas manos ávidas se habían apoderado de armas, o de cualquier cosa que se pareciera a un arma, sacadas de las profundidades, cuanto más profundas, mejor.

¿Quién se las había dado? ¿Quién las había recogido? ¿Quién había empezado? ¿Por qué medio conseguían vibrar y saltar, de veinte en veinte, por encima de las

cabezas, como si fueran relámpagos? Nadie podía decirlo, pero se repartían fusiles, cartuchos, pólvora y balas, barras de hierro, palancas, cuchillos, hachas, picas y todas las armas que un ingenio demente fue capaz de inventar o encontrar. Los que no encontraban otra cosa arrancaban las piedras y los ladrillos de las paredes; Saint Antoine tenía fiebre, y cada una de sus criaturas estaba en su delirio dispuesta a sacrificar su vida.

Así como en un remolino las aguas se precipitan hacia el centro, la multitud se agrupaba en su vértigo en torno a la casa del tabernero; cada una de las gotas humanas que formaban esa ola hirviente era atraída hacia el punto donde monsieur Defarge, manchado de sudor y de pólvora, daba órdenes, distribuía fusiles, rechazaba a éste, llamaba a aquél, desarmaba a uno para armar a otro, y agitaba los brazos en medio del tumulto.

—No te alejes —decía a Jacques tercero—; Jacques primero y Jacques segundo, separaos y colocaos a la cabeza de un grupo de patriotas. ¿Dónde está mi mujer?

—¡Aquí! —respondió madame Defarge, tan impasible como siempre, aunque aquel día no hiciera punto. En vez del algodón y de la aguja, su mano empuñaba un hacha, y colgaban de su cintura una pistola y un cuchillo cruelmente afilado.

—¿Adónde vas? —le preguntó su marido.

—Con vosotros —respondió—; me pongo al frente de las mujeres.

—¡Estamos preparados; marchemos! —gritó Defarge con voz de trueno—. Patriotas y amigos, ¡a la Bastilla! ¡A la Bastilla!

Como si la voz de toda Francia hubiera pronunciado esta palabra execrada, el mar viviente se alzó rugiendo, ola sobre ola, sima sobre sima, e inundó la ciudad hasta aquel punto. Al tañido de las campanas tocando a rebato, al redoble de los tambores, a la voz atronadora del mar furioso que rompía en su nueva orilla, empezó el ataque de los profundos fosos, del doble puente levadizo, de los recios muros, de las ocho grandes torres, de los cañones y de los fusiles.

A través del fuego y del humo, y hasta en medio del fuego, se veía a Defarge a la cabeza de los sitiadores. El oleaje le había arrastrado hacia un cañón, y al instante se convirtió en artillero, y durante dos feroces horas el tabernero Defarge fue un soldado valiente.

Delante de la turba furiosa quedaban aún un foso, un puente levadizo, muros de piedra, ocho grandes torres, cañones y metralla.

—¡Adelante, compañeros! ¡A ellos, Jacques primero, Jacques segundo, Jacques tercero, Jacques quinientos, Jacques veinte mil! ¡En nombre de los santos o en nombre del diablo, según a quién adoréis, a ellos! —gritaba el tabernero sin separarse del cañón que estaba ya caliente.

—¡Mujeres, seguidme! —gritaba también madame Defarge—. Cuando sucumba la plaza, también nosotras, igual que los hombres, podremos matar.

Y acudía hacia ella, lanzando salvajes alaridos, un enjambre de mujeres diversamente armadas, pero empujadas todas por el hambre y la venganza.

¡Fuego y humo! ¡Cañones y metralla! Se veían aún el foso profundo, el puente levadizo, las recias murallas y los ocho torreones. El mar bravío se abría, formando un remolino, cada vez que caía algún herido; las armas centelleaban, chisporroteaban las antorchas y los carros de heno mojado ardían y humeaban; se alzaban barricadas a todas partes; por todas partes se oían clamores, gritos de entusiasmo, de odio y de valor, crujidos, la voz de la artillería y los rugidos furiosos de las olas vivientes, ¡y se veían aún el foso profundo, el último puente levadizo, las paredes de piedra y los ocho torreones! El cañón de Defarge estaba al rojo vivo después de cuatro horas de espantoso combate.

¡Una bandera blanca en la fortaleza y después un oficial! Apenas se le distinguía a través del humo y no se oía nada de lo que su voz decía. De pronto el mar furioso se extendió y alzó, arrastró a Defarge y lo llevó más allá del puente levadizo, dentro de los sólidos muros, dejándolo en medio de las grandes torres que al fin se habían rendido. La fuerza que lo arrastraba era tan irresistible que no pudo volver la cabeza ni recobrar el aliento hasta encontrarse en el patio de la Bastilla. Apoyado en la pared, hizo un esfuerzo y echó una ojeada. Jacques tercero estaba a su lado, y madame Defarge, siempre a la cabeza de las mujeres, cuchillo en mano, a poca distancia.

Todo era estruendo, griterío, alegría delirante, loca embriaguez, ademanes desenfrenados.

—¡Los presos!

—¡Los archivos!

—¡Los calabozos!

—¡Los instrumentos de tortura!

Pero de todos estos gritos y de otros mil que profería la turba, el único que se repetía era el que reclamaba a los presos; y el mar entró en la cárcel, como si la eternidad existiera para el suplicio lo mismo que para el tiempo y el espacio, y debiera volver a encontrar entre aquellos muros a todos los cautivos que habían encerrado.

Las primeras olas arrastraron con ellas a los empleados de la cárcel, amenazándolos con la muerte si quedaba un solo rincón que no les enseñasen. Defarge prendió a uno de los carceleros, un hombre canoso que llevaba una antorcha en la mano, lo apartó de la multitud y lo arrinconó contra una pared.

—Llévame a la Torre Norte —le dijo.

—Venid —respondió el carcelero—, pero no encontraréis allí a nadie.

—¿Qué significan estas palabras: 105, Torre Norte? —preguntó Defarge—. Responde pronto. ¿Se refieren al preso o a su calabozo? ¡Responde... o mueres!

—¡Mátalo! —gritó Jacques tercero mientras se acercaba a ellos.

—Es el calabozo.

—Enséñamelo.

—Por aquí, señor, por aquí.

Jacques tercero, evidentemente decepcionado por la conclusión pacífica del diálogo, tuvo que ceder a la orden de Defarge, que se apoderó de él como se había apoderado antes del carcelero. Habían tenido que aproximarse y gritarse al oído, y apenas habían podido entenderse en medio del tumulto que invadía los patios, los corredores y las escaleras; mientras tanto fuera de la cárcel la gente atacaba los muros y destacaban entre los rugidos aclamaciones lanzadas al aire como la fina espuma de las olas.

Defarge, su amigo y el carcelero recorrieron rápidamente sombrías bóvedas donde jamás había entrado la luz del sol, cruzaron puertas de asquerosas cavernas, bajaron escaleras tenebrosas, y después escalaron entre dos paredes surcos que parecían el enjuto álveo de un torrente. La multitud los siguió al principio; pero, cuando subieron la escalera de caracol que conducía a lo alto de la torre, no solo no los seguía nadie, sino que el fragor de la tempestad no era ya para ellos más que un débil murmullo, como si los hubiera ensordecido la violencia del huracán.

El carcelero se paró delante de una puerta baja, metió la llave en una cerradura que rechinó, y dijo, empujando la puerta con esfuerzo:

—Éste es el número 105.

Un agujero cuadrado, defendido por una doble reja de hierro, abierto en lo alto de la pared y oculto por ladrillos en las tres cuartas partes de su diámetro —de modo que para ver el cielo había que tumbarse en el suelo, al pie de la pared, y alzar la mirada—, servía de ventana a aquel sitio maldito. Había en él una pequeña chimenea cruzada por enormes barrotes a menos de un metro del suelo; quedaba aún en ella un montón de ceniza fría, y un banquillo, una mesa y un jergón formaban todo su mobiliario. Las cuatro paredes estaban ennegrecidas, y en una de ellas había una anilla de hierro oxidada.

—Pasa lentamente la antorcha por delante de estas paredes para que pueda verlas —dijo Defarge al carcelero.

Éste obedeció, y el tabernero, sin dejar de mirar la pared, siguió la luz con atención.

—¡Párate! Mira aquí, Jacques.

—¡Una A y una M! —dijo Jacques tercero leyendo con avidez.

—Alexandre Manette —respondió el tabernero, con el índice profundamente incrustado en la pólvora, señalando las iniciales—. Las escribió un pobre médico, y sin duda también fue él quien hizo este calendario. Dame esa barra de hierro.

Defarge llevaba aún en la mano el botafuego y lo cambió por la barra con la que Jacques iba armado. Se volvió entonces hacia la mesa y el banco y los hizo pedazos.

—Levanta la luz —ordenó con impaciencia al carcelero—. Registra esos pedazos de madera, Jacques, y mira con atención. Coge mi cuchillo, abre el jergón y examina bien la paja. ¡Más alta la luz!

Miró amenazante al carcelero, se metió en la chimenea, alzó la mirada, rompió los barrotes y golpeó en las paredes. Se desprendió un poco de polvo y de cal y,

después de volver la cabeza para evitar que le cayesen en los ojos, registró minuciosamente las cenizas, las aberturas, los agujeros y las más insignificantes rendijas.

—¿No has encontrado nada en la madera ni en la paja? —preguntó Jacques.

—Nada.

—Junta todo eso en medio del calabozo y pégale fuego —le dijo al carcelero.

Éste acercó la antorcha al montón de paja y de astillas de madera podrida y todo ardió inmediatamente.

Agachándose entonces para cruzar la puerta baja, se dirigieron por el mismo camino al patio de la fortaleza, y parecieron recobrar el oído a medida que se acercaban al mar bravío. Lo encontraron agitándose con rabia, llamando a Defarge con sus rugidos. El arrabal de Saint Antoine quería que su tabernero se pusiese a la cabeza de la tropa encargada del director de la prisión. De otro modo, aquel hombre que había defendido la Bastilla y disparado contra los patriotas, no llegaría al Hôtel de Ville, donde lo esperaban sus jueces. De otro modo, el director de la prisión se salvaría. De otro modo, la sangre del pueblo, después de tantos siglos de desprecio, quedaría sin venganza.

En medio de aquellas bocas que aullaban y de aquellas caras convulsas que rodeaban al director de la prisión, a quien solo se le reconocía de lejos por su uniforme azul y su cinta encarnada, se destacaba una mujer de rostro impasible.

—¡Allí está mi marido! —gritó, señalando al tabernero.

Después se acercó al anciano funcionario; estuvo a su lado hasta que empezó a salir el cortejo; no se separó de él en las calles por las que lo condujo un grupo de patriotas capitaneados por Defarge; siguió también a su lado tranquila y fría cuando empezaron a herirlo, y siempre impasible mientras la sangre le brotaba a raudales, y tan cerca de él, en fin, cuando cayó que, animándose de un furor súbito, le puso el pie sobre el cuello y le cortó la cabeza con un cuchillo afilado.

Había llegado la hora en que Saint Antoine iba a colgar hombres donde colgaban los faroles para demostrar quién era y quién podía ser. El arrabal tenía la sangre hirviendo, mientras la sangre de la tiranía se helaba en la puerta del Hôtel de Ville, donde yacía el cadáver del director de la prisión, y bajo el pie de madame Defarge, que había sujetado con la suela de su zapato el cuerpo de la víctima para mutilarlo más fácilmente.

—¡Bajad el farol! —gritó Saint Antoine después de buscar un nuevo instrumento de suplicio—. ¡Ahí tenéis un soldado que debe subir a su puesto!

El centinela se balanceó en el aire; y siguió su curso la marea de aquel mar oscuro y amenazador cuyas olas destructoras se empujaban con furia, cuya profundidad no se ha sondeado nunca y cuya fuerza no adivinaba aún nadie; oleaje ciego y sin remordimiento, océano implacable, del que surgían brazos inflexibles, gritos de odio y de venganza, y rostros tan endurecidos por la miseria que la compasión no podía ya dejar en ellos su impronta.

Entre aquellas cabezas, en las que el furor brillaba unido a la embriaguez del triunfo, sobresalían catorce, divididas en dos grupos: sus facciones pálidas, rígidas y sin expresión contrastaban notablemente con el exceso de vida que rebosaba en las demás. Nunca el océano irritado arrojó de sus aguas despojos más memorables: siete presos, recién exhumados de la tumba por el temporal, eran llevados en volandas, aterrados, idos, tambaleantes, asombrados, como si hubiera llegado el fin del mundo y quienes lo celebraban fueran espíritus extraviados. Había también otras siete cabezas, más altas que las demás, siete rostros muertos cuyos párpados esperaban para abrirse la hora del fin del mundo. Rostros impasibles de expresión suspendida — aún no aniquilada—, como si sus ojos tuvieran que volver a abrirse y su lívida boca gritar: «Tú has hecho esto».

Siete cabezas sangrientas, siete presos llevados en volandas; las llaves de las ocho torres de la fortaleza maldita; algunas cartas, algunos recuerdos de antiguos cautivos muertos de desesperación; he aquí lo que escoltaban el 14 de julio de 1789 los pasos ruidosos del arrabal de Saint Antoine.

¡Quiera Dios que Lucie Darnay esté equivocada! ¡Que aquellos pasos, lejos de entrar en su vida, se alejen de ella, porque arrasan airados y rápidos cuanto encuentran, y su huella, enrojecida esta vez no de vino sino de sangre, va a ser difícil de borrar!

XXII

El temporal no amaina

Saint Antoine, embriagado de alegría, llevaba apenas ocho días dulcificando la amargura de su pan negro y duro, y supliendo la frugalidad de su comida con abrazos fraternales, y madame Defarge ya presidía nuevamente en su mostrador el servicio de la taberna. No adornaba rosa alguna su cabeza, porque el gremio de los agentes de policía manifestaba desde hacía ocho días una extrema repugnancia a visitar los dominios del santo patrón, y los faroles de sus angostas calles tenían para ellos un balanceo de funesto augurio.

Madame Defarge estaba de brazos cruzados, respirando el aire fresco y luminoso de la mañana y mirando distraídamente la tienda y la calle. En una y otra se veían algunos grupos de ociosos descarnados y mugrientos, pero en ellos prevalecía el sentimiento de la fuerza sobre la miseria. La gorra ladeada de algodón rojo que cubría al más miserable de los ociosos parecía decir: «Sé que es difícil para mí, que llevo este harapo, retener la vida en mis venas; pero ¿sabéis qué poco me costaría extinguirla en las vuestras?».

Todos los brazos desnudos y flacos que habían estado sin trabajo más de una vez sabían que, a falta de otra ocupación, podían hacer daño, y los dedos de las mujeres habían adquirido por experiencia el conocimiento de que, igual que sabían hacer punto, podían desgarrar. Se había producido una transformación profunda en la apariencia aspecto de Saint Antoine: hacía siglos que se trabajaba allí sin descanso con este propósito, pero los últimos martillazos habían dado a su expresión un aire muy poderoso.

Madame Defarge lo advertía con un sentimiento de satisfacción reprimida, como correspondía a la cabeza de las mujeres del barrio. Una de sus colegas hacía punto a su lado: era la obesa y colorada mujer de un pobre droguero, madre de dos hijos, y que en el desempeño del cargo de segunda de la tabernera se había conquistado ya el halagador sobrenombre de la Venganza.

—¿No oyes? —decía.

Como un reguero de pólvora que desde el extremo del barrio hubiese prendido de pronto frente a la puerta de la taberna, se iba acercando un murmullo creciente.

—Es Defarge —dijo la tabernera—. ¡Silencio, patriotas!

Defarge entró sin aliento, se quitó el gorro rojo, mirando a uno y otro lado.

—¡Escuchadle! —dijo su mujer.

Defarge, jadeando, se destacaba sobre un fondo de miradas inflamadas y labios entreabiertos congregados fuera de la puerta.

—¿Qué sucede? —preguntó la tabernera.

—Traigo noticias del otro mundo.

—¡Del otro mundo! —repitió madame Defarge con desdén.

—¿Hay aquí alguien que se acuerde del viejo Foulon, aquel miserable que dijo un día que, si el pueblo se moría de hambre, más le valía comer hierba? Había muerto y había ido directo al infierno.

Nadie había olvidado a Foulon.

—Hay noticias de él.

—¿No murió? —exclamaron todas las voces.

—¡Insensatos! Tenía tanto miedo de nosotros, y con razón —continuó el tabernero—, que se hizo pasar por muerto y celebrar un magnífico entierro, pero vive como nosotros. Lo han encontrado en una aldea donde estaba escondido, y lo han traído; lo acabo de ver. Lo han conducido al Hôtel de Ville, donde muy pronto será despachado. Razón tenía de temernos, ¿no es cierto?

Si aquel viejo pecador de setenta años hubiera podido dudar de lo que tenía que temer, se habría convencido al oír la imprecación que respondió al tabernero.

Un profundo silencio siguió al tumulto. Defarge y su mujer se miraron. La Venganza bajó la mirada, y se oyó el sordo redoble de un tambor debajo de la mesa.

—Patriotas —dijo el tabernero con voz firme—, ¿estáis preparados para seguirme?

Madame Defarge se puso el cuchillo en el cinturón, resonó el tambor. La Venganza, agitando los brazos sobre la cabeza como las cuarenta Furias a la vez, empezó a llamar a gritos de puerta en puerta enardeciendo a las mujeres.

Los hombres, con terrible cólera, se asomaron a las ventanas, cogieron las armas y salieron rápidamente a la calle. Las mujeres, con una pinta que habría helado de espanto a los más osados, dejaron las ocupaciones a las que las sujetaba la pobreza (sus hijos, sus padres y sus enfermos que yacían desnudos y hambrientos en duros jergones) y corrieron con los cabellos despeinados, embriagándose de odio, aullando como salvajes y aumentando con furia su delirio: «¡El odioso Foulon está preso, hermana! ¡El infame, el perro, el hijo del diablo está preso, madre!».

Y corrían desgarrándose el pecho y mesándose los cabellos.

—¡Foulon vive! ¡Foulon, que cree que el pueblo solo vale para comer hierba, que me lo dijo cuando no tenía pan para mi anciano padre! ¡Foulon, que tuvo valor para decirme que mi hijo podía chupar hierba cuando se secó mi seno! ¡Miserable! ¿Lo oyes, hijo mío, pobre hijo mío que moriste de hambre? ¿Lo oís, padre mío, que agonizasteis tanto tiempo y a quien os juré, de rodillas sobre las frías losas, que os vengaría? Maridos, hermanos, dadnos la sangre de Foulon, dadnos su corazón, dadnos el cuerpo y el alma de ese monstruo para que lo hagamos pedazos, y con nuestras uñas le abriremos una tumba donde se hartará de comer hierba.

Y exaltadas hasta la rabia, saltaban, daban vueltas, ululaban y atropellaban a sus propios amigos, y algunas se desmayaban y las habrían pisoteado si no hubiesen llegado a levantarlas del suelo los hombres.

Sin embargo, no se perdió un minuto ¡ni un segundo! Aquel Foulon estaba en el Hôtel de Ville y podía ser puesto en libertad... ¡No! ¡No! Saint Antoine se acordaba demasiado de lo que había padecido para desistir ahora de su venganza. La multitud, en su violencia, arrastró tras ella las últimas heces del barrio con tal fuerza de succión que en menos de un cuarto de hora no quedaban allí más que algunos enfermos y los niños en la cuna.

No. Llenaban ya la sala de audiencias donde estaba el viejo, feo y maligno Foulon y atiborraban las calles inmediatas. Los Defarge, marido y mujer, la Venganza y Jacques tercero estaban en primera fila, a corta distancia del odioso acusado.

—¿Lo veis? —gritaba madame Defarge apuntando con el cuchillo—; ¡allí está el monstruo! Tendrían que haberlo cargado con un haz de hierba; que le den hierba y que coma.

Y colocándose el cuchillo debajo del brazo aplaudía como en el teatro.

Los hombres que estaban detrás de ella explicaron el motivo de su satisfacción a los que estaban detrás de ellos, y de grupo en grupo los aplausos se oyeron hasta en las calles vecinas. De este modo llegaron al otro lado de la ciudad las palabras que durante tres horas arrancó la impaciencia a madame Defarge. La rapidez en la comunicación era tan prodigiosa porque algunos hombres encaramados en las cornisas miraban por las ventanas por encima de la multitud, y formaban así un telégrafo humano entre la tabernera y las masas que llenaban las calles.

Por fin, un rayo del sol de mediodía cayó directamente sobre la cabeza del anciano preso y pareció protegerlo. Este favor indignó al populacho; la frágil barrera, que por milagro estaba aún en pie, se hizo pedazos, y Saint Antoine se apoderó del cautivo.

Se supo inmediatamente, hasta en las últimas filas de la multitud, que Defarge había saltado la barandilla y la mesa y había dado un abrazo mortal al desventurado Foulon, y que madame Defarge había seguido a su marido y había puesto la mano en una de las cuerdas que lo ataban. Jacques tercero y la Venganza no habían tenido aún tiempo de acercarse, y los hombres que estaban en las ventanas tampoco habían podido saltar a la sala, cuando los gritos de: «¡A los faroles, a los faroles!» ya resonaban y se propagaban por toda la ciudad.

Lo arrojan al suelo, lo llevan a rastras a la escalera, de rodillas, sobre las manos, boca arriba, boca abajo, le pegan y le lanzan a la cara puñados de heno y de paja. El desventurado, pálido y sin aliento, con el rostro y las manos ensangrentadas, suplica, implora o, levantándose con un supremo esfuerzo cuando retroceden para mirarlo, lucha con desesperación. Finalmente, arrastrado como un madero a través de millares de piernas, lo llevan a una esquina inmediata donde se balancea un farol.



Al llegar allí, madame Defarge lo suelta, como hubiera hecho un gato con un ratón, y lo contempla con sangre fría, mientras él intenta enternecerla. Las mujeres lo miran y lo insultan, y los hombres piden que muera con la boca llena de hierba. Lo cuelgan, pero la cuerda se rompe. Vuelven a colgarlo, y vuelve a romperse la cuerda, y lo ponen en pie entre furiosos alaridos. Finalmente, la tercera cuerda tiene piedad de él y lo estrangula. Clavan su cabeza en el extremo de una pica, y llenan su boca de hierba y, al verla así, la gente grita de alegría y baila con frenesí.

No había terminado aún la sanguinaria tarea de aquel día. Saint Antoine se había exaltado tanto bailando y gritando que su sangre se recalentó cuando le anunciaron que llegaba bajo escolta de quinientos caballos el yerno de Foulon, otro enemigo del pueblo. Y Saint Antoine, después de apuntar en deslumbrantes hojas de papel los crímenes del yerno, corrió a prenderlo en medio de los quinientos guardias —se lo habría arrebatado a un ejército— para ahorcarlo en compañía de su suegro. Su cabeza y su corazón fueron puestos en el extremo de una pica y paseados por la ciudad como trofeos.

Era de noche cuando los habitantes del arrabal volvieron donde sus hijos los esperaban en la cuna llorando de hambre. Asaltaron entonces las panaderías, o esperaron con paciencia en la puerta de las tiendas que les tocase el turno. Mientras tanto, con el estómago vacío y el cuerpo desfallecido, se abrazaban unos a otros dándose la enhorabuena, y charlaban para matar el tiempo. Las largas filas de harapientos fueron disminuyendo poco a poco hasta desaparecer; pálidos resplandores brillaron a través de las ventanas, se encendieron hogueras con algunos

restos de muebles viejos en las calles, guisaron en ellas en común y cenaron delante de los portales.

Cenas miserables, sin carne y sin salsa que añadir a los mendrugos. Aun así, la fraternidad humana suministraba al pan negro la sustancia nutritiva y despertaba una alegría franca y espontánea. Padres y madres que habían tomado parte activa en los asesinatos jugaban con sus niños y los cubrían de besos, y en aquella situación terrible, ante semejante porvenir, los enamorados se amaban esperanzados.

Despuntaba el alba cuando Defarge, después de que sus últimos clientes acabaran de retirarse, dijo a su mujer, pasando el cerrojo a la puerta:

—Llegó por fin la hora de la victoria.

—Es solo el principio —respondió la tabernera.

Todo quedó dormido en Saint Antoine, también Defarge y su mujer. Hasta la Venganza yacía en brazos del profundo sueño, y el tambor descansaba. Su voz era la única en Saint Antoine que la sangre y el trajín no habían cambiado. La Venganza, como custodia del tambor, si lo hubiese desvelado, lo habría oído hablar igual que antes de que cayera la Bastilla, o de que el viejo Foulon fuera prendido; no así las voces roncadas de los hombres y las mujeres que dormían en el regazo de Saint Antoine.

XXIII

El incendio no se apaga

También había cambiado la aldea donde murmuraba la fuente y donde todos los días salía el caminero a los caminos para buscar entre las piedras los pocos mendrugos de pan que podía remendar su pobre alma ignorante y su pobre cuerpo empedregado. La cárcel edificada en el peñasco tenía un aspecto menos aterrador que en otro tiempo, pues, aunque todavía la custodiaban soldados, su número era menor, y, entre los oficiales que mandaban a los soldados, ni uno solo podía asegurar lo que harían sus hombres en caso de ataque... solo esto: que probablemente no harían lo que les mandasen.

En el campo imperaban la ruina y la desolación. Todas las hojas, todas las matas de hierba y las espigas de cebada o de centeno estaban agostadas como los habitantes de la aldea. Casas, cercados, animales domésticos, hombres, mujeres y niños, y hasta el suelo que sostenía su miseria, todo cuanto abarcaba la mirada era pobre, débil y moribundo.

Monseigneur (muchas veces, como individuo, un valioso caballero) era un tesoro nacional que sabía sacar magnificencia de las acciones más sencillas: era el modelo de la cortesanía refinada y de la vida elegante y espléndida, y servía para otras mil cosas de la misma importancia; pero, considerado como clase social, había sido la causa de tan desastrosa miseria. ¿No es extraño que la Creación, exclusivamente pensada para Monseigneur, se hubiera agotado bajo la presión que la estrujaba y aplastaba? Muy poca previsión debía guiar los arreglos eternos. Pero así era, sin embargo; y las venas exprimidas no daban ya una gota de sangre, las mandíbulas, después de haberlo molido todo, no tenían ya qué moler, y Monseigneur había huido de un fenómeno tan imprevisto como implacable.

Pero no era esto lo que había cambiado la aldea, y muchas otras aldeas. Hacía mucho tiempo que Monseigneur había forzado sus tierras a producir todo lo que producir pudieran, y era raro que las favoreciese con su presencia; solo lo hacía cuando se entregaba a los placeres de la caza, ya para perseguir a los hombres, ya para atacar al ciervo o a la liebre, animales cuya conservación exigía la reserva de terrenos considerables condenados a una bárbara esterilidad. No. Lo que cambiaba la fisonomía de aquella aldea era la aparición de extrañas figuras que pertenecían a la ínfima plebe, y no la desaparición de las facciones de noble estirpe que caracterizaban a Monseigneur.

Nuestro caminero estaba trabajando en medio de un torbellino de polvo, sin pensar que era polvo y se había de convertir en polvo, y pensando en cambio en lo poco que tenía para comer y en todo lo que comería si pudiera disponer de más

comida. Levantó la mirada, la apartó de su trabajo solitario para contemplar el horizonte, y vio a un viajero que se dirigía hacia él, una de esas figuras que tan raras eran en otro tiempo en aquel sitio y cuya presencia era ahora tan frecuente. El viajero se acercó, y el caminero vio sin sorprenderse que era un hombre de elevada estatura, gesto severo, mirada hosca, tez morena, cabellos en desorden, zapatos toscos y vestido harapiento impregnado del polvo de los caminos, manchado por el lodo de los charcos y erizado de espinas, hojas y musgo recogidos en los bosques y las malezas.

El hombre se dirigía como un espectro hacia él, y lo alcanzó en el momento en que se acurrucaba en una de las cavidades del margen para resguardarse del granizo que empezaba a caer.

El forastero miró al caminero y miró la aldea en el valle y la torre que dominaba el cerro y, después de semejante inspección, tomó la palabra en un dialecto apenas inteligible.

—¿Qué tal, Jacques?

—Bien, Jacques —respondió el caminero.

—¡A ver esa mano!

Se dieron la mano, y el viajero se sentó al lado del campesino.

—¿No comes?

—No, no comeré hasta la noche —dijo el caminero, con gesto hambriento.

—Es la moda —murmuró el viajero—; en ninguna parte he encontrado a nadie que coma.

Sacó del bolsillo una pipa ennegrecida, la llenó lentamente, encendió yesca y chupó hasta que el tabaco quedó completamente encendido. Sacándosela entonces de la boca, arrojó en ella unos granos de pólvora que prendieron de pronto y formaron una pequeña columna de vapor ceniciento.

—¡A ver esa mano!

Estas palabras las pronunció el caminero después de observar atentamente la operación.

—¿Esta noche? —preguntó, después de estrecharle la mano.

—Esta noche —respondió el forastero, volviéndose a poner la pipa en la boca.

—¿Dónde?

—Aquí.

Los dos Jacques guardaron silencio mientras el granizo caía sobre ellos, pero, en cuanto se despejó el cielo, se pudo ver claramente la aldea, y el desconocido le dijo al caminero, después de subir al extremo de la colina:

—Enséñame el camino.

—Seguirás la carretera —respondió el aldeano—, cruzarás toda la calle, pasarás por la fuente...

—Yo no entro en las calles ni me acerco a las fuentes —dijo el viajero, interrumpiéndolo y mirando la campiña—. ¿Y después?

—Andarás unas dos leguas más hasta el otro lado del monte.

—Bien. ¿A qué hora dejas el trabajo?

—Al anochecer.

—¿Quieres despertarme antes de partir? Hace dos días y dos noches que ando sin descansar ni dormir. Déjame fumar mi pipa y dormiré como un niño. ¿No te olvidarás de despertarme?

—No me olvidaré.

El viajero fumó su pipa, se la guardó en el pecho, se quitó los zapatos, se acostó sobre un montón de piedras y se durmió al momento.

Las nubes se habían quebrado y en sus brechas aparecían brillantes líneas de azul, a las cuales correspondían en el paisaje islas de vivo resplandor. El caminero, que había sustituido su gorro azul por otro rojo, había continuado su trabajo y parecía fascinado por el hombre que dormía sobre el montón de piedras. La tez morena, los cabellos negros y la revuelta barba, el gorro rojo, el extraño traje de lienzo tosco y de piel de carnero, el cuerpo robusto, enflaquecido por el ayuno, los labios apretados con fuerza aun durante el sueño le inspiraban un respeto mezclado de temor. El hombre venía de lejos; sus pies estaban destrozados y sangraban, sus enormes zapatos llenos de hierba le habrían pesado mucho en tan largo viaje, y su carne tenía tantas llagas como agujeros su vestido. El caminero trató de descubrir si llevaba armas secretas, pero se agachó en vano para mirar debajo de su zamarra, porque el viajero tenía los brazos cruzados sobre el pecho y tan apretados como los labios. Las plazas fuertes con sus trincheras, sus cuerpos de guardia, sus baluartes y sus puentes levadizos le parecieron al campesino fantasmas en comparación con aquel hombre y, cuando alzó la vista para mirar al horizonte, vio en su débil imaginación a otros hombres igualmente intrépidos que se dirigían a todos los puntos de Francia sin que ningún obstáculo pudiera detenerlos.

El viajero continuó durmiendo hasta que el sol se ocultó, sin hacer caso de la lluvia que de vez en cuando arrojaban las nubes, ni del sol y de la sombra que pasaban sobre su rostro, ni del granizo que caía sobre él y se convertía en diamantes cuando la luz brillaba en el cielo. Después de recoger sus herramientas, el caminero lo despertó como habían convenido.

—Gracias —dijo el viajero apoyándose en el codo—. ¿Dices que está a dos leguas al otro lado del valle?

—Unas dos leguas.

—Bien.

El caminero, precedido por el polvo que el viento empujaba, llegó muy pronto cerca de la fuente y, abriéndose paso entre las vacas que allí abrevaban, pareció confiarles su secreto al mismo tiempo que se lo comunicaba a la aldea.

Cuando todo el mundo acabó su parca cena, en vez de irse a dormir como de costumbre, salió a la calle y empezó a formar corrillos. ¡Cosa extraña! La manía de hablar en voz baja y al oído del vecino había llegado a ser contagiosa para los aldeanos, todos ellos con la mirada pendiente del cielo en un mismo punto. Esto

alarmó al señor Gabelle, primer funcionario de la comarca, el cual subió al tejado de su casa para mirar hacia el mismo punto del cielo; apartó luego la vista de sus chimeneas y la posó en los rostros ennegrecidos que se habían juntado en la fuente; mandó luego a decir al sacristán que guardase las llaves de la iglesia y que no se sorprendiese si le mandaba tocar a rebato.

La oscuridad era por momentos más densa. Los árboles que cercaban el castillo y lo separaban del resto del valle se agitaban bajo los primeros esfuerzos de la tormenta y parecían amenazar el edificio señorial, cuya negra masa se distinguía en la sombra. La lluvia cayó después con violencia, bajó como un torrente por las dos escaleras de piedra y azotó los ventanales y las puertas como un rápido mensajero que quisiera despertar a los de dentro. Gimientes corrientes de viento corrieron por el gran salón entre las lanzas y los cuchillos, cruzaron la escalera sollozando, y sacudieron las cortinas del lecho donde en otro tiempo dormía el señor marqués. Mientras tanto, del norte, del sur, del este, del oeste, venían cuatro hombres toscos que hollaban la hierba con paso firme y hacían crujir las ramas. Aparecieron cuatro luces entre las tinieblas, y luego todo volvió a sumirse en la oscuridad.

Pero no durante mucho tiempo: el castillo se alumbró solo; una lista de fuego se dibujó en la fachada, iluminó las ventanas, los balcones y las cornisas. El edificio se hizo más brillante y ancho y la llama que brotó de pronto por todas las aberturas coloreó las máscaras de piedra, aterradas y con la boca abierta.

Se alza un grito, un hombre corre a las caballerizas y un caballo parte a escape animado por la voz y por la espuela, cruza el espacio a través de las tinieblas, se detiene bañado en espuma cerca de la fuente de la aldea y una voz exclama:

—¡Auxilio, Gabelle, auxilio!

La campana toca a rebato con impaciencia, pero nadie acude a la llamada. En la fuente se halla el caminero con sus doscientos cincuenta amigos contemplando la llama que brilla en el cielo.

—Debe de tener lo menos doce metros de altura —dicen, sin moverse.

El jinete del castillo y su caballo cubierto de espuma se alejan, suben la cuesta pedregosa y se dirigen a la cárcel. En la puerta hay un grupo de oficiales que contemplan el incendio; aparte, un grupo de soldados.

—¡Socorro, señores oficiales! ¡Socorro! ¡El castillo está ardiendo! ¡Auxíliennos y salvaremos algunos objetos preciosos!

Los oficiales se vuelven a los soldados, pero no dan orden alguna, y contestan, encogiéndose de hombros y mordiéndose los labios:

—¿Qué queréis que hagamos? No tiene remedio.

Cuando el jinete y su caballo, que volvían sin esperanza, atravesaron la aldea, los habitantes celebraban el incendio del castillo con una iluminación general. El caminero y sus doscientos cincuenta amigos, inspirados como un solo hombre, habían corrido a casa a poner velas y candiles en las ventanas. La penuria general había obligado a los aldeanos a pedir prestados el aceite y las velas al desventurado Gabelle

y, como éste parecía resistirse, el caminero, en otro tiempo tan humilde con la autoridad, había indicado a sus conciudadanos que los coches arden magníficamente y que los caballos de posta se asarían muy pronto y muy bien en sus llamas.

El castillo continuaba ardiendo. Un viento rojo que soplaba de aquella región infernal esparcía sus despojos y, al fulgor vacilante de las llamas que lamían las paredes, las máscaras de piedra parecían sufrir el suplicio de los condenados. Se desmoronó un lienzo de pared arrastrando una parte del techo; y la máscara con la nariz abollada se oscureció de pronto. Saliendo de la nube que la envolvía, asemejaba la faz cruel del señor marqués combatiendo las llamas y expirando en la hoguera.

Los árboles pegados al edificio, alcanzados por el fuego, se chamuscaban y encogían; y los que estaban lejos, incendiados por los hombres siniestros que habían llegado del norte, del sur, del este, del oeste, rodeaban el castillo con un cinturón de humo y fuego. En la taza de mármol de la fuente hervían el hierro y el plomo derretidos; el agua se agotaba; los techos que cubrían los torreones se desvanecían como el hielo ante el calor y caían gota a gota en cuatro escabrosos pozos en llamas. Grandes grietas y hendiduras se ramificaban en los muros, como cristalizadas; y mientras las aves que revoloteaban fascinadas sobre el abismo se precipitaban en él, cuatro individuos siniestros, alumbrados por el incendio que ellos mismos habían provocado, se dirigían al norte, al sur, al este, al oeste, en cumplimiento de su destino. La aldea iluminada se había apoderado de la campana y en vez del toque a rebato se oía un alegre repique.

Pero eso no fue todo. Después, con el estómago vacío y la cabeza exaltada por el estrépito y el fuego, recordaron que el señor Gabelle estaba relacionado con la recaudación de contribuciones, diezmos y arriendos y, manifestando vehementes deseos de celebrar con él una entrevista formal, reclamaron con gritos de amenaza la presencia del publicano. Pero el señor Gabelle volvió a retirarse al tejado de su casa, acurrucándose detrás de dos chimeneas, decidió (era un hombrecillo de genio vengativo) que, si llegaban a forzar la puerta, se arrojaría de cabeza sobre la multitud, y tendría al menos la satisfacción de aplastar a uno o dos hombres.

Es probable que la noche le pareciera muy larga al señor Gabelle sin otra luz que el castillo en llamas, y sin otra música que los golpes a su puerta, combinados con un alegre cascabeleo; tampoco hay que olvidar la inquietud que le inspiraba el farol colgado delante de sus ventanas y que la multitud deseaba mudar de sitio para colgarlo a él. ¡Terrible prueba es pasar una noche al borde de un abismo sin más consuelo que el de arrojarse al fondo! Pero asomó por fin la bendita claridad del día, se apagó la iluminación de la aldea después de apurar la última gota de cera, los sitiadores se retiraron, y el publicano pudo bajar con vida.

Aquella noche y muchas otras noches se vio, al resplandor de los incendios, a muchos funcionarios menos afortunados que el señor Gabelle colgados en las mismas calles que los habían visto nacer y crecer; y hubo también campesinos y villanos, menos afortunados que nuestro caminero y sus amigos, que fueron perseguidos por la

tropa y ahorcados. Pero los hombres que se dirigían al norte, al sur, al este, al oeste, seguían su camino con paso inflexible, y el fuego prendía todas las noches, y las llamas devoraban los castillos. Ningún funcionario, a despecho de todas las matemáticas, habría podido calcular la altura de las horcas que se convertirían en el agua capaz de apagar el incendio.

XXIV

Hacia el peñasco imantado

Tres años transcurrieron, tres años de tormentas de mar y de fuego, de tierra conmovida por las sacudidas de un océano que crecía y crecía, sembrando el terror entre quienes lo contemplaban desde la playa. Tres cumpleaños más de la pequeña Lucie habían tejido el hilo de oro en la suave cadencia de la vida de su hogar.

¡Cuántas veladas habían pasado sus habitantes escuchando ecos aterradores de pasos que se acercaban! Los pasos de un pueblo enfurecido que seguía la bandera roja, declaraba la patria en peligro y que se había vuelto bestial como por obra de un terrible hechizo.

Monseigneur (como clase) se había desentendido del fenómeno de no ser apreciado: de ser tan poco querido en Francia que bien podía incurrir en el peligro de ser expulsado de ella, y de esta vida en general. Como aquel campesino de la leyenda que, después de haber invocado con mucho trabajo al demonio, se asustó tanto al verlo que huyó en vez de quedarse a hablar con él, Monseigneur, después de haber leído audazmente al revés la oración dominical durante muchos siglos y de haberse valido de todos los medios para obligar al demonio a que se le apareciese, apenas lo vio le faltó tiempo para echar a correr.

El brillante círculo interior de la corte se había dispersado para no ser el blanco de un huracán de balas patrióticas. Nunca había sido un círculo muy útil: en él se unían la arrogancia de Satanás y las pasiones de Sardanápalo^[28] a la ceguera del topo, pero ahora había desaparecido. Toda la corte se había dado a la fuga, desde el círculo íntimo que era su centro hasta la intriga, la corrupción y la hipocresía que atestaban sus límites; el rey había huido, había sido preso y sitiado en su palacio, y acababa de ser «suspendido», según las últimas noticias que cruzaban el Canal.

Era el mes de agosto de 1792, y Monseigneur se hallaba en completa dispersión. Naturalmente, la Banca Tellstone en Londres era su cuartel general: los espíritus frecuentan con preferencia los sitios que habitaron sus cuerpos, y Monseigneur, cuyo bolsillo estaba vacío, se dirigía a la casa donde antes habían estado sus luses. La Banca Tellstone era, además, un albergue hospitalario que tenía grandes consideraciones con los clientes caídos en desgracia, y entre los emigrados había además algunos nobles que, previendo el saqueo o la confiscación, habían colocado sus fondos en Londres en los primeros días de la tormenta. Añádase a esto que todos los que llegaban de Francia acudían a ella, lo cual convirtió en aquel momento el despacho del banquero en una especie de Bolsa privilegiada en materia de tráfico de noticias. Esta circunstancia era tan notoria para el público, y las personas que iban a preguntar allí habían llegado a ser tantas, que Tellstone había tomado la decisión de

escribir en una hoja de papel las últimas nuevas recibidas y de fijarla con obleas en las ventanas en beneficio de los transeúntes.

Después de una tarde húmeda y sofocante, Charles Darnay, con los codos apoyados en el escritorio del señor Lorry, hablaba en voz baja con su antiguo amigo. El antro penitenciario reservado en otro tiempo a las entrevistas con los jefes de la casa servía ahora de Bolsa de Noticias y estaba lleno de curiosos. Faltaba media hora para cerrar las puertas del despacho.

—Sois indudablemente uno de los hombres más jóvenes que han existido —decía Charles con cierta vacilación—, pero no puedo menos de manifestaros...

—¿Que soy demasiado viejo? —preguntó el señor Lorry.

—Una estación rigurosa, un largo viaje, la incertidumbre de los medios de transporte, un país desorganizado, una ciudad donde vos mismo debéis temer...

—Precisamente estáis exponiendo, querido Darnay, los motivos que me inducen a partir y ninguno de ellos me acobarda. Nada temo: ¿quién hará caso de un anciano de cerca de ochenta años cuando hay tantos individuos dignos de su cólera? ¡La desorganización del país, decís! Si no existiera no habría necesidad de enviar allá a un agente de nuestra casa y, por otra parte, ya sabéis que es indispensable que ese agente haya viajado, conozca los negocios y cuente con la confianza de Tellson. En cuanto al mal tiempo, a lo penoso del viaje y a las dificultades que saldrán al camino, si después de tantos años de servicio no me prestara a encargarme del negocio en interés de la casa, ¿quién se encargaría?

—¡Tengo tantos deseos de ir! —dijo Charles con agitación, y como un hombre que piensa hablando.

—¡Vos! —exclamó el señor Lorry—. ¿Y me habláis de prudencia? ¿Siendo francés quisierais ir a Francia? Esto es el colmo de la locura.

—Lo deseo precisamente porque soy francés. Es imposible no compadecer a ese pueblo miserable, no lamentar su extravío y no tener la esperanza, en nombre del escaso bien que se le ha hecho, de orientarlo en un rumbo menos desastroso. Ayer noche —continuó con aire pensativo—, cuando estábamos solos, le decía a Lucie...

—¿A Lucie? —dijo el anciano, interrumpiéndolo—. ¿No os avergonzáis de pronunciar su nombre cuando habláis de partir a Francia?

—Se me ha ocurrido esa idea —dijo Charles sonriendo— al pensar en lo que acabáis de decirme.

—Para mí es indiferente; es necesario que parta, y ningún obstáculo me detendrá. No sabéis, querido Darnay... —El señor Lorry miró al jefe de la casa, que estaba lo suficientemente lejos, y añadió bajando la voz—: No podéis imaginar con cuánta dificultad se hacen en Francia los negocios y cuántos peligros corren nuestros libros. Únicamente Dios podría decir qué consecuencias tan fatales podrían derivarse si nuestros documentos desapareciesen o fueran destruidos, y ¿quién puede asegurar que París no sea entregado a las llamas esta noche y mañana al saqueo? Sabéis muy bien que una elección prudente y en el plazo más breve evitará la pérdida de

documentos esenciales, y nadie podría juzgar mejor que yo su importancia en su justa medida. Así lo cree Tellson, y ¿puedo negarme cuando me suplica por el bien de una empresa en la que llevo sesenta años ganándome el sustento? ¿Puedo faltar al cumplimiento de mi deber con el pretexto de que mis miembros andan un poco torpes? Por otra parte, soy joven en comparación con las momias que tenemos en nuestros escritorios.

—¡Cuánto admiro la generosidad y la firmeza de vuestro carácter! Sí; aún sois joven, amigo mío.

—No os burléis, señor Darnay. Debéis saber, amigo mío —añadió el señor Lorry, volviendo a mirar al jefe de la casa—, que es imposible sacar actualmente de París cosa alguna. Os diré en confianza, y os confieso que no debería hacerlo ni siquiera a vos, que hoy han llegado a nuestras manos documentos y objetos preciosos por conducto de emisarios de lo más extraño que podáis imaginar, y cuya vida pendía de un hilo cuando pasaron la frontera. En otro tiempo nuestros paquetes viajaban por Francia con la misma facilidad que en la mercantil Inglaterra, pero hoy nada puede ya circular...

—¿Y pensáis partir esta noche?

—Esta misma noche; la situación es muy apremiante y no admite la menor dilación.

—¿Partís solo?

—Me han propuesto toda clase de compañeros, pero ninguno de ellos me conviene. Tengo intención de llevarme a Jerry; es desde hace muchos años mi guardia de corps y estoy acostumbrado a sus servicios. Nadie sospechará que sea algo más que un perro ni que albergue otro designio que el de morder al que intente tocar a su amo.

—Lo repito, no me canso de admirar vuestra nobleza y vuestra generosidad.

—Y yo os repito que no os burléis de mí. Cuando haya concluido este último negocio, es muy posible que acepte la proposición que me hace Tellson y me retire para vivir a mis anchas. Entonces tendré tiempo para sentir el peso de los años y recordar que ya no soy joven.

Este diálogo tenía lugar en el escritorio del señor Lorry. A dos pasos de allí, Monseigneur se vanagloriaba del castigo que no tardaría en imponer a la canalla insurreccionada: tenía muy arraigada la idea, en medio de sus percances, de considerar esa terrible revolución la única cosecha que había madurado en el mundo hasta entonces sin haber sido sembrada, y hablaba de ella como si nada se hubiera hecho ni omitido para conducir a ese resultado, y como si algunos servidores, al ver la suerte de las masas y el mal empleo de los recursos que podían haber hecho la prosperidad del pueblo, no hubieran visto fraguarse la tormenta, ni, francamente, lo que ahora estaban viendo.

Esta excesiva fatuidad de Monseigneur, unida a sus proyectos extravagantes para restablecer un orden de cosas que había cansado al cielo y a la tierra, era inaceptable

para cualquier persona sensata y que estuviese enterada de la situación. Esos humos, que zumbaban en los oídos de Charles, aumentaban el malestar moral que sentía sin explicárselo y causaban su agitación.

Entre los presentes se encontraba el señor Stryver, el abogado de la Sala de la Corte del Rey, que, estando a punto de escalar a un puesto oficial, desplegaba su elocuencia y exponía a Monseigneur una multitud de planes ingeniosos para exterminar al pueblo, borrarlo de la faz de la tierra y pasarse en lo sucesivo sin tan detestable polilla; en una palabra, para llegar a la abolición de las águilas poniendo un grano de sal sobre la cola de toda la raza. Charles, en el colmo de la indignación, estaba perplejo entre el deseo de no oír más y el de quedarse para emitir su parecer, cuando un acontecimiento imprevisto decidió la cuestión.

Tellson se levantó, dejó sobre el escritorio del señor Lorry una carta sucia y cerrada, y le preguntó si había descubierto alguna cosa sobre la persona a quien iba dirigida. Charles, que estaba al lado del señor Lorry, no pudo menos de leer en el sobre estas palabras: «Urgentísima. Al señor exmarqués de Saint Evrémonde, por conducto de los señores Tellson y Compañía, banqueros, de Londres».

El día del casamiento de su hija, el doctor había exigido al señor Darnay la promesa de no revelar su nombre a nadie, a menos que él lo eximiese de esta obligación imperiosa.

Charles había guardado, pues, el secreto que le impusiera su suegro; la misma Lucie estaba muy lejos de sospechar que su marido tenía otro apellido, y en igual caso se hallaba el señor Lorry.

—Nada —respondió el señor Lorry al jefe de la casa—. He enseñado esta carta a todos los que vienen aquí y nadie ha podido señalarme el paradero de ese marqués.

—Creo que es el sobrino, pero en todo caso el indigno heredero de aquel noble distinguido que murió asesinado en su castillo —dijo uno de los que pasaron—. Me alegro de no haberlo conocido.

—Un cobarde que desertó de su patria hace unos quince años —dijo otro que acababa de llegar de París medio ahogado en un carro de heno.

—Infectado de doctrinas filosóficas —añadió otro, mirando el sobre a través del lente—, hizo una oposición constante a su tío y ha entregado sus bienes al populacho vil. Espero que esos canallas le darán el pago que merece.

—¿Será cierto? —dijo Stryver—. Quisiera saber el nombre de ese extravagante. Veamos el sobre... ¡Vaya, al diablo la filosofía!

Darnay, no pudiendo contenerse más, puso la mano sobre el hombro del abogado de la Sala de la Corte del Rey y le dijo:

—Yo conozco a ese extravagante filósofo.

—Pues lo siento.

—¿Por qué?

—¿No habéis oído lo que han dicho estos caballeros?

—Sí.

—Pues no preguntéis por qué.

—Por el contrario, lo pregunto.

—Pues bien, señor Darnay, os repito que lo siento por vos y siento además que me hagáis semejante pregunta. Ese marqués es un ser imbuido de pestilentes doctrinas, gangrenado por principios blasfemos, que abandona sus tierras a la escoria de la sociedad, a una gente malvada que se entrega al asesinato en masa, y ¿me preguntáis por qué lamento que semejante idiota sea conocido de un hombre que instruye a la juventud? Solo puedo daros una contestación, señor mío: lo lamento porque el contacto con ese rufián debe manchar a los que lo tratan.

Charles reprimió su ira, aunque con mucho esfuerzo, recordando que había jurado guardar el secreto, y le dijo al abogado:

—Tal vez ignoráis los motivos que mueven al marqués, y, por lo tanto, no podéis comprender...

—En todo caso, no ignoro la manera de cerraros la boca, señor Darnay —dijo el abogado, interrumpiéndolo—; si ese canalla es verdaderamente hijo de noble estirpe, no comprendo su manera de proceder ni quiero comprenderla. Podéis decíselo saludándolo de mi parte y añadir que me extraña mucho que, después de haber cedido sus bienes, no haya ido a ponerse a la cabeza de esos rústicos transformados en verdugos. Pero no, señores —dijo el orador, mirando a su alrededor majestuosamente—, de sobra conozco a los hombres para saber que semejante pícaro no se fía de la clemencia de sus infames protegidos. Véase si no qué cuidado ha tenido en largarse y ser el primero en huir.

Después de acentuar sus últimas palabras, el señor Stryver salió a Fleet Street en medio de los gestos de asentimiento de su noble auditorio, y Lorry y Darnay se quedaron solos en el despacho.

—Si conocéis al marqués —dijo el señor Lorry—, ¿tendréis la amabilidad de entregarle esta carta?

—Con mucho gusto.

—Haced el favor de decirle que hemos hecho todos los esfuerzos posibles para descubrir su paradero, y que lamentamos vivamente no haber podido entregarle más pronto esta carta que se halla en nuestro poder desde hace muchos días.

—Quedaréis servido. ¿Partiréis pronto?

—Sí, amigo mío, a las ocho.

—Volveré a despedirme.

Enojado consigo mismo, con el abogado y con la mayor parte de los hombres, Charles se dirigió hacia el Temple, y cuando llegó a ese sitio solitario, rompió el sobre de la carta y leyó lo siguiente:

París, cárcel de la L'Abbaye, 21 de junio de 1792

Señor exmarqués:

Después de verme expuesto a morir a manos de los habitantes de la aldea, me prendieron con violencia y me condujeron a París obligándome a hacer el viaje a pie. No os hablaré de lo que padecí

por el camino, pues no es esto lo más importante, pero os diré que han destruido mi casa desde sus cimientos.

El único crimen de que me acusan, que me tiene en esta cárcel y por el cual voy a ser condenado a muerte si no sois bastante generoso para acudir en mi auxilio, señor exmarqués, es el de haberme hecho culpable de alta traición contra el pueblo obrando en nombre de un emigrado. En vano trato de manifestarles que obraba, por el contrario, en favor del pueblo al cumplir vuestras órdenes, que mucho antes del secuestro había perdonado siempre, también por orden vuestra, el impuesto a los que no lo pagaban (y nadie lo pagaba), y que, a pesar de no percibir el pago de los arriendos, me había abstenido de perseguir a los deudores. Me contestan a esto que, sin embargo, obraba por poderes de un emigrado, y me preguntan dónde está ese emigrado.

¡Ah! ¿Dónde estáis, señor exmarqués? Os llamo en mis sueños, y os pido en nombre del Señor que acudáis en mi auxilio. Pero ¡no me contestáis! ¡Ah!, señor, dirijo a Inglaterra esta súplica con la esperanza de que podrá llegar hasta vos por conducto de la Banca Tellson, banqueros muy conocidos en París.

Por amor de Dios y de la justicia, en nombre de vuestra generosidad y de vuestro honor os suplico, señor exmarqués, que vengáis a liberarme. Mi único delito consiste en haberos sido fiel, y, por lo tanto, os ruego ahora que no me abandonéis.

Desde esta horrible prisión donde por momentos me aproximo a la muerte, os profesa su lealtad vuestro respetuoso y afligido servidor,

GABELLE

Charles comprendió enseguida la causa del malestar que sentía; era el remordimiento por haber faltado a su deber. El peligro de aquel antiguo servidor, cuyo único crimen consistía en haberle sido fiel, se alzaba en su alma como un espectro acusador, y le dirigía tales reproches que hubo de cubrirse el rostro para ocultar su rubor.

Sabía muy bien que, en su horror al acto que había coronado la mala reputación de su familia, en su resentimiento contra la memoria de su tío, y en su aversión a los bienes de los que podía haber dispuesto, no había obrado como debía; sabía muy bien que, absorbido por su amor, si había renunciado al cambiar de vida a los privilegios y a la riqueza que había heredado, esta renuncia era incompleta y no tenía mérito alguno; y se decía que, en vez de aquella cesión personal que ninguna formalidad había sancionado, tendría que haber reconocido sus derechos, disponer de la fortuna de la que era depositario y darle una aplicación útil. En otra época había pensado hacerlo, y al llegar la ocasión oportuna lo había perdido todo por su indolencia.

Las alegrías del hogar, la necesidad de un trabajo continuo, las turbulencias que habían ocurrido en Francia, la rapidez de los acontecimientos y su inestabilidad, que destruía hoy los proyectos formulados ayer, eran las razones que le habían impedido cumplir sus propias promesas. Había cedido a las circunstancias, no sin acusarse y arrepentirse, pero sin esforzarse en luchar contra la corriente; esperaba el momento de obrar, pero la ocasión huía siempre, y esa vacilación duró hasta la época en que los nobles tuvieron que huir de Francia y fueron confiscados sus bienes, destruidos sus castillos y anulados sus títulos.

Pero no había oprimido a nadie, ni había tenido a nadie en prisión, y en vez de emplear la fuerza para tomar posesión de lo que le pertenecía, había renunciado a ello por propia voluntad. Despojado de todos los privilegios que debía a su nacimiento, se había ganado la subsistencia con un trabajo decoroso. El señor Gabelle, el administrador de las empobrecidas tierras que poseía desde la muerte de su tío, había recibido la orden, escrita de su propia mano, de tener consideración con los aldeanos y de darles la poca leña en invierno y el poco centeno en verano que les dejasen los acreedores. ¿No eran suficientes estas medidas para que nada debiera temer?

Esta convicción confirmó el designio que forjaba Charles de partir para París.

Sí. Como el marino de la leyenda, las olas y los vientos lo empujaban hacia el peñasco imantado^[29], y hacia él debía ir. Todas sus reflexiones lo conducían, cada vez más rápida y firmemente, a esta terrible atracción. Su latente intranquilidad se debía a que malos instrumentos habían trabajado en pos de malos objetivos en su propia tierra infeliz, ya que él no estaba allí para contener la efusión de sangre y para hablar en nombre de la humanidad. De esto se acusaba interiormente cuando comparó su flaqueza con el valor del señor Lorry, en quien el sentimiento del deber era tan fuerte. A esta comparación tan desventajosa para él habían seguido las insolencias de los nobles y las injurias del abogado que tan profundamente lo habían ofendido, y, por último, la carta de Gabelle, el grito de dolor de un inocente que le suplicaba en nombre de la justicia y del honor que acudiese en su auxilio.

Estaba resuelto: iría a París.

El imán lo atraía con fuerza irresistible, no veía el escollo y no pensaba ya en el peligro. Le parecía que cuando llegase a Francia le bastaría probar sus buenas intenciones para que creyeran en su palabra y le dieran el beneplácito. Tenía también la idea de hacer bien, esa gloriosa perspectiva que se abre ante las almas generosas y, seducido por esta ilusión, se creía con bastante influencia para guiar aquella furiosa revolución que se encaminaba hacia nuevos delitos.

Cuando hubo madurado bien su proyecto, no pensó más que en los preparativos del viaje. Lucie y el doctor no debían saber su partida hasta que estuviera lejos de ellos, pues de este modo evitaría a su mujer el dolor de la separación, y a su suegro, los vanos esfuerzos que indudablemente habría hecho para hacerle cambiar de idea.

Charles continuó paseando hasta el momento de volver a la Banca Tellstone para despedirse del señor Lorry; tenía intención de presentarse a su excelente amigo cuando estuviera en París, pero debía dejarlo partir sin confiarle su secreto.

Vio delante del edificio un coche y caballos de posta y al señor Lorry con su traje de viaje esperando órdenes de su jefe.

—He entregado la carta a quien iba dirigida —dijo Charles a su amigo— y me ha dado la contestación, pero no he consentido que la diera por escrito porque confiaba en que os encargaríais de transmitirla verbalmente.

—Con mucho gusto —respondió el señor Lorry—, ¿no ofrece peligro alguno?

—Ninguno, aunque es para un preso de la L'Abbaye.

—¿Su nombre? —preguntó el señor Lorry, abriendo la cartera.

—Gabelle.

—Está bien. ¿Qué se ha de responder a ese desdichado?

—Únicamente que se ha recibido su carta y que espere a la persona a quien ha escrito.

—¿No debo decirle cuándo llegará?

—Partirá mañana por la noche.

—¿No se ha de citar ningún nombre propio?

—Es inútil.

Charles acompañó a su amigo hasta el coche y, cuando los caballos iban a partir, el señor Lorry dijo asomándose a la portezuela:

—Recuerdos a Lucie y a la niña; cuidadlas bien hasta mi regreso.

Charles movió la cabeza y le respondió con una sonrisa vacilante.

Aquella noche (era el 14 de agosto), en vez de acostarse cuando salió del salón, escribió dos cartas fervientes. En la primera, dirigida a Lucie, explicaba el motivo de su partida, la imperiosa obligación que tenía de ir a Francia, y manifestaba claramente que nada debía temer; en la segunda, destinada al doctor, se extendía igualmente sobre su convicción de que no corría peligro alguno; y finalmente prometía a padre e hija que les escribiría tan pronto como llegase y que lo haría después con frecuencia.

El día siguiente fue doloroso para él, pues por primera vez desde que estaban casados, tenía un pesar que ocultaba a Lucie y le era muy costoso guardar el secreto. A cada instante se veía tentado de revelárselo, porque le parecía extraño pensar y obrar sin el dulce apoyo que en ella encontraba; pero, al verla tranquila y serena, censuraba las palabras que pugnaban por salir de sus labios y continuaba disimulando su turbación. Por penosa que le pareciera esta lucha, el día transcurrió rápidamente. Por la noche dijo que tenía que salir y que tal vez volvería tarde; abrazó varias veces a su mujer y a su hija, sacó de casa la pequeña maleta que había preparado en secreto y se alejó con el alma más triste que las calles sombrías y desiertas que cubría la densa niebla.

La fuerza invisible lo atraía ahora más rápidamente, y todas las mareas y vientos se dirigían, firmes y decididas, hacia ella. Confió sus dos cartas a un amigo fiel, le encargó que no las entregase hasta las once y media, montó a caballo, tomó el camino de Dover y emprendió su viaje con el corazón desfallecido al recordar a las amadas personas que abandonaba. «Por amor de Dios y de la justicia, en nombre de vuestra generosidad y de vuestro honor», murmuraba; y recobrando fuerzas mientras repetía estas palabras de desesperación, puso rumbo hacia el peñasco imantado.

Libro Tercero

El rastro de una tormenta

I

En secreto

El viajero que el mes de agosto de 1792 iba de Inglaterra a París acometía una empresa difícil y llena de peligros.

Aunque el monarca de Francia hubiera reinado con toda su gloria, el deplorable estado de los carruajes, de los caminos y de los caballos habría sido más que suficiente para retrasar al viajero; pero las circunstancias políticas oponían a la rapidez obstáculos de mayor gravedad. Se encontraba uno a la puerta de las ciudades, y en la entrada de las aldeas, a una partida de ciudadanos patriotas, armados con fusiles nacionales, dispuestos siempre a hacer explosión, que detenían a los que entraban y salían, los sometían a interrogatorio tras interrogatorio, examinaban sus pasaportes, buscaban sus nombres en las listas que tenían, los dejaban pasar, los mandaban volver por donde habían venido, o los metían en la cárcel, según la imaginación del tribunal improvisado lo juzgaba más favorable al nacimiento de la República Una e Indivisible de la Libertad, la Igualdad, la Fraternidad, o la Muerte.

Apenas había andado Charles Darnay algunas leguas por Francia cuando vio claramente que le sería imposible regresar a Inglaterra sin pasar antes por París a recibir un certificado de buen ciudadano. Ocurriera lo que ocurriera, no podía sino continuar su viaje. Ni una pequeña aldea se le cerró al paso, ni una barrera interceptó su camino, pero sabía que una puerta de hierro le separaba cada vez más de Inglaterra. Si le hubiesen atrapado en una red o transportado en una jaula a su destino, no habría estado más convencido de que había perdido su libertad.

La vigilancia recelosa de los patriotas no entorpecía únicamente su avance de una puerta a otra, sino que corría tras él y lo conducía al punto de partida, lo precedía y detenía anticipadamente, le servía de escolta y paralizaba su marcha. En una palabra, llevaba ya varios días en Francia, y estaba aún lejos de París, cuando, no pudiendo sufrir más, hizo noche en una pequeña ciudad por la cual pasaba la carretera.

Y ni siquiera había llegado hasta allí de no haber sido por la carta de Gabelle; pero las dificultades sin número que le habían puesto en el último puesto de guardia lo inducían a pensar que se acercaba a un punto crítico de su viaje. No le causó, pues, gran sorpresa cuando entraron en su alcoba a medianoche.

Era la autoridad local: un funcionario tímido, acompañado de tres patriotas con gorro rojo que, con la pipa en la boca, se sentaron sin cumplidos en la cama del viajero.

—Emigrado —dijo el funcionario—, os mando a París bajo escolta.

—Precisamente mi mayor deseo consiste en llegar a París, ciudadanos, pero no necesito la escolta.

—¡Silencio! —gritó uno de los hombres con el gorro rojo, golpeando la cama con la culata del fusil—. ¡Calla, aristócrata!

—Como dice este buen patriota —añadió el funcionario—, sois un aristócrata y por eso necesitáis una escolta, y vos la pagaréis.

—Me someto, porque no tengo libertad para elegir —respondió Darnay.

—¡Elegir! ¿Oís lo que dice? —exclamó el del gorro rojo—. ¡Como si no le hicieran un favor no colgándolo de un farol!

—Tiene razón este buen patriota —repitió el funcionario—. Emigrado, levantaos y vestíos inmediatamente.

Charles fue conducido al puesto de guardia, donde fumaban, bebían o dormían otros ciudadanos cubiertos con sus correspondientes gorros rojos. Lo obligaron a entregar una cantidad bastante crecida para pagar la escolta, y se puso en camino a las tres de la mañana.

Dos patriotas a caballo, con gorro rojo, escarapela tricolor y armados con el sable y fusil nacionales, marchaban al lado de Charles Darnay. Éste dirigía su caballo, pero le habían atado una cuerda a la rienda cuyo extremo llevaba enrollado en el brazo uno de los hombres de la escolta. De este modo cruzaron la ciudad mientras llovía a raudales, y de este modo salieron al campo, que parecía un inmenso pantano, sin modificar las precauciones y acelerando solamente el paso de los caballos.

Viajaban de noche, hacían alto una hora o dos antes de amanecer y descansaban hasta la caída de la tarde. Los dos hombres de la escolta, para no mojarse tanto, se cubrían las piernas y los hombros con paja. A pesar de la contrariedad de llevar semejante cortejo y del peligro a que lo exponía uno de sus custodios, que, en medio de su embriaguez crónica, llevaba el fusil en una posición nada tranquilizadora, Charles no permitió que la coacción a que se veía sometido despertara serios temores en su corazón; pues se decía que no podía tener nada que ver con los pormenores de un caso individual que aún no se había establecido, ni con las declaraciones, que el prisionero de la L'Abbaye podría confirmar, que aún no se habían hecho.

Pero cuando llegaron por la noche a Beauvais no pudo disimularse el rumbo alarmante que tomaban sus asuntos. La multitud se juntó en torno a los caballos de posta para contemplar a los viajeros y se oyeron gritos nada halagüeños.

—¡Abajo el emigrado! —gritaban—. ¡Muera el aristócrata!

Darnay, que iba a desmontar, se quedó en la silla, donde supuso que estaría más a salvo.

—¡Un emigrado! —dijo—. ¿No veis que estoy aquí, en Francia, por mi propia voluntad?

—Pues, ¿qué eres? —preguntó un herrador que, martillo en mano, se acercó al viajero—. ¿Qué eres más que un emigrado, un perro aristócrata?

El maestro de postas impidió que aquel hombre se apoderase de las riendas del caballo y le dijo con tono conciliador:

—Déjalo, amigo mío, déjalo; será juzgado en París.

—Sí, juzgado —repitió el herrador enarbolando el martillo— y condenado como traidor.

La multitud lo secundó con un alarido.

Charles Darnay detuvo al maestro de postas en el momento en que éste guiaba el caballo hacia el patio de la posada, y les dijo a los hombres cuando cesó el griterío:

—Os engañan, o estáis equivocados; yo no soy un traidor.

—¡Miente! —gritó el herrador—. Desde el Decreto es traidor según la ley y su vida pertenece al pueblo.

Charles Darnay vio brillar la indignación en los ojos de la muchedumbre, que hizo un movimiento, y habría sucumbido si el maestro de postas no hubiese tomado las riendas del caballo para conducirlo al patio.

Los dos ciudadanos que componían la escolta, y que hasta entonces habían permanecido inmóviles, siguieron al aristócrata, y el posadero cerró la puerta y se apresuró a pasar los cerrojos.

Apenas concluida esta operación, el martillo del herrador cayó sonoramente contra la puerta, la multitud voceó imprecaciones de muerte y se alejó sin llevar a término sus hostilidades.

—¿Qué Decreto es ese del que ha hablado el herrador? —preguntó Charles al maestro de postas después de darle las gracias.

—El que ordena la venta de los bienes de los emigrados.

—¿Cuándo se ha publicado?

—El día catorce.

—¡Y el quince partí de Inglaterra!

—Hay más; se dice que los emigrados son desterrados del territorio y condenados a muerte si vuelven a Francia. Por eso decía el herrador que vuestra vida pertenecía al pueblo.

—Pero ¿existen esos decretos?

—¿Qué sé yo? —respondió el maestro de postas, encogiéndose de hombros—. Si no se han publicado, se publicarán, que es lo mismo.

Se acostaron en un pajar y se pusieron en camino cuando la ciudad estuvo silenciosa, esto es, a una hora avanzada de la noche. Entre los múltiples cambios que habían conocido los detalles de la vida cotidiana, uno de los que más contribuían a dar a aquel extraño viaje un aire irreal era la falta de sueño. Después de espolear un buen rato al caballo en la oscura carretera, nuestro viajero y su escolta llegaban a algún pobre lugarejo, donde, en vez de las tinieblas, se veían luces en las ventanas, y a los habitantes bailando como fantasmas en torno a un árbol de la libertad^[30] y entonando cantos patrióticos. Afortunadamente, aquella noche se durmió en Beauvais. Los tres jinetes salieron de la ciudad sin tropiezo y se encontraron en medio del camino, con un frío precoz y entre campos estériles, cuya monotonía interrumpían los restos ahumados de casas que el fuego había destruido, las bruscas apariciones de las emboscadas y los altos violentos exigidos por las patrullas.

Al amanecer llegaron por fin a las murallas de París. La barrera estaba cerrada y custodiada por una fuerza numerosa.

—¡Los papeles del preso! —dijo con resolución una de las autoridades de la guardia que había sido llamada por el centinela.

Charles Darnay, ofendido naturalmente al oír aquel desagradable apelativo, suplicó al jefe con amabilidad que observase que era un ciudadano francés y que viajaba libremente, con escolta, en efecto, pero exigida por la situación del país y pagada de su bolsillo.

—¡Los papeles del preso! —repitió el mismo individuo sin prestar la menor atención a sus palabras.

El patriota de la embriaguez crónica llevaba en el gorro los papeles y los entregó a quien los pedía. El jefe se turbó al ver la carta de Gabelle, manifestó alguna sorpresa y miró al señor Darnay con detenimiento.

Sin embargo, entró en el puesto de guardia sin pronunciar una palabra, dejando a la escolta fuera de la barrera. Charles Darnay, en este estado de incertidumbre, observó que la guardia de la puerta se componía de algunos soldados y de muchos patriotas, que los carros de legumbres y otras mercancías, los campesinos y los comerciantes de toda clase que abastecían la ciudad entraban sin estorbo, pero que era muy difícil salir hasta para la gente más llana. Una multitud compacta de hombres y mujeres de toda condición, un contar los animales y vehículos, esperaban que les abrieran el paso; pero el examen previo de los individuos que debían ser identificados se practicaba con tanto escrúpulo que la barrera no se levantaba sino muy lentamente. Algunos, sabiendo que faltaba mucho para que les tocara el turno, se tumbaban a dormir o fumar, mientras los demás hablaban o se paseaban. Hombres y mujeres llevaban el gorro rojo y la escarapela tricolor, cuyo uso era general.

Después de media hora de espera, Charles vio salir nuevamente al jefe que había pedido sus papeles, el cual entregó a los dos patriotas un documento en el que acusaba recibo del preso y mandó a éste que desmontase. El viajero obedeció, y la escolta, llevándose su caballo, dio media vuelta sin cruzar las murallas de París.

Charles Darnay siguió al hombre que le había mandado desmontar y entró en una sala del puesto de guardia que olía a vino y tabaco, y donde algunos soldados y patriotas, dormidos o despiertos, borrachos o en ayunas, o entre uno y otro de estos diversos estados, yacían en los rincones, se apoyaban en las paredes o estaban en pie en medio de la sala. La luz que los alumbraba, procedente a un tiempo de los últimos reflejos de una lámpara moribunda y de los primeros rayos que se colaban entre el cielo encapotado, oscilaba indecisa entre las sombras de la noche y la claridad del día. Se veían en una mesa varios registros, y delante de ellos un hombre de aspecto sombrío y grosero.



—Ciudadano Defarge —dijo, disponiéndose a escribir y dirigiéndose al que acompañaba a Darnay—, ¿es ése el emigrado Evrémonde?

—Sí, ciudadano.

—¿Qué edad tienes, Evrémonde?

—Treinta y siete años.

—¿Estado?

—Casado.

—¿Dónde?

—En Inglaterra.

—¿Dónde está tu mujer?

—En Londres.

—Es muy sencillo. Te han destinado a la cárcel de La Force, Evrémonde.

—¡Por Dios! —exclamó Darnay—. ¿Por qué delito y en nombre de qué ley me priváis de la libertad?

El patriota levantó los ojos y miró al preso.

—Existen nuevos crímenes y nuevas leyes desde que partiste de Francia, Evrémonde —dijo con una sonrisa cruel y tomando la pluma para escribir.

—Os suplico que observéis que he venido por mi propia voluntad para responder al llamamiento de uno de mis conciudadanos, cuya carta tenéis, y pido que se me permita hacerlo sin dilación; ¿no estoy en mi derecho?

—Los emigrados no tienen ningún derecho —respondió con aspereza su interlocutor, que continuó escribiendo, leyó el auto de prisión, puso arenilla en el

papel y se lo entregó al ciudadano Defarge, diciéndole: «En secreto».

Defarge indicó al preso con la mano en que tenía el papel que lo siguiese, y salieron del puesto de guardia escoltados por dos patriotas.

—¿Sois vos? —le preguntó el tabernero en voz baja cuando entraron en París—. ¿El que se casó con la hija del doctor Manette, antiguo preso de la Bastilla de execrable memoria?

—Sí —respondió Darnay, mirándolo con sorpresa.

—Yo me llamo Defarge y soy tabernero en Saint Antoine. ¿Habéis oído hablar de mí?

—Muchas veces; mi mujer fue a buscar a su padre a vuestra casa.

Las palabras «mi mujer» llamaron súbitamente al orden al ciudadano Defarge, y su rostro se entristeció.

—En nombre de ese afilado retoño que acaba de nacer, y al que han llamado Guillotina, ¿por qué habéis venido? —dijo con impaciencia.

—Ya lo habéis oído hace un momento; ¿creéis que no es verdad?

—¡Triste verdad para vos! —dijo Defarge, con expresión siniestra, mirándolo fijamente.

—En efecto, todo está tan cambiado, tan diferente de lo que existía en otro tiempo, que ya no reconozco nada; me parece que estoy perdido. ¿Queréis prestarme un servicio?

—Ninguno —dijo Defarge sin volver la cabeza.

—¿Queréis al menos responder a lo que voy a preguntaros?

—Según lo que sea.

—¿Podré comunicarme libremente con el exterior desde esa cárcel adonde se me envía contra toda justicia?

—Ya lo veréis.

—¿Van a sepultarme allí sin juzgarme, sin oír mi defensa?

—Ya lo veréis. Y, aunque así sucediese, ¿qué os admira? Otros han estado sepultados en cárceles peores que ésa.

—No tengo yo la culpa, ciudadano.

Defarge le contestó mirándolo de soslayo y siguió andando con más rapidez.

Viendo Charles que cuanto más se prolongase el silencio menos esperanza tendría de ablandar al tabernero, se apresuró a añadir:

—Ya sabréis que es para mí de la mayor importancia dar aviso de mi llegada a un agente de la Banca Tellstone de Londres, que se halla actualmente en París, para que sepa que estoy en la cárcel de La Force. ¿Queréis anunciárselo?

—No —respondió Defarge con tono brusco—. Pertenezco al pueblo y a la patria, y he jurado servirlos contra vosotros.

Charles comprendió que sería inútil reiterar su súplica y, por otra parte, se lo impedía su orgullo.

Mientras andaba, y a pesar de los pensamientos que le distraían, pudo observar la indiferencia con que la gente veía llevar un preso. Tenía ya que estar, tras un largo hábito, muy familiarizada con este doloroso espectáculo, porque apenas los niños se volvían para mirarlo. Un hombre bien vestido conducido a la cárcel era algo tan común en aquella época como un jornalero vestido de diario yendo a su trabajo.

Al pasar por una calle estrecha y llena de lodo, Charles vio a un fogoso orador que, encaramado en un banco, explicaba a su auditorio los crímenes que el rey y la familia real habían cometido contra el pueblo. Las pocas palabras que oyó anunciaron a Charles Darnay que el rey estaba preso y que habían salido de París los embajadores de las potencias extranjeras.

Hasta entonces no se había enterado; la vigilancia de que era objeto desde su llegada a Francia no le había permitido siquiera saber las noticias más vulgares. Cuando partió de Inglaterra creía que tendría que vencer algún peligro, pero no de tanta gravedad como los que había encontrado. Las dificultades habían crecido a cada paso, y lo crítico de la situación cobraba por momentos gigantescas proporciones. A buen seguro que no hubiera partido de Londres de haber sabido lo que le esperaba en Francia, porque, encerrado en una cárcel, difícilmente podría cumplir su proyecto; pero su inquietud no era tan viva como, imaginada a la luz de nuestro tiempo, se podría suponer. Por tenebroso que fuese el porvenir, era, sin embargo, desconocido, y en su oscuridad se cobijaba la esperanza de la ignorancia. Las horribles masacres que, apenas a un par de vueltas del reloj, habrían de dejar su huella de sangre, a lo largo de noches y días, en la sagrada época de la cosecha^[31], le eran tan desconocidas como si se hubieran producido cien mil años antes. Apenas conocía, y como él mucha gente, el nombre de «ese afilado retoño» que acababa de nacer y al que habían llamado Guillotina. Es probable que los tremendos actos que iban a cometerse ni siquiera los adivinasen los hombres que debían ejecutarlos. ¿Cómo podían tener cabida en la brumosa imaginación de una mente noble?

La prisión y sus padecimientos, los dolores de una separación cruel cuya duración no podía fijar, pensar en lo que sentirían los que lo amaban: he aquí lo que Charles Darnay creía que era el colmo de sus desgracias, y con este pensamiento, bastante sombrío ya, llegó a la cárcel de La Force.

Abrió la puerta un hombre obeso, de rostro hinchado y colorado a quien Defarge presentó al preso como «el emigrado Evrémonde».

—¡Qué inundación! —exclamó el hombre—. Cualquiera diría que llueven emigrados.

Defarge tomó el recibo del alcaide sin manifestar que había oído esta exclamación y se retiró con sus dos guardias cívicos.

—¿Vendrán más aún? —repitió el alcaide, cuando salió el ciudadano.

—Ten paciencia —dijo su mujer, que no estaba preparada para contestar a esta pregunta.

Tres carceleros que entraron en aquel momento a requerimiento de la campana de la alcaidesa añadieron a coro: «¡Por amor a la libertad, ciudadano!», palabras que, en aquel lugar, no parecían la conclusión más indicada.

La cárcel de La Force era negra y oscura, de una humedad viscosa y un hedor infame. Es extraordinario cómo se manifiesta y se acumula tan pronto en las cárceles sucias y sin ventilación el olor pútrido que se exhala del sueño aprisionado.

—¡En secreto! —murmuró el alcaide leyendo el auto de prisión—. ¡Como si pudiera haber ya nadie en secreto!

Pasó el papel por un alambre y volvió a entregarse a su mal humor. El preso, recorriendo la sala de un extremo a otro, o bien sentado en un banco de piedra, esperó cuarenta minutos a que el alcaide y sus acólitos grabasen sus facciones en su memoria.

—¡Sígueme! —dijo el jefe, cogiendo al fin las llaves.

Charles acompañó a su guía a través de la fúnebre claridad que envolvía los corredores, subió escaleras, las bajó, se paró delante de macizas puertas que se cerraron rechinando y fue introducido en una inmensa sala baja atestada de presos de ambos sexos. Las mujeres, sentadas delante de una larga mesa, escribían, leían, cosían o tejían, y la mayor parte de los hombres estaban en pie detrás de ellas o se paseaban por la sala.

Dominado por la idea instintiva que asociaba en él la palabra «preso» a la infamia, Charles Darnay se replegó en sí mismo al entrar en aquella sala que le horrorizaba; pero para que llegase al colmo la falta de correspondencia entre la realidad y lo que él se había imaginado, todos los presos se levantaron para recibirlo, y lo acogieron con la cortesía refinada de la época, con todas las gracias y todas las seducciones de la vida elegante. Estos modales rebosantes de finura, esos saludos exagerados vistos a la luz dudosa que entraba en la sala, desplegados de pronto entre aquellas paredes sucias y desnudas y en medio de un aire impuro, produjeron en Charles la ilusión de haber descendido a la morada de los muertos. No eran más que espectros, la sombra de la belleza, la sombra de la grandeza y de la elegancia, la sombra del orgullo y de la frivolidad, la sombra del talento y de la lozanía, la sombra de la vejez esperando que la sacasen de la orilla, y dirigían al recién llegado unos ojos alterados por la muerte que habían muerto al llegar allí.

Charles apenas se movía; el alcaide, que estaba a su lado, y los carceleros que iban y venían por la sala guardaban una apariencia acorde con sus funciones, pero, al lado de aquellas madres llenas de dolor, de aquellas señoritas nobles y hermosas, de todas aquellas mujeres educadas en el gran mundo, su tosquedad realzaba hasta el extremo la inversión de toda probabilidad y experiencia que esta escena de sombras ofrecía. Espectros, sin duda. Sin duda, la larga caminata irreal había hecho avanzar la enfermedad que había llevado a Charles Darnay a esas tétricas tinieblas.

—En nombre de todos mis compañeros de infortunio —le dijo un noble de majestuosa presencia que fue a saludarlo—, tengo el honor de daros el pésame por la

calamidad que os ha conducido a este sitio. ¡Dios quiera que termine pronto y felizmente para vos! Por otra parte, podría ser una indiscreción preguntaros vuestro nombre y vuestra posición social, aunque ésta es una pregunta que aquí no debe ofuscaros.

Charles se despertó y dio gracias al noble como le fue posible.

—Espero que no os habrán destinado al secreto —añadió el noble siguiendo con la mirada al alcaide.

—Ignoro lo que significa esa expresión, pero la han pronunciado cuando me traían aquí.

—Creed que lo sentimos en el alma, pero no os desaniméis; han llegado en secreto algunos miembros de nuestra sociedad y han vuelto a salir al cabo de algunos días. Tengo el pesar —añadió, alzando la voz— de anunciar a los presentes que este caballero está aquí en secreto.

Se oyó al momento un murmullo de conmiseración, y Charles, al cruzar la sala para dirigirse a la puerta donde lo esperaba su guía, recibió las condolencias y consuelos que le prodigaron especialmente las mujeres. Se volvió para manifestarles su gratitud, se cerró la puerta, y las sombras que acababa de ver desaparecieron para siempre de sus ojos.

El corredor terminaba en una escalera de piedra que se dirigía a los pisos superiores. Después de subir cuarenta escalones (apenas hacía tres cuartos de hora que estaba preso y ya contaba lo que le separaba de los vivos), su guía abrió una puerta baja y le hizo entrar en un calabozo húmedo y frío.

—Aquí —dijo el carcelero.

—¿Por qué me encierran aparte?

—No lo sé.

—¿Pueden proporcionarme tinta, pluma y papel?

—No me han dado órdenes sobre este punto; vendrán pronto a verte y podrás pedirlo. Lo único que te permiten por ahora es que compres comida.

En el calabozo había una silla, una mesa y un jergón. Mientras el carcelero pasaba revista a esos objetos y examinaba la celda, Charles, apoyado en la pared, lo miraba mecánicamente y su cuerpo y su cara le parecieron tan hinchados que creyó ver en él a un ahogado saturado de agua.

Cuando salió el carcelero, se dijo: «Me ha dejado aquí como a un cadáver». E inclinándose después hacia el jergón añadió, volviendo el rostro con repugnancia: «Y cuando se ha dejado de vivir, los gusanos forman la primera transformación de la carne».

Se paseó por el calabozo murmurando:

—Cinco pasos y cuatro y medio; cuatro pasos y medio y cinco; cinco pasos y cuatro y medio.

Y, por encima de los rumores de la ciudad que llegaban a sus oídos, debilitados como el sonido de un tambor cubierto por un paño negro, voces tétricas repitieron:

—¡Hacía zapatos, hacía zapatos, hacía zapatos!

El preso volvió a medir el calabozo, aceleró sus pasos y los contó en voz alta para ahuyentar su dolorosa alucinación.

Entre las sombras que se desvanecieron cuando se cerró la puerta, una joven enlutada se asomaba a la reja de la ventana, un pálido rayo de luna brillaba en sus cabellos de oro, y se parecía... ¡Por el amor de Dios! Corramos por los caminos, crucemos las aldeas, veamos a sus habitantes, en vez de dormir, bailar con frenesí... ¡Hacía zapatos! ¡Hacía zapatos!... ¡Cielos!... ¡Cinco pasos y cuatro y medio! ¡Cinco pasos y cuatro y medio!...

El preso, intentando librarse de estos retazos de frases que surgían de lo profundo de su alma, aceleraba cada vez más el ritmo, contaba con obstinación los pasos que medía, y a los rumores de la ciudad, que remedaban sin cesar el sonido de los tambores fúnebres, se añadían las voces desgarradoras de todos los que amaba.

II

La piedra de afilar

La sucursal que la Banca Tellstone había establecido en París ocupaba en el barrio de Saint Germain el ala izquierda de un palacio inmenso situado al fondo de un gran patio, y una recia y alta pared separaba este patio de la calle; en ella se abría, además, una puerta para carruajes de una resistencia a toda prueba. El noble a quien pertenecía este palacio lo había habitado hasta el momento en que huyó a toda prisa de la capital disfrazado con el traje de su cocinero rumbo hacia la frontera más próxima. Aunque podía compararse al ciervo aterrado que huye al oír el primer grito de la caza, no dejaba de ser este noble en su metempsícosis el gran señor que en otro tiempo, para llevarse el chocolate a los labios, exigía la cooperación de cuatro hombres robustos, sin contar el que lo fabricaba.

Después de su marcha, sus robustos criados se absolvieron del crimen de haber recibido su salario y se declararon dispuestos a cortarle el cuello en el altar de la naciente República Una e Indivisible de la Libertad, la Igualdad, la Fraternidad, o la Muerte. Su palacio había sido confiscado. Las cosas iban tan deprisa, y los decretos se sucedían con tanta rapidez, que el 3 de septiembre por la noche algunos emisarios de la ley habían tomado ya posesión del inmueble, lo habían adornado con una bandera roja y bebían aguardiente en sus lujosos salones.

En Londres un local semejante al que Tellstone ocupaba en el palacio de Monseigneur habría hecho que esta transformación se citase como un fenómeno extraordinario en la *Gazette*^[32]. ¿Qué habrían dicho, en efecto, la responsabilidad y la respetabilidad británica, al ver naranjos en el patio de una casa de banca y un Cupido sobre el escritorio? Esto existía, sin embargo, en París. Es verdad que Tellstone había blanqueado con cal al pérfido niño, pero se le veía aún con su ligero traje, suspendido del techo, desde donde (como a menudo hace) señalaba el dinero desde la mañana hasta la noche. En Lombard Street de Londres de este dios pagano, de la alcoba de cortinajes elegantes situada detrás de él, del espejo incrustado en la pared y de sus dependientes jóvenes y alegres capaces de bailar en público a la menor invitación, se habría seguido la quiebra; pero un Tellstone francés podía hacer excelentes negocios con esos excesos, y desde su origen ni un solo cliente había emprendido la fuga ante ellos ni había temblado por su fortuna.

¿Cuántas restituciones tendría que hacer Tellstone de ahora en adelante? ¿Cuánto dinero no reclamado quedaría en sus arcas? ¿Cuántas alhajas y vajillas de plata se oxidarían en sus escondrijos después de la muerte de quienes las habían depositado? Entre aquellas cuentas corrientes, ¿cuántas habría cuyo balance no se haría en este

mundo? Nadie habría podido decirlo, ni siquiera el mismo señor Lorry, a quien estos interrogantes daban quebraderos de cabeza a todas horas.

El agente de Tellstone estaba junto a la chimenea (el invierno prematuro se hacía sentir), y en la bondadosa fisonomía del señor Lorry se veía una sombra más densa que la que podían proyectar los objetos que lo rodeaban. En su fidelidad al banco, del que había llegado a ser parte integrante, se había hospedado en el palacio y su habitación era vecina a los despachos. La casualidad permitió que lo protegiese la ocupación patriótica del edificio principal; pero ese hombre excelente no lo había calculado: con tal de cumplir con su deber, lo demás le era indiferente.

En el patio, frente a la habitación del señor Lorry, estaba la cochera del palacio, sostenida por una columnata, donde se veían aún las carrozas de Monseigneur; y en una de las pilastras, sobre un sustentáculo de hierro, dos antorchas ardían al aire libre y esparcían su resplandor rutilante sobre una enorme piedra de afilar, máquina tosca, traída del taller de algún carpintero. El señor Lorry, que se había acercado a la ventana, palideció al ver estos objetos, inocentes en sí mismos, y volvió a sentarse junto a la chimenea. Había abierto no solo las láminas de vidrio, sino también las persianas y volvió a cerrar ambas estremeciéndose de pies a cabeza.

A los rumores de la tarde que zumbaban en la ciudad, como sucedía todos los días, se sumaba de tanto en tanto algo que nada tenía de terrestre: un rumor indefinible, sonidos punzantes y desconocidos que subían hasta el cielo.

—¡Dios mío! —murmuró el señor Lorry, cruzando las manos—. Os doy gracias por no tener en esta ciudad ninguno de los seres que amo tanto. ¡Compadeceos, sin embargo, de los que están en peligro!

Muy pronto se oyó la campanilla de la puerta principal.

«¡Ya vuelven!», pensó el agente, escuchando sin querer.

Pero no se produjo una escandalosa invasión en el patio como esperaba, porque la puerta volvió a cerrarse lentamente y reinó de nuevo el silencio en el palacio.

La emoción febril y el horror que sentía aumentaban la vaga inquietud que va siempre ligada a la responsabilidad de un cargo importante. El señor Lorry se levantó —la caja y los libros estaban bien guardados— y se disponía a reunirse con los leales dependientes que velaban en el despacho de al lado cuando la puerta se abrió de pronto y entraron dos personas cuya aparición lo obligó a retroceder, sorprendido.

¡Eran Lucie y su padre!... Lucie con los brazos extendidos y el aspecto desesperado de los tiempos de desgracia.

—¿Qué sucede? —preguntó el señor Lorry con estupor—. ¿Qué significa esto, doctor Manette? Lucie, ¿por qué estáis en París? ¿Qué desgracia os ha traído?

Lucie, pálida, azorada y sin dejar de mirarlo, se arrojó en los brazos del anciano.

—¡Mi marido! —dijo con voz anhelosa.

—¿Vuestro marido, hija mía?

—Sí... Charles.

—¿Qué le ha sucedido?

—Está aquí.

—¿En París?

—Hace algunos días... tres o cuatro, no lo sé... ya no tengo memoria. Una apelación a su sentido del honor le hizo partir sin decirnos nada... Lo prendieron al entrar en París y está en la cárcel.

Salió un grito del pecho del anciano y al mismo tiempo se oyó la campanilla de la puerta principal, y voces y pasos que se precipitaban con violencia en el patio.

—¿Qué estruendo es ése? —preguntó el doctor Manette, corriendo hacia la ventana.

—¡No abráis! —exclamó el señor Lorry—. ¡Doctor, en nombre del cielo, no os asoméis!

El doctor se volvió sonriendo y le dijo con calma:

—No temáis, amigo mío; soy para ellos un ser sagrado. No hay en Francia un patriota que, al saber que he estado en la Bastilla, pusiera la mano sobre mí sino para estrecharme en sus brazos o llevarme en volandas. El recuerdo de mi antiguo martirio me abrió libre paso en París y me ha permitido saber dónde estaba Charles y llegar hasta vos. No dudaba de mi influencia, y Charles se salvará como le he prometido a Lucie. Pero ¿qué ruido es ése?

—¡No os asoméis...! ¡Os lo suplico! Ni vos tampoco, ángel querido —dijo, rodeando con el brazo la cintura de la joven—. No os lo digo para que os asustéis, porque os juro que no tengo noticias alarmantes sobre Charles, y ni siquiera llegué a imaginar que hubiera venido a París. ¿En qué cárcel está?

—En La Force.

—¡En La Force!... Lucie, hija mía, si habéis sido alguna vez buena y animosa, y lo habéis sido siempre... os suplico que no os alarméis. Haced lo que voy a deciros, lo cual es mucho más importante de lo que podéis imaginar. Nada podréis hacer esta noche, porque os será difícil salir. Os lo digo en nombre de Charles y por su bien; sé cuán penoso es el sacrificio, pero entrad en mi habitación y dejadme solo con vuestro padre. Os lo suplico, obedeced; dejadnos solos pronto... en nombre de los que os aman.

—Ya sabéis, amigo mío, que soy obediente y dócil. Veo en vuestra expresión que sabéis que eso es lo único que yo puedo hacer. Sé que decís la verdad.

El anciano la abrazó y la condujo al aposento contiguo, cuya puerta cerró con llave. Cuando volvió al lado del doctor, abrió la ventana, alzó ligeramente las persianas, y los dos dirigieron su mirada al patio.

Habría allí reunidos más de cincuenta individuos de ambos sexos. Cuando el centinela les abrió la puerta, corrieron hacia la piedra de afilar y se pusieron a trabajar con ahínco. Habían llevado indudablemente para ellos aquella máquina para que pudiesen entregarse sin estorbo a su tarea.

Pero ¡qué personajes eran aquéllos! ¡Qué tarea la suya!

La máquina tenía un doble mango, y manejándolo con furia había dos hombres: su rostro, de largos cabellos que caían hacia adelante y volaban hacia atrás a cada vuelta de rueda, era más horrible y más cruel que el de los más bárbaros salvajes en su más bestial vestimenta. Llevaban cejas y bigotes falsos, y su espantoso semblante estaba todo sudoroso y ensangrentado, y desencajado por los gritos, los ojos dilatados y la mirada torva, enrojecida por la disipación y la falta de sueño. Mientras daban vueltas a la máquina azotándose la cara con la mata de pelo sobre los ojos, y sobre el cuello y los hombros, algunas mujeres les llevaban un vaso lleno de vino hasta los labios para que pudieran beber sin interrumpir su tarea. Y entre aquellas gotas rojizas de vino y de sangre y las chispas que brotaban de la piedra se creaba a su alrededor una atmósfera infernal. No se veía allí a nadie que no estuviese manchado de sangre. Unos, desnudos hasta la cintura, tenían el cuerpo y los miembros; otros, los harapos, y algunos más estaban diabólicamente adornados con cintas y encajes teñidos en el cieno ensangrentado. Los cuchillos, las hachas, las bayonetas o los sables, todas las armas que habían llevado para afilar, estaban rojas y húmedas. Pedazos de tela anudaban en la muñeca de algunos los aceros de filo embotado, pero, aunque el tejido era diferente, su color era igual; y cuando sus dueños los arrancaban de las chispas y volvían la calle blandiéndolos con frenesí, el tinte rojo que había desaparecido persistía en sus miradas, que un espectador no embrutecido habría querido petrificar con una bala aunque eso le costara veinte años de existencia.

Todo esto fue visto y no visto. El hombre que va a ahogarse o se halla frente al peligro vería un mundo en un minuto si lo tuviera ante sus ojos. Los dos amigos se apartaron de la ventana, y el doctor interrogó con la mirada a su amigo acerca de aquel espectáculo.

—Asesinan a los presos —dijo el anciano bajando la voz—. Si es cierto que tenéis la influencia de que hablabais antes, daos a conocer a esos salvajes y corred con ellos a La Force. No sé si será tarde pero no hay que perder un segundo.

El doctor salió precipitadamente y sin sombrero y llegó al patio en el momento en que el señor Lorry volvía a asomarse a la ventana. Sus largos cabellos canos, su rostro venerable y la confianza con que se abrió paso entre las armas llenaron de asombro a los espectadores, y en menos de un minuto llegó al centro del grupo que rodeaba la piedra. La máquina se paró, y hubo un momento de silencio. Después se oyó un murmullo que fue creciendo y al cual se unió la voz del doctor.

El señor Lorry vio que el grupo se movía, que veinte hombres rodeaban al doctor Manette y que salían del patio gritando:

—¡Viva el preso de la Bastilla! ¡Paso al preso de la Bastilla!

—¡A La Force a liberar al yerno del preso de la Bastilla!

El señor Lorry cerró la ventana, y se apresuró con el corazón palpitante a ir a ver a Lucie para decirle que su padre, auxiliado por el pueblo, corría a liberar a Charles Darnay.

Lucie tenía a su lado a su hija y a la señorita Pross, pero el señor Lorry no reparó en ellas hasta algunos minutos después, cuando, sentado junto a la chimenea, recobró toda la sangre fría que era posible recobrar después del horrible espectáculo que había presenciado. La pobre joven, presa del estupor, se arrodilló sujetándose de la mano del anciano como de su último apoyo. La señorita Pross había acostado a la niña. ¡Qué larga fue la noche al lado de aquella mujer desconsolada! ¡Qué larga fue, Dios mío! El doctor no volvía, y no se sabía si había triunfado o sucumbido.

Dos veces se oyó la campanilla de la puerta principal, dos veces invadió el patio la turba y dos veces dio vueltas la máquina haciendo brotar chispas de la piedra en medio del fragor.

—¿Qué es eso? —preguntó Lucie con terror.

—¡Silencio, hija mía! Se afilan aquí los sables de los soldados. El palacio es ahora propiedad de la nación, y sirve de taller para fabricar armas.

Sin embargo, la segunda invasión había sido más breve que las demás, y los afiladores habían trabajado con menos entusiasmo. Pocos momentos después empezó a brillar el primer albor de la mañana.

El señor Lorry se desprendió con suavidad de la mano de Lucie, se acercó a la ventana, la abrió con precaución y dirigió la mirada al patio. Yacía junto a la piedra de afilar un hombre tan ensangrentado que parecía un soldado tendido en el campo de batalla. Extenuado por la matanza, se levantó penosamente, lanzó a un lado y otro una estúpida ojeada y, descubriendo a la luz de la aurora una de las carrozas de Monseigneur, se dirigió bamboleándose hacia el suntuoso carruaje, subió a él, cerró la portezuela y se durmió sobre sus elegantes almohadones.

La tierra, esa máquina de afilar colosal, había dado la vuelta cuando el señor Lorry se asomó por segunda vez a la ventana, y el sol enrojecía las losas y las paredes del patio. Únicamente la piedra de afilar se distinguía en la atmósfera tranquila de la mañana, y tenía un reflejo rojizo que el sol nunca ha dado y que su luz no puede borrar.

III

La sombra

Una de las primeras consideraciones que hizo el señor Lorry fue que no tenía derecho a comprometer los negocios de Tellstone hospedando en su casa a la mujer de un emigrado. Habría sacrificado por Lucie y por las personas que quería su fortuna, su libertad y su vida sin vacilar un instante, pero el depósito que se le había confiado no era suyo, y desde este punto de vista era el agente escrupuloso y rígido del banco que en él había depositado su confianza.

Pensó en Defarge y se le ocurrió la idea de ir a ver al tabernero para preguntarle en qué sitio de aquella ciudad en desorden podría hospedarse con más seguridad una mujer, pero la misma consideración le hizo renunciar al plan: Defarge vivía en el barrio más revolucionario de París, estaba indudablemente empeñado en la causa terrible de Saint Antoine y era peligroso llamar su atención.

Como era mediodía y el doctor no había vuelto, y cada minuto de dilación podía comprometer al banco, el señor Lorry manifestó su inquietud a Lucie, la cual le respondió que el doctor Manette tenía la intención de alquilar una habitación en las inmediaciones. Esta determinación no era perjudicial para los negocios y, siéndole imposible partir, aun suponiendo que Charles fuese puesto en libertad, el señor Lorry salió al momento a buscar una habitación, y no tardó en hallar una conveniente en una calle silenciosa y melancólica, cuyas casas anunciaban con sus persianas cerradas que estaban desiertas.

Condujo allí inmediatamente a Lucie, a la niña y a la señorita Pross, y les proporcionó todas las comodidades posibles. Les dejó como sirviente a Cruncher, en quien tenía confianza para custodiar la puerta y recibir sin quejarse una tunda de golpes en la cabeza, y volvió a su despacho. Se puso a trabajar con el corazón muy triste y el alma atribulada, y transcurrió para él el día con dolorosa lentitud.

Pero llegó la noche y se cerró el despacho, y el señor Lorry volvió a encontrarse solo en el mismo aposento de la noche anterior, y reflexionaba sobre lo que iba a hacer cuando oyó pasos en la escalera. Algunos instantes después entró un hombre que lo contempló con mirada atenta y le dirigió la palabra llamándolo por su nombre.

—Servidor vuestro. ¿Me conocéis acaso? —le preguntó el señor Lorry.

Era un hombre robusto, de cuarenta y cinco a cincuenta años, con una enérgica cabeza cubierta por una cabellera negra, recia y rizada.

—¿No me conocéis? —dijo, en vez de responder.

—Efectivamente; os he visto...

—En mi taberna.

—¿Venís de parte del doctor? —preguntó inquieto el anciano.

—Sí, del ciudadano Manette.

—¿Qué os ha dado para mí?

Defarge entregó a la mano trémula que se le tendía una hoja de papel donde se leía lo siguiente:

Charles está sano y salvo, pero sería imprudente separarse de él. He conseguido que el mensajero se digne llevar un recado del preso a Lucie; conducidlo al lado de mi hija.

El señor Lorry, libre de un gran peso tras la lectura de estas líneas, le dijo a Defarge:

—¿Queréis ver a la señora Darnay?

—Sí —respondió el tabernero.

El anciano cogió el sombrero sin reparar entonces en el tono seco y automático de las palabras del ciudadano, y se dirigió al patio, donde encontraron a dos mujeres, una de las cuales hacía punto.

—¡Madame Defarge! —exclamó el banquero, viéndola tal cual la había dejado diecisiete años antes.

—La misma —respondió el tabernero.

—¿Viene con vos? —preguntó el anciano al ver que se disponía a seguirlos.

—Sí. Reconoce las caras y conoce a las personas. Con ella estarán a salvo.

El señor Lorry, que empezaba a reparar en la actitud del tabernero, lo miró con expresión de inquietud, pero abrió la marcha y se dirigió a la casa de Lucie.

De las dos mujeres que lo seguían, la segunda era la Venganza.

Cruzaron con rapidez las calles, subieron la escalera, Jerry los recibió y encontraron a Lucie sola y llorando. Grande fue su alegría al oír las noticias que le dio el anciano, y estrechó la mano que le ofrecía el billete de Charles, sin sospechar lo que había hecho esa mano las dos noches anteriores y lo que solo la casualidad le había impedido hacer contra su marido.

Ánimo, querida mía, estoy sano y salvo y tu padre ejerce una gran influencia aquí. No trates de contestarme y da un beso a nuestra hija.

El papel no decía más, pero estas cortas líneas eran tan preciosas para quien las recibía que en su gratitud se volvió hacia madame Defarge y le besó la mano. En vez de corresponder a esta demostración de gratitud, la mano volvió a caer fría e inerte y continuó haciendo punto.

Lucie se detuvo, helada por aquel contacto, cuando iba a guardarse en el seno el billete de Charles, y miró a la tabernera con terror. Ésta arqueó las cejas y contempló impasible el aterrado rostro de la joven.

—Querida —dijo el señor Lorry, para explicar la visita de la tabernera—, los altercados son comunes en estos días y, aunque no es probable que os causen desgracia alguna, madame Defarge ha deseado veros para reconocerlos y protegeros si

se da el caso. Creo —añadió, cada vez más turbado por la presencia de los tres personajes y deteniéndose a cada palabra—, creo, ciudadano Defarge, que debemos hacer un esfuerzo para salvar al preso.

El ciudadano lanzó una mirada sombría a su mujer, y solo respondió con un sordo gruñido que podía pasar por afirmativo.

—Lucie —continuó el anciano con tono y actitud conciliadores—, dignaos llamar a la señorita Pross y a la niña. Ciudadano Defarge, la señorita Pross es inglesa y no sabe francés.

La señorita Pross, íntimamente convencida de que valía tanto, si no más, que una extranjera cualquiera, no era mujer que se dejara abatir por la desgracia o paralizar por el peligro, y se paró delante de la Venganza, cuyos ojos se habían clavado desde luego en ella, y dijo en inglés:

—Esta mujer puede presumir de ser fea.

Después tosió desafiante mirando cara a cara a la tabernera, pero ni madame Defarge ni la Venganza repararon en ella.

—¿Es su hija? —preguntó la tabernera, señalando a la pequeña Lucie con su aguja de hacer punto como si ésta fuera el dedo del destino.

—Sí, señora —respondió el señor Lorry—, es la hija de nuestro pobre preso, su hija única.

La sombra de la tabernera cayó tan densa y amenazadora sobre la pobre niña que Lucie se arrodilló cerca de su hija y la estrechó contra su pecho. La sombra fatal se extendió entonces sobre las dos, envolviéndolas en un velo fúnebre.

—Bien; ya las he visto; podemos salir —dijo madame Defarge.

Había en el tono en que fueron pronunciadas estas palabras una expresión tan terrible que Lucie, cogiendo con mano suplicante a la tabernera del vestido, le dijo:

—Seréis buena con mi marido, no le haréis mal. ¿Podréis conseguir que me dejen verlo?

—No pienso en tu marido —respondió madame Defarge—, sino en la hija de tu padre.

—Pues ¡sed buena por mí... por mi hija! Mirad cómo cruza las manos para suplicaros que seáis generosa. Ya lo veis, os tememos más a vos que a todos nuestros enemigos.

La ciudadana recibió esta confesión como un cumplido, y se volvió a su marido. A Defarge, que se mordía con angustia la uña del dedo pulgar, se le puso un semblante más severo bajo la mirada de su mujer.

—¿Qué te dice el preso en ese billete? —preguntó madame Defarge a Lucie—. ¿No habla de influencia?

—Dice que mi padre tiene mucha —respondió Lucie sacando el billete del pecho y mirando a la tabernera con sus hermosos ojos llenos de terror.

—Tu padre lo pondrá en libertad —dijo madame Defarge con indiferencia.

—Compadeceos de nosotros —exclamó Lucie con fervor—, os lo pido en nombre de Dios. No ejerzáis vuestro poder contra mi marido... Haced que lo devuelvan a mis brazos. Sois mi hermana porque sois mujer... ¡Tened piedad de una esposa y de una madre!

Después de mirar fríamente a la suplicante, madame Defarge se volvió hacia la Venganza y dijo con voz glacial:

—Nunca se ha hecho caso de las esposas y las madres que hemos conocido nosotras, y con frecuencia les han robado a sus padres y maridos para hundirlos en un calabozo. Desde que estamos en el mundo hemos visto sufrir a nuestras hermanas y a sus hijos, y padecer frío, hambre, sed, opresión y todas las miserias y todos los desprecios.

—No hemos visto otra cosa —dijo tranquilamente la Venganza.

—Pues bien —añadió madame Defarge dirigiéndose a Lucie—, ¿crees que pueda interesarnos el dolor de una esposa y de una madre?

Y, volviendo a hacer punto, salió acompañada de la Venganza y seguidas de Defarge, que cerró la puerta.

—¡Valor, hija mía! —dijo el señor Lorry, ayudando a Lucie a incorporarse—. ¡Valor! Todo va bien. ¡Qué diferencia entre vuestra suerte y la de tantas pobres criaturas! Vamos, hija mía, no os desalentéis; tenéis que estar agradecida a la Providencia.

—Lo sé, y no soy tan ingrata con ella; pero esa mujer ha lanzado sobre mí una sombra que oscurece el porvenir y mata mi esperanza.

—¿Cómo? ¿Qué significa ese desaliento? —repuso el anciano—. Una sombra, querida Lucie, no tiene sustancia y, por consiguiente, no es de temer.

A pesar de cuanto podía decir, los Defarge habían tendido también su sombra sobre él, y en el fondo de su alma sentía una extraña agitación.

IV

Palma en medio de la tormenta

El doctor Manette estuvo cuatro días ausente. Muchas de las cosas que habían ocurrido en este espantoso lapso no llegaron al conocimiento de Lucie, y le fueron tan bien ocultadas que no sería hasta mucho más tarde, ya lejos de Francia, cuando se enteró de que mil cien presos indefensos de los dos sexos y de todas las edades habían sido asesinados por el populacho; de que cuatro días y cuatro noches habían sido oscurecidos por estas horribles hazañas; y de que el aire que respiraba estaba contaminado por la matanza. Lo único que supo fue que los presos habían sido atacados, que todos los políticos habían corrido peligro, y que algunos de ellos habían caído en manos de las masas, que los mataron.

Después de obtener del señor Lorry la innecesaria promesa de guardar el secreto, el doctor le contó a su amigo que la multitud que lo había conducido desde el palacio a La Force lo había llevado ante una auténtica carnicería; que había encontrado allí un tribunal que juzgaba por su propia autoridad, y que los acusados comparecían uno tras otro ante los jueces, los cuales, después de un breve interrogatorio, daban orden de poner en libertad al preso o de matarlo, o bien, lo que era más raro, de devolverlo a su calabozo. Presentado a ese tribunal por los que lo habían acompañado, el doctor Manette había declarado su nombre, su título y su cualidad de antiguo preso de la Bastilla, donde había pasado dieciocho años sin previa formación de causa. Uno de los miembros del tribunal popular había confirmado esas palabras, y en ese juez improvisado había reconocido el doctor al ciudadano Defarge.

Después de compulsar los registros que había sobre la mesa, el antiguo preso se cercioró de que su yerno no hubiera sido ejecutado y abogó con entusiasmo por él delante del tribunal; los jueces, algunos dormidos y otros despiertos, algunos en ayunas y otros ebrios, algunos limpios y otros manchados de sangre, lo escucharon con benevolencia y, en medio de los arrebatos de entusiasmo que había desatado como mártir del sistema derrocado, se accedió a su demanda, a saber: que el preso Evrémonde fuera presentado ante el tribunal para ser interrogado inmediatamente. Charles Darnay había sido declarado inocente e iba a recobrar la libertad cuando, por una circunstancia inexplicable, se detuvo de pronto la corriente que estaba en favor del preso. Los individuos del tribunal se habían reunido en conferencia secreta, y el que presidía anunció al doctor que era imposible poner en libertad al acusado, pero que, en consideración a los méritos de su suegro, se le declaraba inviolable. Y, a una señal del presidente, condujeron otra vez a Charles a su calabozo. El doctor solicitó entonces el favor de velar por su yerno, para cerciorarse personalmente de que por una equivocación no fuera entregado a los verdugos, cuyos alaridos de furia se oían

desde el salón y se confundían con la voz de los jueces. Y, habiendo obtenido lo que pedía, se había visto obligado a no salir de aquel edificio manchado de sangre hasta que pasó el peligro.

Las escenas espantosas de que el doctor fue testigo durante aquellos tres días, en los que apenas tomó alimento ni pudo dormir ni un instante, no se describirán aquí. Cuando se restableció el orden, la loca alegría de los presos que se habían salvado asombró casi tanto al doctor como la locura y la ira que se habían apoderado de los que yacían en el sueño eterno. Entre otras cosas que lo sorprendieron, contó al señor Lorry que un preso, restituido a la libertad, había sido herido por equivocación de una puñalada al salir de la cárcel, y que, habiendo sido llamado él, como médico, para asistir a aquel desgraciado, lo había encontrado en los brazos de un grupo de samaritanos sentados sobre un montón de sus víctimas. Con una inconsecuencia no menos extraordinaria que todos los actos de aquella abominable pesadilla, lo habían ayudado a la cura prodigando los más tiernos cuidados al herido y, mandando traer una litera, lo habían colocado en ella con precauciones infinitas para trasladarlo a un lugar seguro rodeado de una solícita escolta. Aquellos hombres frenéticos volvieron entonces a empuñar las armas, y continuaron la matanza con tanta ferocidad que el doctor había llegado a desmayarse en medio de un charco de sangre.

Mientras escuchaba estos horribles detalles, el señor Lorry pensó con un escalofrío que semejantes pruebas podían conmover nuevamente las facultades intelectuales de su amigo. Sin embargo, el doctor, a pesar de sus sesenta y dos años, no le había parecido nunca dotado de tanta energía física ni de tanta fuerza moral. En efecto, éste pensaba por vez primera en su antiguo martirio para felicitarle por él, y no deploraba ya aquella época de padecimientos en la que había forjado la palanca que abriría la cárcel de Charles y le permitiría salvar al marido de su hija.

—Ya veis —dijo— cómo debían servirme algún día mis desgracias, y que no era todo desastre y ruina en el pobre zapatero. Mi hija adorada me restituyó a la vida y a la razón, y yo le restituiré ahora la parte más querida de su ser. Estad seguro, amigo mío, de que lo conseguiré.

El señor Lorry, al ver su mirada firme, sus facciones tranquilas y su actitud resuelta, no pudo menos de creer lo que decía aquel hombre cuya vida parecía haberse parado como el movimiento de un reloj y que recobraba de pronto su primitiva actividad.

Mayores dificultades tendría ahora que combatir el doctor, y todas cederían ante sus esfuerzos constantes. Mientras ejercía la medicina y prestaba sus cuidados a los que los reclamaban, libres o cautivos, ricos o pobres, inocentes o culpables, el doctor Manette empleó con tal acierto su influencia que no tardó en conseguir la plaza de médico inspector de tres cárceles, una de las cuales era La Force. Pudo entonces anunciar a su hija que Charles había salido del calabozo y se encontraba con los presos en la sala común. Cada ocho días, al pasar la visita, veía a su yerno y enviaba a Lucie algún dulce mensaje del preso. Algunas veces la pobre joven recibía una carta

por conducto de su padre, pero no se le permitía contestar a esas líneas preciosas, porque de todos los presos de quienes se sospechaba que conspiraban contra el pueblo, los emigrados eran los que encendían más vivamente la ira de los patriotas, especialmente aquellos a quienes se acusaba de tener correspondencia, con sus amigos, o sus familias.

Es verdad que el nuevo género de vida del doctor no estaba exento de inquietud y de fatiga, pero, lejos de desanimarse, desplegaba mayor fuerza y valor; y el buen señor Lorry creyó descubrir que en los sentimientos que sostenían a su amigo predominaba un noble orgullo, digno a la par que puro, que le parecía muy natural y cuyos efectos inesperados observaba con alegría. El doctor sabía que hasta entonces el recuerdo de su cautiverio se asociaba en el ánimo de su hija y de su amigo al doloroso estado en que lo había sumido la cárcel, pero ahora se creía por el contrario revestido, gracias a sus antiguas desgracias, de una fuerza que constituía toda su esperanza. Exaltado por este cambio de papeles que le hacía a su vez protector de los que habían sostenido su debilidad, marchaba con paso firme e infundía a los demás la confianza que tenía en sí mismo. Él era, pues, quien consolaba y alentaba a su hija, quien la salvaba de la desesperación, y sentía tanto orgullo como alegría al prestar un servicio a cambio de los que ella le había ofrecido en otro tiempo. «Es muy curioso lo que veo —pensaba el señor Lorry—; sin embargo, es muy justo. Conducíos y obrad como mejor os parezca, querido doctor, porque ahora la iniciativa es vuestra».

Pero, a pesar de todos sus esfuerzos y de toda su perseverancia, el doctor Manette no fue capaz de conseguir la libertad de Charles, ni de que su proceso siguiese los trámites regulares: el ritmo de los sucesos era demasiado rápido y poderoso para que fuera fácil dominarlo. Empezaba la nueva era: el rey había sido procesado, condenado y decapitado; y la República de la Libertad, la Igualdad, la Fraternidad, o la Muerte, se levantaba para vencer o morir contra el mundo en armas. La bandera negra ondeaba en las torres de Notre-Dame, y trescientos mil hombres llamados contra los tiranos salían de todos los puntos de Francia, como si los dientes del dragón de la fábula^[33], sembrados a manos llenas, hubieran igualmente fructificado en las aldeas, al sol ardiente del mediodía y bajo el cielo nebuloso del norte, en los bosques y en las llanuras, entre las viñas y los olivares, en las praderas y las chozas, en las fértiles orillas de los ríos y en la arena de las playas. ¿Qué interés particular era bastante fuerte para hacerse oír en medio de ese alzamiento general, de ese diluvio procedente de la tierra y no del cielo, cuyas puertas estaban cerradas?

No había vacilación, piedad ni reposo. El tiempo no existía ya; los días y las noches podían girar en su círculo ordinario y traer como siempre la mañana y la tarde, pero no se contaban ya las horas y se había perdido la medida del tiempo en medio de la fiebre ardiente que se apoderaba de todo un pueblo. De pronto, rompiendo el silencio insólito de la ciudad, el verdugo enseñó la cabeza del rey a los ojos de la multitud, y pareció que casi al momento exhibía también la hermosa cabeza de la reina, cuyos cabellos habían encanecido ocho meses de viudez y de miseria.

Y, sin embargo, en virtud de una ley cuyos efectos contradictorios se observan en semejantes casos, el tiempo adquiriría una duración tanto mayor cuanto más rápida parecía su fuga. Un tribunal revolucionario en París; cuarenta o cincuenta mil comités revolucionarios esparcidos por toda la superficie del territorio; una ley de sospechosos que amenazaba la libertad y la vida de todos y entregaba la inocencia y la honradez a merced del furor y del crimen; las cárceles atestadas de individuos inocentes cuyas quejas no eran oídas: tal era el orden de cosas vigente, y su aplicación parecía antigua aunque apenas contara con algunos meses de existencia. Finalmente, dominándolo todo, una horrible figura desconocida hasta hacía poco, era tan familiar a todas las miradas como si hubiese existido desde la creación del mundo: la figura de una mujer afilada llamada Guillotina.

La guillotina servía de tema a los chistes populares: era el remedio más eficaz para curar el dolor de cabeza, un cosmético infalible contra las canas, el barbero que afeitaba con más destreza, y el que abrazaba la guillotina, miraba por la ventana y después estornudaba en el saco. Había llegado a ser el signo de la redención humana y reemplazaba al crucifijo; pequeños modelos de este instrumento liberador adornaban los pechos, de donde había desaparecido la cruz, y se le rendían los homenajes que se negaban a Jesucristo.

Derramó tanta sangre que el terreno que la sostenía se empapó y se pudrió la madera, y cuando cayó a pedazos como el juguete del hijo del demonio, fue reconstruida y colocada de nuevo en su sitio cuando la ocasión lo requería. Continuó su obra sangrienta sin consideración a la elocuencia, al poder, a la virtud ni a la hermosura, y veintidós amigos que merecían el aprecio público, veintiún vivos y un muerto fueron decapitados una mañana a razón de minuto por cabeza^[34]. El nombre del hombre fuerte del Antiguo Testamento^[35] se había posado sobre el funcionario que la manejaba, pero éste era más fuerte que su antiguo homónimo y no menos ciego, pues destruía todos los días las columnas del templo cuyos restos esparcía.

En medio de esos actos sanguinarios y del terror que por todas partes infundía, el doctor Manette seguía su marcha sin desfallecer, confiando en su fuerza, y sin dudar un solo instante de la influencia que debía salvar al marido de su hija. Quince meses habían transcurrido desde su primer esfuerzo, quince meses de lucha inútil sin que asomase en su alma el desaliento. La rabia de los verdugos había llegado a ser tan violenta, y tan perverso su delirio, que en el mes de diciembre más de un río del sur se inundó de cadáveres ahogados, y en muchos sitios los presos, formados en fila o en cuadro, caían bajo las balas. El doctor conservaba, sin embargo, su firmeza. Nadie era más conocido en París, ni nadie se había creado una posición más extraña. Humano y silencioso, indispensable en la cárcel como en el hospital, y haciendo uso de su ciencia en beneficio de los asesinos lo mismo que de las víctimas, era un hombre extraordinario. Su título de antiguo preso de la Bastilla hacía de él un ser excepcional que podía ir a todas partes; nadie le preguntaba; era visto como un

hombre que hubiera vivido entre los muertos y que, al volver del otro mundo, fuera un puro espíritu errante por la tierra.

V

El aserrador

En esos quince meses, Lucie no había abrigado un solo instante la certeza de que su marido no fuera a ser guillotinado al día siguiente. Los carros mortuorios cargados de víctimas pasaban todos los días por las calles, y jóvenes graciosas, mujeres brillantes de cabellos negros y de cabellos canos, niños y ancianos, nobles y plebeyos formaban el vino tinto que se sacaba todas las mañanas de las bodegas de la cárcel para apagar la sed devoradora del monstruo. ¡Libertad, Igualdad, Fraternidad o Muerte! La última es más fácil de dar que las otras tres. ¡Oh, Guillotina!

Si Lucie hubiera esperado inactiva el fin del drama que tenía en suspenso su vida, habría participado de la suerte de muchos infortunados a quienes anonadaba la desesperación; pero, desde el momento en que en la buhardilla de Saint Antoine había reclinado sobre su corazón la canosa cabeza del preso, había sido fiel a sus deberes, y en esa nueva prueba continuaba cumpliéndolos con igual valor que en otro tiempo.

Desde que se instaló en su nueva habitación lo dispuso todo con tanto orden y tan buen gusto como si Charles estuviese a su lado: cada objeto ocupó su puesto y cada hora del día tuvo su ocupación particular. Las lecciones que daba a la tierna Lucie fueron tan regulares como si no hubiera partido de Londres, y lo único que revelaba su dolorosa inquietud era hasta qué punto se hacía ilusiones de que muy pronto vería a toda la familia reunida. Todas las mañanas hacía preparativos para recibir a Charles, acercaba la silla que le destinaba, ponía en la mesa los libros que prefería y, si a la hora de acostarse dirigía al cielo una oración ferviente por los que estaban amenazados de muerte, no se confesaba que rezaba por su marido.

Ni siquiera podía decirse que hubiese cambiado mucho; los vestidos sencillos y de color oscuro, así como los de su hija, estaban tan aseados como los trajes más brillantes que llevaba en otro tiempo; y, aunque estaba pálida, aquella expresión tan profundamente reflexiva, que en ciertas circunstancias había dado a sus facciones una gracia tan notable, no se borraba ya como en otro tiempo, sino que siempre era bella y grácil. Algunas veces, al abrazar a su padre por la noche, prorrumplía en llanto y le decía entre sollozos que había perdido ya la esperanza.

—No temas —le respondía el doctor con el tono de la firmeza y la convicción—, no puede sucederle desgracia alguna sin que yo lo sepa. Estoy seguro, hija mía, de que lo salvaré.

Apenas hacía cuatro meses que estaban en París cuando una noche, al volver a casa, le dijo el doctor Manette a su hija:

—Tengo que darte una buena noticia; hay en la cárcel una ventana alta a la cual puede llegar Charles a ciertas horas sin ser visto.

—¿A qué horas, padre mío?

—A las tres de la tarde. Cuando se lo permitan, lo cual depende de diversas circunstancias, podrá veros a ti y a tu hija, si estáis en la calle en cierto recodo que no es difícil indicarte; pero tú no podrás verlo, querida Lucie, y, si por una casualidad lo consiguieras, no olvides que sería peligroso hacerle señas.

—Me dirás dónde está ese sitio, padre mío, e iré todos los días.

Desde ese día, hiciese el tiempo que hiciese, esperó allí dos horas. Cuando no hacía frío ni demasiada humedad, se llevaba a su hija, pero si no iba sola, y solo faltó un día.

Era la esquina de una callejuela oscura, sucia y tortuosa. La única morada de este rincón desierto era una barraca donde vivía un hombre que aserraba madera; por lo demás, no había sino un alto muro, al menos hasta donde alcanzaba la vista.

La tercera vez que Lucie acudió a la cita llamó la atención del aserrador.

—¡Buenas tardes, ciudadana! —le dijo.

—Buenas tardes, ciudadano.

Esta manera de saludar estaba prescrita por un decreto. Admitida voluntariamente al principio por los patriotas más celosos, había llegado a ser obligatoria.

—¿Otra vez por aquí, ciudadana?

—Ya lo veis, ciudadano.

El aserrador, un hombrecillo de aspecto vulgar (en otro tiempo había sido caminero), dirigió una mirada a la cárcel, la señaló con la cabeza y, colocándose los diez dedos sobre la cara como representando una reja, miró sonriendo a través de sus barrotes simulados.

«Al fin y al cabo, ¿a mí qué más me da?», dijo para sí.

Y nuestro hombrecillo, que en otro tiempo llevaba un gorro azul, continuó con ardor su interrumpido trabajo.

El día siguiente esperó a Lucie, y le dijo en cuanto llegó:

—¿También vienes hoy, ciudadana?

—Sí, ciudadano.

—Y con una niña. ¿Es tu madre, ciudadanita?

—¿Debo responder, mamá? —dijo en voz baja la niña, acercándose con miedo a su madre.

—Sí, ángel mío.

—Sí, ciudadano; ¡es mamá!

—Ya me lo figuraba. Pero ¿a mí qué más me da? Lo importante es trabajar. ¿Ves esta sierra? La llamo mi pequeña guillotina. ¡La, la, la, la... plan! Ya ha cortado otra cabeza.

El trozo de madera cayó al pronunciar estas palabras, y, después de recogerlo, lo arrojó en un cesto.

—Soy el Sansón de la madera. Vais a verlo. ¡Froc! ¡Froc! ¡Froc! ¡Froc! Es la cabeza de la mujer. Ahora le toca a la hija: ¡Fric! ¡Fric! ¡Fric! Ha caído toda la familia.

Lucie se estremeció al ver arrojar en el cesto los dos trozos que añadía a los demás; pero no era posible acudir a la cita cuando aquel hombre trabajaba sin hallarse a su lado. Una indiscreción podía perderla, y como era necesario que se ganara las simpatías del patriota, era la primera en dirigirle la palabra y hasta le daba de vez en cuando algunas monedas que él se apresuraba a meter en el bolsillo.

El buen hombre era indiscreto por carácter, y cuando Lucie, olvidando su presencia, observaba los tejados y las rejas de La Force, encareciendo su alma al preso, se lo encontraba con los ojos clavados en ella y con la sierra inmóvil en la madera.

—Pero ¿a mi qué más me da? —decía entonces él, y continuaba con ardor el interrumpido trabajo.

Acudió a la cita todos los días con nieve y con hielo, con los vientos de marzo y abril, con el sol y las tormentas del verano y con las grandes lluvias de otoño y, cuando volvió el invierno, el hielo y la nieve la encontraron en el rincón de la calle sombría y desierta.

Pasaba allí dos horas, y todos los días al partir besaba la pared de la cárcel. Su marido pudo verla cinco o seis veces, y vislumbrarla otras dos o tres pasando; sacó partido, todo lo más, de quince días, aunque ella había ido todo el año. No lo ignoraba Lucie, pero bastaba que pudiera dejar de estar en su sitio en el momento en que la casualidad favoreciera a Charles para que nada le impidiera acudir a la cita. Habría permanecido allí con lluvia o con escarcha, de la mañana a la noche, y lo habría hecho todos los días antes de ocasionar con su ausencia un disgusto al preso.

Una tarde del mes de diciembre había ido a la calle desierta pisando la nieve. Era día festivo, de regocijo público; todas las casas estaban adornadas de pequeñas lanzas con un gorro rojo y cintas tricolores en la punta, y en muchas de ellas se veía esta inscripción en letras de tres colores: «República Una e Indivisible, Libertad, Igualdad, Fraternidad, o Muerte».

La miserable barraca del aserrador era tan angosta que en toda su fachada poco espacio quedaba para la divisa republicana, pero el hombrecillo había encontrado a alguien que, estrechando las palabras, había conseguido inscribir «Muerte», no sin dificultades contrarias al actual orden de cosas. En el techo de la barraca se veía un palo adornado con su correspondiente gorro rojo, como era de rigor para todo buen ciudadano, y su dueño había puesto en la ventana su famosa sierra con esta leyenda: «Santa Guillotina», porque en aquella época acababa de ser canonizada. La barraca estaba cerrada, y Lucie Darnay se vio con gran satisfacción completamente sola, pero el hombrecillo no se hallaba muy lejos y su descanso no duró mucho.

Pasos tumultuosos acompañados de ruidosas aclamaciones se aproximaron; Lucie sintió terror. Algunos minutos después la multitud salió de la calle contigua y rodeó la

cárcel y la barraca que estaba arrimada a sus paredes. Quinientas personas, entre las cuales se distinguía en primera fila a la Venganza dando la mano al aserrador, se pusieron a bailar con el frenesí de cinco mil espíritus infernales; mujeres con mujeres, hombres con hombres, según los había juntado la casualidad. Les servía de música un canto popular cuyo ritmo feroz, rigurosamente observado por los danzantes, se parecía a un rechinar de dientes hambrientos. Al principio solo se veía una invasión de harapos y gorros frigos pero, cuando la plaza estuvo completamente atiborrada, se dibujaron en medio de la masa turbulenta ciertas figuras coreográficas que se le antojaron a Lucie el espectro del delirio en un baile desenfrenado. Avanzaban y retrocedían, se daban mutuamente golpes en la mano, se cogían de la cabeza, hacían piruetas cada uno por su lado, luego se juntaban y bailaban de dos en dos hasta que rodaban por el suelo la mayor parte de las parejas. Las que quedaban en pie empezaban a galopar en torno a las que habían caído, y la inmensa rueda se dividía en pequeños círculos de dos a cuatro personas que daban vueltas con vertiginosa rapidez. Se volvían a dar las manos, se cogían de la cabeza, se separaban uno a uno y dos a dos, y recomponiendo la rueda la hacían girar en dirección inversa. Hubo una pausa. Cada cual siguió el compás con estrépito; la masa se dividió en filas a lo largo de la calle, y los danzantes de ambos sexos empezaron a correr con la cabeza baja y las manos levantadas, lanzando espantosos alaridos. Ningún combate podía ofrecer un espectáculo tan desgarrador como esta diversión degenerada que pasaba de la inocencia a la embriaguez demoníaca, como este pasatiempo saludable convertido en un medio de excitar la sangre, de extraviar el alma y de endurecer el corazón. La gracia que no dejaba de tener lo hacía más feo aún, y demostraba hasta qué punto habían podido rebajarse y pervertirse las cosas más puras. Aquel pecho virginal, del cual estaba desterrado el pudor, aquella linda cabeza casi infantil, estremecida por la convulsión de una alegría rencorosa, y aquel pie delicado bailando con paso ligero en el cieno ensangrentado, representaban la demencia de aquella época desquiciada.

Así era el baile de la carmañola. Mientras la multitud se alejaba dejando a la pobre Lucie helada de terror en la puerta de la barraca del aserrador, la nieve caía con tanta calma y pureza como si todo fuera un sueño.

—Padre mío, ¡qué cuadro tan horrible!

El doctor Manette estaba al lado de su hija cuando ésta alzó la cabeza y se descubrió los ojos que se había tapado con las manos.

—Lo he visto muchas veces, hija mía, pero no debemos temer, porque ninguno de esos hombres querrá hacerte mal.

—No tiemblo por mí, padre, pero cuando pienso que Charles está a merced de esa gente...

—Te prometo que dejará de estarlo muy pronto. Cuando me he despedido de él se dirigía a la ventana y he venido para avisarte. Estamos solos; puedes enviarle un beso a aquel torreón más alto que los demás.

—Lo hago con placer, padre querido, y le envío toda mi alma.

—Tú no puedes verlo, hija mía.

—¡Ah, no! —dijo ella, llorando, mientras se besaba la mano y miraba el torreón donde debía estar el preso.

Se oyó rumor de pasos en la nieve. Era madame Defarge.

—Os saludo, ciudadana —dijo el doctor al verla.

—Salud, ciudadano.

Y pasó sin volver la cabeza, deslizándose como una sombra sobre la nieve.

—Dame el brazo, ángel querido, y ten valor. Disimula tu tristeza, y por lo mucho que lo amas sonrío. Bien, hija mía.

Se alejaron. Después de unos momentos de silencio, el doctor le dijo a Lucie:

—No sin motivo te he suplicado que sonrieras. Debemos estar contentos porque mañana comparece Charles ante sus jueces.

—¿Mañana?

—El tiempo urge. He hecho todos mis preparativos, pero se han de tomar ciertas precauciones, y no podían tomarse antes de saber exactamente el día del proceso. Aún no se lo han notificado, pero sé por buen conducto que mañana es la vista y que será trasladado esta noche a la Conciergerie^[36]. Anímate; tengo esperanzas de salvarlo.

—Confío en ti —respondió la pobre Lucie con voz trémula.

—Tienes razón, ángel mío. Van a terminar todos nuestros pesares; mañana por la noche abrazaremos a Charles. Pero antes tengo que ver...

El doctor se interrumpió, porque llegó a sus oídos y a los de su hija un rumor fúnebre que reconocieron. Tres carros mortuorios pasaban a corta distancia cargados de víctimas.

—Tengo que ver a Lorry ahora mismo —continuó el doctor, tomando un camino diferente.

Constantemente fiel a sus deberes, el anciano estaba en su puesto que nunca abandonaba. Expuestos él y sus libros a continuas pesquisas con motivo de un sinfín de tierras que habían pasado a ser bienes nacionales, salvaba todo lo que podía en beneficio de sus antiguos propietarios, y es indudable que ningún otro hombre habría defendido así, sin tregua ni descanso, los intereses importantes que custodiaba Tellstone, ni lo habría hecho con menos ostentación y menos palabras.

El tinte rojizo que coloreaba las nubes y la niebla que se alzaba del Sena indicaban el término del día, y era casi anochecido cuando el doctor y su hija llegaron al magnífico palacio. En el aristocrático edificio, a la vez profanado y desierto, se veían también estas palabras escritas sobre el montón de inmundicias y ceniza esparcidas por el patio: «Propiedad Nacional. República Francesa, Una e Indivisible. Libertad, Igualdad, Fraternidad, o Muerte».

¿Quién estaba con el señor Lorry? ¿A quién pertenecía la capa de viaje que se veía sobre una silla? ¿Quién era el personaje del que se acababa de despedir el anciano cuando se acercó conmovido a Lucie para estrecharla en sus brazos? ¿A

quién repitió las palabras que ella acababa de balbucear cuando, volviendo la cabeza hacia la puerta del aposento de donde él salía, dijo alzando la voz: «¿Trasladado a la Conciergerie para ser juzgado mañana?»?

VI

Triunfo

El tribunal revolucionario, compuesto de cinco jueces, del acusador público y de un jurado cuyas decisiones no tenían apelación, celebraba audiencia todos los días. La lista de los acusados que debían comparecer ante él se enviaba el día anterior a cada cárcel y la leía el carcelero a los interesados.

—¡Acercaos todos y oíd! Aquí está el periódico de la tarde —repetía el carcelero, para quien esta frase era su chiste favorito.

—¡Charles Evrémonde, llamado Charles Darnay!

Este nombre encabezaba el diario de la tarde en La Force el día en que la pobre Lucie había visto bailar la carmañola.

Cuando un preso era citado, debía salir de la sala común y trasladarse a un sitio reservado. Charles tenía tristes razones para no ignorar esta costumbre, pues a lo largo de quince meses había visto desaparecer a todos sus compañeros de infortunio después de ser sometidos a esta formalidad.

El carcelero obeso miró por encima de sus anteojos para cerciorarse de que dicho Evrémonde había ido a situarse en el sitio reservado para los que iba llamando, y continuó su lectura, parándose del mismo modo a cada nombre que pronunciaba. En la lista figuraban veintitrés, pero solo veinte presos respondieron; los otros tres habían muerto, uno en la misma cárcel y los otros dos en el cadalso, pero lo habían olvidado. La lectura de esta lista fatal se hacía en la sala donde Charles había sido conducido el día en que entró en La Force. Todos los que habían entrado allí aquellos días habían muerto en la masacre, y desde entonces los amigos por los que se había interesado y de los que se había despedido solo habían salido de la cárcel para subir al cadalso.

Hubo adioses y palabras amables, pero todo terminó muy pronto, porque era un incidente cotidiano al cual los presos se habían acostumbrado, y precisamente aquella noche la sociedad de La Force se preparaba para distraerse con juegos de prendas y hasta con un pequeño concierto. Todos se asomaron a las rejas para ver salir a los acusados, se derramaron algunas lágrimas por los desventurados que se alejaban, pero, como quedaban veinte puestos vacíos, era necesario llenarlos para que no se frustrase la diversión que tenían planeada. Por otra parte, se hacía tarde, y muy pronto vendría el alcaide a cerrar las puertas y a confiar la sala común y los corredores a la custodia de los carceleros del turno de noche. Esto no quiere decir que los presos fuesen insensibles; su indiferencia procedía de la situación en que se hallaban y de la índole misma de la época en que vivían, no de su dureza de corazón. La especie de fanatismo o de embriaguez que impulsó entonces a varias personas a desafiar orgullosamente a la guillotina y morir en ella no era una simple bravata sino el efecto

contagioso del frenesí colectivo. Se ha visto en tiempo de peste que ciertos individuos se ven atraídos por el mal en medio del vértigo y desean la muerte, y todos tenemos misterios ocultos en nuestro pecho que necesitan para manifestarse una circunstancia que los evoque.

El paso de La Force a la Conciergerie era corto y tenebroso. La noche fue larga y fría para los veinte acusados en sus nuevos calabozos llenos de inmundicia. Conducidos al tribunal por la mañana, comparecieron quince de ellos delante de los jueces antes que Charles Darnay, y todos fueron condenados a muerte. Su interrogatorio, su acusación, su defensa y su sentencia apenas requirieron hora y media del tribunal.

—¡Charles Evrémonde, llamado Charles Darnay! —gritó el ujier.

Los magistrados llevaban sombreros con plumas, pero predominaba en todos los puntos del salón el gorro frigio adornado con la escarapela tricolor. El acusado habría podido creer, a juzgar por los jurados y el público, que se había invertido el orden natural de las cosas, y que los criminales juzgaban a los hombres de bien. Todo lo más vil y más atroz que hay en el populacho de una gran ciudad dirigía los debates, hacía estrepitosos comentarios, reprobaba y anticipaba y precipitaba el fallo sin la menor oposición por parte del tribunal. La mayoría de los hombres iban armados y algunas mujeres llevaban puñales y cuchillos; entre ellas no pocas comían y bebían mientras asistían a la audiencia, y otras hacían punto. Una de éstas tenía una faja tejida debajo del brazo, y no era la que trabajaba con menor dedicación. Colocada en primera fila, estaba a su lado un hombre que el acusado no había visto desde su llegada a París, pero en quien reconoció inmediatamente al ciudadano Defarge. La mujer de la faja habló una o dos veces al oído de su vecino, de lo cual dedujo Charles que era la tabernera, y lo que más le llamó la atención fue la afectación con que la pareja miraba a los jurados sin mirarlo a él, a pesar de hallarse muy cerca. Debajo del presidente estaba sentado el doctor Manette con su traje ordinario: él y el señor Lorry eran los únicos de la sala que no habían adoptado las insignias revolucionarias.

Charles Evrémonde, llamado Charles Darnay, comparecía ante el tribunal como aristócrata acusado de emigración, y el acusador público pedía su cabeza en nombre del decreto de destierro que prohibía bajo pena de muerte entrar en Francia a los emigrados. Era lo de menos que el regreso del acusado se hubiera producido antes de la proclamación del decreto invocado; dicho Evrémonde estaba allí, lo habían apresado en Francia, existía el decreto y era imprescindible que se le aplicase.

—¡Que le corten la cabeza! —gritaba el auditorio—. Es un enemigo de la República.

El presidente agitó la campanilla, y preguntó al acusado si era cierto que había vivido muchos años en Inglaterra.

—Es cierto —respondió Darnay.

En tal caso era un emigrado. ¿Y cómo se consideraba él?

Decía que era un francés que vivía en Inglaterra, pero no emigrado en el sentido que se daba a esta calificación.

—¿Y por qué? —quería saber el presidente.

Porque había renunciado voluntariamente a una posición y a un título que le eran odiosos, y, si había abandonado su país, mucho antes de que la palabra «emigrado» tuviese la significación que le daba el tribunal, era porque había preferido vivir de su propio trabajo en Inglaterra que a costa del pueblo de Francia.

¿Qué pruebas aducía?

El testimonio de Théophile Gabelle y de Alexandre Manette.

El presidente le recordó que, sin embargo, se había casado en Londres.

—Sí, pero no con una inglesa.

—¿Con una ciudadana de Francia?

—Sí.

—¿Su nombre?

—Lucie Manette, hija del doctor Manette, ex preso de la Bastilla.

Esta contestación produjo un feliz efecto en la sala. Resonaron en toda ella gritos de alabanza del buen doctor, y era tal la inconstancia del pueblo que corrieron las lágrimas sobre algunos de aquellos rostros feroces que un momento antes expresaban el furor.

Charles había seguido hasta entonces las instrucciones reiteradas por su suegro, cuya vigilancia había allanado todos los obstáculos de la senda peligrosa en que se había internado.

El presidente preguntó por qué había regresado el acusado a finales del año anterior y por qué había esperado hasta entonces para volver a su patria.

Darnay respondió que si no había regresado antes fue porque no tenía en su país otros medios de existencia que los bienes patrimoniales a los que había renunciado, mientras que en Inglaterra se ganaba el sustento enseñando la lengua y la literatura francesas. Si partió de Londres fue a ruego de uno de sus compatriotas, cuya vida ponía en peligro su ausencia. Había vuelto para salvar la vida de ese ciudadano y para declarar la verdad exponiéndose a la muerte. ¿Era esto un crimen a los ojos de la República?

—¡No! ¡No! —gritó el populacho con entusiasmo.

El presidente agitó en vano la campanilla, y los gritos continuaron hasta que el público tuvo a bien guardar silencio.

El presidente requirió entonces el nombre del mencionado ciudadano. El acusado dijo que era su primer testigo. También se refirió con confianza a la carta de ese ciudadano, carta que le habían quitado en la frontera al entrar en París, pero que se encontraba indudablemente en los autos que tenía a la vista el tribunal.

El doctor había tenido cuidado de hacerla incluir en la causa y, en efecto, fue leída por el presidente. Habiendo sido llamado el ciudadano Gabelle para prestar declaración, confirmó no solamente lo que había dicho el acusado, sino que insinuó

con extrema delicadeza que, en medio del cúmulo de asuntos impuestos a la justicia por los numerosos enemigos del pueblo, había estado tres años encerrado en la L'Abbaye, completamente borrado de la memoria patriótica del tribunal, hasta los últimos días de la semana anterior en que había sido citado a comparecer, y que se le había puesto en libertad a satisfacción del jurado, al declarar éste que la acusación dirigida contra él quedaba anulada con la presencia del ciudadano Evrémonde, llamado Charles Darnay.

Fue interrogado después el doctor Manette. La popularidad que había alcanzado y la exactitud de sus contestaciones produjeron desde el principio un efecto notable. Pero, cuando demostró que el acusado había sido su primer amigo cuando salió de la Bastilla, que no había cesado de protegerlo y amarlo desde entonces en su destierro, y que, lejos de ser mirado con favor por el gobierno aristocrático de Inglaterra, Charles Darnay había sido procesado como enemigo de la Gran Bretaña y como amigo de los Estados Republicanos de América, el tribunal participó de los sentimientos del público. Finalmente, cuando apoyándose en todos estos puntos con la fuerza y el entusiasmo de la verdad, invocó el testimonio del señor Lorry, ciudadano de Londres, actualmente en la sala, el cual había prestado declaración en el proceso del que había hablado antes, el jurado declaró que había oído bastante y estaba dispuesto a dar su fallo si el presidente se dignaba recibirlo.

Cada voto (los jurados votaban verbalmente y en alta voz) fue acompañado de entusiastas aclamaciones. Todos los individuos se pronunciaron en favor del acusado, y Charles Darnay fue declarado inocente por unanimidad.

Empezó entonces una de las manifestaciones a las que se entregaba algunas veces el populacho en aquellos días de furor sanguinario. ¿Lo hacía obedeciendo a un espíritu versátil, cediendo a los impulsos generosos o piadosos que germinaban en él, o para compensar las atrocidades que pesaban sobre su conciencia? Nadie podría decirlo, y es probable que estos tres motivos interviniesen, aunque predominaba sin duda el segundo. En cualquier caso, apenas se dio la absolución brotaron abundantes lágrimas, y abrazaron y besaron a Charles Darnay tantas personas de ambos sexos que éste casi se desmayó, porque estaba debilitado por su larga prisión y profundamente conmovido al pensar que aquella misma multitud, empujada por otra corriente, le habría despedazado con igual entusiasmo.

La necesidad de juzgar a los demás acusados liberó a nuestro amigo de las caricias del populacho. Acababan de comparecer ante el tribunal cinco presos acusados de enemigos de la República, con el cargo de no haberla ayudado ni con sus palabras ni con sus obras; y fue tal la rapidez con que los individuos del tribunal resarcieron al pueblo y a sí mismos de la absolución anterior que aún no había salido Charles Darnay de la sala cuando habían decidido ya que fuesen ejecutados en el término de veinticuatro horas. Uno de los condenados anunció a Darnay la sentencia levantando un dedo, el signo de la muerte en las cárceles, y los cinco añadieron con voz robusta: «¡Viva la República!».

A decir verdad, esta última causa no había tenido público que pudiera prolongar sus debates, porque el doctor y su yerno se hallaron al salir del tribunal en medio de una multitud considerable, en la cual reconoció Manette todas las caras que había visto en la sala, a excepción de dos personas a quienes buscó en vano con la mirada.

Después de que Charles saliera acompañado por el doctor, se renovaron las aclamaciones, las lágrimas, los gritos, los aplausos y los abrazos: el vértigo universal pareció llegar hasta el río y apoderarse del agua, enloquecida como el pueblo que estaba en sus orillas.

Tenían una silla que habían sacado del mismo tribunal o de alguna de las salas inmediatas y, después de cubrirla con una bandera roja, la habían adornado con una pica con un gorro frigio en la punta. A pesar de las súplicas del doctor, elevaron a su yerno sobre ella, y mientras lo llevaban en triunfo en medio de aquel mar agitado de gorros de color sangre de donde surgían a sus ojos restos de rostros humanos, Charles se preguntó más de una vez si lo conducían en un carro a la guillotina.

Lo pasearon por la ciudad en un cortejo que le produjo el efecto de una alucinación: la multitud abrazaba a cuantos encontraba al paso, señalándolo a él con la mano, y profería gritos de entusiasmo; llegaron a la casa del doctor enrojeciendo con el color republicano unas calles enrojecidas ya con un tinte más sombrío; y finalmente entraron en el patio. Lucie, a quien el doctor, adelantándose, había avisado, cayó desmayada en los brazos de su marido.

Mientras Charles la estrechaba contra su pecho, procurando colocarse entre ella y los que lo escoltaban para que no la viera la muchedumbre, algunos individuos se pusieron a bailar y, habiendo seguido inmediatamente su ejemplo todos los demás, se improvisó la carmañola en el patio. Después llevaron en la silla triunfal a una joven que representó a la Diosa de la Libertad, y la carmañola, saliendo del patio del doctor, invadió las calles vecinas, el muelle y el puente, y se alejó como un torbellino, y creciendo como el alud que baja de las montañas.

Charles, después de estrechar la mano del doctor, que lo contemplaba con orgullo, y la del señor Lorry, que llegaba sin aliento y cansado de bregar con los danzantes, y después de dar un beso a la tierna Lucie, que le levantaron para que pudiera abrazarlo, y de saludar a la fiel Pross, que sostenía a la niña, tomó en sus brazos a su esposa y le dijo:

—Lucie, vida mía... me he salvado... ¡Soy tuyo!

—Charles, amado mío, déjame dar gracias a Dios del mismo modo que aún le rogaba ayer.

Todos inclinaron su rostro y su corazón.

—Ahora, ángel mío, habla con tu padre y dile lo que siento; nadie en el mundo habría podido hacer lo que él ha hecho por mí.

Lucie apoyó la cabeza en el pecho del doctor Manette como en otro tiempo se había apoyado en el suyo la pobre cabeza del zapatero. Éste había conseguido al fin la recompensa de todos sus males, y estaba contento y orgulloso.

—¿Por qué tiembles? —dijo con tono de reproche y, sin embargo, lleno de dulzura—. ¿Por qué tiembles ahora? Lo he salvado; ya pasó el peligro.

VII

Llaman a la puerta

—¡Salvado! —repetía Lucie.

¿No se cumplía la ilusión que llevaba alimentando quince meses? Charles estaba con ella, y sin embargo temblaba; una vaga inquietud se apoderaba de su alma, y tenía miedo.

¡Estaba el cielo tan sombrío! ¡Era tan voluble la masa y estaba tan sedienta de venganza! ¡Morían todos los días tantos inocentes, tantos desgraciados tan irreprochables como su marido y tan queridos para los que los lloraban! Era incapaz de tranquilizarse; las sombras empezaban a caer; se oía aún el rumor de los carros mortuorios; y ella los seguía con la imaginación: buscaba a su marido en medio de los que conducían al cadalso y, estrechándose contra él para cerciorarse de su presencia, seguía temblando y su terror crecía por momentos.

Su padre se esforzaba en animarla y consideraba su debilidad con superioridad compasiva, lo cual constituía un espectáculo verdaderamente curioso. No se veían ya en él las huellas de la buhardilla de Saint Antoine, ningún recuerdo de los trabajos del zapatero, nada del número 105, nada de la Torre Norte. Había consumado su obra y cumplido su promesa: había salvado a Charles, y toda la familia podía confiar en él.

Su manera de vivir era muy sencilla, no solamente porque constituía un medio de seguridad, en tanto que no insultaba la pobreza del pueblo, sino porque no eran ricos. Había habido que pagar muy caros los malos alimentos que Charles recibía en la cárcel y los servicios de los carceleros, y contribuir al sustento de los presos que carecían completamente de recursos, por lo cual la familia, por una economía forzosa, así como para evitar el espionaje, no tenía otro criado que Jerry, de quien se había desprendido el señor Lorry.

Un bando municipal ordenaba que se escribiesen sobre las puertas de las casas los nombres de todas las personas que vivían en ellas, con caracteres claros y a una altura conveniente para que pudieran leerse con facilidad. Así pues, el nombre de Jerry Cruncher adornaba la casa del doctor, y, mientras caían las sombras de la noche sobre la ciudad, fue él quien acompañó en la puerta a un pintor que el doctor Manette había llamado para que añadiese a la lista al ciudadano Evrémonte, llamado Charles Darnay.

El temor y la desconfianza que reinaban entonces habían modificado los hábitos más inocentes de la vida; en casa del doctor, así como en otras muchas familias, se hacían las provisiones por la noche, y las compraban al por menor en pequeñas tiendas, y no siempre en las mismas para no llamar la atención y no provocar la envidia de nadie.

La señorita Pross y Cruncher eran los encargados de la compra; la primera pagaba y el segundo llevaba la cesta. Todas las tardes, a la hora de encender los faroles, salían los dos a recorrer las tiendas. Después de quince años en casa del doctor, la señorita Pross habría podido saber francés lo mismo que su propia lengua, pero había puesto tan poco de su parte en aprenderlo que esta jerga absurda, como ella la llamaba, le era tan extraña como al mismo Cruncher. Todas sus relaciones con los mercaderes con quienes trataba se reducían, por lo tanto, a algún sustantivo aventurado, y cuando éste no designaba el producto que deseaba, se apoderaba de él y no lo soltaba hasta que quedaba cerrado el trato; por lo demás, nunca se olvidaba de levantar un dedo menos que el comerciante, cualquiera que fuese el número de los que le hubiera enseñado antes, representando los sueldos o las libras que valía el artículo.

—Podemos salir ya, señor Cruncher —dijo el aya, con los ojos enrojecidos por las lágrimas de alegría que había derramado.

Jerry declaró con voz ronca que estaba a disposición de la señorita Pross. Hacía mucho tiempo que había desaparecido el óxido que cubría sus dedos, pero nada había podido suavizar su pelambreira recia y tiesa.

—Salgamos pronto —dijo la señorita Pross— porque necesitamos una infinidad de cosas. Tenemos que comprar ante todo vino, porque los gorros rojos van a beber a nuestra salud en la taberna donde nos surtimos.

—Ya comprenderéis, señora, que es indiferente que beban a vuestra salud o a la del viejo —replicó Jerry.

—¿De qué viejo habláis, señor Cruncher?

Éste explicó tímidamente que hablaba del diablo.

—¡Ah! —dijo el aya—. No se necesita intérprete para saber lo que significan esos monstruos colorados, porque no tienen más que un sentido, asesinato y desgracia.

—¡Chist, Pross! —dijo Lucie.

—Sí, sí, no temáis, señorita —respondió la señorita Pross—; seré prudente, pero aquí, entre nosotros, bien puedo decir que me causan horror esas bocas que huelen a cebolla y a tabaco, y espero no encontrarlas en mi camino. Vos, hija mía, no salgáis de vuestro cuarto, cuidad de vuestro marido y no os esponzáis al aire libre como hacéis ahora. Doctor, ¿puedo haceros una pregunta?

—Podéis tomaros esa libertad —contestó el doctor Manette sonriendo.

—No habléis por Dios de libertad, que de sobra tenemos con la que hay en Francia —dijo el aya.

—¡Chist! —repitió Lucie—. ¿Serás incorregible?

—Hija mía —dijo la anciana moviendo la cabeza—, soy súbdita de su majestad el rey de Inglaterra Jorge III —la señorita Pross hizo un saludo al nombrar a su soberano—, y como tal pido al Señor que confunda su política infernal y frustre sus proyectos satánicos. Confío en el poderoso monarca que nos protege y ¡Dios salve al rey!

Jerry Cruncher repitió con su voz ronca en un arranque de fidelidad monárquica las últimas palabras de la señorita Pross, como si hubiera respondido en la iglesia.

—Me alegro de que seáis un buen inglés —dijo la anciana, satisfecha—, y lo único que lamento es que los constipados os hayan quitado la voz. Pero vuelvo a mi pregunta.

La excelente aya tenía costumbre de afectar una gran indiferencia a todo lo que le interesaba vivamente, y de aventurar el objeto de sus inquietudes como por casualidad y en medio de una multitud de digresiones que demostraban que lo que tenía que decir era de escasa importancia.

—Quisiera saber, doctor, si saldremos pronto de esta maldita ciudad.

—Temo que no, señorita Pross, porque marcharnos precipitadamente podría ser peligroso para Charles.

—Bien, bien —dijo con rostro risueño la anciana, y reprimiendo un suspiro al mirar los cabellos dorados de Lucie—. ¡Adelante! Tendremos paciencia; llevaremos la cabeza levantada y derrocaremos al enemigo, como decía mi hermano Salomon. No os mováis, niña, no os mováis.

Y salieron dejando a Lucie, a Charles, al doctor y a la niña cerca de la chimenea, esperando de un momento a otro al señor Lorry.

La señorita Pross había encendido una luz antes de salir, pero la había colocado en un rincón para que la familia pudiera disfrutar de la claridad de la llama de la chimenea. La pequeña Lucie estaba al lado de su abuelo, cuyo brazo tenía entre los suyos, y el doctor, hablando en voz baja, empezó a contarle la historia de un hada poderosa que había derribado las paredes de una cárcel para liberar a un cautivo que en otro tiempo le había prestado un servicio.

La calma reinaba, no solo en la habitación del doctor, sino también en toda la vecindad, y Lucie empezaba a tranquilizarse.

—¿Qué es eso? —preguntó de pronto.

—Hija mía —dijo el doctor, interrumpiendo su historia y cogiéndole la mano—. No te dejes dominar así por tus impresiones. Nunca te he visto tan nerviosa; el ruido más insignificante te hace estremecer. ¿Qué se ha hecho del valor que tenías en otro tiempo?

—He creído oír pasos en la escalera —dijo, excusándose con voz trémula.

—No, hija mía; nunca ha estado la casa tan quieta.

Mientras pronunciaba estas palabras llamaron con fuerza a la puerta.

—¡Oh! ¡Padre, ocultémoslo! ¿Lo salvarás, padre mío?

—No temas —dijo el doctor levantándose—, lo salvaré. Pero ¿quién puede amenazarlo? Déjame que vaya a abrir.

Cogió la luz, cruzó los dos aposentos que precedían a la sala y abrió la puerta de la escalera.

Se oyó entonces un rumor de pasos en el recibidor, y cuatro hombres armados de sables y pistolas entraron en la sala.

—¿Quién es el ciudadano Evrémonde? —dijo uno de ellos.

—¿Qué queréis? —preguntó Charles.

—Lo buscamos —respondió el patriota—; pero eres tú, te conozco; estabas esta mañana en el tribunal. Eres preso de la República.

Los cuatro hombres rodearon a Charles, mientras Lucie y su hija lo sujetaban.

—¿En virtud de qué orden y por qué crimen se me prende otra vez?

—Lo sabrás mañana, porque mañana te juzgarán, pero por de pronto síguenos a la Conciergerie.

El doctor, que, petrificado por tan inesperada visita parecía una estatua, se adelantó al oír estas palabras, dejó la luz sobre la mesa, miró al patriota y, cogiéndolo sin violencia por la pechera de la camisa, le preguntó:

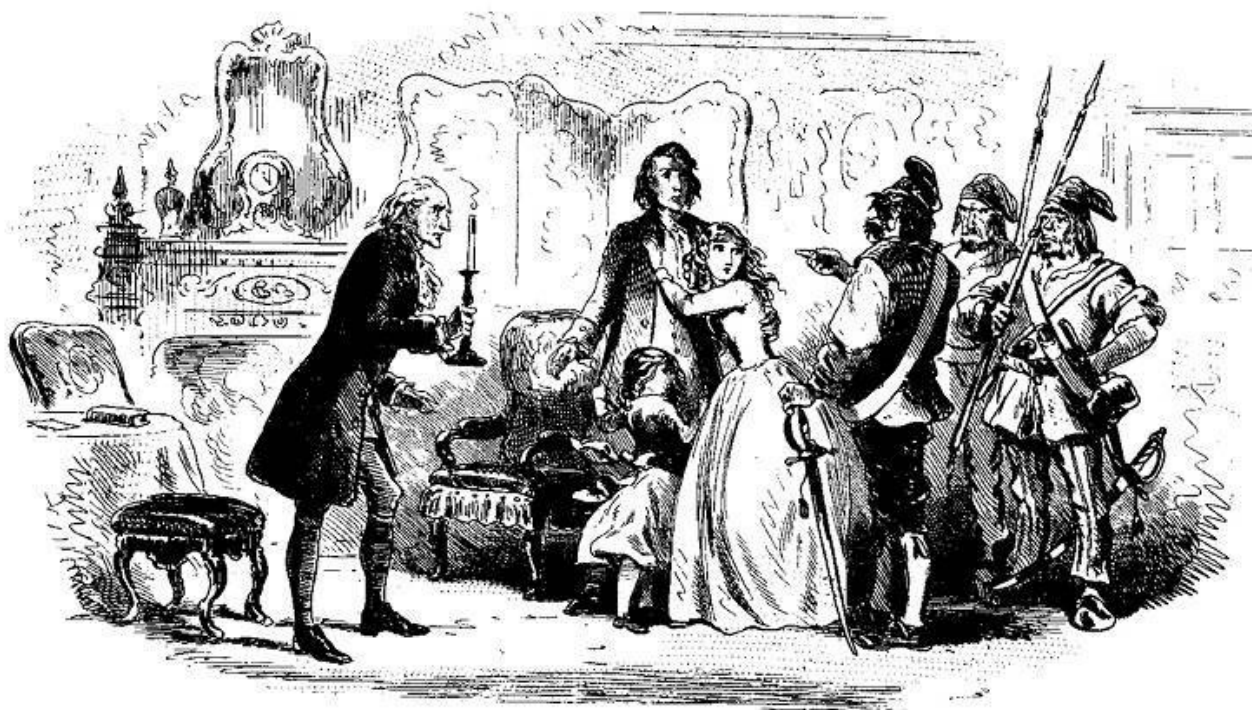
—Lo conocéis, pero ¿me conocéis a mí?

—Perfectamente, ciudadano.

—Todos te conocemos, ciudadano —repitieron los tres.

El doctor lo miró, distraído, y dijo en voz baja, después de un silencio:

—¿Por qué lo prendéis?



—Ciudadano doctor —respondió el primer patriota con visible repugnancia—, ha sido denunciado a la sección de Saint Antoine. —Y, volviéndose a uno de sus compañeros, añadió—: Este ciudadano podrá decíroslo, que es del barrio.

El ciudadano que indicaba hizo un gesto afirmativo.

—¿De qué se le acusa? —continuó el doctor.

—No lo preguntes, ciudadano. Si la República exige de ti un sacrificio, sabemos que eres un buen patriota y que lo harás sin vacilar. La República ante todo, y nadie ignora que el pueblo es soberano.

—Una palabra tan solo —repuso el doctor con voz suplicante—: ¿quién lo denuncia?

—Va contra la regla, pero pregúntaselo al patriota del barrio.

El doctor Manette miró al vecino del arrabal de Saint Antoine, que se frotó el dorso del pie derecho con el pie izquierdo, se estiró la barba, y dijo por fin:

—Es verdad que va contra la regla, pero te lo diré. Lo han denunciado... —Se interrumpió y tras una pausa continuó con tono más grave—: En primer lugar el ciudadano y la ciudadana Defarge, y en segundo lugar... otra persona.

—¿Quién es?

—¿Tú lo preguntas, ciudadano?

—Sí.

—Pues bien —respondió el vecino de Saint Antoine con una mirada extraña—, mañana lo sabrás, pero hasta entonces seré mudo.

VIII

Una partida de cartas

La señorita Pross recorrió las angostas calles que conducían al Sena y cruzó el Pont-Neuf repasando en su memoria lo que tenía que comprar, sin sospechar la nueva desgracia de sus amos. Jerry iba a su lado con el cesto en la mano, y los dos miraban de derecha a izquierda en las tiendas, iban con cuidado cuando veían gente gregariamente reunida en asamblea, y se desviaban ante cualquier grupo donde se hablara con animación. El frío era intenso, y en el río cubierto de niebla las luces brillantes y las voces agudas indicaban el lugar donde estaban amarradas las barcasas y donde se fabricaban fusiles para los ejércitos de la República. ¡Desgraciado del que hubiera intentado traicionar a esos ejércitos en los que el mérito no correspondía a la graduación que se tenía! Más le hubiese valido morir antes de llegar a la edad en que nace la barba, porque muy pronto le afeitaría la guillotina.

Después de comprar comestibles y una medida de aceite para las lámparas, la señorita Pross se acordó de que le faltaba vino. Inspeccionó, pues, todas las tabernas y se paró en la de Bruto El Buen Republicano de la Antigüedad, a dos pasos del Palacio Nacional (—antes y después— de las Tullerías). Reinaba en esta taberna una tranquilidad relativa y, aunque dominaban los gorros patrióticos, el interior estaba menos rojo que el de las otras tabernas que el aya había encontrado al paso. Habiendo consultado a Jerry, que fue de su misma opinión, la señorita Pross entró seguida de su escudero en la taberna sin hacer caso de los humosos quinqués, de los hombres que, con la pipa en la boca y el gorro en la cabeza, jugaban con naipes sucios o dominós amarillentos, ni del jornalero que, con los brazos desnudos, el pecho descubierto y la cara ennegrecida, leía en voz alta el periódico; sin mirar a los que le escuchaban, ni las armas que llevaban los bebedores o que estaban arrimadas a la pared; y, sin ver tampoco a los dos o tres hombres que, tumbados en el suelo y cubiertos con la chaqueta negra y peluda que era entonces de moda, parecían enormes perros de presa dormidos.

Mientras el tabernero llenaba las botellas, un hombre sentado delante de una mesa al otro lado del local se despidió del compañero con quien había bebido y se dirigió hacia la puerta. Para salir había que pasar cerca del mostrador y, cuando llegó a él, la señorita Pross cruzó las manos y profirió un grito.

Todos los clientes se levantaron al momento. Pensaron que acababan de asesinar a alguien, pero, en vez de una víctima tendida en el suelo, vieron a un hombre y una mujer que, de pie y cara a cara, se miraban con sorpresa. El hombre parecía un excelente patriota, y la mujer, no era posible equivocarse, era inglesa. Las palabras vehementes que el chasco inspiró a los parroquianos de Bruto les habrían sonado a

hebreo o caldeo a la señorita Pross y a su escudero aun cuando hubieran prestado oídos, pero ni uno ni otro oían ni veían nada, porque su asombro era máximo.

—¿Qué pasa? —dijo en inglés y en voz baja el hombre que causaba su asombro.

—¡Querido Solomon! —exclamó la señorita Pross—. ¡Encontrarte aquí después de tanto tiempo sin tener noticias tuyas!

—¿Deseas mi muerte? —dijo el hombre con terror.

—Hermano mío —repuso la anciana, prorrumpiendo en llanto—, ¿merezco acaso que me hagas semejante pregunta?

—Sujeta al menos la lengua. Si tienes que decirme algo, salgamos; me hablarás en la calle. ¿Quién es ese hombre?

La señorita Pross respondió, moviendo la cabeza y mirando a su hermano con cariño:

—Es el señor Cruncher.

—Que salga con nosotros —dijo Solomon—. ¡Cómo me mira! ¿Me toma acaso por un fantasma?

Era muy posible. Sin embargo, Jerry no respondió, y examinando el aya los rincones del saco, acabó por hallar el bolsillo y pagó el vino.

Solomon daba mientras tanto a la concurrencia una explicación que parecía satisfacerla, y todos volvieron a su puesto y continuaron jugando o bebiendo.

—¿Qué quieres? —preguntó Solomon parándose en una esquina.

—¡Qué doloroso es —exclamó la señorita Pross— ser recibida así por un hermano a quien siempre he querido tanto!

—¡Qué diablos! —replicó Solomon, abrazando a su hermana—. Vamos... ¿Estás contenta ahora?

La señorita Pross negó con la cabeza y continuó llorando.

—Si crees haberme sorprendido hace un momento, te equivocas —dijo el hermano—; sabía que estabas en París, conozco a casi todos los habitantes de esta ciudad, y, si no tienes intención de causar mi muerte, como estoy tentado de creer, sigue tu camino, ocúpate de tus asuntos y déjame a mí que me ocupe de los míos. No puedo perder tiempo, soy funcionario.

—¡Mi propio hermano —exclamó la señorita Pross, alzando al cielo los ojos llenos de lágrimas—, Solomon, el que podía prestar los servicios más eminentes... en su patria natal, admitir empleos en un pueblo extranjero! ¡Y qué pueblo!... Preferiría verlo sin aliento...

—No me equivocaba —dijo Solomon interrumpiéndola—, quiere mi muerte; va a hacerme sospechoso justo cuando empezaba a prosperar.

—¡Dios aleje de mí tal pensamiento! —dijo la señorita Pross—. Preferiría no volverte a ver en toda mi vida, querido Solomon, y Dios sabe cuánta sería mi pena. Respóndeme una sola vez con cariño, dime que no estás enojado, y me alejo enseguida.

¡Excelente mujer! ¡Como si hubiera merecido el desdén de su hermano, como si no se supiera que un día —habían pasado ya algunos años— el rufián la había abandonado después de gastarse todo el dinero que tenía!

Sin embargo, Solomon le concedió la palabra cariñosa que le pedía, y acababa de decirla con el aire de protección y condescendencia que habría adoptado de haberse cambiado los papeles, cosa muy común en este mundo, cuando Jerry Cruncher le tocó en el hombro y le dirigió con voz ronca esta pregunta imprevista:

—¿Puedo preguntaros si os llaman John Solomon o bien Solomon John?



El funcionario se volvió rápidamente y miró al inglés con desconfianza.

—Hablemos con franqueza, señor mío —continuó Cruncher—. Ella os llama Solomon, y sabrá lo que se dice porque sois su hermano, pero yo os conozco con el nombre de John. ¿Cuál de los dos precede al otro? En cuanto al apellido Pross, me consta que ni siquiera en Londres lo usabais.

—No os entiendo. ¿Qué queréis decir?

—No me entendéis, ¿eh? Pues lo confesaríais inmediatamente si pudiera acordarme del nombre con que os conocían en Inglaterra.

—¿Y qué nombre es ése? —preguntó John en son de burla.

—Era un nombre de dos sílabas.

—¿No sabéis más?

—Y el de vuestro compañero solo tenía una sílaba. Os conozco; servíais de espía y de testigo falso en el tribunal. En nombre del espíritu de la mentira, vuestro padre, ¿cómo diablos os llamaban entonces?

—Barsad —dijo un individuo, acercándose al grupo.

—¡Barsad... sí, sí! ¡Barsad! —exclamó Jerry—. Ése es el nombre que buscaba. El individuo que lo había pronunciado era el señor Carton.

Estaba al lado de Jerry con las manos debajo del gabán y cruzadas en la espalda, con tanta indolencia como en otro tiempo en Old Bailey.

—No os asustéis, señorita Pross. Llegué ayer tarde con gran sorpresa del señor Lorry, y convinimos en que no me presentaría en parte alguna, a no ser en un caso indispensable. Si me he acercado ahora a saludaros es porque necesito hablar con vuestro hermano. Siento, señorita Pross, que no tenga otro empleo que el de «carnero» de los presos.

Se designaba así, y el apodo se ha perpetuado, a los individuos encargados en aquella época del espionaje de las cárceles.

John Barsad se puso pálido como un cadáver y balbuceó:

—¿Cómo... os atrevéis...?

—No os acaloréis, buena pieza —le dijo Carton—. Estaba observando hace una hora las paredes de la Conciergerie justo cuando salíais de la cárcel, y por una casualidad pasasteis por mi lado. Cuando he visto una cara una vez, ya no se me borra, y la vuestra es muy notable para que pueda esfumarse de la memoria. Despertada mi curiosidad, quise saber de qué tipo eran vuestras relaciones con las cárceles francesas, y os seguí hasta la taberna. Allí me senté detrás de vos, pude deducir de vuestras palabras y de los elogios que os hacían cuál era la categoría de vuestro empleo. Este descubrimiento ha convertido paulatinamente una idea vaga que había concebido en un proyecto en toda regla, señor Barsad.

—¿Qué proyecto? —preguntó el espía.

—Sería peligroso explicaroslo aquí. ¿Me haréis el favor de acompañarme hasta un sitio seguro, a la sede de Tellson, por ejemplo?

—¿Con amenaza de...?

—¿Quién os habla de amenaza?

—¿Por qué tengo que ir si nada me obliga?

—No sé si podréis negaros.

—Sabéis mucho más de lo que decís —replicó el espía con inquietud.

—Tenéis talento y penetración, señor Barsad; sé, en efecto, muchas cosas.

La indolencia de Carton le servía poderosamente en esta circunstancia, teniendo en cuenta el plan que abrigaba y el hombre con quien tenía que tratar. Reparó en ello y no dejó de aprovecharse.

—No en vano temía que me meterías en un lío —dijo el espía mirando a su hermana—; si esto acaba mal, tú habrás sido la causa.

—Señor Barsad —repuso Carton—, no seáis ingrato. De no haber sido por el respeto que me merece vuestra hermana, os habría tratado con menos miramientos y sabríais ya la proposición que tengo que haceros. ¿Venís a la sede de la Banca Tellstone?

—Sí; deseo saber lo que tenéis que decirme.

—Acompañemos primero a la señorita Pross a su casa. Señorita Pross, aceptad mi brazo; sería peligroso dejaros volver sola, porque, como Cruncher conoce a Barsad, es conveniente que venga conmigo.

La señorita Pross recordaría hasta el último día de su vida que en el momento de apoyarse en el brazo que se le ofrecía y de mirar al señor Carton implorándole por el indigno Solomon, vio en sus ojos una fineza y un entusiasmo que desmentían su indolencia habitual y lo transformaban completamente; pero estaba entonces muy preocupada por su hermano para detenerse en esta observación.

Cuando llegaron a casa del doctor, la compañía se despidió de la señorita Pross y se dirigió al palacio.

El señor Lorry acababa de levantarse de la mesa y contemplaba la llama clara y viva que chisporroteaba en la chimenea. Tal vez buscaba en sus lenguas de fuego el retrato de aquel agente de Tellstone que en otro tiempo se había sentado delante del hogar de la Fonda del Rey Jorge en Dover. Volvió la cabeza cuando abrieron la puerta y manifestó cierta sorpresa al ver al desconocido.

—El hermano de la señorita Pross, John Barsad —dijo Carton.

—¡Barsad! —repitió el anciano—. ¡Barsad! Recuerdo vagamente haber oído ese nombre y no me son desconocidas las facciones de este caballero.

—No en vano os decía que teníais una cara que no se olvida fácilmente —dijo con indiferencia Carton—. Sentaos, John Barsad. —Y, dándole una silla, añadió con severidad—: Figuró como testigo en el proceso de alta traición.

El señor Lorry se acordó inmediatamente y miró al falso testigo con una repugnancia que no disimuló.

—La señorita Pross ha encontrado en el señor Barsad al hermano de quien le habéis oído hablar con tanto cariño, y él ha reconocido el parentesco —dijo Carton—. Pero hablemos de asuntos más tristes: Darnay está otra vez preso.

—¡Qué decís! —exclamó el anciano, lleno de consternación—. Apenas hace dos horas que me he separado de él y estaba libre sin la menor inquietud, y ahora iba a verlo.

—Pues está preso. ¿A qué hora han ido a prenderlo, Barsad?

—Tal vez no haya llegado aún a la cárcel.

—John Barsad es en este aspecto una excelente autoridad —dijo Sydney—, pues por él he sabido la noticia que comunicaba a uno de sus amigos mientras se bebían una botella. «He dejado —decía— a los cuatro hombres encargados de prenderlo en la puerta de la casa y los he visto entrar». Ya veis que la noticia es auténtica.

La mirada práctica del señor Lorry vio en el rostro de Sydney que era inútil insistir sobre este punto y que la prisión era indudable. Conmovido por tan inesperada nueva, pero dándose cuenta de que tenía necesidad de toda su sangre fría, el excelente anciano dominó su agitación y prestó oído atento a las palabras de Sydney.

—Espero —dijo éste— que el nombre y la influencia del doctor producirán mañana... ¿No habéis dicho que mañana se sentenciaría al preso, señor Barsad?

—Lo supongo.

—Espero que la influencia del doctor Manette producirá mañana el mismo efecto que hoy, pero es posible que suceda todo lo contrario, y hasta me inquieta pensar que no hayan avisado al doctor.

—Es probable que nada sepa —dijo el señor Lorry—, pues de no ser así...

—Eso es precisamente lo que me alarma; no comprendo por qué no le han comunicado un asunto que le interesa tan personalmente.

—Es verdad —dijo el anciano, llevándose la mano trémula a la barba y mirando con ansiedad a Carton.

—En una palabra, hemos llegado a un momento en que solo puede ganarse el juego haciendo esfuerzos desesperados —dijo Sydney—. Dejemos al doctor las cartas mejores y me reservo toda la parte perdida. La vida es tan insegura que ya no tiene valor alguno. Esta noche os llevan en volandas y mañana os condenan a muerte, y perdéis el dinero un momento después de entregarlo por vuestro rescate. Mi apuesta en el juego es la existencia de un amigo, y John Barsad es el adversario al que me propongo ganar.

—Necesitáis muchos tantos para ganar la partida —replicó el espía.

—Juguemos, pues. Ya sabéis las cartas que tengo en la mano. Pero antes de empezar la partida, quisiera, señor Lorry, que me dierais algo con que remojar la garganta, y que sea un licor fuerte... Ya sabéis que soy un gran bebedor. —Le ofrecieron aguardiente, bebió un vaso, después otro y apartó la botella en actitud pensativa—. Señor Barsad —añadió, como si verdaderamente tuviera cartas en la mano—, «carnero» entre los presos, emisario de los comités de la República, hoy carcelero, mañana preso, delator siempre y tanto más apreciado como espía por ser inglés y tener por tanto menos probabilidades de ser seducido por quien se interesase en compraros: a pesar de circunstancias tan ventajosas habéis ocultado vuestro nombre a los que os emplean. ¿Qué os parece esta carta? Barsad, hoy al servicio de la República francesa, en otro tiempo al servicio del gobierno aristocrático de Inglaterra, enemigo de Francia y de la libertad. ¿No es excelente esta carta? Por lo cual es fácil probar cómo dos y dos son cuatro a los custodios vigilantes de la nación que dicho John Barsad, pagado aún por el gobierno inglés, es un espía de Pitt^[37], el pérfido enemigo de la República francesa y el agente de todos los males de que se habla sin saber la causa. Este triunfo no se mata con ninguna baza. ¿Habéis visto bien mi juego, señor Barsad?

—¿Qué pretendéis? —preguntó el espía con inquietud.

—Vais a verlo —respondió Sydney—. He jugado el as: denuncia de John Barsad al comité más inmediato. ¿Qué carta tiráis? Examinad vuestro juego, señor Barsad.

Llenó el tercer vaso de aguardiente y lo apuró de un trago. El espía tuvo miedo de que se embriagase y fuera inmediatamente a denunciarlo. Carton lo advirtió y, llevándose otro vaso a la boca, dijo después de beberlo:

—Mirad vuestras cartas, señor Barsad, pero sobre todo no os deis prisa.

El juego que tenía Barsad era muy pobre, más pobre de lo que se imaginaba Carton, pues éste no conocía todas las cartas falsas de su adversario. Destituido del honorífico cargo que desempeñaba en Londres por haber sufrido demasiados percances en materia de falsos testimonios (los motivos que tiene Gran Bretaña para vanagloriarse de la superioridad de sus espías son de fecha reciente), había cruzado el Canal para entrar al servicio de Francia. Empleado al principio por sus compatriotas, había llegado a ser gradualmente espía y agente provocador de los mismos franceses. El gobierno caído lo había destinado al barrio de Saint Antoine y lo había enviado a la taberna de los Defarge; la policía le había proporcionado datos sobre el doctor Manette para que pudiera granjearse el aprecio del tabernero y de su mujer, a quien había intentado sonsacar sin el menor éxito. Se estremecía al recordar que aquella mujer implacable no había dejado de hacer punto en su presencia mientras lo miraba con expresión siniestra, porque posteriormente la había visto muchas veces sacar su faja tejida en la sección de Saint Antoine y leer en sus dibujos la acusación de los individuos entregados a la guillotina. Sabía, como todos los de su calaña, que era imposible la fuga, que estaba encadenado al cadalso, y que, a pesar de su adhesión al nuevo régimen, bastaría una sola palabra para hacer rodar su cabeza. Una vez denunciado, veía a madame Defarge, cuyo carácter conocía, desplegar su fatal registro y descargarle el último golpe. Todos los espías se asustan fácilmente, pero cabe reconocer que había en las cartas de Barsad una aglomeración muy siniestra de puntos de un mismo palo y eso era un buen motivo de terror para el que las jugaba.

—Me parece que no estáis muy contento con vuestro juego —dijo Sydney con calma.

—Caballero —dijo el espía, volviéndose al señor Lorry con expresión rastrera—, apelo a vuestra edad y a vuestro carácter generoso para suplicaros que preguntéis a este joven, que estoy seguro de que os escuchará, si cree poder jugar el as del que me hablaba hace un momento. Confieso que soy un espía, y convengo en que es un empleo poco honorífico (sin embargo, alguien lo ha de desempeñar), pero este caballero es demasiado honorable para dedicarse a semejante oficio.

—John Barsad —dijo Carton, encargándose de la respuesta y sacando el reloj—, voy a jugar el as dentro de cinco minutos y lo haré sin escrúpulo.

—Habría confiado, señores —repuso Barsad, esforzándose en atraer al señor Lorry a la discusión—, en que por consideración a mi hermana...

—Creo que de ningún modo puedo demostrarle mejor el interés que me inspira que librándola de su hermano —dijo Sydney, interrumpiéndolo.

—No pensáis lo que decís, caballero.

—Estoy decidido.

El espía, cuya humildad contrastaba vivamente con el traje que llevaba y sin duda con sus maneras habituales, quedó tan desconcertado al ver la formalidad de su adversario que balbuceó dos o tres palabras ininteligibles y fue incapaz de terminar la frase.

—Encuentro una carta que no había visto aún —dijo Sydney después de una breve pausa—. ¿Quién era ese «carnero» que se alababa de pacer en las provincias y que bebía con vos en la taberna?

—Un francés que no conocéis —respondió Barsad.

—¿Francés? —repitió Carton, pensativo.

—Lo afirmo. Además, eso no tiene importancia.

—Probablemente —continuó Sydney sin cesar de meditar—; sin embargo, yo conozco esa cara.

—No lo creo; estoy seguro de lo contrario; no puede ser —se apresuró a decir el espía.

—¿No puede ser? —murmuró Carton, llenando el vaso—. No puede ser... Habla bien el francés, pero tiene acento.

—No es de París.

—Es un extranjero —gritó Carton dando un golpe sobre la mesa—; es Cly, ahora lo recuerdo. Estaba con vos en Old Bailey.

—No os precipitéis, caballero —dijo Barsad, con una sonrisa que acentuó la curva de su nariz aguileña—; acabáis de incurrir en un renuncio.

—Pues no paso.

—Os enseñaré el triunfo. Mi antiguo compañero Roger Cly murió hace doce o quince años y fue enterrado en Londres, en el cementerio de Saint-Pancras-in-the-Fields. Recibí su último suspiro, y lo habría acompañado a su última morada de no haber sido por cierto motín que hizo el populacho con motivo de sus funerales, pero yo mismo lo deposité en el ataúd.

El señor Lorry vio dibujarse una sombra fantástica en la pared y, buscando quién podía proyectarla, descubrió que procedía de los cabellos de Cruncher, que se habían erizado instantáneamente.

—Permitid que os dé una prueba de mis palabras —continuó el espía—. Puedo demostraros vuestro error presentándoos la certificación del entierro de Roger Cly, documento que por casualidad llevo en mi cartera. Miradlo: dignaos leerlo, porque está en regla y debidamente legalizado.

El señor Lorry vio crecer la sombra de la pared y aparecer a Cruncher, que se acercó sin ser visto por Barsad, y le dijo, dándole un golpe en el hombro:

—¿Sois vos, señor mío, el que puso en el ataúd a Roger Cly?

—Sí, yo.

—¿Podéis decirme —añadió sombríamente— quién lo sacó?

—¿Qué queréis decir? —balbuceó Barsad, sentándose y pálido como un cadáver.

—Que Roger Cly no ha estado nunca en la fosa —respondió Cruncher con voz lúgubre—. Que me ahorquen si miento.

El espía miró a Carton y a Lorry, que por su parte miraban a Cruncher con creciente sorpresa.

—Lo que pusisteis en el ataúd no era un cadáver, sino piedras y tierra.

—¿Cómo lo sabéis?

—No es asunto vuestro —murmuró Cruncher—. Hace mucho tiempo que os guardo rencor por esa mala pasada. ¡Pues qué! ¿Así se engaña a un honrado comerciante? Os ahogaría con gusto por media guinea.

Sydney Carton y el anciano, perplejos ante este incidente, suplicaron a Cruncher que se explicase.

—En otra ocasión será —respondió Jerry con tono evasivo—; el momento en que nos hallamos no es el mejor para explicaciones. Digo únicamente que Roger Cly no estaba en el ataúd donde este hombre pretende haberlo depositado. Que se atreva a sostener lo contrario aunque no sea más que con un gesto, y lo ahogo por media guinea.

Jerry Cruncher creía seguramente estar haciendo una oferta generosa.

—Esto prueba una cosa —repuso Sydney—: que mi carta es buena. Señor Barsad, en medio del ambiente de sospecha que os rodea, os podéis dar por muerto si demuestro que estáis aquí en relaciones con otro agente de Pitt, antiguo compañero vuestro, que, para engañar mejor a sus enemigos, se hace pasar por difunto y enterrado. Acusación de conspiración contra la República; es una excelente carta, una carta de guillotina. ¿No jugáis, señor Barsad?

—No, renuncio a la partida. Nuestro empleo está tan mal visto por el populacho que por poco me arrojaron al agua justo cuando iba a embarcarme para Francia, y al pobre Cly le habría sido imposible partir de no haber concebido la excelente idea de hacerse pasar por muerto. Pero lo que es para mí un enigma que no acierto a comprender es que este hombre haya podido descubrir el engaño.

Jerry Cruncher no pudo menos de dar una nueva prueba de su liberalidad ofreciéndose a estrangular al espía por cinco chelines.

Éste se volvió, y dijo con aire más resuelto, dirigiéndose a Carton:

—No puedo perder más tiempo; estoy de servicio, y tengo que irme. Si tenéis que hacerme alguna proposición, hablad pronto. No me exigáis nada que tenga relación con mi empleo, porque me expondría a una muerte segura y preferiría negarme rotundamente a engañar a mis superiores. Habláis de desesperación, y creo que todos seguimos un juego desesperado. Pensadlo bien, porque yo también puedo denunciaros, jurar lo que quisiera y perderos inmediatamente. ¿Qué tenéis que pedirme?

—Un servicio insignificante. ¿Sois carcelero en la Conciergerie?

—Ya os he dicho que una evasión es imposible —dijo Barsad con firmeza.

—¿Quién os habla de evasión? ¿Sois carcelero de la Conciergerie?

—Algunas veces.

—¿Podéis serlo cuando queréis?

—Entro en la cárcel.

Sydney llenó el vaso y lo vació lentamente en la chimenea. Cuando cayó la última gota, se levantó y le dijo a Barsad:

—Os he hecho venir aquí porque era conveniente que tuviese testigos del valor de mis cartas. Pasemos ahora a aquel aposento. No necesitamos luz. Allí os diré lo que exijo de vos.

IX

Juego hecho

Mientras Sydney Carton y Barsad estaban en el aposento contiguo, donde hablaban tan bajo que ni siquiera se oía el murmullo de su voz, el señor Lorry miraba a Cruncher con manifiesto descontento. El aspecto del honrado comerciante no era, en efecto, el más indicado para inspirar confianza; apoyado, ya en un pie, ya en otro, y cambiando continuamente de actitud, examinaba sus uñas con sospechosa atención y, cuando tropezó con la mirada de su patrón, se apoderó de él aquella tos especial que lo obligaba a ponerse el hueco de la mano delante de la boca, y que no indicaba jamás un carácter precisamente franco.

—Acercaos, Jerry —dijo el anciano.

El hombre avanzó oblicuamente precedido de uno de sus hombros.

—¿En qué os ocupabais antes de ofreceros al servicio del público en la puerta de la Banca Tellson?

Después de algunos instantes de reflexión, Jerry tuvo una idea luminosa.

—Era labrador —respondió.

—Tengo motivos para suponer —repuso el anciano, agitando el dedo índice con severidad— que os habéis valido del apoyo de la Banca Tellson para encubrir un oficio ilegal e infame. Si es cierto lo que pienso, no esperéis que continúe mis relaciones con vos cuando estemos en Inglaterra, ni siquiera que guarde el secreto. Nadie debe decir que se ha abusado del nombre de Tellson.

—Señor —dijo Cruncher con voz contrita—, permitid que espere que un caballero, cuyas órdenes he tenido el honor de ejecutar tantos años, se lo piense dos veces antes de perjudicar a un pobre que ha encanecido a su servicio. Aun cuando fuera cierto, no quiero decir que lo sea, pero suponiendo que lo fuese, no sería toda la culpa mía, pues también cabe extenderla a los señores médicos que se embolsan sus guineas en un negocio en el que un pobre hombre apenas recoge ochavos..., qué ochavos, ¡la mitad de un ochavo!; que van a colocar sus fondos en la Banca Tellson y al pasar por la puerta guiñan el ojo al pobre hombre que está en el umbral para indicarle que necesitan lo que vos sabéis y yo no diré. Ellos suben en sus coches después de engañar a la Banca, y son respetados y bien vistos. Además, también está de por medio mi mujer, que invoca al cielo para que se opongá a mi negocio, hasta el punto de que es una ruina, una verdadera ruina. Las mujeres de los médicos no rezan jamás contra la clientela, pues por el contrario, si imploran al Señor, es para que procure enfermos a sus maridos. Y, además, ¿cómo podrían curar éstos a los vivos si no tuvieran muertos? Son culpables también los conductores de los coches fúnebres, los sacristanes y los enterradores, gente atrevida que mangonea en el negocio, y os

aseguro que el pobre hombre no se ganaría la vida, ni aun suponiendo que fuese cierto lo que decís. Lo poco que ha ganado no le ha servido, por otra parte, de mucho; está muy lejos de ser rico, y con gusto abandonaría ese tráfico si pudiera ganarse el pan de otro modo, suponiendo que fuese cierto lo que pensáis.

—¡Basta... basta! Me causáis repugnancia —dijo el señor Lorry, empezando, sin embargo, a compadecerlo.

—Señor, os suplico humildemente —continuó Cruncher— que aun cuando fuese cierto, y no digo que lo sea...

—Basta de rodeos —dijo el anciano.

—No, señor, no —repuso Cruncher—, no más rodeos. Quiero deciros únicamente que en el banquillo que hay junto a la puerta de la Banca Tellstone, donde he trabajado tanto tiempo, se sienta mi hijo que hoy es un hombre y está dispuesto a recibir vuestras órdenes, a hacer vuestros encargos y todo lo que le mandéis. Suponiendo, señor, que fuera cierto lo que vos pensáis, lo cual estoy muy lejos de afirmar porque hablo sin rodeos, permitid, señor, que el hijo conserve su puesto en la puerta de la Banca Tellstone para que con el tiempo pueda ayudar a sus ancianos padres. No lo castigéis por las faltas que su padre haya cometido, y valeos de vuestra influencia para que este desgraciado padre sea nombrado sepulturero y entierre muertos en compensación de los que ha desenterrado. He aquí, señor —añadió Cruncher, frotándose la frente con la manga en señal de que concluía su perorata—, he aquí lo que os suplico humildemente. No se ven las cosas espantosas que suceden en esta ciudad con los cadáveres decapitados... ¡Misericordia divina! Su número es tan considerable que su precio ha llegado a ser inferior al porte. Digo, pues, que no se ven tales cosas sin hacer serias reflexiones. Y os suplico que recordéis, señor Lorry, que, si he descubierto el hecho en cuestión, ha sido para servir a la buena causa, porque habría podido callar y no incurrir en vuestro desagrado.

—Eso es cierto —dijo el anciano—; borrón y cuenta nueva. No hablemos más del asunto. Es posible que os conserve a mi servicio si lo merecéis por vuestra conducta, y si vuestro arrepentimiento se manifiesta no con palabras sino con obras.

Cruncher saludaba a su patrón golpeándose la frente con el dorso de la mano cuando salieron Sydney Carton y el espía del aposento inmediato.

—Adiós, señor Barsad; quedamos de acuerdo, y nada debéis temer —dijo Carton.

Y, cogiendo una silla, se sentó al lado del anciano, el cual, tan pronto como estuvieron solos, le preguntó:

—¿Qué habéis conseguido?

—Poca cosa —respondió Carton—; si es sentenciado a muerte, me introduciré en el calabozo de Darnay.

El rostro del señor Lorry expresó su descontento.

—Es lo único que he podido conseguir —repuso Carton—; exigir más hubiera sido poner la cabeza de ese hombre bajo el filo de la guillotina. ¿Qué podía suceder si lo denunciara? Perdería toda la ventaja de la situación.

—Pero, si es sentenciado a muerte —dijo el anciano—, no lo salvará que entréis en su calabozo.

—No he dicho yo lo contrario.

Los ojos del señor Lorry se volvieron a la chimenea. El cariño que sentía por Lucie y lo imprevisto de aquel golpe tan terrible debilitaron su valor; era ya un anciano abatido por la inquietud, y vertió lágrimas amargas.

—Sois un hombre excelente, un verdadero amigo —dijo Sydney con voz conmovida—. Perdonad si me inmiscuyo en vuestro dolor, pero no podría permanecer insensible ante las lágrimas de mi padre, y vuestra aflicción me es tan sagrada como me habría sido la suya. Afortunadamente no tenéis el disgusto de llamarme hijo vuestro.

Aunque pronunció estas palabras con aparente indiferencia, había en su voz una expresión de respeto y sentimiento para la cual no estaba preparado el señor Lorry, que nunca le había oído hablar con tanta formalidad.

—Pero volvamos a ese pobre Darnay —continuó Carton, estrechando con emoción la mano que le tendía el anciano—; sobre todo no habléis a su mujer de la entrevista que me han prometido. Como el arreglo que hemos hecho entre Barsad y yo no permite que ella pueda ver al reo, es inútil por lo tanto hablarle de este asunto; creería que he pedido esta entrevista para proporcionar a su marido algún medio de suicidio.

El anciano miró a Sydney para adivinar si realmente abrigaba semejante designio.

—Se imaginaría una infinidad de cosas —prosiguió Carton, que había comprendido la mirada del banquero—, y eso solo contribuiría a aumentar su inquietud. No le habléis de mí y, como os he dicho antes, es preferible que no me vea. ¿Vais a su casa? ¡Qué desconsolada estará!

—Voy al momento.

—Me alegro. ¡Os quiere tanto! ¿Está muy cambiada?

—Su tristeza es profunda, pero está tan hermosa como siempre.

—¡Ah!

La exclamación de Carton fue un sonido prolongado, triste como un suspiro, casi como un sollozo.

Sorprendido al ver el dolor contenido que revelaba esta exclamación, el señor Lorry se volvió hacia él, mientras inclinaba la cabeza sobre la chimenea. Una sombra o un rayo (el anciano no podía asegurar cuál de las dos cosas) pasó por su rostro con tanta rapidez como la luz en la cima de un monte cuando asoma el sol entre las nubes, y Carton apartó con el pie uno de los tizones encendidos que había caído fuera. Llevaba un sobretodo de paño blanco y las botas de campana que estaban entonces en boga; la llama, al reflejarse en su traje, aumentó su palidez. El señor Lorry le advirtió con viveza de que su pie, aún apoyado en el tizón, estaba en medio de las ascuas.

—No me había dado cuenta —dijo.

El tono con que pronunció estas palabras hizo que el anciano volviera a observar sus facciones marchitas, y pensara sin quererlo en el rostro demudado de los presos.

—Así pues —dijo Carton volviéndose hacia él—, muy pronto saldréis de París.

—Sí. Como os decía ayer noche cuando entró Lucie, nada me retiene ya en esta ciudad, tengo los pasaportes arreglados, y estoy preparado para irme.

Se hizo un silencio.

—Tenéis una larga carrera de la que podéis acordaros —respondió Carton, pensativo.

—Muy larga, en efecto: tengo setenta y ocho años.

—Siempre habéis sido útil, habéis estado constantemente ocupado, y contáis con la confianza, el respeto y el aprecio de todos.

—Estoy en la Banca Tellstone desde que tengo uso de razón; casi era un niño cuando empecé a trabajar.

—¡Qué posición ocupáis aún en los negocios! ¡Cuántas personas os llorarán! ¡Qué vacío tan grande dejaréis en el mundo!

—¡Un viejo solterón! —dijo el señor Lorry moviendo la cabeza—. ¿Quién podrá llorar mi muerte?

—¡Oh, señor Lorry!... Os llorará ella; tendréis sus lágrimas y las de su hija.

—Es cierto. No sabía lo que decía.

—Y por eso me parece que vale la pena dar gracias a Dios.

—Si, sí, también me lo parece a mí.

—Pero si en el fondo de vuestro corazón solitario os dijeseis esta noche: «No me he ganado la gratitud ni el aprecio de nadie en el mundo, no he merecido el afecto de nadie, no he hecho nada bueno ni útil de lo que puedan acordarse», ¿no os pesarían vuestros setenta años como otras tantas maldiciones?

—Es indudable.

Carton observó los tizones sin decir nada.

—Quisiera haceros una pregunta —dijo, después de una pausa bastante larga—. ¿Os parece muy lejana vuestra infancia? ¿Os parece muy remota la edad en que estabais en el regazo de vuestra madre?

—Me lo parecía veinte años antes, pero no ahora; cuanto más me acerco al fin, más próximo estoy al principio. Ésta es una de las cosas que a mi edad hacen más fácil y suave el camino; mi corazón se conmueve con una multitud de recuerdos que en otro tiempo dormían; evoco en mi memoria el hermoso rostro de mi madre, que tan vieja sería ahora, la veo en su juventud y, con los pensamientos que despierta, me encuentro en los días en que las realidades de lo que llaman mundo no existían para mí y mis defectos eran solo germinales.

—Comprendo lo que experimentáis —dijo Carton con entusiasmo—. Y esto os alienta y consuela, ¿no es cierto?

—Sí.

Se levantó para ayudar al anciano a ponerse el abrigo.

—Pero vos —le dijo el señor Lorry, continuando la conversación—, vos sois joven.

—Sí —respondió—, tengo pocos años, pero la senda que he seguido no conduce a la vejez. Pero ¿por qué hemos de ocuparnos de mí?

—¿Y de mí? —dijo el anciano—. ¿Me acompañáis a la puerta?

—Sí, tengo que salir. Si volviera tarde, no os preocupéis: ya sabéis mis hábitos. ¿Iréis al tribunal?

—Desgraciadamente tengo que ir.

—Estaré allí confundido entre la multitud. Aceptad mi brazo.

Algunos minutos después el anciano llegó a la casa del doctor. Carton se despidió, pero, después de recorrer algunas calles vecinas, volvió a la puerta de Lucie y la acarició con mano respetuosa.

«De aquí salía todos los días para dirigirse a la cárcel —se dijo—, tomaba esa calle y después aquélla. Ha andado sobre estas piedras; sigamos la huella de sus pasos».

Eran las diez cuando llegó a la calle tortuosa donde ella había ido tantas veces. El aserrador había cerrado su barraca y fumaba delante de la puerta.

—Buenas noches, ciudadano —le dijo el inglés parándose, porque el hombrecillo lo examinaba con atención.

—Buenas noches, ciudadano.

—¿Cómo va la República?

—Querréis decir la guillotina; no va mal; sesenta y tres cabezas hoy, y muy pronto llegaremos al centenar. El verdugo y sus ayudantes se quejan de cansancio. — El hombrecillo prorrumpió en una carcajada estúpida, y añadió—: ¡Qué picaruelo es Sansón... y qué buen barbero!

—¿Vais alguna vez a verlo...?

—¿A verlo trabajar? Todos los días. ¿Nunca lo habéis visto trabajar?

—Nunca.

—Creedme, no dejéis de ir, y escoged una buena hornada. Figuraos, ciudadano, que hoy ha afeitado sesenta y tres cabezas en dos pipas, en menos de dos pipas, ciudadano, palabra de honor.

El hombrecillo le enseñó al decir esto la pipa llena de tabaco para explicar el instrumento con que medía el tiempo. Carton experimentó tan vivo deseo de estrangularlo que se dio la vuelta.

—No sois inglés aunque llevéis el traje —dijo el aserrador.

—¿Por qué lo decís? —respondió Carton, parándose.

—Porque habláis como un francés.

—He estudiado en París.

—Cualquiera diría que habéis nacido en Francia. ¡Buenas noches!

—Buenas noches, ciudadano.

—No dejéis de ir a ver a ese diablo de Sansón —dijo el aserrador con insistencia—, y, sobre todo, llevaos una pipa.

Cuando Sydney perdió de vista al patriota, se paró debajo de un farol y escribió dos líneas a lápiz sobre un pedazo de papel.

Andando después con la firmeza de una persona que conoce el camino, atravesó varias calles negras y tanto más sucias por cuanto en aquellos días de terror ni siquiera se barrían las principales, y se detuvo delante de una tienda de farmacéutico cuyas puertas cerraba éste lentamente.

Era una botica pequeña, oscura, llena de frascos viejos, y el que la dirigía era un hombre bajo, flaco y cojo. Sydney, después de saludar al farmacéutico, que había vuelto a entrar en la tienda, le enseñó el pedazo de papel.

El boticario leyó la nota en voz baja y le dijo:

—¿Es para vos, ciudadano?

—Para mí.

—Los guardaréis en lugar seguro, ciudadano. ¿Sabéis lo que resultaría de esta mezcla?

—Lo sé muy bien.

El farmacéutico hizo varios paquetes, y Carton se los colocó uno por uno en el bolsillo más interior de su traje, pagó lo que debía y salió de la botica.

—Nada más tengo que hacer hasta mañana —dijo, mirando las nubes que el viento empujaba con rapidez—; sin embargo, no creo que pueda dormir.

En el tono en que pronunció estas palabras no se revelaba la indiferencia ni el reto, sino el sentimiento de un hombre que, después de extraviarse, ha buscado mucho tiempo su camino y, abrumado de cansancio, encuentra la senda que habría tenido que tomar y ve su término.

Era aún casi un niño, en la época en que su talento alimentaba tantas esperanzas, cuando siguió el féretro de su padre (su madre había muerto algunos años antes) y, mientras recorría las calles oscuras donde la luna, rasgando las nubes, aparecía y se escondía, acudían a su memoria las palabras solemnes que había leído en el cementerio: «Soy la resurrección y la vida, dice el Señor. El que cree en Mí vivirá aunque haya muerto, y el que vive en Mí está seguro de vivir eternamente».

Solo en medio de aquella noche de invierno, en una ciudad dominada por el cadalso, pensando con dolor en las sesenta y tres cabezas que habían caído aquel día y acordándose de los presos a quienes esperaba igual suerte, Carton habría podido descubrir fácilmente la asociación de ideas que estas palabras traían a su memoria como un ánora perdida desde hacía mucho tiempo en el fondo del mar, pero no la buscó, y no hizo más que repetir las palabras sagradas mientras seguía su camino.

Miraba con solemne interés las ventanas de las habitaciones donde la gente iba a encontrar en el sueño el olvido de los horrores del día; se paraba en el atrio de las iglesias donde nadie rezaba ya; pensaba en los cementerios lejanos, consagrados al eterno descanso, como rezaba la inscripción puesta en sus verjas; y pensaba en las

cárceles llenas de víctimas, en el camino que seguían los reos para dirigirse al suplicio, que había llegado a ser tan común y material que ninguna historia atormentada de algún espíritu encantado se escuchaba ya entre el pueblo, a pesar de lo mucho que trabajaba la guillotina. Y con un solemne interés por la vida que dormitaba en la sombra, cruzó el río y llegó a calles mejor alumbradas.

Encontró allí pocos carruajes. Quien salía en coche pasaba por sospechoso, y las personas distinguidas, ocultando su cabeza bajo el gorro republicano, calzaban zapatos y andaban por el lodo. Pero los teatros eran muy frecuentados, y la multitud que salía de ellos pasó alegremente por su lado, y se dividió después en pequeños grupos que se dirigían en animada conversación a sus casas. Delante de uno de esos teatros, una niña y su madre buscaban con la mirada el sitio menos lleno de lodo para cruzar la calle. Sydney cogió a la niña, la llevó al otro lado, y, antes de que el brazo infantil se desprendiera de su cuello, le pidió un beso.

«Soy la resurrección y la vida, dice el Señor. El que cree en Mí vivirá aunque haya muerto, y el que vive en Mí está seguro de vivir eternamente».

Las calles estaban silenciosas, se acercaba la noche, y las palabras del texto sagrado estaban en el eco de sus pasos y en los murmullos del viento. Completamente tranquilo y firme, a veces se las repetía a sí mismo mientras andaba; pero siempre las oía.

Pasó la noche. Mientras, apoyado en el pretil de un puente, escuchaba cómo azotaba el Sena los murallones de la Isla de París y miraba el conjunto pintoresco de la catedral y las casas alumbrado por la luna, el día asomó fríamente como una faz muerta saliendo del cielo, las estrellas y las tinieblas palidieron y se desvanecieron, y por unos momentos la Creación pareció dominada por la Muerte.

Pero el sol glorioso, al salir, pareció asestar estas palabras, esta carga de la noche, directas en su corazón. Y contemplando sus largos y brillantes rayos, con ojos ensombrecidos y respetuosos, Carton vio surgir un puente de luz entre él y el sol, mientras el río centelleaba a sus pies.

La corriente rápida y profunda se le apareció a través del aire apacible de la mañana como una amiga cuya esencia era igual a la suya. Se acercó al río, y tumbándose en la orilla se durmió a la claridad del día. Al despertar paseó junto al agua unos momentos y, viendo una ola que daba vueltas sin objetivo, dijo cuando el río se apoderó de ella y la arrastró para lanzarla al mar:

—¡Es como yo!

Pasó ante sus ojos y desapareció un barco con una vela del color de una hoja marchita. La oración que en esos momentos se elevaba en su corazón para implorar a Dios que tuviese piedad de sus faltas terminaba con estas palabras: «Soy la resurrección y la vida».

El señor Lorry había salido ya cuando Sydney volvió a su casa. Era difícil adivinar adónde había ido aquel amigo excelente. Sydney tomó una taza de café, comió un poco de pan, se cambió de traje y se dirigió al tribunal.

Reinaba en la sala un gran tumulto cuando el espía le hizo entrar por el ángulo más oscuro y pronto se confundió entre la multitud. El señor Lorry y el doctor estaban en primera fila, y Lucie al lado de su padre.

Cuando entró Darnay, la joven le dirigió una mirada tan llena de valor y cariño que la sangre generosa animó el rostro del acusado y vivificó su corazón. Si alguien hubiera podido observarlo, habría visto que la mirada de la joven ejercía también en Carton la misma influencia.

Ante aquel tribunal excepcional ninguna forma de procedimiento garantizaba el derecho de defensa. Si en otro tiempo no se hubiera hecho un abuso tan monstruoso de las formalidades y de las leyes, la justicia revolucionaria no habría sido tan suicida como para desmenuzarlas y lanzarlas al viento.

Nadie apartaba la mirada del jurado formado por los mismos patriotas que el día anterior y que al día siguiente. Destacaba, sin embargo, entre sus miembros un hombre de rostro famélico, cuyos dedos vagaban perpetuamente en torno a sus labios, y que con su presencia causaba una gran satisfacción a la multitud. Este patriota sediento de sangre, de mirada salvaje y de ideas mortíferas era el Jacques tercero de la buhardilla de Saint Antoine. Todo el tribunal era como una trailla de perros elegida para juzgar al gamo.

Todos los ojos examinaron después al acusador y a los cinco jueces. No debía temerse por su parte la menor debilidad. Ellos representaban el negocio de la ferocidad, de la intransigencia, del asesinato. Todos los ojos se buscaron en la multitud, señalándose, unos a otros, el tribunal con una sonrisa de satisfacción, y todas las cabezas se hicieron, unas a otras, una seña de júbilo antes de inclinarse con atención ante los jueces.

—Charles Evrémonde, llamado Charles Darnay —gritó una voz—, absuelto en la mañana de ayer, acusado nuevamente en el mismo día, preso por la noche, denunciado como enemigo de la República, aristócrata, individuo de una familia de tiranos, de una raza proscrita por haber empleado sus privilegios en la infame opresión del pueblo, en virtud de cuya proscripción Charles Evrémonde llamado Charles Darnay ha muerto civilmente.

El fiscal pronunció sobre este punto un dictamen lacónico.

—¿El acusado ha sido denunciado abierta o secretamente?

—Abiertamente.

—¿Por quién?

—Por tres individuos.

—¿Sus nombres?

—Ernest Defarge, tabernero en el barrio de Saint Antoine.

—Bien.

—Thérèse Defarge, su mujer.

—Bien.

—Y Alexandre Manette, doctor en medicina.

Tumulto en la sala y, en medio de ella, el doctor Manette pálido y temblando en su sitio.

—Presidente —exclamó—, protesto. La acusación que se me atribuye es mentira, una abominable calumnia. Sabéis que el acusado es el marido de mi hija, y las personas que ella ama son para mí más preciosas que la vida. ¿Quién es el infame que ha podido decir que denunciaba al que es la alegría de mi hija?

—Cálmate, ciudadano Manette; la falta de sumisión al fallo del tribunal te pondría fuera de la ley. En cuanto a los individuos que son para ti más preciosos que la vida, nada puede ser tampoco más precioso que la República a un buen ciudadano.

Vivas aclamaciones acogieron esta reprensión. El presidente agitó la campanilla y continuó con entusiasmo:

—Si la República te pidiera a tu propia hija, tu deber sería sacrificársela. ¡Oye y calla!

Volvieron a oírse furiosos aplausos; el doctor se sentó abatido con los labios trémulos; su hija se acercó a él con ternura, y el patriota famélico se frotó las manos y se llevó la derecha a los labios.

Llamaron a Defarge a declarar después de restablecer el silencio, y el tabernero contó brevemente que servía al doctor en la época en que éste fue preso, y explicó el estado en que se encontraba el cautivo cuando consiguió la libertad después de dieciocho años de prisión.

—¿No te distinguiste en la toma de la Bastilla, ciudadano?

—Ya lo creo.

—Peleaste como un valiente, ¿por qué no has de decirlo? —gritó una mujer con voz penetrante, alzándose en medio de la multitud—. Disparaste como un héroe el cañón y fuiste uno de los primeros que entraron en la fortaleza maldita. Patriotas, no digo más que la verdad.

Esta mujer era la Venganza, que, con general regocijo, interrumpía la audiencia.

El presidente la llamó al orden.

—Me burlo de tu campanilla —gritó ella con descaro.

Y ahogaron su voz frenéticos aplausos.

—Informa al tribunal, ciudadano, de lo que hiciste después de entrar en la Bastilla.

—Sabía —respondió Defarge, mirando a su mujer, que, desde su banco, no dejaba tampoco de mirarlo—, sabía que el preso en cuestión había ocupado el número 105 de la Torre Norte. En la época en que hacía zapatos en mi buhardilla no se daba a sí mismo otro nombre que el número de su calabozo. El día de la batalla, mientras cargaba mi cañón, resolví entrar en la plaza después de la rendición y examinar el número 105. Vence el pueblo, entro, subo a la prisión con un amigo que actualmente es miembro del jurado, examino el aposento con cuidado y encuentro detrás de una de las piedras de la chimenea estos papeles. Conocía la letra del preso,

y vi que era la misma. Puedo por lo tanto afirmaros que estas líneas son del puño y letra del doctor Manette, y os las entrego, presidente, tal como las encontré.

—¡Que se lean! ¡Que se lean! —gritó la multitud.

En medio del más profundo silencio, mientras el acusado miraba a su mujer con ternura, mientras ella no apartaba sus ojos de él sino para mirar a su padre, mientras madame Defarge clavaba los suyos en el acusado, el tabernero contemplaba a su mujer que triunfaba y toda la sala examinaba al doctor, el cual no veía más que al presidente, éste empezó a leer el papel que le había entregado el testigo.

X

La sustancia de la sombra

Yo, Alexandre Manette, doctor en medicina, natural de Beauvais, residente en París, escribo estas líneas en el calabozo que ocupó en la Bastilla en diciembre de 1767. Lo hago a ratos perdidos, con grandes dificultades. Tras largos esfuerzos, he separado una piedra de la pared interior de la chimenea, y detrás de ella tengo intención de ocultar estas páginas. Tal vez una mano caritativa las encuentre algún día, cuando no sean más que polvo y mis dolores no sean ya un recuerdo siquiera.

Estas palabras están trazadas con la punta de un clavo mojado en hollín diluido en mi sangre, y tan pobres medios hacen que mi tarea sea muy difícil. A finales de este mes hará diez años que estoy en esta prisión y he perdido completamente la esperanza. Terribles síntomas me advierten de que muy pronto se alterará mi razón, pero juro que en este momento estoy en posesión de toda mi inteligencia, que mis recuerdos son exactos y que estoy preparado para responder ante el juez eterno de la verdad de las líneas que trato de escribir. Son las últimas que saldrán de mi mano, y las escribo con conciencia, estén o no destinadas a caer más adelante en manos de los hombres.

El 22 de diciembre de 1757, una noche oscura, aunque con luna, me paseaba por la orilla del Sena a una gran distancia de mi casa, que estaba situada en la calle de la Escuela de Medicina, cuando oí el ruido de un carruaje que venía rápidamente detrás de mí. En el momento de apartarme para dejarle sitio, una persona se asomó a la portezuela, mandó al cochero que parase y me llamó por mi nombre. Me dirigí al vehículo, que los caballos habían llevado a bastante distancia antes de que los pudieran detener, y dos caballeros que se habían apeado me esperaban al lado de la portezuela. Iban embozados con anchas capas como si tuvieran intención de ocultarse, pero vi que eran de mi misma edad, tal vez más jóvenes, y me parecieron de una excesiva semejanza: tenían la misma estatura, la misma voz y la misma cara.

—¿Sois el doctor Manette? —me preguntó uno de los dos hermanos.

—Sí, señor.

—¿Sois el que habitaba en Beauvais, y que desde su llegada a París ha adquirido una gran reputación? —dijo el otro.

—Yo soy la persona de quien habláis de un modo tan halagüeño —les respondí.

—Hemos ido a vuestra casa, nos han dicho que probablemente os encontraríamos aquí, y nos hemos apresurado a venir a buscaros. Doctor, dignaos subir al coche.

Estas últimas palabras fueron pronunciadas con tono imperioso.

Los dos hermanos se habían colocado de tal modo que me era imposible huir; llevaban además armas, y yo no tenía ninguna.

—Señores —les dije—, perdonad que os diga que acostumbro a preguntar quién me hace el honor de pedir mis servicios y cuál es la clase de enfermedad que necesita mis cuidados.

—Doctor —me respondieron—, los que os llaman son personas distinguidas, y, en cuanto a la enfermedad que reclama vuestro auxilio, cuando veáis al enfermo, vuestra ciencia la juzgará mucho mejor que nosotros podríamos explicarla. Pero dejémonos de rodeos: tened la bondad de subir.

Me vi obligado a ceder y obedecí en silencio. Los dos hombres subieron después, la portezuela se cerró y los caballos partieron a escape.

Repito esta conversación exactamente tal como fue. No tengo la menor duda de que es, palabra por palabra, la misma. Lo describo todo exactamente como ocurrió, intentando severamente no apartarme de este propósito. Cuando escribo los puntos suspensivos que aquí siguen, es que me he visto obligado a suspender mi narración y a ocultar el papel en el escondite de la pared...

El coche salió de la ciudad y cruzó la frontera norte. Después de andar unos tres cuartos de hora por la carretera, entró en una calle de árboles y se paró delante de la verja de una casa aislada. Bajamos del coche y, cruzando un jardín inundado por una fuente cuyas aguas rebosaban, llegamos a la casa. La puerta se abrió al primer campanillazo, y uno de mis compañeros azotó con su guante de piel la cara del criado que nos había abierto.

Esta acción no me causó la menor sorpresa, pues estaba acostumbrado a ver castigar a la gente común con más frecuencia que a los perros. Pero el otro hombre descargó una bofetada al criado sin duda para desahogar su mal humor y, aunque se sirvió del dorso de la mano en vez de emplear un guante, su ademán fue tan parecido al del primero que, a juzgar por su semejanza, comprendí que aquellos dos jóvenes debían de ser gemelos.

Luego de pasar la verja, que uno de los hermanos había cerrado con cuidado, oí gritos que salían de una habitación del primer piso. Me hicieron subir la escalera, me introdujeron en la habitación y vi tendido en el lecho a una enferma atacada de fiebre y de delirio.

Era una mujer tan hermosa como joven, pues apenas tendría unos veinte años. Sus cabellos estaban despeinados, y sus brazos atados con fuerza al cuerpo por medio de una faja de seda y de varios pañuelos de bolsillo, salidos indudablemente del guardarropa de un noble, porque en una de las puntas de la faja se veía bordado un escudo de armas con una corona de marqués.

Estoy seguro de ello; en el momento de acercarme a la cama, la desgraciada mujer se retorció convulsivamente, llegó a coger la punta de la faja con los dientes, y se habría ahogado de no haberle yo quitado la tela de la boca. Entonces vi las armas y la letra E que formaban la marca.

Después de acostar con tiento a la enferma de espaldas, apoyé mi mano en su pecho para que no se moviera de la postura en que la había dejado y le examiné la cara. Tenía los ojos desmesuradamente abiertos y, en medio de los agudos gritos que salían de sus labios, distinguí estas palabras que pronunciaba con desesperación:

—¡Marido mío! ¡Padre mío! ¡Hermano mío!

Después contaba hasta doce, decía luego: «¡Chist!», y tras un instante de silencio volvía a gritar, y repetía las mismas palabras con el mismo orden, igual entonación, los mismos gritos y la misma mirada.

—¿Hace mucho tiempo que se encuentra en este estado? —pregunté.

Uno de los dos hermanos, al que llamaré el mayor porque parecía tener más autoridad, me respondió:

—Unas veinticuatro horas.

—¿Tiene un marido, un padre y un hermano? —continué.

—Un hermano.

—¿Puedo verlo?

—No —respondió, con tono de desprecio.

—¿A qué se refiere el número doce que no cesa de repetir?

—A la hora que era entonces —dijo el más joven, con impaciencia.

—Ya veis, señores, que tenía razón cuando os pregunté el género de enfermedad que iba a combatir; estoy desarmado delante del mal. Si hubiera sabido su índole, me habría procurado medicamentos. El tiempo urge, y ¿dónde encontraremos ahora un farmacéutico?

—Hay aquí drogas —repuso el mayor, mirando a su hermano.

Éste salió y trajo de un aposento contiguo una caja que puso sobre la mesa...

Abrí algunos de los frascos y, después de olerlos, apliqué sus tapones a mis labios. Si hubiera necesitado drogas que no fueran narcóticas, es decir, venenosas, no me habría servido de ninguna de las que me habían presentado.

—¿No os inspiran confianza? —me preguntó el más joven de los dos hermanos.

—Ya veis, caballero, que voy a hacer uso de ellas.

Administré a la enferma, no sin mucho trabajo, la dosis deseable y, como era preciso renovar la medicación y observar sus efectos, cogí una silla y me senté cerca de la cama.

Una humilde criatura (la mujer del criado que nos había abierto la puerta) se hallaba en la habitación y se había retirado después de que entráramos. La sala era húmeda y sus muebles ordinarios, y sin duda hacía muy poco tiempo que estaba habitada, y no permanentemente. Habían clavado delante de las ventanas unas cortinas viejas, más para ahogar los gritos de la enferma que para protegerla del aire frío de la noche.

A pesar de la poción calmante de que me había valido, continuaba con igual violencia el delirio de la joven, que repetía los mismos gritos y las mismas palabras: «¡Marido mío! ¡Padre mío! ¡Hermano mío!», seguidas de uno, dos, tres hasta doce y el «¡chist!» tras lo cual empezaba de nuevo inmediatamente. Lo único que pudo darme alguna esperanza era la influencia que mi mano parecía ejercer en sus facciones, pero nada bastaba para calmar sus gritos, que se exhalaban con la regularidad de un péndulo.

Hacía media hora que estaba a su lado sin que se hubiesen alejado los dos hermanos, cuando el mayor me dijo:

—Hay otro enfermo en la casa.

—¿Es un caso urgente? —pregunté con sorpresa.

—Vais a verlo —respondió cogiendo la lámpara.

El otro enfermo estaba en una especie de pajar, encima de una caballeriza. La tercera parte del techo de aquel escondite estaba revocada con cal, y en el resto se veían los maderos y la punta del tejado, y en el suelo heno, haces de leña y manzanas que tuve que saltar para llegar hasta el paciente. He conservado el recuerdo de estos detalles que, después de diez años, se hallan grabados en mi memoria como en la noche en que los vieron mis ojos.

Yacía en el suelo sobre un lecho de paja y una almohada un aldeano que apenas tendría diecisiete años. Estaba acostado boca arriba, con los dientes convulsivamente apretados, la mano cerrada sobre el pecho y la mirada, brillante, dirigida al cielo.

Me arrodillé a su lado y, sin saber dónde estaba herido, vi que moría de una herida infligida por un instrumento agudo.

—Soy médico, pobre amigo mío —le dije—; dejad que os examine.

—Es inútil —me respondió.

La herida estaba en el sitio que ocultaba su mano, y logré descubrirla. Era una estocada, recibida veinticuatro horas antes, y que habría sido mortal aun cuando le hubiesen prestado con tiempo los auxilios del arte.

Miré al mayor de los hermanos, que contemplaba la agonía de aquel hermoso joven como si se tratara de un pájaro o de una liebre, y le pregunté:

—¿Cómo ha sido herido?

—Es un perro, un rústico que ha obligado a mi hermano a defenderse contra él, y ha recibido una estocada como si fuera un caballero.

No se revelaba el menor dolor ni la menor compasión en la voz que dio esta explicación. El individuo que hablaba creía que no era conveniente que una criatura de un orden tan inferior muriera allí, en vez de sucumbir oscuramente, como correspondía a un canalla de su especie. Era completamente incapaz de sentir compasión por aquel campesino.

El moribundo volvió lentamente los ojos hacia aquel hombre y luego los detuvo en mí.

—Esos nobles son orgullosos —dijo—, pero nosotros, perros y rústicos, lo somos también algunas veces. Nos roban, nos ultrajan y nos matan, pero conservamos nuestro orgullo. ¿La habéis visto, doctor?

Los gritos de la desgraciada, aunque debilitados por la distancia, llegaban hasta nosotros.

—Sí —respondí.

—Es mi hermana —continuó—. Estos nobles tienen derechos vergonzosos que ejercen desde hace mucho tiempo, pero hay jóvenes honradas entre nosotros, y las ha habido siempre, como he oído decir a mi padre. Mi hermana era una de ellas. Debía casarse con un joven de valor, de buen corazón, uno de sus vasallos. Todos éramos arrendatarios de ese hombre que está a vuestro lado; el otro es su hermano y es el peor de una mala raza.

El moribundo articulaba con dificultad las palabras, pero su alma hablaba con una terrible energía.

—Nos había saqueado hasta tal punto, como nos sucede a los rústicos y perros, que nos imponía y nos obligaba a trabajar para él sin salario, a moler su trigo en nuestro molino y a alimentar su gallinero con nuestra pobre cosecha, sin poder criar un palomo siquiera para nosotros. Nos había saqueado y apurado tanto que, si por casualidad teníamos un pedazo de carne, lo comíamos con la puerta y las ventanas cerradas para que sus satélites no vinieran a quitárnoslo de la boca. En una palabra, éramos tan pobres que mi padre nos decía que era culpable traer al mundo un hijo, y pedíamos a Dios que extinguiere nuestra raza con la esterilidad de las mujeres.

Yo imaginaba que el pueblo alimentaba en el fondo del corazón el odio a la opresión de la que era víctima, pero por vez primera oía expresar su protesta con ira e indicar la rebelión.

—Sin embargo —continuó el moribundo—, mi hermana se casó. El hombre que ella amaba estaba entonces enfermo, y se casó para llevarlo a nuestra casa, a nuestra madriguera como diría un noble, y poder curarlo allí. Tres meses hacía que estaba casada, cuando la vio el hermano de este hombre, se prendó de ella y suplicó al hermano que se la cediese. ¿Qué son los maridos entre nosotros? El hermano consintió en ello, pero mi hermana era virtuosa, y le tenía a ese hombre un odio tan terrible como yo. ¿Qué hicieron entonces los dos hermanos para persuadir al marido de que utilizara su influencia para que su mujer aceptase las condiciones que ellos habían convenido?

El herido clavó su mirada en el hombre al que acusaba y cuyo rostro me confirmó la verdad de sus palabras.

Me parece verlos aún desde el fondo de esta fortaleza; por una parte el insolente desprecio del noble, y por otra la sed de venganza del desgraciado al que pisotean y que se levanta.

—Sabéis —prosiguió el aldeano— que los nobles tienen derecho para uncirnos a un carro y obligarnos a arrastrarlo, y a obligarnos a pasar la noche agitando sus estanques para impedir que las ranas turben su sueño. Éstos se aprovecharon de su derecho para enviar al marido al que querían someter a la orilla de un estanque desde la noche hasta la mañana y para uncirlo desde la mañana hasta la noche. ¡Pero él no cedió... no! Un día le quitaron el yugo para que fuera a comer, si es que algo de pan tenía; aquel día sollozó doce veces mientras el reloj daba las doce del día y murió en brazos de su mujer.

Como el deseo de hacer públicos los crímenes de sus enemigos era lo único que podía contener su último aliento, ahuyentó las sombras de la muerte que se acumulaban sobre su rostro y obligó a su mano derecha a cerrar la herida.

—Entonces, con permiso de ese hombre que lo ayudó —continuó el aldeano—, su hermano raptó a mi hermana sin hacer caso de sus lamentos. Quería divertirse con ella algunos días. Pasó por mi lado cuando yo me encontraba en el camino, y cuando anuncié esta noticia en casa estalló el corazón de mi padre. Nadie sabrá jamás sus sinsabores. Conduje a mi hermana menor, porque tenía otra, a un sitio donde este hombre no pudiera descubrirla y donde al menos no sería su amo, y corriendo después en persecución de su hermano, entré en esta casa. El rústico, el perro, tenía un arma. ¿Dónde estará mi pobre hermana?, me decía. Y me acerqué a una ventana y la llamé. Mi hermana me oyó y vino. Entonces vino también él, y me arrojó el bolsillo, que no recogí. Al ver que lo despreciaba, cogió un látigo; pero, aunque yo solo era un campesino, lo obligué a sacar la espada. Que la rompa en tantos pedazos como quiera porque está teñida de mi miserable sangre, pero eso no le hará olvidar que tuvo que desplegar toda su destreza para defender su vida.

Yo acababa de ver los pedazos de una espada que habían arrojado en el heno y un sable viejo que había pertenecido a algún soldado.

—Levantadme, doctor, levantadme; ¿dónde está?

—Acaba de salir —respondí, suponiendo que hablaba del raptor.

—¡Ah! Por orgulloso que sea tiene miedo de un villano. ¿Dónde está el otro? Colocadme frente a él.

Levanté la cabeza del moribundo y la apoyé en mi rodilla, pero, investido en el momento supremo con una fuerza sobrehumana, se incorporó con tanta energía que me obligó a levantarme a mí para someterlo.

—Marqués —dijo, tendiendo la mano derecha y dirigiendo al noble una mirada vidriosa—, cuando llegue el día en que os pidan cuentas de todos vuestros crímenes, os conmino a comparecer ante los jueces, vos y los vuestros, hasta el último de vuestra raza, para responder por lo que nos habéis hecho sufrir. Conmino a vuestro hermano, el más perverso de una familia maldita, a responder por su lado, y hago sobre él una cruz sangrienta para que lo reconozcan los vengadores.

Mojó dos veces la mano en la sangre que brotaba de su herida y trazó una cruz en el aire.

Después agachó la cabeza y cuando lo solté de mis brazos era cadáver...

Encontré a la joven en el mismo estado de fiebre y de delirio, gritando aún y repitiendo por el mismo orden las mismas palabras que cuando llegamos. Dentro de algunas horas, pensaba para mí, todo esto se extinguirá en el silencio del sepulcro.

Le hice beber una parte de la poción, y me senté a su lado, pero continuaba repitiendo: «¡Marido mío! ¡Padre mío! ¡Hermano mío!», contaba hasta doce, imponía silencio y volvía a empezar.

Hacía treinta y seis horas que la había visto por primera vez, había salido y entrado en el aposento varias veces, y me hallaba a su lado cuando su voz se alteró, sus gritos se debilitaron y sus palabras fueron cada vez más confusas. Hice todo género de esfuerzos para favorecer la calma que se apoderaba de ella, y poco tiempo después cayó en profundo letargo.

Esto nos produjo el mismo efecto que cuando el viento y la lluvia cesan de pronto tras una espantosa tormenta. Le desaté los brazos, y llamé a la mujer que la velaba conmigo para colocarla en mejor posición y arreglarle el vestido. Vi entonces que estaba embarazada y perdí la escasa esperanza que tenía de salvarla.

—¿Ha muerto? —preguntó el marqués, esto es, el mayor de los dos hermanos, que entraba en esos momentos, con las botas de camino puestas.

—No —respondí—, pero es probable que vaya a morir.

—Estas gentes del pueblo tienen siete vidas como los gatos —dijo, mirando a la enferma con cierta curiosidad.

—Hay en la desesperación una fuerza prodigiosa —repliqué.

Estas palabras lo hicieron sonreír de pronto, pero después lo irritaron. Empujó con el pie una silla hasta donde estaba la mía, mandó a la criada que se retirase y dijo en voz baja:

—Viendo a mi hermano apurado con estos villanos, le aconsejé que os llamase. Vuestra reputación está aún por construir, sois joven, vais a hacer fortuna y, como es probable que no estéis reñido con vuestros propios intereses, no hablaréis a nadie de lo que acabáis de ver aquí.

Yo escuchaba la respiración de la enferma y no le respondí.

—¿Queréis prestarme atención, doctor?

—Caballero —respondí—, todo lo que tiene relación con los enfermos es sagrado para el médico y guarda sobre este punto la discreción más absoluta.

Evitaba de este modo responder con más franqueza, porque, profundamente turbado por lo que acababa de ver y oír, conocía la necesidad de obrar con la mayor discreción.

La respiración de la enferma era tan difícil de observar que, embebido en el examen del pulso y de los latidos del corazón, no oía nada de lo que decían en el aposento. La vida no estaba completamente extinguida. Volví a sentarme y vi que los dos hermanos me examinaban con

atención. Mi recuerdo está aún presente en mi espíritu, y me sería fácil referir las palabras más insignificantes que cambié con ellos; pero tengo que escribir tanto, el frío es tan intenso y me da tanto miedo pensar que pueden sorprenderme y encerrarme en un calabozo privado de luz, que abrevio esta narración.

La infeliz estuvo agonizando ocho días. Una noche, viendo que movía los labios, acerqué el oído y entendí algunas de sus palabras. Me preguntó dónde estaba y quién era, y le respondí; pero en vano traté de saber su nombre: siempre me hizo un gesto negativo y, como su hermano, se llevó el secreto a la tumba.

Hasta entonces no había podido hacerle ninguna pregunta, porque continuamente estaba a la cabecera de la cama uno u otro de los dos nobles sin permitirme que hablase con ella, a excepción de los últimos momentos, cuando ya no les preocupaba lo que podía decirme, como si yo hubiera de morir al mismo tiempo que su víctima. Confieso que más de una vez me estremeció esta idea.

Había advertido cuánto había ofendido su orgullo aquel desafío con un aldeano, con un ser infame y de una edad casi próxima a la infancia. Era para la familia un suceso degradante y ridículo que los martirizaría dolorosamente; pero en cambio no hacía el menor caso de la muerte del joven, de su padre y de su hermana. La mirada del que se había visto obligado a batirse se fijaba con frecuencia en mí, y veía en ella el odio profundo que yo le inspiraba desde la revelación que había recibido del difunto. Era también un motivo de disgusto para su hermano, a quien le repugnaba mi presencia.

La joven murió a las diez de la noche. Hacía ocho días que estaba a su lado. Me hallaba junto a su lecho cuando su cabeza se inclinó suavemente sobre el hombro y acabaron todos sus pesares con su último suspiro.

Los dos hermanos esperaban con impaciencia en la planta de abajo el momento de partir.

—¿Ha muerto por fin? —dijo el mayor cuando entró en la habitación.

—Sí —respondí.

—Te doy la enhorabuena —dijo su hermano, que estaba detrás de él.

Me entregó un cartucho de monedas de oro y yo lo puse sobre la mesa. Me había negado ya el día anterior a aceptar la cantidad que me había ofrecido, porque estaba resuelto a no recibir dinero alguno.

—Perdonad —le dije—, en semejantes circunstancias me es imposible aceptar.

Los dos se miraron, me saludaron y nos despedimos en silencio...

Estoy cansado, abrumado y abatido por el dolor y por mil padecimientos. No puedo leer ya lo que he escrito con trémula mano...

Al día siguiente muy temprano trajeron a mi casa el cartucho de monedas en una cajita donde se veía mi nombre. Pensé toda la noche lo que debía hacer, estaba decidido a escribir al ministro y a informarle confidencialmente de los dos casos de muerte cuyos pormenores acabo de relatar; pero, como no ignoraba las influencias de la corte, las inmunidades de que gozaban los nobles y recelaba que mi carta quedaría sin consecuencias, y a pesar de que este suceso era para mí un caso de conciencia, guardé el más profundo secreto y hasta mi mujer lo ignoraba todo. Finalmente se lo revelé al ministro para que nadie pudiese verse comprometido en este triste asunto del que solo yo estaba enterado.

Era el último día del año y acababa de terminar mi carta cuando entraron a anunciarme que una señora deseaba hablarme...

De día en día estoy más débil, y por momentos veo que mi tarea es superior a mis fuerzas. ¡Tengo tanto frío! Mis miembros se hinchan, la luz es sombría y se hace de noche en mi cabeza.

Aquella señora, que era joven, bella y graciosa, llevaba en su rostro el sello de una muerte prematura. Parecía muy conmovida y me dijo que era la mujer del marqués de Saint Evrémonde. Como el moribundo había dado este título a uno de los dos nobles, lo comparé con la inicial que

había visto bordada en la faja, y deduje de esto que el marido de aquella señora era uno de los raptos de la difunta.

Recuerdo todo lo que dijimos en nuestra conversación, pero no puedo escribirlo, porque me tratan con el mayor rigor y tengo miedo de que me espíen.

Aquella señora había descubierto casi todos los hechos de esta dolorosa historia, y sabía la parte que había tomado en ella su marido; pero, ignorando que la joven hubiera muerto, venía a verme con la esperanza de serle útil y manifestarle su compasión, porque trataba por todos los medios de apartar la cólera divina de una familia odiosa a tantos desgraciados.

La marquesa tenía muchos motivos para creer que la difunta había dejado una hermana menor, y su deseo más ardiente era acudir en su auxilio. Sabía yo también que esa joven existía, porque su hermano me lo había dicho, pero ignoro aún su nombre y su paradero...

Muy pronto me quedaré sin papel; ayer me quitaron una hoja amenazándome con el calabozo, y es preciso que termine hoy.

La marquesa era buena y sensible, pero desgraciada en su casa, lo cual era muy natural. Su cuñado la odiaba y ejercía contra ella toda su influencia. La pobre señora tenía miedo, y no era a su marido lo que temía menos. Le di la mano y la acompañé hasta su carruaje, y vi en el carruaje a un niño de dos o tres años.

—Doctor —me dijo, con los ojos bañados en lágrimas—, por amor a este niño me esfuerzo en reparar en cuanto es posible el mal que hacen ellos. ¡Qué carga será para él semejante herencia! Abrigo el presentimiento de que, si no se expían todos estos agravios, le pedirán a él cuentas algún día. Todo lo que poseo es muy poco aparte de mis joyas, pero se lo legaré con la condición expresa de que se lo entregue a los demás miembros de esa desgraciada familia, y le encargaré que busque a la hermana de la pobre víctima y le diga que la he amado como una madre.

La señora abrazó al niño.

—¿Lo prometerás, Charles? —le dijo acariciándolo—. ¿Cumplirás fielmente tu promesa?

Besé la mano de aquella señora a quien no habría de volver a ver.

Cerré la carta sin añadir nada, y no queriendo confiarla a manos extrañas, yo mismo la llevé a su destino.

A las nueve de la noche llamó a mi puerta un hombre vestido de negro, preguntó por mí y siguió a Ernest Defarge, un niño que tenía a mi servicio. Cuando éste entró en la sala, donde estaba con mi mujer —la querida de mi corazón... ¡tan hermosa y tan amable!— vimos a aquel hombre que Defarge creía aún en la antesala y que lo había seguido.

—Os llaman —me dijo— de la calle de Saint Honoré para un caso muy grave; os espera un coche y pronto estaréis de vuelta.

Aquel coche habría de conducirme aquí, a mi tumba. Apenas llegué a la calle, me taparon la boca con una mordaza mientras me ataban los brazos a la espalda. Los dos hermanos salieron entonces de un rincón oscuro, cruzaron la calle y con un ademán testificaron mi identidad. El marqués sacó del bolsillo la carta que había escrito al ministro, me la enseñó, la quemó en la luz de un farol que llevaba en la mano y apagó las cenizas con el tacón del zapato. El coche partió y me encerraron en vida en el sepulcro.

Si Dios les hubiera inspirado la idea de enviarme noticias de mi mujer, de hacerme saber únicamente si está muerta o viva, habría creído que el Señor no los había olvidado. Pero la cruz sangrienta con que están marcados les es fatal, Dios no quiere que participen de Su misericordia, y yo, Alexandre Manette, en esta última noche del décimo año de mi agonía, los denuncié hasta el último de su raza para que en los tiempos venideros tengan que responder de todos estos crímenes; los denuncié al cielo y a la tierra.

Un espantoso y confuso clamor se alzó en todos los puntos de la sala: en él solo se distinguía un rumor de voces sedientas de sangre. El documento que acababa de leerse había exaltado hasta el frenesí el furor vengativo de la época, y ninguna cabeza se habría salvado en Francia, por elevada que estuviera, con tan terrible acusación.

Ante semejante tribunal era inútil preguntar cómo no habían unido los Defarge este documento a todos los que se encontraron en la Bastilla, ni por qué lo habían conservado para hacerlo público cuando les conviniera, e inútil también demostrar que el nombre de aquella familia estaba registrado desde hacía mucho tiempo en los archivos de la taberna y señalado para la venganza del arrabal de Saint Antoine. Aquel cuyas virtudes y servicios hubieran podido compensar el peso de esta denuncia no había nacido aún.

Lo que perjudicaba especialmente al acusado era que el denunciante fuera un ciudadano conocido, su amigo, el padre de su mujer. El populacho aspiraba en su loco entusiasmo a imitar las virtudes más que dudosas de los antiguos republicanos, y quería que se sacrificasen los seres más queridos en el altar de la patria. Por esta razón, cuando el presidente dijo (de lo contrario su cabeza no habría estado segura sobre sus hombros) que el doctor Manette sería aún más honroso para la República si contribuía a extirpar del territorio a una familia de aristócratas, y que experimentaría indudablemente una sagrada alegría en dejar a su hija viuda y a su nieta huérfana con la muerte de un odioso enemigo del pueblo, sus palabras produjeron un brutal arrebato de fervor patriótico, pero no despertaron el menor sentimiento de humanidad.

—Ese doctor es muy influyente —dijo madame Defarge, sonriendo a la Venganza—. ¡Sálvalo, doctor, sálvalo!

El primer juez pronunció su fallo. Un rugido de júbilo acogió su respuesta afirmativa. Votó otro juez y después otro, y un rugido siguió a otro rugido.

Charles Darnay fue declarado culpable por unanimidad de ser aristócrata de corazón y nacimiento, enemigo de la República y opresor del pueblo, y fue condenado a muerte y conducido a la Consergerie para ser ejecutado en un plazo de veinticuatro horas.

XI

Penumbra

Lucie agachó la cabeza al oír la sentencia, como herida de un golpe mortal, pero no expresó la menor queja, y la voz interior que le decía que sostuviera a su marido en aquella última prueba tuvo tanta fuerza que volvió a alzar inmediatamente la mirada para consolarlo.

Los miembros del tribunal, que tenían que tomar parte en una demostración patriótica, aplazaron para el día siguiente las causas que quedaban pendientes de fallo y la multitud salió con algaraza y griterío. Lucie, cuando se quedó sola delante del estrado de los acusados, tendió los brazos a su marido, levantando hacia él sus ojos llenos de amor.

—¡Si pudiera abrazarlo por última vez! —exclamó—. ¡Tened piedad de nosotros, buenos ciudadanos!

Solo quedaban en la sala el carcelero, John Barsad y los cuatro hombres que el día anterior habían ido a prender a Charles Darnay.

—Concedámosle lo que desea —dijo el espía—, será cosa de un momento.

Los demás hicieron un gesto afirmativo, ayudaron a la joven a saltar sobre los bancos del pretorio y la condujeron a un sitio donde el reo pudo estrecharla en sus brazos.

—¡Adiós, amor mío, adiós! Mi último pensamiento será para ti, mi último suspiro para bendecirte. No te inquietes, nos volveremos a ver donde reciben consuelo los desgraciados.

—Tengo fuerza para resistirlo todo, Charles; Dios me sostiene. Tengo valor; no sufras por mí, no te entristezcas. Tu bendición para nuestra hija.

—Bendícela de mi parte; le darás un beso de parte de su padre y le dirás adiós por mí.

—¡Charles!... ¡Oh! No... aún no.

Charles se desprendió de sus brazos.

—No estaremos mucho tiempo separados —dijo Lucie—; sé que mi corazón morirá y que pronto me reuniré contigo; pero cumpliré con mi deber hasta el fin y, cuando haya de separarme de nuestra hija, Dios le dará amigos, como me los ha dado a mí.

Su padre, que la había seguido, iba a arrodillarse delante de ellos, pero Darnay tendió la mano exclamando:

—¡No... no! ¿Qué habéis hecho de que debáis acusaros? Ahora sabemos la lucha que habéis sostenido, conocemos lo que debisteis de sufrir cuando descubristeis el nombre de mi familia, y comprendemos la antipatía instintiva que sentíais en un

principio y que vencisteis. Os damos las gracias de todo corazón y os amamos como nunca. ¡Dios os guarde y proteja!



En vez de contestar, el antiguo preso de la Bastilla se llevó las manos a las canas y se las mesó con un grito de dolor.

—Tenía que suceder: ¿por qué nos extrañamos? —repuso Darnay—. Todo ha contribuido a este triste resultado. Los vanos esfuerzos para cumplir el último deseo de mi madre me llevaron hasta vos; pero el bien no podía salir del mal, y semejantes premisas no podían conducir a conclusión más feliz. Consolaos y perdonadme por lo que habéis padecido.

Se llevaron a Charles, y su mujer lo miró con las manos cruzadas mientras se alejaba dirigiéndole una sonrisa consoladora. Cuando lo vio desaparecer, apoyó su frente en el pecho de su padre, quiso hablar y cayó desmayada.

Sydney Carton corrió a levantarla desde el ángulo de la sala donde estaba oculto. Se estremeció y tembló su mano al sostener aquella hermosa cabeza destruida por el dolor, pero con la profunda compasión que se plasmaba en su rostro se mezcló un rayo de alegría y de orgullo.

«¿La llevaré? —pensó—. Nunca he sentido el peso de su cuerpo».

La cogió en brazos y la dejó con cuidado en los almohadones del coche. El doctor y el señor Lorry se colocaron a su lado, y Sydney subió al pescante y se sentó al lado del cochero.

Al llegar a la puerta de la casa, adonde la noche anterior había vuelto en medio de la oscuridad para seguir la huella de sus pasos adorados, la sacó del carruaje y la llevó a su alcoba, donde su hija y la señorita Pross la cubrieron de lágrimas y caricias.

—Dejadla —dijo—, no la despertéis de su letargo; está mejor así sin sentir la realidad del dolor.

—Querido Carton —dijo la niña, arrojándose en sus brazos—, ¿has venido de Londres para consolar a mamá y salvar a papá? Mírala, querido Carton; tú que tanto la amas, impedirás que sea desgraciada.

Carton alzó a la niña, juntó con las rosadas mejillas de aquel ángel hermoso las suyas marchitas, y miró a Lucie, que continuaba sin movimiento.

Antes de salir se detuvo y dijo:

—Antes de irme... ¿no podré besarla?

Recuerdan haberle oído murmurar algunas palabras cuando se inclinó para abrazarla y besarla en la frente. La niña contaría luego, como en su vejez contaría a los hijos de su hija, que le había oído decir estas palabras: «Por una vida que os es tan querida».

Al salir de la alcoba se encontró de pronto con el señor Lorry y con el doctor:

—Vuestra influencia fue ayer poderosa —le dijo—, ensayadla hoy también. Os aprecian los jueces, y todas las personas de importancia agradecen vuestros servicios.

—Las circunstancias no son ya las mismas; ayer sabía lo que iba a suceder, y tenía la certeza de salvarlo —respondió el doctor Manette con lentitud y con una expresión que revelaba su temor.

—No cejéis por eso. De aquí a mañana queda poco tiempo, pero esto es un motivo más para emplearlo bien.

—Ésa es mi intención; no cejaré hasta hacer todo lo que pueda.

—Muy bien, la energía puede acometer grandes empresas. Bien es verdad, sin embargo... —añadió exhalando un suspiro—, pero qué más da, hay que intentarlo. Por poco valor que tenga esta vida cuando se ha hecho de ella mal uso, vale no obstante la pena defenderla, porque cuesta abandonarla.

—Voy a salir —dijo el doctor Manette—; veré al presidente, a los jueces, al fiscal; veré a otros, escribiré... Pero hoy hay fiesta nacional, y todo el mundo estará fuera de casa y no encontraré a nadie hasta la tarde.

—No os desesperéis. El caso es tan grave que ese contratiempo no os quita muchas probabilidades. Vendré no obstante a saber el resultado de vuestras visitas. ¿A qué hora creéis que habréis visto a todos vuestros amigos?

—Una hora o dos después de anochecer.

—Se hace de noche a las cuatro: de modo que, si voy a casa del señor Lorry entre las ocho y las nueve, sabré lo que habéis conseguido, ya por vos mismo, ya por conducto de nuestro amigo.

—Es probable.

—¡Ojalá la muerte os favorezca!

El señor Lorry acompañó a Sydney hasta la puerta, y le dijo poniéndole la mano en el hombro:

—Ya no tengo esperanzas.

—Ni yo tampoco.

—Suponiendo que los magistrados y los jueces de la municipalidad le sean favorables, lo cual es una suposición gratuita, porque ¿qué es para ellos la vida de un hombre?, no creo que tengan valor para salvarlo después de los aplausos con que la multitud ha recibido la sentencia.

—Soy de la misma opinión. Me ha parecido oír la caída de la cuchilla en sus aclamaciones.

El señor Lorry se apoyó en la aldaba de la puerta.

—No os dejéis abatir —dijo Carton con dulzura—; he animado al doctor Manette a dar esos pasos porque eso será un consuelo para su hija. Si se declarase vencido, Lucie diría que no se ha hecho ningún esfuerzo para salvarlo y esta convicción turbaría tal vez su reposo.

—Es verdad —repuso el anciano, enjugándose los ojos—, pero morirá; no me queda ninguna esperanza.

—Ninguna —dijo maquinalmente Carton.

Y bajó la escalera con paso firme.

XII

Oscuridad

Cuando Carton llegó a la calle se detuvo sin saber adónde ir. «Tengo que volver a las nueve a casa del señor Lorry —se decía con aire pensativo—. ¿No sería prudente presentarme mientras tanto a sus enemigos para que me conozcan? Sí, creo que sí; esta medida puede ser necesaria. Pero cuidado, cuidado, cuidado; debo reflexionarlo mucho».

En vez de seguir el camino que había tomado, paseó por la calle mientras empezaba a oscurecer, y después de examinar su plan en todos los aspectos y de confirmarse en su primera resolución, se dirigió al barrio de Saint Antoine. Defarge había declarado ante el tribunal que era tabernero de ese arrabal, y sería fácil encontrar su local.

Sydney Carton pasó a la otra parte del río, entró en una fonda y se durmió después de haber comido. Por primera vez en mucho tiempo no bebió alcohol; la noche anterior había derramado el aguardiente en la chimenea del señor Lorry como quien se desprende para siempre de un hábito antiguo.

Serían las siete cuando salió de la fonda. Cuando se acercó al barrio de Saint Antoine, se paró delante de la ventana de una tienda donde había un espejo, se arregló el lazo de la corbata, se dobló el cuello de la casaca y se compuso el pelo, que llevaba despeinado. Terminada esta operación, se dirigió a la taberna de Defarge.

Por casualidad el único extraño que había en ella era Jacques tercero, el hombre de cara de tigre, mano inquieta y voz ronca que por la mañana formaba parte del jurado. Estaba bebiendo en el mostrador mientras hablaba con el tabernero, con madame Defarge y con la Venganza, que parecía ser de la familia.

Carton se acercó y pidió vino en mal francés. La tabernera le dirigió al principio una mirada indiferente, pero después lo miró con más atención y por último se le acercó para preguntarle qué era lo que había pedido.

Carton repitió la petición.

—¿Sois inglés? —preguntó la tabernera mirándolo atentamente.

Sydney la observó como si le costara trabajo entenderla, y respondió con un acento muy pronunciado:

—Sí, señora, sí, yo inglés.

Después cogió un periódico jacobino y, mientras fingía estar absorto en su lectura como si fuese para él muy difícil, oyó que madame Defarge, después de volver a su sitio, decía a sus amigos:

—Juraría que es Evrémonde.

El tabernero fue a servirle y le dio las buenas noches.

—¿Cómo? —dijo Carton.

—Os doy las buenas noches.

—¡Oh! Buenas noches, muy buen vino. Bebo a la salud de la República.

—En efecto —dijo el tabernero, volviendo de nuevo con el grupo—, se le parece algo.

—Se le parece tanto que los confundiría —repuso su mujer con tono suspicaz.

—Lo tienes de tal modo en la cabeza que lo ves en todas partes, ciudadana —dijo Jacques tercero, casi en actitud de conciliación.

—Es cierto —dijo la Venganza—, sin hablar del placer que tendrá mañana viéndolo por última vez.

Carton, con la cabeza inclinada sobre el periódico, seguía las líneas con el dedo índice y el rostro atento. Los cuatro amigos continuaban hablando en voz baja con los brazos cruzados en el mostrador y, después de un momento de silencio durante el cual escudriñaron al inglés sin distraerlo de su lectura, siguieron la interrumpida conversación.

—La ciudadana tiene razón —dijo Jacques tercero—. ¿Por qué vamos a contentarnos con él? El caso no tiene réplica.

—No lo niego —dijo Defarge—, pero tendremos algún día que contentarnos. La dificultad estriba en saber cuándo.

—Después del exterminio completo —respondió su mujer.

—¡Muy bien dicho! —exclamó el jurado.

—¡Bravo! —dijo la Venganza.

—El exterminio es bueno al principio, mujer —terció el tabernero, algo conmovido—, y soy partidario de él en general, pero ¡ha padecido tanto ese pobre doctor! ¿Reparasteis en qué pálido estaba cuando leían el papel?

—Sí —respondió la ciudadana con desprecio e ira—, sí, le miré a la cara y os digo que no es la de un patriota. ¡Que tenga cuidado con su cara pálida!

—¿Has visto el dolor de su hija? —insistió Defarge con voz suplicante—. Debía de ser para el doctor un horrible tormento.

—Sí, he visto a su hija —dijo la ciudadana—, y más de una vez; la he visto con frecuencia en el callejón que hay detrás de la cárcel. Que yo levante un solo dedo y...

Carton oyó el ruido seco que produjo la mano de la tabernera al caer sobre el mostrador como si fuera la cuchilla de la guillotina.

—¡Qué sublime está! —exclamó el jurado.

—Es un ángel —dijo la Venganza, abrazándola.

—Veo —continuó la tabernera, mirando a su marido— que, si en tu mano estuviera, lo cual por fortuna no es así, salvarías hasta al yerno.

—¡No! —gritó Defarge protestando—. Pero no iría más lejos.

—Hace mucho tiempo —dijo ella, con furor concentrado— que he inscrito en mi registro el nombre de esa familia maldita y la he condenado a una completa

destrucción, y no solo por sus crímenes como tiranos y opresores. Jacques y tú, Venganza, preguntádselo a mi marido.

Defarge hizo un gesto afirmativo.

—Al principio de los grandes días, cuando sucumbió la Bastilla, encontré ese papel, lo traje a casa y, cuando nos quedamos solos y cerramos la puerta, lo leímos juntos aquí, en este mostrador. ¿Es cierto?

—Sí —respondió Defarge.

—Cuando terminamos la lectura, la luz acababa de apagarse, se hacía ya de día y le dije a mi marido que tenía que revelarle un secreto. ¿Es cierto?

—Sí —respondió el tabernero.

—Me puse las manos en el pecho como me las pongo ahora, y le dije: «Defarge, unos pescadores me recogieron en la orilla del mar, y esos desgraciados cuya historia cuenta este papel, esa familia tan horriblemente perseguida por esos dos Evrémonde es la mía. Esa hermana del joven que ellos asesinaron era la mía, el marido que empujaron a la muerte y el ser que ahogaron en el seno de su madre, eran el marido y el hijo de mi hermana, ese hombre cuyo corazón despedazaron era mi padre, y tengo el deber de pedir cuentas por esas muertes». ¿Es cierto, Defarge?

—Es cierto —murmuró el tabernero.

—Di pues al viento y a las llamas dónde parar, pero no me lo digas a mí —repuso su mujer.

Nadie habría necesitado verla para saber cuán pálida estaba. Jacques tercero y la Venganza experimentaban una horrible satisfacción al descubrir el origen mortal de su odio y la felicitaron con entusiasmo. Defarge, en débil minoría, invocó la memoria de la marquesa, recordó sus intenciones generosas, pero no consiguió sino que su mujer repitiera estas palabras:

—Di al viento y a las llamas dónde parar, pero no a mí.

Entraron varias personas y el grupo se dispersó. Carton pagó lo que había tomado, contó con torpeza el dinero que le devolvían y suplicó a madame Defarge que le indicase el camino del Palacio Nacional. La tabernera lo acompañó hasta la puerta, le puso la mano izquierda sobre el brazo y le indicó con la derecha la dirección que debía tomar. Carton pensó entonces que sería una buena acción apoderarse del brazo que se apoyaba en el suyo, levantarlo y hundir un acero agudo en el pecho que lo sostenía, pero se marchó y desapareció en la oscuridad.

A la hora convenida se presentó en casa del señor Lorry, a quien encontró paseándose por su cuarto con agitación. Acababa de llegar de casa de Lucie y solo se había separado de ella para acudir a la cita que tenía con Carton. Nadie había visto al doctor Manette desde su salida de casa del anciano hombre de negocios cuatro horas antes. Su hija concebía alguna esperanza, creyendo que sus esfuerzos le habrían alentado a dar nuevos pasos, pero los demás se preguntaban dónde podía estar.

Dieron las diez y aún no había vuelto. No queriendo el señor Lorry dejar sola a Lucie más tiempo, salió para hacerle compañía, diciendo que volvería a las doce de la

noche y suplicando a Carton que recibiera al doctor en su ausencia.

El reloj señaló las once, dieron las doce, y el doctor no aparecía. El señor Lorry volvió sin que pudieran darle noticias de él y sin traer ninguna. ¿Dónde podría estar?

Mientras ambos discutían y empezaban a hacer buenos augurios de su larga ausencia, creyeron oír rumor de pasos en la escalera. Era el doctor, pero desde que entró comprendieron los dos amigos que todo estaba perdido.

No se supo nunca si había ido a ver a alguien o si había vagado al azar. El señor Lorry y Carton no le hicieron ninguna pregunta, porque su rostro les anunciaba todo lo que debían saber.

—No he podido encontrarlo —dijo, buscando con la mirada por la sala—, y, sin embargo, lo necesito. ¿Dónde lo han puesto?

No llevaba corbatín, ni sombrero, y mientras examinaba el pavimento, se quitó la casaca y la tiró al suelo.

—Mi banco... ¿dónde está? Lo he buscado por todas partes. ¿Qué han hecho de mis herramientas, de mi trabajo? El tiempo corre... Tengo que acabar estos zapatos.

Los dos amigos se miraron y sintieron desfallecer su corazón.

—Por favor —dijo, con voz quejumbrosa—, devolvédmelo; necesito trabajar.

No recibiendo contestación se tiró de los cabellos y pateó el suelo como un niño enojado.

—No atormentéis a un pobre miserable —exclamó con voz desgarradora—, dadme mi trabajo. ¿Qué será de mí si no acabo los zapatos?

¡Estaba perdido... perdido sin remedio!

El señor Lorry y Carton lo sentaron delante de la chimenea y le prometieron que muy pronto tendría sus herramientas y los zapatos. El doctor Manette se desplomó en el sillón, sin apartar la mirada de la llama y se cubrieron de lágrimas sus mejillas. Todo lo que había pasado en aquellos dieciocho años pareció que no era más que un sueño, y el señor Lorry volvió a encontrarse al lado del infeliz que Defarge albergaba en su buhardilla.

Por grande que fuera el dolor que inspiraba a los dos amigos aquel espectáculo, no era momento para entregarse a la emoción, y el recuerdo de la pobre mujer que perdía a un tiempo su última esperanza y su único sostén les recordaba vivamente lo que tenían que hacer.

—Se perdió la última esperanza —dijo Carton—, pero era tan vana que no podemos lamentarlo. Creo que deberíais conducirlo a su casa, pero dignaos antes escucharme. No me hagáis preguntas acerca de los consejos que voy a daros ni de la promesa que tengo que pedirlos; tengo un motivo poderoso para obrar así.

—No lo dudo —dijo el señor Lorry—; os lo prometo todo desde ahora.

El doctor movía mientras tanto la cabeza con expresión dolorosa y gimiendo.

Los dos amigos hablaron en voz baja como si estuvieran al lado de un enfermo. Carton levantó del suelo la casaca del doctor, que éste tenía doblada en los pies, y en el momento de hacerlo salió del bolsillo una cartera.

—¿Podemos abrirla? —preguntó Carton al anciano.

—Sí —respondió éste.

Carton encontró un papel que desplegó y exclamó al leerlo:

—¡Alabado sea Dios!

—¿Qué papel es éste? —preguntó el señor Lorry.

—Os lo diré al momento —respondió, sacando de su bolsillo un papel parecido al que tenía en la mano—. Éste es mi pasaporte; guardadlo hasta mañana. Como voy a ir a ver al señor Darnay, conviene que no lo lleve conmigo.

—¿Por qué?

—No lo sé, pero si lo guardáis vos estaré más tranquilo. Lo que acabo de encontrar en la cartera del doctor es un salvoconducto para él, su hija y su nieta que les permite salir de París cuando les parezca bien y dirigirse a la frontera. Juntadlo con vuestro pasaporte y el mío, y no lo perdáis; tengo mis razones para creer que nos será muy útil.

—¿Queréis decir que ningún peligro los amenaza?

—Por el contrario, madame Defarge va a denunciarlos: lo sé de su propia boca. Ha dicho delante de mí varias cosas que me inspiran fundados temores, e inmediatamente he ido a ver a Barsad, el cual ha confirmado mis sospechas. Según parece, un aserrador que vive detrás de La Force, y que está bajo la autoridad de la tabernera, le ha contado que la había visto —Carton no pronunciaba nunca el nombre de Lucie— hacer señas a los presos. Es fácil prever una acusación de conspiración contra la República, acusación que se castiga con la pena de muerte y que podría extenderse a su padre y a su hija... No temáis, los salvaremos.

—¡Dios lo quiera! Pero ¿cómo haremos...?

—Eso depende de vos, es decir, que el éxito es seguro. La denuncia de madame Defarge no se hará hasta pasado mañana, y es probable que espere incluso algunos días más. Sabéis que es un crimen llorar por los desgraciados que perecen en el cadalso; el doctor y su hija se harían indudablemente culpables de este crimen, y la denunciante, cuyo odio inveterado es imposible describir, esperará algunos días para añadir esta nueva acusación a los cargos anteriores. ¿Haréis lo que os digo? ¿Me prestáis atención?

—Sí, y tanta que hasta lo había olvidado —dijo el anciano, señalando al doctor.

—Tenéis dinero, y podéis llegar a la costa fácilmente. Habéis hecho ya todos los preparativos para regresar a Inglaterra, pedís mañana caballos de posta y partís a las diez.

—Lo haré así.

El entusiasmo con que hablaba Carton inspiraba al anciano un ardor que no era propio de su edad.

—Sois un noble amigo —repuso Carton—, y sabía que podíamos contar con vos. Id enseguida a anunciarle el peligro que la amenaza, decidle que su padre y su hija perecerían con ella, e insistid especialmente en esta consideración, porque madame

Defarge tendría un gran placer en dejar su hermosa cabeza en el cadalso al mismo tiempo que la de su marido. —Su voz se alteró al pronunciar estas palabras, pero continuó con firmeza—. Por el amor que os inspira, por su hija y por su padre haced que comprenda la necesidad de partir inmediatamente. Decidle que es la última voluntad de quien la ama. ¿Creéis que su padre obedecerá en el estado en que se encuentra?

—Obedecerá.

—Bien. Haced con cautela todos los preparativos necesarios. Que el coche esté en el patio a las diez, y subid vos primero para que ella pueda salir después de que vuelva yo de la cárcel.

—Se hará todo como decís. ¿Debo esperaros suceda lo que suceda?

—Indudablemente; tenéis mi pasaporte y mi equipaje; guardadme un asiento, y no partáis sin que esté ocupado, pero no os detengáis entonces ni un momento.

—Bien —dijo el señor Lorry, estrechándole la mano—, no dependerá todo de un pobre viejo, pues tendré para sostenerme a un hombre joven y fiel.

—Así lo espero; pero prometedme que ninguna influencia os hará modificar las disposiciones que acabo de daros y que nos comprometemos mutuamente a observar.

—Os lo prometo, Carton.

—Os lo suplico... No vaciléis ni retraséis un momento la partida. Abandonad al que nadie podrá salvar para no sacrificar tantas vidas preciosas.

—No temáis, no lo olvidaré; cumpliré mi misión.

—Y yo la mía. Podemos despedirnos... ¡Adiós!

Aunque pronunció esta palabra con expresión grave y formal y besó la mano del señor Lorry, no salió inmediatamente; ayudó al anciano a levantar a la figura que se balanceaba frente a las ascuas, la envolvió en una capa, le puso un sombrero y lo convenció de que los siguiese diciéndole que iban a ver dónde le habían escondido el banquillo y los zapatos. Y, sosteniendo en su brazo al doctor Manette, se dirigió a la casa donde velaba la mujer afligida que era tan feliz en la época en que le descubrió su corazón. Se detuvo algunos instantes en el patio, alzó los ojos hacia la habitación que ella ocupaba y, antes de partir, le envió una bendición y un adiós ferviente.

XIII

Cincuenta y dos

Los que debían morir aquel día esperaban su última hora en la negra prisión de la Concergerie. Su número era igual al de las semanas del año; cincuenta y dos personas iban a ser arrojadas por la marea humana de la ciudad al océano eterno e ilimitado. Aún no habían salido de sus calabozos y ya estaban designados sus sucesores; antes de que su sangre se hubiese mezclado con la del día anterior, se había hecho un sitio para la que al día siguiente se uniría a la suya.

¡Cincuenta y dos reos!... Desde el recaudador general más que septuagenario, cuyas inmensas riquezas no podían rescatar su vida, hasta la jornalera de veinte años a quien no había protegido una existencia pobre y oscura. Las enfermedades físicas que resultan de los vicios y de la incuria de los hombres eligen sus víctimas en todas las clases de la sociedad, y el atroz delirio que engendran la miseria, la opresión y la dureza de corazón hiere igualmente a ciegas y elige en todas partes a sus víctimas.

Charles estaba solo en su prisión sin abrigar la menor esperanza. Mientras el presidente leía la fatal historia de su familia, concluyó que ninguna influencia le salvaría del suplicio, que estaba condenado por millones de votos y que no prevalecerían las unidades contra tan inmenso total.

Sin embargo, como sus ojos no veían más que una imagen adorada, le era difícil aceptar el fallo de sus jueces; lazos poderosos lo unían a la vida, lo que había sucedido los dos días anteriores había duplicado sus fuerzas al devolverle la libertad, y, cuando toda su energía se empleaba en volver a gozar de la felicidad volvían a quitársela. Corrientes tumultuosas se estrellaban en su corazón y en su pensamiento de donde la rebelión ahuyentaba el espíritu de resignación, contra el que, si por un momento hacía caso, su mujer y su hija se revolvían, protestando contra su egoísmo.

Éstos fueron al principio los sentimientos del preso; después pensó que no era un oprobio padecer el castigo que le esperaba, que todos los días eran enviados al cadalso un sinnúmero de inocentes que subían las gradas fatales con paso firme, y que sería en lo venidero un consuelo para los que debían sobrevivir saber que había muerto con serenidad. Por último, tranquilizándose poco a poco, elevó a mayor altura su espíritu y la paz descendió a su alma.

El día iba a expirar cuando recobró toda su presencia de ánimo y, habiéndose permitido comprar luz y recado de escribir, hizo uso de este permiso hasta el momento de apagar las lámparas.

Escribió una carta a su mujer diciéndole que nunca había sabido que su padre estaba encarcelado hasta que ella misma se lo había contado, y que hasta que el presidente leyó el documento entregado por Defarge no había conocido el papel que

habían desempeñado su padre y su tío en aquella infamia. Le decía además que le había ocultado su verdadero nombre para obedecer al doctor, el cual le había exigido esta promesa el día de su casamiento. Le pedía que no tratase de averiguar si su padre había olvidado la existencia del documento que había escrito, ni si se lo había recordado el descubrimiento hecho en la Torre de Londres, y que él le había contado un domingo por la noche en el patio, debajo del plátano. Suponiendo que el doctor hubiera conservado el recuerdo de aquel escrito, debió de creer que nadie lo había encontrado en la toma de la Bastilla, pues no se mencionaba en ninguno de los relatos de aquel acontecimiento, en los que se hablaba minuciosamente de los más insignificantes vestigios que habían dejado los presos. Aunque no tenía necesidad, Charles le rogaba a Lucie que emplease todos los medios que le inspirase su cariño para demostrarle al doctor que no había hecho nada de lo que tuviera que arrepentirse, y para recordarle que, por el contrario, se había sacrificado siempre por sus hijos y que éstos se lo agradecían. Finalmente, después de darle gracias por la felicidad que le había dado y de suplicarle que venciese su dolor para consagrarse a su hija, le pedía que consolase a su padre y que no dejase de cumplir con esta tarea filial en consideración al día que debía reunirlos.

También escribió al doctor encomendándole a su mujer y a su hija; le recordó que no tenía más apoyo que el que él podía darles, y se lo repitió varias veces, con la esperanza de que esta idea lo ayudaría a vencer un abatimiento cuyas consecuencias temía y lo alejaría de recuerdos que podían serle funestos.

Confió a sus tres familiares al señor Lorry, a quien explicó el estado de sus negocios, y dirigió algunas expresiones de afecto y gratitud. No tuvo ni una palabra para Carton, de quien no se acordó siquiera.

Cuando terminó sus cartas, se acostó en el jergón que le servía de lecho y pensó que había acabado con este mundo.

Pero se lo recordó el sueño, en el cual el mundo cobró ante sus ojos formas seductoras. Soñó que era libre, que volvía a encontrarse en la casa del Soho, y que la reconocía aunque no se parecía a la que era en realidad. Salvado de la muerte por un prodigio que no se explicaba, volvía a ver a Lucie, la cual le decía que todo había sido un sueño y que nunca había ido a Francia ni se había separado de ella. Sobrevino una pausa, se había ejecutado el fallo fatal y, sin embargo, se hallaba al lado de los que amaba, gozaba de una dicha pacífica y, a pesar de haber muerto, no había sufrido cambio alguno. Todo desapareció por segunda vez, sin que tuviera conocimiento de este misterio, y después se despertó y se preguntó dónde estaba hasta el momento en que recobró la memoria.

—Hoy es el último día de mi vida —dijo.

Pero, como estaba tranquilo y no tenía que luchar ya consigo mismo, un nuevo orden de ideas se apoderó de su alma y le causó una extraña inquietud.

Nunca había visto el instrumento que debía cortarle la cabeza. ¿A qué altura se alzaba el cadalso? ¿Cuántos escalones tendría que subir? ¿Estarían manchadas de

sangre las manos que lo tocasen? ¿Cómo lo colocarían? ¿Sería el primero o el último en morir? Estas y otras preguntas del mismo tenor acudían a su pensamiento a pesar de sus esfuerzos, y no lo hacían porque estuviera dominado por el terror, sino por el deseo de saber qué es lo que le quedaba por hacer hasta que llegase el momento fatal: deseo extraño, ajeno a la rapidez de los preparativos a que se refería, y que más que al preso parecía pertenecer a un espíritu distinto encerrado en su propio ser.

Mientras recorría su prisión esforzándose en imponer silencio a esta voz insistente, las horas seguían su curso ordinario y el reloj daba el número de campanadas que ya no habría de oír más. Las nueve, las diez, las once pasaron para siempre, y cuando iban a dar las doce, después de un duro combate con aquel excéntrico y desconcertante giro de sus pensamientos, consiguió vencer. Entonces pudo pasearse otra vez, libre de imaginaciones perturbadoras y rezar por sí mismo y por ellos.

Pasaron las doce para siempre.

Charles sabía que la ejecución sería a las tres y, como sabía también que habría que salir con tiempo para que los carros mortuorios pudieran llegar a su destino, se dio dos horas de plazo definitivo, y resolvió dedicarlas a fortalecer su alma para poder, luego, fortalecer las de sus compañeros.

Paseaba con paso firme, los brazos cruzados sobre el pecho y el espíritu tranquilo, y oyó las campanadas del reloj sin el menor asombro. La hora que había transcurrido tenía para él la misma duración que la mayor parte de las que había visto pasar a lo largo de su vida. «Solo falta una», pensó, y volvió a su paseo.

Se oyeron pasos en el corredor. Se detuvo.

Una llave giró en la cerradura, y en el momento de abrirse la puerta oyó que decían en inglés y en voz baja:

—He tenido cuidado de que no me viera y no sabe que estoy aquí. Entrad solo; os espero; sobre todo no perdáis el tiempo.

La puerta se cerró, y Charles se encontró cara a cara con Carton, que, con las facciones animadas por una sonrisa, se llevaba el dedo a los labios para indicarle silencio.

Su rostro tenía una expresión tan extraña que Darnay creyó al principio que era una aparición, pero era el mismo Carton quien lo cogía la mano y se la estrechaba con fuerza.

—No me esperabais —dijo.

—No podía ni imaginar que fuerais vos, y apenas creo en lo que veo. ¿Estáis preso también?

—No. Por una casualidad tengo cierta influencia en la cárcel, me he servido de ella y vengo a veros. Me envía vuestra esposa, querido Darnay.

El reo se retorció las manos de dolor.

—Vengo a pedir un favor de su parte.

—¿Cuál?

—Os lo suplica con aquella voz ferviente que no habréis olvidado.

Charles volvió la cabeza para ocultar su emoción.

—No tengo tiempo para explicaros el motivo de lo que voy a hacer, ni me lo preguntéis, pero haced lo que ella desea. Quitaos las botas y poneos las mías.

Había en la celda una silla donde Carton se había sentado con rapidez, y se acercó a Charles con los pies descalzos diciéndole:

—¡Poneos mis botas... pronto! El tiempo aprieta.

—La fuga es imposible, Carton, y es inútil pensar en ello.

—¿Y quién os habla de huir? Dadme vuestro corbatín, tomad el mío y cambiemos de traje. Permitid que desate esa cinta y aparte vuestros cabellos.

Carton, con una prontitud prodigiosa y una energía física y moral que no eran naturales en él, impuso estas condiciones y el preso obedeció como un niño.

—Os repito, Carton, que es una locura, una empresa imposible; la han intentado más de una vez y siempre ha salido mal. No añadáis el pesar de vuestra muerte a la amargura de la mía.

—¿Acaso os exijo que me sigáis? Hay papel, pluma y tintero en esta mesa. ¿Tenéis la mano firme?

—La tenía cuando habéis llegado.

—Dominad vuestra emoción, y escribid lo que voy a dictaros... ¡Pronto, amigo mío, pronto!

Darnay se sentó delante de la mesa y se apretó la cabeza con ambas manos. Carton se acercó después de introducir la mano derecha debajo del chaleco y se puso en pie a su lado.

—Escribid.

—¿A quién se dirige?

—A nadie.

—¿Se ha de poner fecha?

—No. «Si recordáis lo que os dije un día, hace tiempo —dijo Carton, dictando—, comprenderéis inmediatamente estas líneas. Estoy seguro de que os acordáis, porque no sois capaz de olvidar».

En el momento en que el preso, sorprendido por lo que le dictaba, alzaba los ojos en actitud interrogante, Carton sacó la mano derecha de debajo del chaleco, y se interrumpió bruscamente.

—¿Estáis armado? —le preguntó Charles.

—No.

—¿Qué tenéis en la mano?

—Pronto lo sabréis. Seguid escribiendo, apenas quedan unas palabras. —Empezó a dictar de nuevo—: «Agradezco que se haya presentado la oportunidad de probar lo que os dije. Que así lo haga no debe causaros remordimiento o dolor».

Al terminar esta frase, su mano derecha pasó lentamente por delante de la cara de Darnay. Éste soltó la pluma y miró con ojos azorados.

—¿Qué vapor es éste? —preguntó.

—¿Un vapor?

—Algo que ha pasado por delante de mí.

—No he visto nada, no siento nada. Tomad otra vez la pluma, y acabemos. El tiempo corre, amigo mío.

Charles hizo un esfuerzo para dominar la extraña sensación que experimentaba. Su pensamiento estaba confuso, su respiración se acortaba y su vidriosa mirada no se apartaba de Carton, que había vuelto a poner la mano derecha debajo del chaleco.

—No tardemos —dijo éste.

Charles cogió la pluma, y Carton continuó dictando:

—«Si no aprovechara esta oportunidad, todo se perdería para siempre. Si no la aprovechara —la mano de Carton volvió a rozar la cara del preso—, tendría que rendir cuentas de una cosa más».

Charles solo trazaba ya caracteres ininteligibles. Su mano no había vuelto a tocar el pecho. De pronto se levantó mirando incriminatoriamente a Carton, pero éste con una mano se tapaba la nariz y con la derecha lo sujetó por la cintura. Durante unos segundos Charles luchó con el hombre que había venido a ofrecerle su vida; pero un momento después yacía en el suelo completamente insensible.

Carton, cuya mano era tan firme como pronta, se puso el traje del preso, se echó hacia atrás los cabellos, los ató con la cinta que llevaba Darnay, y dijo en voz baja, entreabriendo la puerta:

—Podéis entrar.

Entró John Barsad.

—Ya lo veis —prosiguió, colocando entre el chaleco y la camisa de Darnay el papel que acababa de escribir—, no arriesgáis gran cosa.

—No me inquieta él, señor Carton —respondió el espía con voz tímida—; lo importante es que cumpláis hasta el fin vuestra promesa.

—La cumpliré, no temáis.

—No puede faltar ni uno. Si vestido como estáis completáis los cincuenta y dos, nada debo temer.

—Pronto dejaré de importunaros, y entonces a Dios gracias habrán salido ya de París. Tened ahora la bondad de cogerme y de ponerme en el coche.

—¿A vos? —dijo el espía, con voz trémula.

—Al que me reemplaza: volveréis por el mismo camino que me habéis hecho seguir.

—Naturalmente.

—Suponed que me hallaba indispuerto cuando me acompañasteis a este sitio y que la impresión de la despedida me ha causado un desmayo: esto sucede con mucha frecuencia en una cárcel. Nuestra vida está en vuestras manos, y confío en vos. Llamad para que os ayuden.

—¿No me traicionaréis? ¿Me lo juráis?

—No perdamos instantes preciosos —respondió Carton con un gesto de impaciencia—. Colocadlo vos mismo en el coche, acompañadlo hasta el lugar que sabéis, entregádselo al señor Lorry, a quien recomendaréis que no le haga volver en sí, pues con el aire libre será suficiente, y decidle sobre todo que recuerde la promesa que me hizo ayer por la noche y que partan inmediatamente.

El espía salió y volvió a entrar casi al momento con dos hombres que había ido a buscar. Carton estaba sentado delante de la mesa con la cabeza oculta entre las manos.

—Aquí tenemos a un hombre afligido porque su amigo ha sacado un buen número —dijo uno de los secuaces, contemplando a Darnay.

—¡Famoso patriota! —dijo el otro—. No podría estar más triste si el aristócrata se hubiera salvado.

Colocaron a Darnay en una camilla que habían dejado en la puerta y se dispusieron a salir.

—La hora se acerca, Evrémonde —dijo Barsad.

—Lo sé —respondió Carton—; cuidaos de mi amigo y dejadme.

—¡Vamos, muchachos! —dijo el espía.

Cuando Carton se encontró a solas, concentró todas sus facultades auditivas para percibir el más leve rumor. Las llaves rechinaban en las cerraduras, crujían las puertas y resonaban los pasos a lo lejos en los corredores, pero no se oían gritos, pasos precipitados ni rumores que anunciaran la alarma.

Carton respiró, volvió a sentarse junto a la mesa y prestó nuevamente oído hasta que el reloj dio las dos.

Llegaron entonces rumores de pasos y cerrojos, pero no se asustó, porque adivinaba la causa. Abrieron varias puertas unas tras otras hasta que fue el turno de la suya, y un carcelero que llevaba una lista en la mano asomó la cabeza y dijo:

—Sígueme, Evrémonde.

Era un sombrío día de invierno y, como la niebla aumentaba la oscuridad de la cárcel, Carton no pudo ver sino de una manera confusa a los individuos que había en la sala adonde los había conducido el carcelero para atarles los brazos. Unos estaban sentados, otros de pie y algunos se agitaban y lamentaban, pero eran los menos; casi todos estaban tranquilos, cabizbajos y en profundo silencio.

Mientras conducían a las últimas víctimas, un hombre se paró al pasar y abrazó a Carton como a un amigo. Fue para él un momento de terror; pero aquel hombre que creía reconocerlo siguió al carcelero sin manifestar duda ni sorpresa, y Carton se tranquilizó.

Algunos instantes después una joven pequeña y débil, de rostro pálido y delicado, ojos rasgados y llenos de dulzura, se levantó del banco donde estaba sentada y se acercó a él.

—Ciudadano Evrémonde —dijo, tocándole la mano con sus dedos helados—, soy la jornalera que estaba con vos en La Force.

—Es verdad —murmuró Carton—, pero no me acuerdo de qué os acusan.

—De conspiración, pero Dios sabe que soy bien inocente: ¿quién habría querido conspirar con una pobre criatura como yo? —La pálida sonrisa que acompañó estas palabras conmovió tanto a Carton que brotaron lágrimas de sus ojos—. No tengo mucho miedo, ciudadano Evrémonde, ni me niego a morir si la República, que debe hacer tanto bien a los pobres, ha de sacar provecho de mi muerte; pero no veo en qué puedo serle útil... ¡valgo tan poco!

Era la última vez que Carton podía enternecerse en este mundo, y su corazón se conmovió y se enardeció para animar a aquella pobre niña.

—Ciudadano Evrémonde, había oído decir que os habían absuelto; lo creí y me había alegrado.

—Efectivamente, me pusieron en libertad, pero volvieron a prenderme por la noche.

—Si vamos en el mismo carro, ciudadano Evrémonde, ¿me permitiréis que os coja la mano? No tengo mucho miedo, pero soy débil y esto me dará valor.

Carton vio de pronto, en los resignados ojos que lo miraban, una expresión de duda, luego de sorpresa. Estrechó la mano de la muchacha, enflaquecida por el trabajo y el hambre, y se llevó un dedo a los labios.

—¿Morís por él? —murmuró la niña.

—Tiene mujer e hija... ¡silencio!

—¡Oh! Buen caballero, ¿permitiréis que os dé la mano?

—Sí, pobre hermana mía, pero llamadme Evrémonde.

La sombra que envolvía la cárcel caía también sobre la ciudad. Un coche que salía de París se paró delante de una de las puertas del puesto de guardia.

—¡Los pasaportes! —dijo el oficial—. Alexandre Manette, doctor en medicina, francés: ¿dónde está?

—Aquí.

Señalaron a un anciano abatido que murmuraba palabras incoherentes.

—Parece que el ciudadano está loco; la fiebre revolucionaria ha sido demasiado fuerte para él.

—Sí, demasiado fuerte.

—No es el único que no ha podido resistirla. Lucie Darnay, su hija, francesa: ¿dónde está?

—Allí.

—Bien: ¿no es la mujer de Evrémonde?

—Precisamente.

—Él ha tomado otro camino. Lucie, su hija... Supongo que es esa niña.

—Sí.

—Dame un beso, hija de Evrémonde. Puedes enorgullecerte de que te ha besado un buen republicano. Es cosa nueva en tu familia, no lo olvides. Sydney Carton, abogado, inglés: ¿dónde está?

—Allí, en el fondo del coche.

—¿Esta indispuerto?

—No será nada; el aire libre le hará volver en sí. Goza de una salud muy delicada, es muy propenso a desmayarse, y acaba de despedirse de un amigo íntimo que ha tenido la desgracia de disgustar a la República.

—Hay otros muchos que le disgustan y que por este motivo dejarán la cabeza en el cesto. Jarvis Lorry, banquero: ¿dónde está?

—Soy yo.

Lorry era quien había contestado a las preguntas anteriores, el que había bajado del coche, y el que, con los pies en el lodo y la mano en la portezuela, continuaba respondiendo a un grupo de patriotas y funcionarios, que rodearon varias veces el coche, subieron al pescante y examinaron a su antojo el equipaje, mientras los campesinos que entraban y salían por la barrera se acercaban a las dos portezuelas y miraban dentro del coche con avidez. Una mujer que llevaba un niño en los brazos le hizo alargar la mano para que pudiese tocar a la viuda de un aristócrata enviado a la guillotina.

—Aquí están tus pasaportes, Jarvis Lorry.

—¿Podemos partir?

—Sí. ¡Arrea, postillón! Buen viaje.

—Os saludo, patriotas. Pasó el primer peligro —dijo el señor Lorry, cruzando las manos y alzando los ojos al cielo.

Reinaba el terror en el coche, donde se oían débiles sollozos, la voz quejumbrosa de un anciano y la respiración entrecortada de un hombre sumido en un profundo sueño.

—¿No podrían ir más deprisa los caballos? —preguntó Lucie, cogiendo las manos de su amigo.

—Parecería que huíamos, hija querida; una marcha demasiado rápida despertaría sospechas.

—Asomaos y mirad: tal vez nos persigan.

—El camino está desierto, ángel hermoso. No se ve a nadie.

Pasan grupos de dos o tres cabañas, fincas aisladas, ruinas y edificios antiguos, calles con árboles despojados de sus hojas, fábricas, hornos de cal y grandes llanuras descubiertas. La superficie irregular del camino se despliega bajo el coche. De vez en cuando dan un rodeo, pero no evitan los charcos; el lodo llega hasta el eje de las ruedas, y la impaciencia es tan viva entonces que en su angustia todos quieren bajar, huir, ocultarse en los matorrales antes que detenerse.

Los campos se alejan y vuelven a ver pasar desde el coche las fincas solitarias, los castillos destruidos por las llamas, las fábricas, los grupos de cabañas y las calles de

árboles cubiertas de hojarasca.

—¡Los postillones nos engañan, nos llevan al mismo camino donde estábamos hace dos horas! ¿No hemos visto esas ruinas y esas dos o tres cabañas? ¡No!... Gracias a Dios, era yo la que me equivocaba. ¡Una aldea! Mirad si nos persiguen.

—¡Silencio!... Llegamos a la parada.

Los cuatro caballos son guiados con una lentitud desconsoladora, y el coche está inmóvil delante de la puerta del mesón, de donde no parece que vaya a alejarse.

Llegan por fin, uno tras otro, los cuatro caballos de relevo, seguidos de sus postillones, que arreglan sus látigos con la mayor cachaza. Los que los reemplazan cuentan el dinero sin darse prisa, se equivocan en la suma, vuelven a empezar sus cálculos y vuelven a equivocarse. El corazón de los pobres viajeros, lleno de temor, late mientras tanto más rápido que el galope del caballo más veloz.

Ya han montado por fin los postillones; el coche cruza la aldea, sube la ladera del monte con lentitud, la baja al paso y se interna en una hondonada donde se arrastra con trabajo.

Se oyen entonces gritos, los postillones hablan con animación, gesticulan con fuerza y paran los caballos.

—¡Señor... nos persiguen!

—¡Alto... alto el coche! Tenemos que hablaros.

—¿Qué queréis? —pregunta el señor Lorry, asomándose a la portezuela.

—¿Cuántos han dicho que había?

—No os entiendo.

—¿Cuántos guillotizados hay hoy?

—Cincuenta y dos.

—¡Estaba seguro! Los otros apostaban a que eran cuarenta y dos. Diez cabezas más, esto ya vale la pena. La guillotina se luce. Bien, gracias.

Llega la noche. El viajero que dormía desde París se agita, se despierta y pronuncia estas palabras jadeando, creyéndose aún en la cárcel:

—Carton, ¿qué tenéis en la mano? ¿Es un arma?

—¡Apiadaos de nosotros, Señor! Va a descubrirse... Mirad si vienen.

El viento y las nubes corren tras ellos, la luna toma parte en la fuga y las tinieblas los siguen y los envuelven. Pero el camino está desierto, y nadie intenta perseguirlos.

XIV

Madame Defarge concluye su labor

Mientras en la Conciergerie llamaban a los cincuenta y dos, madame Defarge celebraba consejo con Jacques tercero y la Venganza. La reunión no se celebraba en la taberna de Saint Antoine sino en la barraca del aserrador, el antiguo caminero, el cual, apostado en una esquina inmediata como centinela, no debía tomar parte en la discusión hasta el momento en que fueran necesarias sus explicaciones, pero sin tener voto deliberativo.

—Defarge es un buen republicano —dijo Jacques tercero.

—No hay otro mejor —añadió la Venganza.

—No tanto, amiga mía —repuso la tabernera, poniendo la mano sobre la boca de su ayudante de campo—; mi marido es un buen patriota, tan valiente como sincero, y ha merecido el bien de la República cuya confianza posee, pero tiene un lado débil y se deja enternecer por ese doctor.

—Qué lástima —dijo Jacques, llevándose los dedos a su boca de tigre—; eso no es propio de un buen ciudadano.

—Me preocupa muy poco ese doctor, y lo mismo me da verlo vivo que muerto; pero la familia de los Evrémonde ha de desaparecer, y es forzoso que la mujer y la hija sigan pronto al que va a morir.

—¡Magnífica cabeza! —murmuró Jacques tercero—. Los ojos azules y los cabellos de oro brillarán en las manos de Sansón.

El ogro tenía los gustos refinados de un epicúreo. Madame Defarge tenía la cabeza gacha y reflexionaba.

—También la hija tiene cabellos rubios y ojos azules —dijo Jacques saboreando sus palabras—. Por otra parte, las niñas son una rareza. ¡Son tan graciosas esas cabecitas!

—En una palabra —dijo la tabernera levantando de pronto la cabeza—, en esta ocasión no puedo fiarme de mi marido. No solo haría mal en comunicarle mi proyecto, sino que es capaz de avisarlas y proteger su fuga.

—No puede ser —exclamó Jacques—: nadie debe salvarse. Tenemos hecha la cuenta, y necesitamos el centenar por día.

—Defarge —continuó la tabernera— no tiene las mismas razones que yo para encarnizarse con esa familia, y yo tengo las mías para no compadecerme de ese doctor. Así pues, no debo contar con él y debo obrar por mí misma en este asunto.

Llamó al aserrador, a quien siempre había inspirado tanto respeto como terror, y éste se presentó inmediatamente con el gorro en la mano.

—¿Estás dispuesto —le dijo con expresión sombría— a prestar hoy mismo tu declaración sobre las señas de las que me has hablado?

—¿Y por qué no? —repuso el hombrecillo—. Ella venía todos los días, lloviese o nevase, algunas veces con la chiquilla, pero por lo regular sola, y en cuanto a las señas, era cosa de ver... Yo sé lo que sé; lo he visto con mis propios ojos, y se lo diré a todo el mundo.

El aserrador gesticulaba para imitar las señas políticas que nunca había visto.

—Conspiraba —dijo Jacques tercero—; es evidente.

—¿Se puede contar con el jurado? —le preguntó la tabernera con una sonrisa siniestra.

—No lo dudes, querida ciudadana; respondo de todos mis colegas.

—Veamos —repuso madame Defarge con aire pensativo—, ¿debo hacer a mi marido el sacrificio del doctor? No tengo sobre este punto ninguna idea; que viva o no me interesa poco.

—Sería una cabeza más —observó Jacques tercero.

—Le señalaba la cárcel y le hacía gestos cuando los vi a los dos —continuó la tabernera—, y, por consiguiente, no sé por qué se ha de acusar a la hija sin denunciarlo a él. Ya lo veremos cuando llegue el momento. No puedo dejar solo a este hombre en un asunto tan importante y, como mi testimonio es poderoso, mi declaración confirmará la suya.

Jacques tercero y la Venganza dijeron que su testimonio era poderosísimo, y el aserrador, hombre pasivo, añadió que era prodigioso.

—Se arreglará como pueda —continuó madame Defarge, sin escuchar los elogios—. Pensándolo bien, no puedo perdonarle. ¿Estarás allí a las tres, ciudadano?

El antiguo caminero se apresuró a contestar afirmativamente, y aprovechó la ocasión para añadir que era un ardiente patriota, y que se consideraría el más desgraciado de los hombres si se viera privado del placer de fumar en su pipa admirando la destreza del barbero nacional. Manifestó tanto entusiasmo en sus protestas que habría podido sospecharse que tenía vivas inquietudes personales, y hasta tal vez los ojos penetrantes de madame Defarge, que lo miraban con desprecio, habrían descubierto su miedo a que lo incluyera en la lista de los sospechosos.

—Allí me verás —dijo la tabernera—. Ven después a buscarme al arrabal. ¿Te olvidarás?

—¡Oh! No, ciudadana.

—Desde allí iremos a la sección a denunciar a los otros tres.

El aserrador añadió que estaría orgulloso de acompañar a la ciudadana. Ésta le lanzó una mirada que evitó volviendo la cabeza y, avergonzado como un perro sorprendido en una falta, fue a ocultarse detrás de sus maderas.

Madame Defarge se retiró a un extremo de la calle, adonde la siguieron la Venganza y su jurado, y les comunicó sus intenciones con las siguientes palabras:

—La mujer de Evrémonde se encontrará en su casa esperando la hora del suplicio, y estará gimiendo, desesperándose, derramando lágrimas... En una palabra, en un estado que la haga culpable, porque la ley prohíbe simpatizar con los enemigos de la República. Voy a sorprenderla.

—¡Admirable idea! —dijo Jacques tercero con entusiasmo.

—¡Eres divina! —exclamó la Venganza, dándole un beso.

—Guárdame la labor —repuso la tabernera, entregando la faja de punto a su ayudante de campo—, y déjala en mi silla. Date prisa y no te distraigas por el camino. Hoy habrá más gente que los demás días y podrían quitarnos el sitio.

—No temas, te obedeceré fielmente: ¿no eres mi jefa? —respondió la Venganza, besándola por segunda vez—. ¿Tardarás mucho?

—Llegaré antes de que empiecen.

—Tenemos que ver los carros. ¿Estarás en la plaza para verlos llegar? —gritó la Venganza corriendo detrás de su jefa, que había doblado ya la esquina.

Madame Defarge agitó la mano indicándole que la oía y que podía estar segura de que no tardaría, y se marchó dejando a Jacques tercero y a la Venganza admirados de su buen talle y de sus facultades morales.

Había entonces un gran número de mujeres espantosamente desnaturalizadas por el furor contagioso de la época, pero la más temible de todas era la que se dirigía ahora a la casa del doctor. De un carácter a la par prudente y audaz, de una voluntad inflexible, de un espíritu determinado, de una penetración prodigiosa y de una belleza que no solo parecía infundir en ella firmeza y animosidad, sino inspirar en los demás un instintivo reconocimiento de esas cualidades, madame Defarge habría surgido en cualquier caso del oleaje revolucionario. Pero, imbuida del recuerdo de las inquietudes de que había sido víctima su familia, y habiendo alimentado desde la infancia un odio inveterado contra los nobles y esperado sin cesar el momento de vengarse, la ocasión la había transformado en una fiera y le había arrancado la piedad, si es que esta virtud se había albergado alguna vez en su corazón.

¿Qué más le daba que un hombre fuera decapitado por las faltas de sus padres? No veía en él al inocente, sino al que había recibido su herencia. Y no le bastaba que esa muerte dejase una viuda y una huérfana, porque la hija y la mujer que llevaban el apellido odiado eran su presa natural y no tenían derecho a vivir. En vano se hubiera tratado de enternecerla... ¿Cómo habría de ablandarse si para ella misma no tenía compasión? Aunque hubiera sucumbido en la calle, en medio de los combates, no se le habría pasado por la cabeza quejarse y, si la hubiesen llevado al cadalso, habría subido sus gradas fatales sin lamentar otra cosa que no poder presenciar el suplicio de sus jueces.

Tal era el corazón que latía bajo el vestido de madame Defarge. Aquel vestido de tela común, llevado con desdén como una túnica de hechicera, caía muy bien al talle de aquella mujer de negra y brillante cabellera, tan abundante que los rizos se escapaban de su tosca gorra encarnada. Su ancha pañoleta ocultaba una pistola y

llevaba un puñal en el cinturón. Así pertrechada, recorrió las calles hasta llegar a la casa del doctor, andando con la firmeza que en todo desplegaba y con la agilidad de una mujer que en su niñez iba con las piernas desnudas y los pies descalzos.

Cuando la noche anterior se habían hecho los preparativos para el viaje, que en ese preciso momento estaba a punto de completar las operaciones de carga, el señor Lorry había considerado con preocupación la dificultad de darle una plaza a la señorita Pross. No solo no podía sobrecargarse el vehículo, ya demasiado lleno, sino que convenía reducir en lo posible el tiempo que se perdiera en la frontera con los trámites de identificación de los viajeros, porque un retraso de unos minutos podía echar al traste todos sus planes. Así pues, el hombre de negocios había tenido en cuenta este inconveniente, y había propuesto a la señorita Pross partir cuando quisiera, pero no sin esperar tres horas, y tomar entonces con Jerry un coche ligero que se les proporcionaría de antemano. Con él alcanzarían a los demás viajeros y se adelantarían para preparar los caballos en el camino, lo que sería una inmensa ventaja, especialmente por la noche, en que podía serles fatal el menor retraso.

La señorita Pross, comprendiendo el servicio que este arreglo prestaría a los fugitivos, había aceptado con alegría y no veía la hora de ponerlo en ejecución.

En la casa había presenciado con Cruncher la partida de Lucie, había reconocido a la persona que había traído Solomon y, después de pasar diez minutos en una inquietud imposible de describir, hablaba con su compañero de las últimas medidas que tenían que tomar.

Madame Defarge se acercaba mientras tanto con paso rápido.

—¿Qué os parece, señor Cruncher? —decía la señorita Pross, cuya agitación era tan profunda que apenas podía hablar—. ¿No sería mejor ir a buscar los caballos que esperarlos en el patio? Dos coches de viaje que salen de un mismo sitio pueden despertar sospechas.

—Me parece, señora, que tenéis razón, pero, aunque no la tuvierais, pensaría lo mismo que vos.

—Estoy tan turbada —dijo el aya, sollozando— que soy incapaz de hacer ningún plan. ¿Estáis vos en condiciones de tomar una decisión, señor Cruncher?

—Sobre mi porvenir tengo formadas ciertas ideas, pero en cuanto al presente me sería imposible hacer el menor uso de mi inteligencia. ¿Queréis hacerme el favor de atender a lo que voy a deciros?

—En nombre de Dios, hablad pronto, y ocupémonos de lo que nos queda por hacer.

—En primer lugar, hago voto de renunciar para siempre, si no tienen desgracia vuestros amos...

—Comprendo, señor Cruncher, y os suplico que no mencionéis el hecho más particularmente.

—No lo nombraré, no temáis; me comprometo además a dejar a mi mujer en completa libertad para arrodillarse y rezar cuanto quiera.

—La dirección de vuestra casa debe ser asunto de vuestra mujer —respondió el aya, enjugándose los ojos—. ¡Oh! ¡Pobres amos míos!

—Y no me contentaré con eso —continuó Cruncher—; mis opiniones han cambiado tanto sobre este punto que espero que mi mujer esté invocando a Dios en este momento.

—¡Ojalá la escuche! —exclamó la señorita Pross, sollozando con más fuerza.

—Permita Dios —continuó Jerry, con una tendencia alarmante a prolongar la conversación y a pronunciar sus palabras con solemnidad—, permita Dios que sea castigado por mis faltas pero que escuche mis ruegos en favor de los fugitivos. Permita Dios que yo... me equivoco, que vos...

Después de hacer esfuerzos para encontrar el fin de su perorata, Jerry tuvo a bien interrumpirse y poner punto final.

Madame Defarge continuaba acercándose con paso rápido.

—Si llegamos a pisar nuestra tierra —dijo la señorita Pross—, creed que le recordaré a vuestra digna esposa lo que acabáis de decir de una manera tan contrita y, pase lo que pase, daré fe del interés que habéis mostrado por mis pobres señores en esta ocasión. Pero decidamos lo que tenemos que hacer, señor Cruncher, no perdamos tiempo.

Madame Defarge se acercaba cada vez más.

—Si vais a buscar el coche —dijo la señorita Pross—, podéis impedir que venga aquí, y yo saldré a buscaros al momento. ¿No os parece bien?

—Muy bien.

—¿En qué sitio me esperaréis?

El pobre hombre estaba tan trastornado que solo le fue posible pensar en Temple Bar. ¡Ah! Temple Bar se hallaba a centenares de kilómetros, y madame Defarge estaba ya muy cerca.

—Si fuerais a esperarme a la puerta de la catedral... ¿Os parece largo el rodeo?

—No, señora.

—En tal caso, corred a la casa de postas y haced que cambien el rumbo que debía tomar el coche.

—Me inquieta dejaros sola —dijo Cruncher moviendo la cabeza—; ¿quién sabe lo que puede suceder?

—No os inquietéis por eso, señor Cruncher; estad a las tres en la puerta de la catedral, y yo llegaré allí al mismo tiempo que vos. ¡Daos prisa! En vez de pensar en mí, acordaos de las personas cuya vida está en vuestras manos.

Estas palabras, pronunciadas con desesperación, decidieron por fin a Jerry a salir en cumplimiento de lo que la señorita Pross le pedía.

Cuando el aya se quedó sola y libre de la inquietud que le causaba la llegada del carruaje, se secó las lágrimas y pensó que debía borrar sus huellas para no llamar la atención de los transeúntes. Aterrada por la soledad de aquella casa, que su alma trastornada poblaba de individuos ocultos detrás de las puertas, cogió agua fría y se

lavó los ojos, levantando la cabeza y volviéndose a cada instante para ver si la espiaban. De pronto lanzó un grito y soltó el barreño, que se rompió en el suelo, y el agua se extendió sobre los pies de madame Defarge.

¿Por qué sendas misteriosas y a través de qué oleadas de sangre habían llegado los pies de la tabernera hasta aquella agua cristalina?

—¿Dónde está la mujer de Evrémonde? —preguntó madame Defarge.

Una idea súbita pasó por la cabeza del aya; como las puertas abiertas podían llevar a sospechar la huida de los fugitivos, corrió en el acto a cerrarlas y fue a apoyarse en la de la habitación que había ocupado Lucie. La tabernera siguió al aya con los ojos y clavó la mirada en su rostro cuando se encontraron frente a frente.

La señorita Pross no era bella, ni el tiempo había otorgado a su fealdad la dulzura y la gracia que a veces la compensan, pero era valiente y miró a la desconocida con altivez y desafío. «Podréis ser la mujer de Satanás —pensó—, pero esto no es razón para que triunféis; soy inglesa y vamos a verlo».

A pesar de la frialdad y el desdén que delataba su rostro, era evidente que madame Defarge veía la determinación de su adversaria. Sabía perfectamente que aquella mujer alta, robusta y de fuertes puños era fiel a las personas que ella quería perder, y la señorita Pross no dudaba por su parte que la tabernera era la enemiga encarnizada de aquellos a quienes ella amaba.

—Como iba hacia allí —dijo madame Defarge señalando con la mano el sitio fatal—, he entrado en esta casa para darle la enhorabuena, y desearía hablar con ella.

—Solo puedes tener malas intenciones —respondió el aya—; y por lo tanto me opondré con todas mis fuerzas a que te salgas con la tuya.

Cada cual empleaba su propia lengua sin entender nada de lo que le decía la otra, pero las dos se miraban fijamente y trataban de adivinar en el semblante de su adversaria el sentido de las palabras que vibraban en su oído.

—¿Para qué ocultarse? —dijo la tabernera—. Ya se sabe lo que hace. Dile que estoy aquí. ¿No me oyes?

—Aunque tus ojos fueran tenazas y me apretaran, no cedería.

Los detalles de esta observación pasaron probablemente desapercibidos para madame Defarge, que comprendió sin embargo su sentido.

—¡Vieja imbécil! —exclamó arrugando el entrecejo—. ¿No responderás? Quiero verla. Corre a decírselo o déjame pasar.

El ademán enérgico con que acompañó estas palabras las explicó bastante.

—Nunca habría imaginado —replicó la señorita Pross— que desearía entender tu jerga, pero daría ahora un año de mi vida para saber si sospechas la verdad.

La tabernera, que hasta entonces no se había movido, dio un paso hacia la señorita Pross.

—Soy inglesa, estoy desesperada —dijo el aya—, tanto me importa la vida como una moneda de dos peniques. Cuanto más tiempo te haga perder, más ganará mi

pobre niña y, si te atreves a tocarme tan solo con la punta del dedo, no te quedará en la cabeza un puñado de cabellos.

Así habló la señorita Pross, con los ojos brillando de indignación; nunca había puesto las manos sobre nadie, pero estaba dispuesta a ejecutar sus amenazas. Sin embargo, como su valor procedía de un sentimiento de ternura, le fue imposible contener las lágrimas, y madame Defarge, a quien toda emoción era completamente extraña, creyó que su llanto era un indicio de debilidad.

—¡Hola! ¿Ya te has rendido? —exclamó riendo—. ¡Vamos, vieja loca! Llama o déjame pasar. No estoy aquí para perder tiempo. Ciudadano doctor, ciudadana Evrémonde, ¡responded! Soy la ciudadana Defarge.

Tal vez el silencio que siguió a sus palabras, la expresión del aya o algún presentimiento le hicieron concebir sospechas, pero lo cierto es que por primera vez pensó que podían haber huido, y abrió las tres puertas que había cerrado el aya.

—En estas tres habitaciones no hay muebles. ¿Quién hay en ese cuarto? —añadió, señalando la puerta en que estaba apoyada la señorita Pross.

—No te dejaré entrar —respondió ésta, que había entendido la pregunta así como su adversaria entendió la respuesta.

—Si no están ahí, han partido —dijo madame Defarge— pero pueden perseguirlos y traerlos.

—Todo el tiempo que emplees —pensó la inglesa— en preguntar si están en este cuarto será una ventaja para mis señores y, por otra parte, cuando ya no te quede duda sobre este punto, no te moverás de aquí mientras tenga fuerzas para detenerte.

—Te haré pedazos si es preciso, pero abriré esa puerta —dijo madame Defarge.

—Estamos solas en el último piso de una casa que tiene pocos inquilinos, el patio está desierto y nadie nos oirá. Si soy lo bastante fuerte para impedir que salgas, cada minuto de retraso valdrá millones de guineas para mi Lucie.

En ese mismo instante madame Defarge, que corría hacia la puerta, se vio sujeta por los dos brazos del aya. En vano trató de luchar, porque el amor, mucho más poderoso que el odio, centuplicaba la fuerza de la señorita Pross. En vano descargó puñetazos o le arañó el rostro, pues la valerosa aya no soltaba a su presa y se aferraba a ella con más fuerza que un ahogado.

De pronto la ciudadana dejó de defenderse y se llevó la mano al cinturón.

—Está debajo de mi brazo —dijo la señorita Pross, con voz sorda—, pero no la sacarás. A Dios gracias soy más fuerte que tú. No te soltaré hasta que una de las dos caiga desmayada, o muerta.

La tabernera se llevó la mano al pecho. La señorita Pross la miró, vio lo que ahí tenía, se lo quitó, saltó una chispa, sonó un estallido, y en un momento se encontró sola, siguiendo con la mirada el movimiento, descubrió una pistola, se apoderó de ella cegada por el humo.

Todo ocurrió en un segundo. A medida que el humo se disipaba, en un tremendo silencio, se desvanecía también el alma de la furiosa mujer cuyo cuerpo sin vida yacía

en el suelo.

El primer impulso del aya fue correr a la escalera para pedir auxilio, pero afortunadamente pensó en las consecuencias de tan imprudente paso y, a pesar del horror que le inspiraba aquella casa, se apresuró a volver a entrar en ella, se puso el chal y el sombrero, cerró la puerta, quitó la llave, se paró en el primer tramo de la escalera para tomar aliento y luego bajó rápidamente.

Afortunadamente, su sombrero tenía un velo muy denso y era lo bastante fea para que nada pudiera desfigurarla. De no haber sido por esta circunstancia habría llamado indudablemente la atención, porque los dedos de su adversaria habían dejado huellas profundas en su rostro, llevaba el pelo despeinado y, aunque con mano trémula había tratado de poner en orden su traje, lo llevaba arrugado y roto de una manera capaz de comprometer a la señora más negligente.

Cuando llegó al puente arrojó al Sena la llave de la casa y se dirigió a la catedral. Como llegó allí unos minutos antes que su escolta, tuvo que esperar y empezó a pensar que tal vez habrían encontrado ya en el río la llave, que podía haber caído en una red de pescadores, que la habrían reconocido sin duda, que irían a la casa, abrirían la puerta, verían el cadáver y a ella la prenderían al salir de la ciudad, la meterían en prisión y la condenarían por asesinato. Combatiendo estas ideas delirantes la encontró Jerry. La hizo subir al coche y dijo al postillón que partiera.

—¿Hay mucho ruido en las calles? —preguntó la señorita Pross a su compañero de viaje.

—Como todos los días —respondió éste, tan asombrado de la pregunta como del aspecto del aya.

—¿Qué decís?

En vano repitió Cruncher sus palabras y, como no conseguía hacerse oír, se lo dijo con un gesto.

—¿Hay mucho ruido en la calle? —preguntó por segunda vez el aya.

—¿Qué decís?

—No oigo nada.

—¡Se ha vuelto sorda en menos de una hora! —exclamó Cruncher con aire pensativo—. ¿Qué le habrá sucedido?

—Me parece —dijo la señorita Pross— que esa detonación es el último ruido que oiré en toda mi vida.

—¡Dios me bendiga! ¡Está loca! —dijo Cruncher, cada vez más turbado—. ¿Qué podría decirle para devolverle el juicio? Escuchad, señorita, ¿oís el ruido que hacen esos carros?

—No oigo nada —respondió la señorita Pross—. ¡Oh! Un silencio de muerte ha seguido a esa detonación, y así seguirá mientras viva.

—Si no oye el estruendo que hacen esos carros —dijo Cruncher—; me parece que, en efecto, no oirá nada más mientras viva.

La excelente aya no oía ya nada en el mundo.

XV

Últimos ecos

Fúnebres carruajes rechinan y ruedan lentamente por las calles de París. Seis carros mortuorios llevan al cadalso su ración cotidiana. Todos los monstruos sedientos de sangre que la imaginación del hombre ha podido inventar se han confundido en uno solo y se han realizado en la guillotina. Pero en la tierra de Francia, tan fecunda como variada en sus riquezas, ningún fruto, ninguna hoja, ninguna semilla se desarrolla y madura en condiciones más seguras que las condiciones imperiosas que produjeron este horror. Forjad otra vez la humanidad con semejantes martillos, y se torcerá bajo vuestros golpes y creará los mismos monstruos; sembrad nuevamente el privilegio rapaz y la opresión tiránica, y podéis estar seguros de que recogeréis los mismos frutos.

Seis carros mortuorios circulan por las calles. Siglos pasados, apareced con vuestra forma antigua, y en vez del cortejo fúnebre veremos las carrozas de monarcas absolutos, los coches de los señores feudales, los tocados de deslumbrantes Jezabeles, las iglesias que no son la casa del Señor sino cuevas de ladrones, y las chozas donde millones de campesinos se mueren de hambre. Pero el gran mago, que obedece las leyes inmutables del Creador, no destruye nunca las transformaciones que ejecuta.

Si has sido transformado de este modo por un simple hechicero, cuyo poder es efímero, dicen los adivinos de los cuentos árabes, recobra tu forma primitiva, pero si la has perdido por la voluntad de Dios, sigue siendo lo que eres hoy. Inmutables y sin esperanza, los carros mortuorios siguen su camino.

Sus ruedas siniestras parecen abrir un surco tortuoso entre el populacho. A los dos lados del carril se forma una pared de rostros humanos, y el arado sigue el camino que se le ha trazado. Los habitantes de las casas que se hallan en su recorrido están ya tan acostumbrados que hay poca gente en las ventanas, y las manos de algunos espectadores ni siquiera suspenden su trabajo mientras miran con indiferencia los rostros que se ven en los carros. Algunos curiosos están de visita en casa de estos vecinos acostumbrados al espectáculo y, con la complacencia del director de una exposición, les señalan uno u otro y parecen decirles quién lo ocupaba ayer y quién lo ocupará mañana.

Entre los que van en los carros, algunos contemplan impasibles todo lo que los rodea, otros se despiden del cielo y de la tierra con una última mirada a la vida de la naturaleza, y otros bajan la cabeza con sombría desesperación; mientras tanto, nerviosos por el papel que deben desempeñar, algunos de sus compañeros dirigen a la multitud miradas que únicamente han visto en el teatro o en los cuadros de historia. La mayor parte cierra los ojos para meditar, y solo uno está tan agitado por la

perspectiva del suplicio que, habiendo perdido la razón, canta y trata de bailar; pero ninguno implora la compasión del pueblo con los ojos o las manos.

Un piquete de caballería precede al convoy. Varios curiosos interpelan a estos heraldos de la muerte, y parece que todos preguntan lo mismo, porque la multitud se apresura a salir al paso del carro donde los soldados señalan a uno de los reos con la punta de sus sables. Preguntan quién es aquel individuo, su curiosidad llega a hacerse general, y todas las miradas se concentran en un hombre que con la cabeza baja está hablando con una humilde joven cuyas manos estrecha entre las suyas. La multitud que lo rodea no le interesa ni aterra. Cuando pasa por la calle de Saint Honoré se alzan contra él varias voces, pero recibe las injurias con una sonrisa y baja un poco más la cabeza para ocultar el rostro.

Un espía espera con impaciencia en las gradas de una iglesia la llegada de los carros. Mira con avidez el primero: no está allí...; el segundo: tampoco. «¿Me habrá sacrificado?», se dice Barsad con terror. Pero al ver el tercer carro se serena de pronto su rostro.

—¿Quién es Evrémonde? —le pregunta un hombre que está detrás de él.

—El último del carro.

—¿El que estrecha la mano de esa muchacha?

—Sí.

—¡Muera Evrémonde! —grita el hombre con toda la fuerza de sus pulmones—. ¡A la guillotina los aristócratas! ¡Muera Evrémonde!

—¡Silencio! —dice tímidamente Barsad.

—¿Por qué voy a callar, ciudadano?

—Va a expiar sus faltas. Dentro de cinco minutos habrá pagado sus deudas; no lo atormentemos, es inútil.

Pero el patriota sigue gritando:

—¡Muera Evrémonde! ¡Mueran los aristócratas!

El reo insultado levanta la cabeza, ve al espía, lo mira y el carro continúa su camino.

Van a dar las tres; los carros doblan una esquina y abren su surco en la plaza donde se alza el cadalso, y la multitud se cierra detrás de ellos, porque todos se dirigen hacia la guillotina. En la primera fila se ven algunas mujeres sentadas en sillas como para una fiesta pública y haciendo punto con ahínco. La Venganza se ha subido sobre su silla y mira por todas partes.

—¡Thérèse! —grita con voz estridente—. ¿Quién ha visto a Thérèse Defarge?

—No ha faltado nunca —dice una de las que hacen punto.

—Ni faltará hoy —replica la Venganza—. ¡Thérèse!

—Alza más la voz —le aconseja la vecina.

¡Sí, Venganza! ¡Alza la voz, álzala más, que ella no te oirá! Más alto aún, Venganza, y di algún que otro juramento, que aun así no te oirá. Manda a otras mujeres a buscarla, que te la traigan de allí donde se está demorando; y aun así, a

pesar de todas sus hazañas mortales, ¿cabe dudar de que vayan por su propio pie lo suficientemente lejos para traértela!

—¿Qué desgracia! —exclama la Venganza pateando en la silla—. Ya llegan los carros... Lo van a despachar dentro de un momento, ¡y no está aquí! Y eso que le guardo asiento... ¡Qué rabia! ¡Qué decepción!

Mientras la Venganza baja y se sienta llorando, los carros empiezan a vaciar su carga. Los ministros de la santa guillotina visten de riguroso uniforme y están listos. Se oye un golpe breve, y la cabeza es exhibida ante la multitud.

—¿Una! —exclaman las mujeres que hacen punto, levantando la cabeza.

El segundo carro ha dejado su carga y se aleja. Se acerca el tercero.

Se oye otro golpe.

—¿Dos! —cuentan las mujeres, sin dejar la labor.

El supuesto Evrémonde, que no ha soltado la mano de la joven, no le permite ver cómo trabaja la horrible máquina. La pobre criatura no deja de mirarlo y le da las gracias con gran afecto.

—De no haber sido por vos —le dice—, no habría tenido valor. Soy tan débil que mi pobre corazón desfallece al menor temor, y nunca habría podido elevar mi alma hacia Él, que murió para consolarnos. Vos me habéis sido enviado por el cielo, querido amigo.

—Lo mismo podría deciros, hermana mía. Miradme, no volváis la mirada, no penséis en otra cosa.

—No pienso en nada si tengo mi mano en la vuestra, y cuando nos separemos, si van deprisa...

—Muy deprisa, hermana mía; no tengáis miedo.

Estaban en medio del grupo de víctimas que menguaba con rapidez, pero hablaban como si estuvieran solos. Con la mirada, la mano y el corazón unidos, aquellos dos hijos de la Madre Universal, tan diferentes y tan extraños el uno al otro, se encontraban en la oscura senda para volver juntos a descansar en su seno.

—¿Me permitís que os haga una pregunta, querido amigo? ¿Soy tan ignorante! Una cosa me inquieta...

—¿Qué es, hermana mía?

—Tengo una prima que desde muy niña perdió como yo a su padre y a su madre y a quien amo con todo mi corazón. Tiene quince años y está sirviendo en una casa de campo de Turena. La miseria nos obligó a separarnos. Ella no conoce mi desgracia porque no sé escribir y, aunque hubiera sabido, ¿para qué entristecerla? Pero desde que estamos aquí en el carro se me ha ocurrido una idea: si la República impide que los pobres se mueran de hambre, si las penalidades llegan a disminuir, mi prima podrá vivir muchos años.

—¿Y por qué os inquieta eso, querida hermana?

—¿Creéis —dijo, con los ojos llenos de lágrimas, con tierna resignación y con los labios trémulos—, creéis que se me hará largo el tiempo mientras la espere?

—Tranquilizaos, ángel de inocencia; en la otra vida no hay tiempo ni inquietudes.

—¡Qué bueno sois consolándome así! ¡Soy tan ignorante! ¿Puedo abrazaros ahora? ¿Ha llegado el momento?

—Sí, pobre hermana mía.

Lo besa en los labios; él la besa también; solemnemente se bendicen uno al otro. Él le suelta la mano, y no tiembla; no hay sino en el rostro paciente de la muchacha una dulce y brillante firmeza. Pasa antes que él. Ya ha pasado.

—¡Veintidós! —cuentan las mujeres que hacen punto.

Se oye un murmullo de muchas voces, se ve un movimiento de todas las miradas y una ondulación de la multitud que se eleva, avanza, y después retrocede y se calma. Veintitrés.

Por la noche se decía en la ciudad que su rostro había sido el más sereno de todos los que se habían visto en el cadalso, y algunos añadían que tenía una expresión sublime y profética.

Una de las víctimas más notables del mismo verdugo —una mujer— había pedido algunos días antes al pie del mismo cadalso que le permitieran escribir los pensamientos que le inspiraba la muerte^[38]. Si Carton hubiera expresado los suyos y hubiera sido profeta, habrían sido éstos:

«Veo salir de este abismo una ciudad espléndida y una nación gloriosa, y veo que esta nación, con sus luchas para conquistar la libertad, con sus triunfos y sus derrotas, expía gradualmente y borra después para siempre los crímenes de esta época sangrienta y los de los tiempos antiguos que engendraron estas venganzas.

»Veo a los seres venerados por los cuales voy a morir, viviendo en Inglaterra una vida tranquila, útil y feliz. Veo a la mujer cuya felicidad es para mí más preciosa que la vida con un niño en sus brazos que lleva mi nombre. Veo a su padre, encorvado por los años, pero sano de cuerpo y espíritu, fiel y amigo de los que padecen. Veo a ese buen anciano que los ama vivir diez años a su lado, legarles su fortuna y partir de este mundo en busca de su premio en el cielo.

»Veo el santuario que me han erigido en su corazón y en el de sus descendientes. La veo en su vejez llorando aún el aniversario de este día. Veo que ella y su marido mueren a un tiempo después de una larga vida, y tengo la certeza de que no eran tan sagrados uno para el otro como lo era mi memoria para ambos.

»Veo al niño que lleva mi nombre crecer y seguir su camino en la vida donde yo me he extraviado; lo veo noble de corazón y de inteligencia; lo veo superar todos los obstáculos con tan feliz éxito que mi nombre se purifica y llega a ser ilustre con el brillo del suyo. Lo veo al frente de la magistratura de su país, honrado por todos, padre de un hijo que lleva también mi nombre y que tiene esos cabellos de oro y esa frente que tan bien conozco. Veo cómo lo trae aquí —a este sitio que ya es bello, sin

rastro de la desfiguración de este día— y le cuenta mi historia con voz trémula y conmovida.

»Lo que hago hoy es infinitamente mejor que todo lo que habría podido hacer en el futuro, y por fin voy a gozar del descanso que nunca he conocido».



CHARLES DICKENS. Nació en Portsmouth en 1812, segundo de los ocho hijos de un funcionario de la Marina.

A los doce años, encarcelado el padre por deudas, tuvo que ponerse a trabajar en una fábrica de betún. Su educación fue irregular: aprendió por su cuenta taquigrafía, trabajó en el bufete de un abogado y finalmente fue corresponsal parlamentario de *The Morning Chronicle*.

Sus artículos, luego recogidos en *Bosquejos de Boz* (1836-1837), tuvieron un gran éxito y, con la aparición en esos mismos años de los *Papeles póstumos del club Pickwick*, Dickens se convirtió en un auténtico fenómeno editorial.

Novelas como *Oliver Twist* (1837), *Nicholas Nickleby* (1838-1839) o *Barnaby Rudge* (1841) alcanzaron una enorme popularidad, así como algunas crónicas de viajes, como *Estampas de Italia* (1846).

Con *Dombey e hijo* (1846-1848) inicia su época de madurez novelística, de la que son buenos ejemplos *David Copperfield* (1849-1850), su primera novela en primera persona —y su favorita— en la que elaboró algunos episodios autobiográficos, *Casa desolada* (1852-1853), *La pequeña Dorrit* (1855-1857), *Historia de dos ciudades* (1859) y *Grandes esperanzas* (1862); para muchos su mejor novela.

Dickens murió en Londres en 1870.

Notas

[1] Se refiere al famoso tratado de Carlyle, *La Revolución francesa* (1837). [*Esta nota, como las siguientes, es del editor de la editorial*]. <<

[2] Joanna Southcott (1750-1814), visionaria y fanática religiosa, que contó con cierto número de seguidores en su época. <<

[3] Se refiere a un caso comentado de poltergeist que tuvo lugar en 1762 en Cock Lane, West Smithfield, Londres. <<

[4] Este congreso, celebrado en 1774, condujo a la Declaración de Independencia de los Estados Unidos. <<

[5] Es decir, Britannia, la personificación alegórica de Gran Bretaña. <<

[6] Se refiere a François-Jean Lefebvre de la Barre, ejecutado en Amiens en 1766 por este motivo. <<

[7] La guillotina, inventada en 1785 por Ignace Guillotin (1738-1814). <<

[8] Centro financiero de Londres. <<

[9] Puerta de piedra que hasta 1878 daba acceso a la ciudad de Londres. <<

[10] Medida de áridos. <<

[11] Desde 1684 era habitual ver colgadas de la puerta de Temple Bar cabezas de decapitados. La práctica decayó hacia 1746. <<

[12] Old Bailey, originalmente el nombre de una calle, se aplicaba comúnmente a los juzgados de causas penales. Estaban al lado de la prisión de Newgate. <<

[13] Hasta 1783 las ejecuciones públicas se celebraban en Tyburn; después, en Old Bailey. <<

[14] El Royal Bethlehem Hospital («Bedlam») era una institución psiquiátrica, que hasta 1770 el público podía visitar. <<

[15] Tribunal superior de derecho anglosajón, vigente hasta 1878. <<

[16] Tribunales adonde los jueces iban por temporadas a administrar justicia en las provincias. <<

[17] En inglés, *jackal* no solo designa al animal, sino figuradamente a la persona que hace «trabajos sucios» por cuenta de otra. <<

[18] Cavad. <<

[19] Carlos II de Inglaterra, que recibía en secreto una pensión de Luis XIV. <<

[20] Adaptación sarcástica del Salmo 24: «La tierra es del Señor, y todo lo que contiene». <<

[21] Secta de fanáticos religiosos originada en el culto al diácono François Paris, muerto en 1727 y en cuya tumba se obraban milagros. <<

[22] El nombre de Gabelle alude a un tan célebre como odiado impuesto sobre la sal, cuya venta era monopolio del Estado. <<

[23] En la mitología clásica, la cabeza de la gorgona Medusa convertía en piedra a quien la mirase. <<

[24] Balada popular de G. A. Bürger, escrita en 1773, en la que el difunto amado de la heroína se le aparece montado a caballo y la incita a partir con él. <<

[25] Alusión a Luis Felipe de Orleans, rey de Francia entre 1830 y 1848, y que, según Carlyle, enseñó matemáticas en Suiza durante su exilio en 1793. <<

[26] Dante, en la plaza del Duomo de Florencia. <<

[27] Izaak Walton escribió un famoso tratado de pesca, *The Compleat Angler* (1653).
<<

[28] Rey de la antigua Asiria, ejemplo de decadencia, a quien lord Byron dedicó en 1821 una tragedia. <<

[29] Alusión a «La historia del tercer calendario» de las *Mil y una noches*, donde la nave del héroe naufraga al ser atraída por un islote de piedra imantada. <<

[30] En julio de 1790, para conmemorar la toma de la Bastilla, se plantó un enorme árbol en París, en el Campo de Marte. Plantar un «arbre de la liberté» se convirtió en una costumbre en la Francia revolucionaria. <<

[31] En septiembre de 1792, más de mil presos de las cárceles de París fueron sumariamente ejecutados. <<

[32] *La Gazette* era una publicación oficial que incluía una lista de personas declaradas en bancarrota. <<

[33] Según la leyenda clásica, Cadmo, fundador de la ciudad de Tebas, sembró los dientes de un dragón que había matado, y de la tierra brotó un ejército. <<

[34] Alusión a los veintiún girondinos que fueron ejecutados el 31 de octubre de 1793; uno de ellos se suicidó antes de subir al patíbulo, pero fue guillotinado igualmente.
<<

[35] Sansón era el nombre de uno de los verdugos. <<

[36] La Conciergerie, o Palais de la Cité, palacio real que durante la Revolución francesa fue la sede de los tribunales revolucionarios. <<

[37] William Pitt hijo (1759-1806), primer ministro británico de 1783 a 1801. <<

[38] Madame Roland, según cuenta Carlyle, escribió sus memorias durante su encarcelamiento. Fue guillotizada el 8 de noviembre de 1793. <<